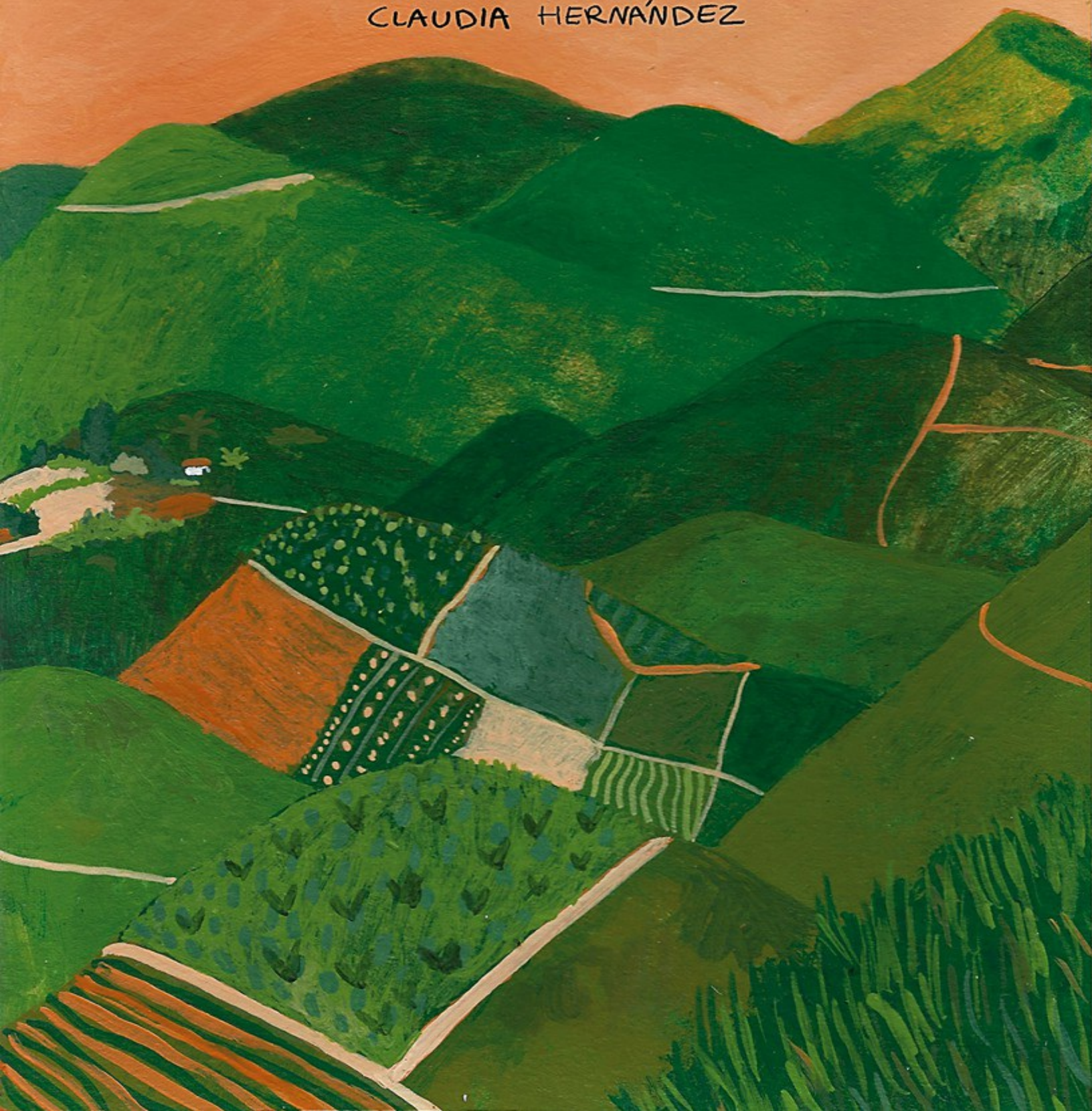


ROZA TUMBA QUEMA

CLAUDIA HERNÁNDEZ



ROZA TUMBA QUEMA

CLAUDIA HERNÁNDEZ

ROZA TUMBA QUEMA

CLAUDIA HERNÁNDEZ



LAGUNA+LIBROS

@Libros

Roza, tumba, quema
© Claudia Hernández
© Laguna Libros

* * * * *

Primera edición, Laguna Libros, abril de 2017
© 2017, de la edición electrónica:
Laguna Libros, eLibros Editorial, abril de 2017
www.lagunalibros.com
www.elibros.com.co
Calle 74 A 22-31, of. 311
Bogotá, Colombia
Tel. (571)345 0122
Email: info@elibros.com.co

Dibujo de la carátula: Powerpaola

ISBN 978-958-8812-73-1 (epub)
ISBN 978-958-8812-74-8 (azw)
ISBN 978-958-8812-72-4 (impreso)

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
sin permiso expreso de eLibros Editorial.
Hecho en Colombia - *Made in Colombia*

1

Nunca ha estado en París. Sabe que es la capital de un país muy viejo porque se lo preguntaron en un examen en los primeros años de la escuela y tuvo que pedir la respuesta a una compañera, a pesar del miedo que sentía a que la profesora la descubriera y le quitara la papeleta, la sacara del aula, la llevara a la dirección y mandara llamar a su madre para contarle lo que su hija hacía en lugar de repasar sus apuntes a diario, como le habían pedido que hiciera a inicios del año. Le habían dicho que era malo copiar y sentía que no debía hacerlo, pero, en un balance rápido, le pareció peor tener que explicar en su casa por qué no había llevado el diez que su mamá quería que sacara en ese examen y que ella se había comprometido a entregarle. Estaba tan nerviosa por pedir la respuesta número siete que apenas le salía la voz. De hecho, su compañera volvió a ver en la dirección en que ella se sentaba no porque hubiera escuchado su voz de auxilio, sino porque sintió la presión de alguien que la observaba. Cuando descartó que se tratara de la maestra, tuvo que preguntarle varias veces qué quería y adivinar lo que le estaba pidiendo porque fue incapaz de escuchar la solicitud o de leerla en sus labios, que apenas si se movían.

Sintió pena por ella, así que comenzó a pasarle todas las respuestas. Ella ya las conocía. Solo necesitaba una. La más fácil. La que cualquiera en el salón o en la calle podía haber contestado sin tener que estudiar porque la sabía todo el mundo: salía a cada rato en la televisión y la mencionaban para todo en la radio, como si no existiera otra capital en el mundo. Su compañera no podía creer que no la supiera. En adelante y hasta el día de su graduación, les contaría a todos que ella no había sabido responderla. París se volvería su burla de toda la vida escolar.

De haber podido imaginar cuánto la fastidiaría con eso, no le habría

preguntado. La palabra era corta. Sus compañeros escribían con letras muy grandes. Habría bastado con estirar un poquito el cuello a la derecha para obtener el dato de otra compañera o movido los ojos hacia la papeleta del compañero que tenía sentado a la izquierda para tomarlo de ahí. En último caso, podía haberse inclinado hacia atrás para preguntarle a la niña detrás suyo, que le habría cambiado esa respuesta por la número ocho y jamás habría ventilado en público el asunto. Pero no pensó más que en su amiga de los recreos para salir de ese lío, que ni siquiera era lío porque a su mamá, en verdad, no le importaba demasiado si se sacaba un diez o no. Se lo había pedido, en parte, porque todas las mamás le piden lo mismo a sus hijos, pero, sobre todo, porque se lo pedía la oficina que les entregaba ayuda mes con mes. Ahí exigían constancias de que sus cuatro hijas estuvieran estudiando y de que estuvieran siendo vacunadas, además de pruebas de que estaban yendo a los servicios religiosos que la iglesia que patrocinaba esa oficina ofrecía en la comunidad cada semana.

Las notas no eran importantes. Nunca preguntaron ahí si eran legítimas o si había copiado en ese examen o por qué siguió haciéndolo en los siguientes. A los profesores tampoco les importaba. De hecho, les daba igual si todos en el aula copiaban y si lo hacían con descaro. Ellos no eran misioneros tratando de salvar almas, sino algo más parecido a cuidanderos que abrían la puerta en la mañana y la cerraban al mediodía, agentes que movían el tráfico estudiantil de un año al otro y los responsables de entregar al ministerio cuadros de notas al final de cada uno. Si querían ser algo más o hacer algo más, debían moverse de lugar o cambiarse al sistema privado, que pagaba menos y exigía más. Si se quedaban, debían comprender que los muchachos locales no debían ser molestados más que con lo mínimo porque, sin importar lo que ellos quisieran o hicieran, terminarían sembrando en los campos que cultivaban sus padres y cuidando al ganado que naciera del de ellos, si es que no emigraban y terminaban en la cocina de alguien o pintando paredes ajenas o cuidando los jardines de alguien que jamás les preguntaría de ciencias sociales o de tipos sanguíneos, por lo que era mejor tampoco molestarlos con eso o insistirles en que mejoraran la caligrafía. Las muchachas hornearían pan, harían los oficios de la casa a diario y prepararían tamales para las ocasiones especiales. Tendrían hijos y pasarían la vida entera en el pueblo cuidándolos, a menos que se casaran o se acompañaran con alguno de los soldados del cuartel o con un

policía. Entonces tendrían que mudarse si a ellos los cambiaban de asignación y cuidar a los hijos en el lugar que les tocara hasta que volvieran al pueblo, si es que podían. En cualquier caso, nadie les preguntaría con cuánto pasaron cada uno de los grados que alcanzaron a cursar o si copiaron o no en algún examen. Solo importaba que no hubiera reprobación, para que las cifras calificaran al país para recibir nuevos préstamos y ayudas de las oficinas de cooperación. Así que, aunque ella hubiera fallado todas las respuestas esa vez o las siguientes, la habrían promovido como promovieron incluso a aquellos que llegaron al final de la secundaria sin saber leer y escribir o a aquellos que no entraban a clase por quedarse jugando en la plaza frente a la escuela. Estaban tan convencidos de que nada podía hacer que los destinos cambiaran que, si ella les hubiera pedido que le pusieran un diez sin hacer la prueba, ellos se lo habrían concedido sin problema alguno. Pero eso no lo sabía ella, así que se esforzó por conseguir respuesta para la única pregunta que le faltaba y fue feliz —aunque con un leve remordimiento— cuando le entregaron el diez que había prometido y vio a su mamá alegrarse y llevarlo, orgullosa, a la oficina que dispensaba la ayuda y que solo lo apiló en un estante.

Por eso no necesitó que le explicaran qué era París cuando le anunciaron que era muy posible que su mamá se fuera para allá por un mes o por un mes y medio. Entendía que era una buena noticia y, en el fondo, se alegraba por ella. Si no sonreía como el resto no fue porque se tratara de esa ciudad entre todas las ciudades del mundo, sino porque un mes o un mes y medio era mucho tiempo, sobre todo si su mamá planeaba dejarlas a sus hermanas y a ella al cuidado de una señora.

Era demasiado pronto para saberlo. Faltaba arreglar varios detalles para saber si su temor se realizaría o no. Su madre no le daba respuestas claras. Le decía que el tema de la señora que cuidaría de ellas no era importante en ese momento. Tampoco le importaba demasiado el tema de la ropa adecuada para soportar el frío de la ciudad, que para entonces no podía concebir porque toda su vida se había movido en la región más caliente de un país tropical. Su preocupación estaba en conseguir la cantidad de dinero que debía aportar para el viaje, que, con todo y el descuento que le dijeron que le habían tramitado, era muchísimo más de lo que ella podía lograr en lo que quedaba para la fecha que le habían puesto de plazo o en varios años más. Había calculado que podía vender el molino para maíz que había comprado para trabajar después

de que se le murieron todos los pollos que tenía de crianza en una sola oleada de gripe aviar, pero desistió luego de que la señora que aceptó cuidar a sus hijas le dijo que ese era el seguro de vida de sus niñas. Si algo llegaba a pasarle en ese viaje —no fuera a quererlo Dios y no era que se lo deseara—, sus hijas podían seguir trabajándolo y tendrían para comer si ella faltaba. Entendía su situación, pero debía pensar en las muchachitas que quedaban. Le sugería que mejor saliera a pedir, aunque le diera vergüenza. Pero no a las calles, como los pobres, o a las casas, como los de ahí, sino a las oficinas, a las radios o a los canales de televisión. Tal vez si contaba su historia, si compartía los detalles más tristes, la gente se apiadaba de su situación y donaba para hacerle posible su sueño. Podía resultar. Había visto gente a la que le daban sillas de ruedas, camas especiales y hasta operaciones sin pedirles nada a cambio. Una vez vio a una viejita pedir que le construyeran una casa porque la que habitaba podía caerle encima en cualquier instante y, a las dos semanas, salió una nota en la que aseguraban que ya se la estaban haciendo. No recordaba si había sido una sola persona la que se la pagó o varias que abonaron a un número de cuenta que salía en la pantalla. El punto era que la señora había conseguido lo que deseaba, así que ella también podía hacerlo. La gente era generosa con los que suplicaban, sobre todo si se cortaban por el llanto mientras hablaban. Ella tenía una buena oportunidad porque siempre se quedaba sin habla a media historia. Pero no quería suplicar. Más que eso, no quería que un montón de extraños fueran testigos de algo que no les concernía. Ese tema de su vida privada era asunto solo de ella y de los que la metieron en él. Así que pensó en ir a buscarlos a ellos para que la ayudaran a salir. Se lo debían. Aunque dijeran que no habían sido responsables y soltaran discursos acerca de una situación que los superaba a todos, estaban conscientes de eso. Si la veían sentada en las salas de espera con aire acondicionado de sus trabajos, tendrían que acceder a lo que fuera que ella les pidiera. Pero no quería verlos de nuevo. Ni pedirles nada.

Sacar un préstamo parecía una mejor idea, aunque fuera sin la garantía que dan los bancos. Sabía de un hombre en las cercanías que daba la plata fácil si se llegaba con recomendación y sabía quién podía recomendarla. No la haría quedar mal. Incluso si llegaba a ser necesario, se metería a trabajar como empleada doméstica hasta pagar el último centavo. Nadie lo dudaba. El problema era que el prestamista no daba plazos tan largos para devolverle la

cantidad que quería. Y, para ese caso, no le bastaba con la recomendación: quería algo más, por si ella de pronto descubría que París era un mejor lugar para vivir y se quedaba allá para siempre. Lo único que pedía era algo que le diera más tranquilidad mientras ella estuviera lejos: un terrenito, una casita, algo que tuviera título de propiedad y le calmara los nervios. No era un hombre de fe, pero le habría gustado serlo alguna vez. Quizás en otro tiempo, con otras ropas y otra situación. Por desgracia, estaban en esa y no podía darle lo que pedía. En cambio, le recomendó ir a los canales de televisión. O hablar con el alcalde recién electo. El hombre estaba tan desesperado por encubrir el fraude con el que llegó a la posición que, para efectos prácticos, le daba a todo el mundo lo que le pidiera.

No hubo necesidad porque, antes de que ella accediera a ir a buscarlo, la llamaron de otra oficina patrocinada por otra iglesia que le daba ayuda para decirle que había una posibilidad de solucionar el problema del dinero: alguien que había conocido su historia quería hacer una donación para su viaje. Lo único que esa persona pedía a cambio era conocerla antes. No preguntaron para qué, pero suponían que se trataba de una manera de verificar que todo lo que le habían contado era cierto. Si ella aceptaba, podían encontrarse en la oficina de la capital o podían arreglar para que la persona se trasladara hasta su pueblo. Les parecía mejor lo primero. A la persona, en cambio, le parecía mejor desplazarse ella hasta el lugar. No era de las que creía que podía entender mejor la situación si recorría los caminos o miraba las paredes. No se hacía falsas ilusiones. Nada más le parecía que, si una mujer como ella tenía tantas dificultades para conseguir una cantidad de dinero para ir al otro lado del mundo, seguro también las tenía para moverse hasta la capital.

Los de la oficina le explicaron que, de todas maneras, ella tendría que llegar ahí porque en la región en la que vivía no había agencias de viajes. La más cercana estaba en la cabecera del departamento. Podían, si quería, ir hasta allá para comprar el boleto, pero ella igual debería moverse hasta la capital porque debían tramitarle el pasaporte. Estaban seguros de que no tenía uno. La persona insistió en moverse hasta el lugar y los de la oficina cumplieron su deseo. La llevaron hasta la casa de ella un día, sin avisarle, para que la persona pudiera ver cómo vivía en realidad.

La encontraron lavando la ropa de un bebé. Sabía que lo que ganara con eso no le alcanzaría ni para viajar a la capital, pero lo hacía porque ningún centavo estaría de más en la carrera para conseguir la cantidad solicitada. Si luego no lo lograba, nadie podría acusarla de no haberlo intentado o de haber dejado pasar las oportunidades. La persona le preguntó si creía que podría llegar a conseguirlo. Ella respondió que, si no lo conseguía ese año, lo conseguiría en muchos. La persona preguntó si no confiaba en el ofrecimiento que ella, a través de la oficina, le había hecho llegar. Ella tardó en responder. No quería parecer grosera, pero, en verdad, no confiaba en los ofrecimientos. Había aprendido que la gente cambia de parecer. Contestó que a veces la situación no permite que las promesas o las intenciones se cumplan. La persona no trató de convencerla. La gente de la oficina que la ayudaba le pidió que dejara de lavar por un momento y les enseñara su casa. A la persona le pareció curioso que no tuvieran árbol de navidad. Decidió enviarles uno y también regalos después de que la hija mayor dijo que ella (de buena gana) y sus hermanas (obligadas) habían decidido donar ese dinero para el viaje de su mamá. Quería también donar el dinero que le pagaría a la señora por cuidarlas, pero su madre no aceptó dejarlas sin supervisión.

La persona habría pasado la nochebuena con ellas si se lo hubieran pedido. No sucedió porque ellas pensaban que la persona estaría mejor en su casa cómoda que al lado suyo. La persona tampoco lo pidió. Le habría parecido un abuso de su parte. Tampoco espío la casa. Tan pronto como vio lo que tenía que ver, le pidió que le dejara pagar también por los gastos del pasaporte. Ella, apenada y emocionada por el obsequio, le dio las gracias. Luego, siguió lavando los pañales.

2

El viaje a ese otro país ni es capricho ni es el sueño de toda su vida. Si insiste en hacerlo y en buscar los medios es para poder ver a su hija. Lleva años en su búsqueda. Nunca ha cejado. No entiende que una madre pueda hacerlo o que pueda no lanzarse a encontrarla, como la suya cuando vivían en una hacienda con nombre de caballo, donde también eran colonos sus abuelos maternos.

Entonces tenía nueve años. Su mamá la envió a moler maíz para hacer unos tamales que, en adelante, no volvieron a gustarle. La mandó antes de las siete de la mañana para que no fuera a retrasar sus planes en caso de que se extraviara o se distrajera en el camino. Le explicó por dónde debía caminar y que lo primero que debía hacer al llegar al lugar era dar los buenos días y llamar con cortesía al dueño del molino. Luego debía repetir que decía ella que por favor le moliera esos granos y que le iba pagar con lo que sacara de la venta. Era día de fiesta. Los feriados eran una oportunidad para conseguir algunos centavos extra. Ella no quería dejar pasar la oportunidad. Estaba consciente de que no era la mejor cocinera de los alrededores, así que solo podía competir si llegaba más temprano que las otras. Podía ganar tiempo si enviaba a alguien a moler. Mientras, avanzaría con los otros ingredientes.

No necesitaba decirle quién era su mamá: ella parecía su retrato. Tampoco debían rogar. En caso de que él dijera que no, tenía indicaciones para ir a otro molino, uno que quedaba un poco más lejos, pero donde seguro les fiarían porque eran conocidos de hace mucho tiempo atrás y porque, además, habían sido ayudados por su papá cuando lo habían necesitado. Estaban en deuda con ellos. Si no la enviaba ahí desde el inicio era por la posibilidad de salir más temprano con todo. Lo tenía todo calculado, excepto el hecho de que, al pasar por la playa de arena blanca, la niña se pondría a jugar con las olas y perdería la noción del tiempo frente al encanto del agua.

Cuando por fin llegó, eran las cuatro y media de la tarde. La madre estaba enojada. Quería pegarle, reclamarle al menos, pero solo le quitó el recipiente para apresurar los tamales. Tenía en mente que, si no había podido ser la primera, todavía podía hacer algún dinero vendiendo a los que llegaban al final de la fiesta y debían conformarse con lo que hubiera quedado de ella. Pero estaba tan abatida y cegada por la cólera que, en lugar de verter agua en la mezcla, le echó gas, que guardaba en un depósito idéntico.

Cuando recuerda el episodio, no se lamenta por la tunda que le dio entonces ni por todo lo que le gritó, sino por el hecho de que ella no saliera a buscarla, a sabiendas de que el mar inmenso y hermoso también era un peligro que pudo habérsela tragado. Siempre se ha preguntado por qué no lo hizo. Ha tratado de creer que fue porque tenía muchos hijos, pero la respuesta no la convence: ella, aunque hubiera tenido treinta o cuarenta niños, habría dejado todo por ir a traer a la que le hacía falta, así estuviera en la selva.

Para que no volviera a tardar, en adelante, la envió a un molino que quedaba al otro lado de la bahía. Con la marea baja, se podía cruzar por ahí con el agua debajo de las pantorrillas. Después de una cierta hora, debía pagar bote para volver. Y jamás le daba dinero para él. Pensaba que, con el reloj del agua y nada de dinero, la mantenía en control porque volvía siempre a la hora. Pero quién en realidad controlaba sus regresos era su hermano. Él era quien sabía leer el agua y la posición del sol y era quien le avisaba cuando llegaba la hora de dejar de jugar y de regresar a la casa. Su papá le había enseñado cuando lo llevaba a sembrar con él. Su mamá lo enviaba con ella para que la niña ayudara a cuidarlo, pero era él quien la cuidaba a ella: él sí sabía por dónde caminar para no encontrarse con serpientes y por dónde meterse para conseguir buena fruta para comer durante la espera en el molino.

Confiada en que su hija ya había aprendido la lección durante un año de trayecto, la envió con una de las hermanitas menores: necesitaba que el niño la ayudara con algo de la casa para lo que se necesitaba fuerza de hombre, aunque el hombre fuera un niño de apenas nueve años.

La historia de la playa blanca se repitió porque la hermana pequeña era tan distraída y juguetona como ella. Fueron dos las encantadas con el agua y las caracolas que perdieron la noción del tiempo y se encontraron cruzando la

bahía cuando el agua subía y lo llenaba todo.

Podían haber considerado pasar el tiempo en la orilla hasta que el agua volviera a dejar pasar a la gente a pie, pero el recuerdo de la tunda era tan fuerte que, frente a la masa azul, la única opción viable para ella fue decirle a su hermana que debían enfrentarse y cruzar cuando todavía era posible, aunque difícil. El plan era sencillo: ella se la subiría a los hombros y la sujetaría por las piernas con toda la fuerza necesaria a cambio de que la pequeña llevara el huacal con la masa tan alto como pudiera y tan fuerte como le fuera posible, sobre todo en los cinco metros en los que, según su cálculo, el agua las cubriría por completo.

Convenció a la hermanita con un relato muy breve de la paliza que había recibido el año anterior. No había tiempo para detalles. Debía confiar en ella. Si tardaban más, el agua seguiría subiendo y convertiría su oportunidad en un tramo imposible. La hermanita estaba pequeña, pero entendía qué era no tener dinero para pasar de regreso y entendía también la idea salvar la masa para no tener que enfrentar la furia materna, así que cerró los ojos y la boca, como la mayor le indicó, y protegió el huacal más que a su propia vida.

Cuando salieron, el corazón le palpitaba muy fuerte. Se volvió al agua inmensa y dijo Gracias, señor, aunque no sabía quién era ese señor al que agradecía o si había algún señor al que agradecer. Le parecía increíble estar del otro lado. Su hermana, en cambio, empezó a llorar, no porque había tragado agua, sino porque había perdido un poco de masa en el paso. Pensaba que su mamá la iba a castigar por no haberlo conseguido. Ella la convenció de que no pasaría nada. Estaba segura de que su mamá no se daría cuenta del faltante. Y, si llegaba a notarlo, le diría que había sido culpa suya. Le juró que su madre lo creería, aunque no estaba convencida de eso. Creía que su madre tenía el instinto afinado (aunque en realidad lo que tenía era un reloj) y que, de una u otra manera, las descubriría, así que, en lugar de contárselo a ella, se lo explicó a su padre, que había regresado temprano a la casa ese día.

A los pocos días, estaban mudándose de lugar. La versión oficial fue que su papá ya no quería seguir viviendo en los terrenos del abuelo materno porque había conseguido unos propios en un lugar con nombre de planta, pero ella suponía que había sido por protegerla porque no había masas de agua para

cruzar a los alrededores. Ella era su niña, la primera de las hijas mujeres que había conseguido vivir.

En esa zona, donde también vivía la hermana de su papá, encontró otra gente que le pegaba: sus vecinitas. Se peleaban siempre con ella porque era nueva y porque llegaba a llenar los cántaros, y porque siempre andaba limpia y ordenadita. Le decían vanidosa. Entonces, le halaban la falda para que se cayera, le tiraban el cántaro o metían en ellos sus manos enlodadas para echarle a perder el trabajo y hacerla esforzarse más. Ella quería defenderse, pero había sido advertida por su mamá para no golpear a nadie. Su madre no quería problemas. No quería que respondiera a las agresiones ni con palabras. Si alguien le decía algo o le hacía algo, debía aguantar en silencio. Si no lo hacía, ella le pegaría más fuerte que esas niñas.

Un día que sus papás se fueron para una boda, ella decidió enfrentar a las que la atacaron. Recogió del suelo unas vainas muy grandes y muy duras y azotó a las niñas después de que le botaron el cántaro para que su mamá la regañara. Les dio en las caras, en los brazos, detrás de las rodillas y en todas las partes donde le dolía cuando su madre le pegaba a ella. Les dio con la intensidad con la que sentía que la castigaban a ella y hasta que dejaron de reírse. Y se puso a llenar de nuevo el recipiente y a prepararse para enfrentar el juicio por regresar la boca del recipiente astillada. Sabía que no se libraría de eso porque, una vez que regresó quebrado un cántaro porque lo soltó cuando le salió una serpiente que le golpeó la cara, su mamá, que no entendía excusas, la golpeó por no haber visto la serpiente, por no haber llevado agua y por haber quebrado el cántaro. Tres veces distintas. Para que aprendiera.

La mamá de las niñas también quería darle una lección, así que la esperó en el camino de regreso, la tumbó de un puñetazo en el ojo y le dio patadas en el torso hasta hacerla llorar. Además, le vació el cántaro, así que ella debió regresar al río cuando el dolor se calmó un poco para llenar su recipiente y no regresar con las manos vacías.

Si su madre hubiera estado en casa, le habría pegado más. Pero la que estaba era la hermana de su papá. Tras escuchar su historia, tomó un machete y se fue a buscar a la mujer que la había golpeado. Le gritaba que saliera, que no fuera cobarde, que no se metiera con una niña, sino con alguien que pudiera defenderse. La tía estaba tan enfurecida que ni la mujer ni el marido de ella salieron a enfrentarla. Se encerraron en la casa con las niñas y no salieron ni

cuando ella por fin se retiró ni varios días después. La imagen de la tía rodeando la casa, gritando advertencias y agitando el machete contra el suelo hizo que los otros vecinos también se escondieran y que, en adelante, ningún niño se atreviera a volver a molestar a su sobrina cuando acarreaba el agua. Por supuesto, no se lo contaron a la madre, que no comprendía por qué, de pronto, hasta le ayudaban con el agua a su niña. No lo habría entendido.

Cuando cumplió trece años, su papá le enseñó a armar una pistola, a desarmarla y a disparar. Cuando preguntó por qué, su papá le respondió que había cosas que debía saber. Cuando preguntó para qué debía saber eso, dijo que porque habría un momento en que tendrían que irse, dejar su casa, irse al monte y aguantar hambre, sueño y frío. Cuando preguntó por qué deberían hacer eso, le contestó que porque, para algunos, la vida solo era esperar a que la vida pasara, pero que ellos no podían darse ese lujo. Sus hermanos mayores, que entrenaban desde antes que ella, solo le dijeron que se callara y tratara de dar en el blanco. Lo que hacían era para protegerse. A ella le parecía excesivo. Quizá si estuvieran todavía viviendo en la otra hacienda o las vecinitas siguieran fastidiándola con el agua, lo habría considerado útil. Pero estando ahí, con su padre y la familia de él pendiente de ella, no lo veía necesario. De todas maneras, lo hacía porque él se lo mandaba. Y porque él se lo mandaba era también que iba a la catequesis y accedía a correr y a arrastrarse en el suelo, y a saltar obstáculos y a hacer todos los otros ejercicios que los catequistas la mandaban después de impartir la doctrina.

Había oído rumores de guerra, pero no lo relacionaba con nada de lo que hacían ellos en los predios o en las canchas cuando el sol bajaba su intensidad. Creía que lo hacían porque era bueno para la salud, como ellos mismos decían, y por diversión. No había muchas cosas para entretenerse por esos lados. Si se negaba, seguro la ponían a hacer oficios domésticos en su casa. O la mandaban a rezar, que le gustaba todavía menos.

Ahora entiende que, mientras ella solo oía siglas y veía pinturas a las que no les encontraba sentido ni gusto, ellos sabían lo que iba a pasar. Su papá estaba entrenando a sus hermanos para la guerra, había mudado a su mujer y a los más pequeños para tenerlos seguros y la adiestraba a ella para proteger la casa cuando ni él ni sus hermanos mayores estuvieran cerca. Los catequistas los preparaban para que resistieran en los montes, sea que fueran a pelear en

ellos o les tocara refugiarse como les tocó unos meses después, cuando el ejército invadió esa zona.

El día de la irrupción, ni su papá ni muchos otros hombres de la región estaban en sus casas. Los ruidos y gritos que salían del lugar eran de una estampida de solo niños y de mujeres, y de los helicópteros que los seguían y ametrallaban. Ella, que estaba cuidando a sus seis hermanos menores cuando comenzó, los tomó como pudo y corrió con ellos en la misma dirección en la que iban los demás de la población. Su madre, que estaba dentro de la casa preparando la comida, no tuvo oportunidad de salir sino hasta un rato después.

Cuando lo logró y llegó donde ella estaba con sus hermanitos y el resto de los habitantes, le dijo Acá le entrego a sus hijos. Yo me voy porque no sé qué es esto. Y se fue al monte. A esconderse, que era lo que su instinto le decía. Se fue con la tía que la había defendido de la mamá de sus vecinitas y con las hijas de ella a refugiarse en una quebrada. Su madre, que sí sabía de qué se trataba todo eso, le recibió a los niños y le dijo que ni ella ni sus hermanitos podían irse de ahí, que era posible que los mataran y que, si podía, hiciera lo posible por salvarse ella. No le deseó suerte ni la abrazó. No había tiempo para más que para tomar a los niños de la mano y darle a ella la única tortilla que consiguió sacar de la casa.

Eso comió cuando pasó la noche entera en la quebrada iluminada por los morteros, los cañones de 60 y de 105. Y la compartió con su tía y sus primas en esa noche eterna.

3

Al día siguiente, salieron de ese lugar en dirección a un cantón donde tenían amigos que las recibirían. En esa ruta, fueron capturadas por soldados que las pusieron al mediodía en un predio pelado con un sol terrible y les dijeron que las iban a matar ahí mismo. Aunque no sentía sino furia, comenzó a llorar y a llorar como si sintiera miedo porque eso le había dicho la tía que debía hacer si llegaba a suceder algo como lo que en ese momento estaba pasando. De acuerdo con ella, si no lo hacía, esos hombres pensarían que los estaba retando. Sería su manera de protegerse. La tía se encargaría de rogar por todas, de decir No nos hagan daño, por favor. No somos nada. No debemos nada ni sabemos lo que está pasando aquí ahorita. Aunque sí sabía. Era evidente porque se movía sin dudar, nunca temblaba y caminaba en una dirección muy definida. Ella, que la conocía bien, sabía que su cara de súplica no era una cara verdadera y que además su tía no era de las que suplicaban. Si lo hacía entonces era porque era parte del plan como parte era también hacerla pasar a ella por hija suya aunque no se parecieran nada para poder llevarla a un lugar seguro que su papá le había indicado. Se tragaba el orgullo como un precio pequeño, así que ella se sentía obligada a llorar aunque lo que sintiera fuera rabia y ganas de golpear a esos hombres como golpeó a las niñas cerca del río.

Las primas, en cambio, lloraron de verdad, sobre todo cuando el comandante de los soldados, el hombre más gordo que habían visto hasta entonces, les dijo que se las iba a llevar para criarlas como hijas suyas. Estaban muy pequeñas. La mamá no las había preparado para eso. Les había enseñado a no comer, a no gritar si oían balas, a esconderse en los montes si algo pasaba, pero no a enfrentar su muerte o la posibilidad de vivir el resto de su vida con un hombre que sudaba mucho y escondía sus ojos tras anteojos

oscuros. A ella le dijo que la iba a violar porque ya estaba bonita, como si se tratara de una fruta.

Se imaginaba que era algo feo y tenso porque la tía, en las jornadas de preparación, le había advertido que la podían amenazar con eso para sacarle alguna información. La había instruido para que nunca dijera nada, ni un nombre ni una ubicación de nada de lo que le preguntaran incluso si llegaban a hacerlo. Lo único que debía hacer era llorar más fuerte que nunca y pedir por favor que pararan. Caso contrario, esos hombres podían pensar que a ella le gustaba que se lo hicieran y que disfrutaba de estar con ellos. Nunca había estado con un hombre ni había sentido deseo o curiosidad, como algunas de sus compañeras de escuela. Debió preguntarle a la tía qué era una violación y luego, cuando le dijo que era sexo a la fuerza, debió preguntar qué era el sexo porque tampoco tenía idea. Debió imaginar buena parte porque la explicación de la tía fue bastante escueta. Con todo, era más ilustrativa que cualquier cosa que le dijera al respecto su madre, quien jamás tocaba esos temas. Ni siquiera le advirtió acerca de la llegada de la menstruación o le ayudó una vez que le apareció. La dejó que llorara al ver la ropa interior manchada, que llorara porque no sabía lo que le estaba pasando, que siguiera llorando porque pensaba que se iba a vaciar y a morir a causa del sangrado, y que se resolviera por su cuenta.

De la plática con la tía se quedó con la idea de que siempre debía andar con mucho cuidado, que no debía andar metiéndose en cualquier parte y que no debía perder la virginidad con alguien a quien no amara, como el comandante de los soldados o cualquier otro de ellos. Entonces, cuando se buscaba más lágrima para protegerse, llegaron a avisarle al comandante que habían localizado a los guerrilleros en una hacienda cercana, que era el sitio hacia donde ellas se dirigían. El hombre se volvió a los soldados y los mandó moverse en ese momento. Salieron corriendo como una jauría. Se tiraban cercos, se tiraban piedras y se olvidaron de ellas.

Uno de los últimos en irse se les acercó y les dijo Ahora es cuando ustedes pueden irse. Les insistió Corran. Váyanse, porque ellas no se movían, no porque estuvieran paralizadas del miedo, sino porque no creían que uno de ellos estuviera en disposición de ayudarlas. La tía ya había advertido que ellos podían hacer eso para engañarlas. Las harían creer que estaban de su parte y, luego, les dispararían por la espalda. No sabía si era más doloroso o

no para ellas que un tiro de frente, pero sí que era más humillante, así que no se movió. Una de sus hijas sí lo hizo. Entonces, el otro soldado que quedó en ese lugar ordenó detenerse, dibujó una raya en el suelo con su bota y dijo Si pasan esta raya, sus sesos quedan acá.

El primero que había hablado dijo Dejalas pasar porque los sesos que van a quedar ahí untados son los tuyos, se volvió a ellas y dijo Pasen. La tía sintió confianza entonces y dio la señal para moverse. Sin dar las gracias y sin volver a ver hacia atrás. Guio a las niñas a un lugar distinto al que iban en la primera intención, un lugar de acogida improvisado porque el primero había sucumbido. Entonces ella se separó de la tía. E hizo bien porque, un rato después, los soldados iban detrás de la tía, pues alguien les había informado que ella no era hija suya, sino de uno de los hombres cuyo nombre estaba en la lista de personas que estaban buscando.

Ella se fue a buscarlo. Nadie le había dicho dónde estaba, pero se imaginaba que podía encontrarlo en el caserío con nombre de flor de donde era originario su papá y adonde con cierta frecuencia se movía para platicar con otros hombres. Caminó hasta allá y, en efecto, lo halló sentado con los mismos hombres de siempre, pero con armas de fuego al hombro. Él estaba orgulloso de verla con vida. Ella le contó lo que había pasado durante los días anteriores. El rostro de él no parecía asombrado. Ella no lo notó. Su propia angustia bastaba para los dos. Le dijo Padre, vámonos. Los hombres se miraron en silencio. Uno de ellos asintió. Entonces su papá le dijo que no podía irse con ella porque lo matarían y podrían matarla a ella. Ella debía irse a cuidar a su mamá y a sus hermanos. Él se quedaría ahí para luchar y para defenderlos a todos. Estaba incorporado y se quedaría en el grupo mientras tuviera fuerza y vida. El esposo de su tía, también. No le preguntó por ella ni por las niñas no porque no le importara, sino porque, si llegaban a atraparlo, no quería tener información que pudiera suponer un daño o peligro para ellas. Pero la sobrina no lo sabía, así que le dijo en cuál monte habían quedado y para cuál cantón se dirigían por si acaso él quería unírseles.

Su padre no la retuvo más. Le dio su bendición y la apuró para que se marchara. Entonces se fue a buscar a su madre y a sus hermanos menores a su casa, de la que ya solo quedaban cenizas.

Primero, la madre se había ido con todos los demás al monte, a esconderse

unos días. Luego, igual que ellos, regresó a su casa, pero debió irse porque los soldados se lo ordenaron. Al tiempo que la seguían a ella y a su tía, recogieron a toda la gente en un solo lugar y le dijeron, como a ellas, que la iban a matar. Querían que dijera nombres y ubicaciones de sus esposos y de sus hijos. Querían encontrarlos y matarlos, terminar todo en ese momento y regresar a sus casas y hacer una vida tranquila. Pero no podían tomar las órdenes. Debían esperar a que les dijeran que dispararan para poder hacerlo. Solo estaban autorizados para golpear, uno por uno, a todos los que quisieran, sin importar la edad, para conseguir información. Y eso hicieron. Preguntaban y golpeaban. Preguntaban e insultaban. Preguntaban y volvían a preguntar, y a golpear, y a maldecir. Nadie decía nada, excepto uno de los hermanos pequeños de ella, el que más se parecía a su padre, el que sabía leer el agua y el tiempo. Les dijo Ya basta. Mucho nos han maltratado. Si nos van a matar, mátennos.

Un soldado le pegó en la cara. Le dijo que las órdenes no las daba él y lo tiró al suelo. Le dijo que lo iban a matar cuando ellos quisieran. Era mentira. Ellos tampoco daban las órdenes. Y no morían de ganas por matar niños. De hecho, algunos sintieron algo de alivio cuando llegó la orden de dejarlos e ir detrás de los guerrilleros que habían ubicado en una hacienda cercana. Otros no sentían nada. Era una forma de sobrevivir.

Les dijeron que querían que se fueran de ahí y que no regresaran. Las madres preguntaron para dónde se irían, si ahí estaban sus casas. No tenían otro lugar. Tampoco tendrían ese porque, unos minutos después, los soldados lo quemaron todo. El trabajo de todos los hombres, las horas de todas las mujeres, las tareas de todos los niños, las puertas recién hechas, las paredes que heredaron, todo lo sembrado y todo lo que había quedado en pie después de la invasión quedó vuelto las cenizas que ella encontró cuando regresó a buscarlos.

El único ruido en medio de todo ese silencio era el de su llanto, que esta vez no tuvo que ser fingido ni ahogado porque no había nadie a su alrededor que le dijera que no o frente al que tuviera que simular. Lloraba por su padre y por todo lo perdido. Por su madre y por sus hermanos menores no derramaba lágrimas porque sabía, sin que nadie le dijera, que estarían vivos y en un lugar seguro: la casa cerca de la bahía donde habían vivido antes. Y hacia allá se encaminó. Se fue solita por unos caminos que su papá le había enseñado a andar por si llegaba a pasar un algo que ella jamás se imaginó cómo sería y

que él no detalló para no espantarla, pero que de seguro era eso que estaba viviendo en ese momento.

Por esos mismos caminos llegaron unos días después sus tres hermanos mayores, que también se habían escondido en el monte cuando los helicópteros comenzaron a disparar. Pero, a diferencia de ella, ellos llegaban para despedirse. Se iban a luchar y a defender desde las montañas con su papá. Querían que su mamá supiera y los bendijera por si no volvían a verla. Querían también decirle a su hermanito, el valiente, todo lo que debía hacer para ayudarla y enseñarle unas pocas cosas más que habían aprendido de los oficios del campo para que él se encargara en adelante de eso. Y después se fueron.

Igual que su papá, no le dijeron para donde se iban, pero ella sabía encontrarlos. Cada vez que quería verlos o su mamá quería que supieran algo, se iba por los caminos que su papá les había enseñado y daba con sus campamentos. Los otros hombres se reían nerviosos. Decían que, si la guardia la tuviera a ella, todos estarían perdidos desde hacía tiempo. A ella el chiste no le hacía gracia. No quería que la consideraran traidora ni de broma. Ellos le explicaban que no era eso. Para probárselo, algunas veces hasta mandaban mensajes a sus familias con ella. Entonces debía desviarse de su ruta, quedarse a dormir unos días en otras partes antes de volver a su casa.

Su mamá se fue acostumbrando a sus ausencias y aprendió a aprovechar sus estancias para pedirle que acarreará agua suficiente o hiciera alguna labor del hogar. Habría sido inútil obligarla a quedarse. Una vez que le entraba la melancolía, agarraba camino para estar con su papá, dormir a su lado y jugar con él un rato si se podía. Como antes de la invasión.

4

Cuando cumplió catorce años, tres hombres llegaron a buscarla, armados, a casa de su abuela materna. Le dijeron que su padre les había encomendado avisarle que estaba enfermo, casi muriendo, y que quería verla. Ellos la guiarían hacia él.

A uno de ellos lo reconoció aunque se había rapado el cabello y sus facciones se habían endurecido: estaba, un año atrás, en uno de los muchos campamentos donde había visitado a su papá. A los otros nunca los había visto, pero los ubicaba de la descripción que una de sus vecinas le había dado. Apenas tres días atrás, le advirtió que se fuera de ahí y se escondiera en los montes o en las quebradas porque tres guerrilleros con fusiles andaban en los alrededores violando a las mujeres que encontraran. Ya me violaron a mí y me preguntaron dónde vivías vos, le dijo. Me preguntaron y tuve que decir.

En ese momento, no le creyó. Pensó que se podía tratar de una especie de jugarreta porque esa vecina era una de las niñas a las que había golpeado con las vainas en el incidente del río. No descartaba que, aunque desproporcionada y tardía, se tratara de una venganza suya. Además, le costaba creer que alguno de los hombres que se habían organizado e ido a las montañas para defenderlos pudiera dedicarse a eso. En su mente, los que violaban eran los soldados. Todas las historias de abusos que había escuchado eran protagonizadas por ellos. Pero lo que su vecina le estaba diciendo era cierto, al menos en parte. Los muchachos sí habían estado en los campamentos. Pasó que, tan pronto entraron a la fase de confianza y recibieron armas, tomaron su propio camino y siguieron su propia meta. Aprovechaban que los demás estaban ocupados huyendo de los soldados y avanzando en sus posiciones para llegar a las zonas desprotegidas y tomar cuántas mujeres podían.

Se llevaban a las muchachas tres o cinco días a los montes. Luego, las regresaban y se llevaban otras. A las mujeres mayores las violaban en sus propias casas y luego las ponían a hacerles la comida mientras violaban a sus niñas pequeñas. Más tarde se supo que uno solo de ellos violaba también ancianas. Sus compañeros se abstuvieron, uno por temor a que eso supusiera alguna especie de castigo adicional en el juicio final (si alguna vez llegaba) y el otro porque no encontraba placer en una mujer que no tenía fuerza para resistirse ni futuro para comprometer.

Tampoco violaba a todas las ancianas que encontraba ni bajaba a buscarlas a ellas. Era un asunto más bien de ocasión, para aprovechar el esfuerzo y siempre que la mujer lo viera mal. A la abuela de ella, por ejemplo, jamás la habría tocado porque, incluso cuando la provocó un poco, no vio en ella la respuesta que lo alentaba para humillar. La nieta tampoco le interesaba en particular. Podía reconocer que era bonita, pero no le resultaba atractiva, como a su compañero, que no dejó de hablar de ella desde que iniciaron su propia empresa. Era demasiado delgada para su gusto. Tampoco le agradaban su cabello ni su porte. De no ser porque su compañero insistía en tenerla, habría pasado de ella. Pero lo respaldaba en su elección, así que lo protegió mientras él trataba de convencerla de que atendiera la supuesta llamada de su padre.

Ella respondió que no iría. Dijo que, si su padre debía de morir, no había nada que ella pudiera hacer. A menos que ellos le hicieran el favor de llevárselo ahí a su casa, donde había medicinas para poder cuidarlo y gente para atenderlo. El muchacho repuso que eso no era posible: era ella quien debía ir. Era lo correcto. Ella —que sabía que su padre estaba bien porque lo había visto hacía unos pocos días— dijo que no podía porque era la encargada de conseguir el agua para su casa y para la de sus abuelos. Ya ellos lo habían visto. Justo estaba con el cántaro lleno cuando la encontraron. Se había detenido un rato en casa de su abuela para descansar.

Cuando el muchacho, que había visto en el campamento cómo ella quería a su padre, no pudo convencerla de acudir a él, le puso el fusil en el pecho. Le dijo que había tratado de convencerla, de llevársela por las buenas, pero que no quedaba más remedio que hacerlo por las malas. Le dijo que se iría con ellos en ese momento, que no se preocupara, que solo serían unos tres o cinco días. Le dijeron que solo era para que les hiciera tortillas en la falda del cerro

donde acampaban. Ella se negó. Dijo que no podía hacer tortillas. Su mamá se los podía confirmar. Siempre la regañaba por eso.

Contestaba con calma, pero, por dentro, estaba temblando. Sabía lo que los muchachos tenían entre manos y no estaba dispuesta a permitirlo. Sabía también que debía entretenerlos todo el tiempo que pudiera porque, puesto que eran desertores, no les convenía quedarse demasiado tiempo en ninguna parte. A los desertores se los castigaba tan o más fuerte que a los enemigos. Lo sabía porque había visto casos en los campamentos. También sabía que los hombres organizados no perdonaban a los que dañaban a la población. Su esperanza era que, si retenía a los que trataban de llevársela, alguien iría a avisar a los que estaban en las montañas, estos bajarían y los matarían ahí mismo. Pero nadie se movió ni a avisar ni a defenderla. Ninguno de sus tíos presentes ni ninguno de los niños que estaba ahí cerca ni las mujeres que veían desde las ventanas hizo algo al respecto, salvo mirar en silencio cómo ella seguía resistiéndose a lo que todos sabían que sucedería y poniendo obstáculos a todas las razones falsas que ellos le daban.

El que violaba a las ancianas se fastidió. Le dijo que no tenían más tiempo para ella, que se dejara de estupideces y se fuera con ellos en ese instante. Se colgó el fusil al hombro y se dispuso a agarrarla. Pero ella se tiró al suelo para hacerle más difícil la tarea, que en realidad no fue ardua porque su corta estatura y su peso insignificante no le supusieron esfuerzo al hombre. Lo que sí le complicó el plan fue que ella se agarrara de las barandas, de las ramas y de todo lo que tenía a su alcance. Eso le dio oportunidad a su abuela para mandar a avisarle a la madre de lo que estaba sucediendo con un niño al que no le prestaban atención. La resistencia de ella fue tanta que dio oportunidad a que su mamá acudiera con los seis pequeños de la mano y la falda a preguntar qué estaba pasando y por qué querían hacerle daño a una niña que no les había hecho nada ni podía lastimarlos.

Los muchachos le dijeron que no se preocupara, que ya le iban a regresar a su hija, que se regresara a su casa y atendiera a sus otros niños. La mamá les pidió que la soltaran y, en su lugar, la mataran a ella si lo que querían era sangre. Y les pidió también, por favor, que mataran de un solo a los seis pequeños que la acompañaban porque, sin ella, ni uno iba a avanzar. Nadie les iba a dar de comer. Nadie los iba a cuidar. Nadie velaría por sus vidas. Era mejor que terminaran juntos.

Le respondieron que no. El asunto era con su hija. Con nadie más. La madre se enfureció cuando vio que le pusieron el fusil en la garganta a la niña y dijo algo que provocó que el hombre le extendiera el fusil y le dijera Vaya, señora, tómelo. Máteme. La veo muy enojada. Va a estallar si no lo hace. La madre le dijo que mejor se lo entregara a la hija. Como el padre le había enseñado a usar pistolas, se las arreglaría para entender en segundos cómo funcionaba el fusil y acabar con ese hombre aunque luego los otros dos acabaran con ella, si es que no se acobardaban y salían corriendo como los cobardes que eran. Pero él sabía bien a quién le ofrecía el arma. Le dijo que se la daba solo a ella porque la veían más enojada que a la hija. Y se la extendió una vez más. La madre resolvió tomarla aunque no supiera usarla porque al menos le serviría para golpearlo. Sabía que, para matar, no se requería de demasiado. Ya lo había hecho una vez, hacía mucho tiempo. No le había gustado, pero podía repetirlo si era necesario. Entonces la hija habló. Le dijo al hombre que parara. Se tragó su orgullo como la tía le había enseñado que debía hacerse con ciertos hombres y le suplicó que se fueran.

Has violado a todas, le dijo. Yo no te debo nada para que quieras hacerme daño a mí también. Se portaba, en ese momento, como le habían dicho que debía hacer con los perros: no demostraba el miedo, aunque lo sentía hasta en los dedos. Se las arreglaba para que el cuerpo no despidiera el olor del temor. Le dijo que sabía quiénes eran y lo que hacían. Al que conocía, incluso lo llamó por nombre. Al verse descubierto, le dijo que ya se había cansado de luchar por ella y que, si no podía llevársela con él, la mataría ahí mismo. Entonces la puso contra la pared y la hizo extender los brazos en cruz.

Le dio una última oportunidad: contaría hasta tres para que ella cambiara de parecer. Luego de pronunciar el número uno, dijo Solo te quedan dos. Después de pronunciar el número dos, montó el cargador. Luego dijo Tres. Ella no cerró los ojos. Siguió viéndolo fijo y sin una sola lágrima. Él le dijo Sos una valiente, hija de la gran puta. Su madre habría preferido que se mantuviera callada, que guardara silencio como el resto. En cambio, dijo que no lo era. Solo que no te debo nada. No tenés por qué molestarme, siguió. No sé por qué me querés matar. Él contestó que porque no se quería ir con él a pesar de que él la quería. ¿Cómo era que no se había dado cuenta las veces que lo vio en el campamento? ¿No lo vio sonreírle? No. Ella no se dio cuenta. Llegaba a ver a su papá nada más. No tenía ojos para nadie más ni corazón

para otra persona. Tampoco en ese momento. No le gustaban los hombres como hombres todavía. Ni le interesaban ni pensaba en hacer una vida junto a alguno, como las niñas de los alrededores. No le hacía caso ni siquiera a uno que llegaba con frecuencia a casa de su mamá para ofrecerse a ayudarla en lo que fuera y congraciarse con ella aunque todos decían que era buen muchacho, muy fuerte y muy apuesto, aunque lo apuesto en el campo no significara mayor cosa porque no servía en absoluto para hacer las tareas de la tierra. Ella todavía pensaba en muñecas, aunque no tenía una sola porque no tenían dinero para comprarle y todos le decían que ya estaba grande para jugar con ellas.

Lo de las muñecas y lo del otro pretendiente no se lo dijo al muchacho del fusil. Nada más le dijo que ella no se iba con él. Entonces se van tus tíos con nosotros, dijo. Dio orden a sus compañeros para que los amarraran y se los llevaran a la montaña, donde los golpearon y les recordaban que lo hacían por ella.

Llegó un momento en que uno de los tíos dijo Ya es demasiado. Si nos van a matar, mátennos ya. El gesto de valor le gustó al pretendiente. Le dijo que, por valiente, los iban a soltar a todos, aunque en verdad, iba a tener que dejarlos ir casi en ese momento porque su compañero más callado y encargado de calcular el tiempo que podían quedarse en cada zona estaba por avisarle que era hora de moverse de lugar si no querían ser atrapados. Los seguían los militares que los creían guerrilleros y los guerrilleros que los consideraban desertores. No podían arriesgarse más por su capricho.

Les dijeron que les darían cinco minutos antes de empezar a disparar. Les dijeron que corrieran tan rápido como pudieran y que recordaran siempre que todo lo que les habían hecho había sido por culpa de ella. Ni la abuela ni el resto de la familia se lo perdonaron. Ya no volvieron a verla como antes ni a dejar que descansara en sus corredores cuando venía de regreso con el agua, ni a que jugara con sus hijos. Tampoco volvieron a llevarle comida a su mamá o a sus hermanos pequeños. Lo único que hicieron fue darle el mensaje que ellos le enviaron: que regresarían por ella en tres días y que no querían que volviera a ponerse como ese día.

Ella comenzó a llorar y no se detuvo ni porque el pretendiente de la localidad, al enterarse de lo sucedido, tomó su pistola y se apostó al frente de su casa decidido a protegerla de ellos con la ayuda del hermanito que se había enfrentado a los soldados y había sido designado como el nuevo hombre de la

casa. Solo se detuvo cuando llegó su papá, que bajó porque le habían informado de lo sucedido y llegaba a comprobar la veracidad de los hechos. No creía que su hija hubiera podido oponer resistencia y mostrado tanto valor. Varias veces preguntó si de verdad no le habían hecho nada. Su madre y ella le juraron que no. Pues hoy te vas a ir conmigo, le dijo. A la montaña. Ella preguntó por cuánto tiempo. Él le dijo que por unos quince días, mientras daban con esos hombres y los mataban. No era necesario que se llevara nada con ella porque pronto estaría de regreso. Así que ella obedeció y esperó. Justo a los quince días, le informaron que los tres hombres estaban muertos ya gracias a las coordenadas que había proporcionado.

5

Se lo ha contado muchas veces a las hijas que viven con ella. Desde siempre. Cree que es bueno que sepan lo que puede ser el mundo fuera de su casa, aunque su casa quede en una colonia que consideran segura y el mundo ya no sea lo que era. La guerra había terminado. Las hijas le dicen que no hay nada que temer. Ella no se confía. Así haya documentos y hayan pasado varios años, cree que siempre puede surgir algo y que hay que estar preparado, sea para enfrentarlo o para huir.

Sus vecinos —excombatientes, como ella— creen lo mismo. Revisan a diario las noticias en busca de una señal. Están pendientes de lo que la gente comenta, sobre todo si lo hace en voz baja. Por mucho tiempo, siguen entrenando como si estuvieran todavía en la montaña. Corren, ruedan por el suelo, se arrastran para no perder tono. La gente de los alrededores se pone nerviosa por eso. Supone que tienen en mente no cumplir los acuerdos de paz. Viven pendientes de lo que hacen, tratan de ver alguna señal que les indique si deben dejar ese lugar. Muchos los reportan a las nuevas autoridades. Los acusan de estar formando un ejército clandestino. Aseguran que no entregaron sus fusiles en el desarme, que se pasean con ellos al hombro en la colonia que les construyeron y les entregaron una vez que bajaron de las montañas.

La nueva policía y los observadores internacionales llegan a inspeccionar con frecuencia durante los primeros años. Dicen, para calmarlos, que es algo de rutina. Los habitantes saben que es asunto de la gente del pueblo. No confían en ellos. El sentimiento es recíproco. En el pueblo, no se fían incluso cuando, después de cada inspección, la nueva policía y los observadores presentan un reporte que dice que ninguna arma fue encontrada en la pesquisa. Los pobladores creen que la nueva policía y los observadores internacionales están del lado de los excombatientes. No dejan de espiarlos. Los

excombatientes lo saben. Deciden trasladar sus ejercicios al monte, donde la gente del pueblo no los vería y no se pondría nerviosa si no los siguiera para espiarlos con el pretexto de dar de comer a su ganado o de buscar nuevas tierras para sembrar.

Con el paso de los años, las denuncias disminuyen, aunque el miedo y la desconfianza persisten. Algunos excombatientes venden la porción de tierra que les quedó. Buscan nuevas vidas en un sitio donde no los conozcan y no los vigilen. Los que se quedan prefieren que sus hijos no suban al pueblo. Prefieren ir a hacer la compra o pasar revisión de salud en otro lugar. Incluso los mandan a otra escuela hasta que descubren que les resulta más caro pagar porque toman más autobuses y desgastan los zapatos más rápido. Entonces comienzan a enviarlos a la del pueblo.

Los días de las entregas de notas, los otros padres de familia se sientan separados de ellos. Advierten a sus hijos que hagan lo mismo todos los días de clases. No quieren que nada los haga enojar. Siguen creyendo que tienen armas y que pueden acabar con ellos en cualquier momento.

Los hijos piensan que sus padres exageran, pero no bajan a la colonia para excombatientes. Nunca bajan ni buscan novias entre las hijas de ellos, incluso si les parecen muy bonitas, como las cuatro niñas suyas.

La segunda de esas niñas es la que más se le asemeja. Tiene el cuerpo y el cabello como los suyos a su edad y muchos de sus gestos. También tiene su carácter. Si hubiera estado más grande para la fecha de su viaje, la habría dejado a cargo de sus hermanas con toda tranquilidad. La mayor, en cambio, era el vivo retrato de su papá, pero sin el valor de él o el de ella. Era una niña buena y fuerte que no le hacía feos al trabajo, pero que temblaba ante cualquier amenaza. Más por ella que por las otras fue que decidió pagarle a la señora para que las acompañara durante su ausencia. Aunque le había dicho que no era necesario y le insistía en que podía usar ese dinero para alguna cosa en París, ella sabía que no soportaría la presión de lidiar con un hombre que andaba rondándola en los caminos y le decía, primero, que la haría suya y, luego, que la haría madre de sus hijos. Necesitaba que alguien la acompañara a la escuela o a la milpa. La señora resultaba perfecta para eso pues ese hombre le tenía algo de respeto por ser era hija de la mujer que había sido su profesora en la escuela.

La tercera de las hijas tenía el rostro de ella, pero el cuerpo de la familia

del papá. Todavía no había desarrollado, pero se adivinaba que sería la más alta de todas. Era una niña que, aunque sonriente, era capaz de golpear con palos a los niños que la molestaban en la escuela por ser hija de una excombatiente. Había tomado como misión defender a la menor de todas, aunque ella no lo necesitara porque sabía entrar y salir con gracia de las situaciones con otros niños. No había quién se peleara con ella. Resultaba tan simpática que incluso la gente del pueblo la recibía en sus casas cuando salía a pasear sola por el lugar. La invitaban a tomar café y a comer lo que hubiera en las mesas con tal de escucharla platicar de cosas ordinarias que ella convertía en divertidas. También cantaba y bailaba si se lo pedían. Montaba un espectáculo incluso si nadie la veía. No necesitaba público.

A la hija que estaba en el otro país, la que los vecinos no conocían, no se la podía imaginar. Las veces que la escuchó por teléfono fue siempre con un intérprete que —le parecía a ella— modificaba los mensajes porque, por momentos, se quedaba callado y decía que no sabía cómo traducir lo que acababa de decirle. El tono de voz le parecía distante y un poco amargo. El intérprete le decía que, comparado con el de la hija pequeña, cualquier tono se escuchaba distante y amargo. Le decía también que era un asunto del idioma, que la gente del país que lo hablaba sonaba toda así, sobre todo por teléfono, que no se confundiera ni se anticipara. Ella intentaba no hacerlo, pero, cuando menos lo sentía, estaba pensando si sería como sus otras hijas, que llegada cierta edad, eran incapaces de salir ni siquiera por el pan si no tenían las uñas de los pies pintadas y el cabello en perfecto orden.

Seguro lo habría heredado de ella, que, en plena guerra y metida en la montaña, se las arreglaba para andar bien peinadita. Había conseguido colas de colores que no hacían juego con el uniforme en una población que visitaron. La gente que los atendió después de que ellos les ayudaron en algo le preguntó qué necesitaba, qué quería. Entonces las pidió.

Cuando el encargado del abastecimiento le preguntaba qué necesitaba, pedía siempre calzones de colores pastel, como unos que le regaló una extranjera que llegó a verlos al campamento, aunque siempre le entregaban unos negros de lo más simples y la regañaban por ser una vanidosa en un momento en el que el país se encontraba en una situación que exigía la entrega total de cada uno de ellos. Le repetían que el compromiso suponía usar bien los fondos que sus compañeros del sector político obtenían y no gastarlo en

superficialidades. Ella le contestaba que su estancia en la montaña era mejor prueba de su compromiso que los calzones y que necesitaba unos muy buenos para seguir en ella. También dijo que necesitaba sostenes. Antes, en su casa, los había rechazado porque no les veía utilidad, pero, con el paso del tiempo y la redistribución de su cuerpo, llegó a necesitarlos, sobre todo a la hora de correr. Ellos no lo entendían porque eran hombres, pero podían preguntarle a cualquier mujer que estuviera en sus mismas circunstancias.

Seguro lo hicieron porque, pocos días después, le entregaron dos negros de muy buena calidad, que además traían un adornito con el que ella jugaba en los ratos en los que se podía.

El mayor tesoro en su mochila era un espejito que le había mandado su tía, que conocía y entendía sus necesidades. Se lo había mandado con el esposo, que tardó en entregárselo porque no coincidían en los campamentos ni en las zonas de acción.

Eso y —más adelante— su afición por las cremas le ganaron la fama de coqueta en los campamentos. Los hombres le hacían burla por eso y las mujeres le conseguían lo que podían para consentirla. Era la niña de todos.

Solo su padre se resistía a alimentarle los caprichos. Las veces que estuvo a cargo del abastecimiento fue cuando ella recibió menos cosas y obtuvo las prendas de la peor calidad. Su padre la quería, pero no podía permitir que lo acusaran de favorecerla. No se lo perdonaría. Ella lo entendía. Nunca reclamó por eso. Para lucir mejor, cortaba flores, por las que él la regañó. Le dijo que podían ponerla en evidencia, echar a perder el efecto que lograban con la ropa de camuflaje que les había costado conseguir, sobre todo en la talla de ella.

Esa vez, ella se molestó. Le dijo que ya estaba cansada de vivir de esa manera y que quería regresarse con su mamá a su casa y a su vida de antes. Le dijo también que no le encontraba sentido a lo que hacían en las montañas. Su papá le dijo que era una cobarde. Le dijo también Quisiera tener tu edad... Con qué ganas lucharía para que todos tuviéramos igualdad...

Ella sintió vergüenza por la manera en la que él la vio. En adelante, solo cortó flores para usarlas en los días que estaba en el campamento.

La preocupación por la apariencia no pudieron quitársela ni con sermones ni con carencias. Incluso en la época en le dictaron como castigo cortarse el cabello como el de los hombres, encontró forma de ser la más estilizada de

todas. Y, cuando llegó el momento de la firma de la paz y la hora de bajar de las montañas, usó el estipendio que le dieron para comprar cremas y algún maquillaje en el mercado del pueblo.

Lo único que la hizo dejar de comprar o conseguir sus cosas fue el momento en que las hijas comenzaron a querer y a necesitarlas. Como el dinero no alcanzaba para todo, cedió lo que le correspondía para que ellas lo tuvieran y cuidaran sus rostros y sus cabellos, pintaran sus uñas y olieran a las flores que más les gustaban.

Si la hija que estaba en el otro país era como ellas, seguro agradecería un obsequio con olor. Le habían dicho que en ese país se podía conseguir muy buenos perfumes, que no era necesario que le llevara uno, pero ella insistió en conseguirle uno de los que se fabricaban ahí, con flores que solo crecían en esta parte del mundo. Un bote pequeño, que la encargada del equipaje en el aeropuerto vertió en un contenedor frente a ella porque había llegado la orden de no permitir líquidos en los vuelos a causa de un hombre en otro país al que se le descubrió un ingrediente explosivo en una botella con agua.

Al intérprete le pareció lo mejor. Con todo y el dolor que le causaba, pensaba que era mejor que lo perdiera con una extraña en uniforme oficial a que fuera a ser rechazado por su hija frente a ella. Por supuesto, no se lo dijo. Trató de explicarle que las leyes antiterrorismo habían cambiado todas las normas de viaje, que no tenía que ver con ella ni con su pasado, ni con el destino. La vida no estaba diciéndole nada. Le pedía que se calmara. Le aseguraba que conseguirían allá algo para darle a la hija. Tal vez unas flores. Sabía que, hasta en esa época del año, era posible conseguir unas muy lindas y de este lado del mundo. No tan lindas ni tan frescas como las que ella usaba en los campamentos porque eran de invernadero, pero sí bastante bonitas, suficientes para acompañar el encuentro. También le contarían a la hija que había intentado llevárselo. Le dijo que estaba seguro de que ella lo agradecería tanto como si lo hubiera recibido.

6

Le han dicho que la hija que está lejos se deprime con frecuencia y —para que deje de sentirse culpable— desde antes de que supiera que tenía una madre distinta a la madre con la que se crió, que esa otra madre la estaba buscando desde hace muchos años, que la había encontrado con ayuda de una asociación fundada por un sacerdote y que iba hacia allá para verla después de que ella dijera que no tenía posibilidades para viajar hasta el país donde vivía con sus hermanas. No cree que eso sea herencia de su familia. Nunca escuchó que alguien de su lado se deprimiera. Ni siquiera sabe qué es eso. Le explican que es algo así como una enfermedad, brotes de tristeza muy fuerte que hacen que la gente llore mucho o se quede inmóvil por días, semanas, meses o años. Es algo que no puede entender. No le parece un padecimiento de alguien que fue concebida en los montes. Le cuesta imaginar qué habría pasado si alguno de sus compañeros de campamento hubiera tenido esa enfermedad. No habría sobrevivido la guerra. No habría durado ni un combate. ¿Podría ser que se hubieran equivocado de hija? Ni su padre ni su madre, ni ella ni ninguno de sus hermanos eran de esa manera. El padre de la niña, con todo y lo que ella tenía en su contra, tampoco podía ser calificado de eso.

Las pruebas no mentían. La niña —que ya era adulta— era su hija, incluso si a la niña no le gustaba para nada la idea. Los resultados eran contundentes. El laboratorio que analizó la muestra bucal que dio a regañadientes y después de muchos ruegos y visitas de los investigadores locales del sacerdote arrojó un 99% de coincidencia con la que dio su madre.

Otros niños perdidos se habrían alegrado con la noticia o hasta con solo la posibilidad. Ella, no. Se puso a llorar. No tenía espacio para una tercera madre. Bastante trabajo le daba ya vivir con la francesa que la había criado y con la madre biológica que le dijeron que había muerto en combate en un país

en el que ella no recordaba haber estado cuando preguntó por qué no se parecía ni a la francesa ni al esposo de ella si era hija de los dos y vivía en su casa desde siempre. La morena recién aparecida no podía esperar ocupar el espacio que estaba consagrado a la madre muerta ni rivalizar con el de la madre viva de piel clara. Tampoco le gustaba la idea de que se la llevaran del país en el que vivía a otro que no sabía si podía gustarle y cuyo idioma no hablaba ni le interesaba aprender.

Le dijeron que nadie intentaba sacarla del que se había convertido en su país. Ella era ya una mayor de edad. Podía decidir si se quedaba donde había crecido o se movía al lugar donde nació. Podía decidir también si quería seguir llamándose con el nombre que había recibido al ser adoptaba o recuperaba el que su madre le había asignado cuando nació. Nadie intentaba obligarla a nada. Solo buscaban reunir familias, permitir que los que habían sido separados por la fuerza pudieran volver a verse y darle algo de paz a una mujer que no había tenido descanso desde el día que a ella la separaron de sus brazos. No podía negarse a eso. Después del reencuentro, ella podía seguir su vida si quería. Llamarla o escribirle de vez en cuando dependería de ella. Visitarla o permitirle volver a verla sería también su decisión. Solo le pedían una oportunidad, una muestra de misericordia para otro ser humano.

El término misericordia no significaba mucho para ella. No había sido criada como católica ni bajo ninguna otra religión. Tampoco sentía curiosidad. Lo que la hizo aceptar fue la solicitud de la madre francesa. Creía que debían hacerlo para aclarar las cosas. Ella quería mostrar que no había habido mala intención de su parte. Había comprado a la niña porque siempre había querido tener una hija. Las monjas que se la vendieron y se la llevaron hasta su ciudad lo sabían. Eso y que la mujer era buena paga: Había comprado ya, y también en efectivo, otros dos niños —de tres y siete años— para formar la familia que no podía parir.

También era buena casa. Con su sueldo de profesores, les habían dado a los muchachitos el mejor hogar posible, vacaciones y una educación que no habrían podido tener en sus lugares de nacimiento. Ellos estaban conscientes de eso y le estaban agradecidos. No querían romperle el corazón, pero lo hicieron un poquito cuando le preguntaron a los investigadores que llegaron por su hermana si no había padres o madres que estuvieran haciendo lo mismo por ellos. Si habían sido vendidos por las mismas monjas, era posible que sus

familias también estuvieran en una situación similar a la de la niña a la que toda la vida llamaron hermana.

Lamentaron informarles que no. Cuando revisaron sus archivos, comprobaron que, en efecto, las familias de ellos habían muerto en la guerra. No eran de la guerrilla, como los padres de su hermana. Tampoco eran de la misma región del país. El mayor venía del lado norte. El segundo había nacido en la zona central. De no ser por la mujer que los adoptó y les enseñó a vivir juntos, jamás se habrían conocido entre ellos ni habrían conocido a la que ahora era su hermana. Ella era de la región oriental. Si se hubiera quedado donde se suponía que debía estar, habría crecido en un pueblo cuya calle principal da a un cerro.

Ellos pidieron que, por lo menos, se buscara a sus tíos o a sus primos. Algún pariente debía estar vivo y preguntarse si ellos estaban vivos o qué destino habían tenido. Los investigadores prometieron buscar, seguir intentando. Les avisarían si llegaban a tener alguna pista. Los mantendrían en una lista de espera que —no les mentían— era bastante larga para el poco personal y el casi nulo presupuesto que tenían. Les pidieron que les ayudaran con su hermana, que no se consideraba lo afortunada que ellos la creían. Ellos querrían al menos saber cuál era su otro nombre. A ella, en cambio, no le agradaba el que le habían puesto. Era demasiado católico para su gusto y demasiado guerrillero. Al pronunciarlo en francés ni siquiera tenía gracia o sonoridad. Habría sido el blanco de todas las bromas en la escuela de haberlo conservado. A su mamá biológica, en cambio, le parecía el nombre más hermoso de todos. Era la suma de todo aquello en lo que creía. Por supuesto, no la llamaba por él, sino por el nombre que le había dado la nueva familia, aunque no le gustaba. Le parecía extraño. No le recordaba a nada. Ni siquiera podía pronunciarlo bien. El intérprete había intentado enseñarle hasta el cansancio. Era como si su boca se negara a aceptarlo.

La llamaba hija. A la niña no le agradaba. Habría preferido que la llamara por su nombre, aunque lo pronunciara mal. Ella prefería llamarla señora. Era más distante y siempre educado. No podían acusarla de ser descortés.

Nadie lo hacía, aunque todos lo pensaban. Creían también que podía ser más cálida, incluso si la consideraba una extraña, como había explicado. Ella pensaba que hacía todo lo que podía. Incluso, más de lo que la señora merecía porque, sin importar lo que dijera o las historias que le contaban, era un hecho

que la había abandonado. Nadie podía sacarle eso de la mente. Se preguntaba qué habría tenido o hecho ella para que lo hiciera. Los investigadores le decían que había sido culpa de la guerra. Los hermanos le decían que debía concentrarse en el hecho de que, con todo y todo, la mujer llegaba del otro lado del tiempo para arreglar la situación y que sería bueno que la escuchara antes de sacar conclusiones. Los investigadores no le daban más información. Decían que lo que debía saber debía escucharlo de boca de su madre. Ellos podrían ayudar con la traducción nada más. El mayor de los hermanos decía que él podía estar con ella para confirmar que los investigadores no la engañaban o cambiaban la historia. Ya no hablaba español, pero todavía lo entendía bastante bien al escucharlo. Había palabras que, por supuesto, no manejaría, pero podía comprender el grueso e intuir lo que se le escapara, sobre todo porque los investigadores habían dicho que la mamá era una mujer sencilla. Apenas había terminado el primer grado en la escuela.

Los padres adoptivos tienen miedo. La madre piensa que pueden quitarle a la niña, separarla de ella, llevársela lejos. El padre piensa que la madre biológica querrá sacarles dinero a ellos o a la niña, que apenas puede con sus propias cuentas. Se deprime tanto que no dura mucho en los trabajos que tiene y que le pagan poco. Podría tener uno mejor si estuviera calificada, como ellos le dijeron, pero ella no hizo caso. No quiso seguir su formación, como sus hermanos. No entró a la universidad. Ni siquiera lo intentó. Decía que los estudios no eran lo suyo, aunque podrían haberlo sido si hubiera puesto un poco más de empeño o si cambiara su actitud y lo hiciera ahora y si no tuviera que estar siendo internada en el hospital a cada rato por sus depresiones. No se imaginó, cuando la recibió en su casa, que lloraría más de grande que de bebé. Era una niña muy callada. Muy dormilona y comilona, les dijeron cuando los llamaron para decirles que había llegado al hospicio que mantenía el convento, que estaba disponible y que habían pensado en ellos para darle un hogar. Sabían que eran buenas personas y que darían lo que les pidieran por tenerla. Ahora pensaba que a lo mejor la madre biológica sabía eso también y les pediría dinero a cambio.

En otro tiempo, le habrían dado lo que les pidiera. Su situación actual no se los permitía. Tampoco podrían afrontar un juicio si a la madre biológica se le ocurría atacarlos por ese lado. ¿Cómo responderían cuando les preguntaran por lo que habían hecho? No creía que la gente de un tribunal se conformara

con las respuestas simples que les dieron a sus hijos adoptivos cuando preguntaron ¿Por qué del mismo país? Para que tuvieran algo en común. Para que parecieran hermanos entre ustedes aunque no parecieran hijos nuestros. ¿Por qué de ese país? Porque era más rápido y más fácil. No había trámites ni complicaciones. Pagabas y te daban a los niños. A algunos hasta los dejaban escoger. Nunca preguntaron por la política de devoluciones, pero suponían que habría sido posible hacer un cambio si les mostraban a las monjas que el asunto no funcionaba o podía ser mejor para todos. ¿Por qué ellos? Por fortuna. O azar. Como quisieran llamarlos. Nunca los vieron ni en foto. Nunca viajaron al país en guerra porque había guerra y porque no había dinero suficiente para viajar y además pagar por la adopción de los niños y darles la calidad de vida que les dieron. Ellos sabían que no eran ricos. Administraban lo mejor que podían para tener lo que tenían. Ahorraron mucho para poder tenerlos a ellos.

No habían sido los únicos. Conocían a otras parejas y a mujeres solteras que hicieron lo mismo. No mantenían relación con ellas para que sus niños no se aliaran con los de ellas y regresaran en masa al sitio de donde habían sido arrancados, pero les estaban agradecidos por haberlos guiado hasta la puerta de las monjas. De vez en cuando las llamaban para recordárselos, para mantenerlas al tanto y para preguntar por algunas costumbres que los niños desarrollaban y que no les habían enseñado ellos ni les parecían muy de por esos lados. También las llamaron para contarles lo que estaba pasando con su niña. Querían advertirles por si, de pronto, llegaban investigadores también a sus casas con noticias de familias que todo ese tiempo habían creído muertas.

Se pregunta si las monjas habrían sabido que la mujer que estaba por llegar a su casa no estaba muerta. Se pregunta también si, a la hora de buscar culpables, las monjas serían también subidas al estrado y cargarían con su parte de la responsabilidad. Su esposa se pregunta si el corazón de la niña que crió se inclinará al lado de su otra madre una vez que la tenga al frente, si existirá eso que la madre biológica entiende como el llamado de la sangre y que es su única esperanza en ese momento, que va sobrevolando la distancia que las separa sin poder dormir, sin poder comer y sin poder dejar de pensar que la depresión debía ser una enfermedad de ciudad grande y fría que se podría cuidar si la dejara y se fuera a vivir al sol, que era el cuerpo diciéndole que estaba en un sitio que no era el suyo, un aviso de que debía

regresar con ella.

7

La hija no la espera en el aeropuerto. Tampoco los padres adoptivos. No es una sorpresa: dijeron que la hora en que llegaba su avión era muy poco conveniente para todos.

Si los muchachos que se criaron como sus hermanos hubieran sido los hijos de ella, habrían llegado sin que ese detalle hubiera importado. La habrían recibido con flores y con abrazos. O no habrían esperado a que ella volara: habrían ido ellos mismos a buscarla al país y habrían aprovechado para conocer a sus hermanas y mirar la tierra, como había pasado con muchos otros niños perdidos que por fin habían sido localizados. Incluso se habrían presentado en el aeropuerto si los padres adoptivos o la hermana de crianza se lo hubieran pedido por favor y les hubieran dado los datos. Pero, en lugar de eso, les solicitaron que no intervinieran, que no se adelantaran al encuentro, que no pidieran los datos a la aerolínea ni fueran a buscarla por su cuenta.

Quien la esperó en la salida fue la investigadora local, una joven que sostenía un cartelito con su nombre y el del intérprete y que se quitó en ese momento su bufanda para dársela porque calculaba que la pobre no soportaría el frío con lo que llevaba puesto. Le dijo que, tan pronto llegaran a la casa donde iban a alojarlos, le conseguiría algo más para soportar los días que venían.

Fue una sorpresa. Les habían dicho que, al llegar a la terminal, tomaran un taxi hasta una dirección que llevaban anotada en un papel. La persona en el destino final pagaría por el taxi o les reembolsaría el coste unos días después. La investigadora tenía un viaje programado para esa fecha. No querían modificar sus planes a última hora. Pero ella lo hizo gustosa. Decía que no era molestia. Si querían, podían quedarse en su casa. No era tan grande ni tan cómoda como la que les habían conseguido, pero estaba a su disposición el

día y la hora que quisieran. Para ella, sería un gusto recibirlos.

Para la hija, no. Ella solo quería salir del compromiso lo más rápido que pudiera y solo quería estar lo necesario. A la madre adoptiva, eso le dio un poco de tranquilidad. También se lo dio el que la madre biológica le dijera que no pensaba acusarlos ni a ella ni a su esposo. Les estaba agradecida por haber querido a su hija y cuidarla todo ese tiempo. Ellos sacaron los álbumes fotográficos de ella, de su infancia y adolescencia. Había en ellos tarjetas que había hecho para el día de las madres. Ni una estaba dirigida a la mamá que creía muerta. No tenían por costumbre ahí escribirle a los difuntos. La niña, además, no escribía mucho. Una o dos líneas apenas. Nunca fue su afición. Lo que hacía era porque la escuela lo mandaba. Eso podía haberlo heredado del padre biológico. A él tampoco le gustaba escribir. Ni siquiera cuando ella lo buscó para contarle que había encontrado a la niña y que la asociación que fundó el sacerdote había ofrecido hacerle llegar cartas de ellos sin costo alguno aceptó. Tampoco quiso dictarle una. Le pedía que dejara las cosas como estaban, que no insistiera y que no molestara a la niña. Donde fuera que estuviera, tendría ya una vida hecha. No tenía sentido echársela a perder con historias de una guerra que no podría imaginar o entender y que ellos debían olvidar. Todo era pasado. Era mejor no volver a un terreno del que ya habían salido.

Ella insistió. Al menos una tarjeta, le dijo. La niña se alegraría de recibirla aunque no la entendiera. Alguien se la traduciría. No sería difícil. Él tenía linda letra. No como las que las maestras de la escuela querían que los niños aprendieran, pero sí bastante mejor que la de ella. La de la hija era más bien redonda. Muy limpia. Mejor que la de cualquiera de sus otras hijas. La madre adoptiva dijo que se debía al método que empleaban en ese país y a los cuadernos en los que practicaban cuando eran niños. No le parecía que fuera una letra espectacular. De hecho, toda la vida la había regañado por eso. También por los números. Sobre todo, le molestaba cómo hacía el cinco.

Al esposo no le molestaba su caligrafía, sino que fuera impuntual. Incluso le molestaba que lo fuera en ese momento, aunque a la madre adoptiva le diera gusto porque, de alguna manera, significaba que no le importaba demasiado la nueva madre y no la quería más que a ellos. Dijo que, en todos los años juntos, no había conseguido hacerla respetar los horarios. Se disculpaba porque no hubiera llegado todavía. Le ofreció a ella y al intérprete y a la investigadora

algo más para beber. La madre adoptiva les propuso reprogramar el encuentro. Dijo que a lo mejor su hija necesitaba más tiempo para asimilar la idea y para prepararse para el encuentro. Podía ser que pareciera muy fría, pero era una niña muy sentimental. Había que comprenderla.

Ella habría asentido si hubiera estado en otras condiciones: si no tuviera contados los días en esa ciudad, si no hubiera esperado ya demasiados años para verla y si no hubiera tenido que separarse de ella cuando era niña en contra de su voluntad. Quería explicarle a la hija cómo había sucedido todo, darle los detalles, responder a las preguntas que tuviera, poder abrazarla. Si ellos se lo permitían, prefería seguir esperando en la sala de su casa a que ella llegara, como había prometido. Tampoco quería ser una molestia. Si ellos debían salir o hacer algo, ella podía esperar afuera. No importaba el frío.

El padre adoptivo decide enseñarle la casa, contarle anécdotas de infancia de la hija de ambos mientras llega. La madre prefiere no acompañarlos. No quiere sentir compasión por la mujer por si llega un momento en que ella le lllore y le pida que le regrese a su hija. No quiere tener que decirle que no, que la niña es suya, que ella la salvó de la muerte o de una terrible forma de vida cuando la adoptó. Tampoco quiere llegar a escuchar el término compra aunque la madre biológica o quienes la acompañan lo crean el correcto. No quiere que la mujer sienta que su hija fue un producto ni que intente reembolsarle, aunque sea algo imposible. Es evidente que no tiene dinero. Sabe que está ahí gracias a una donación. Ni siquiera la ropa de invierno que anda puesta es suya. El abrigo y los guantes se los ha prestado una mujer del pueblo que vivió en los años setenta en el sur de un país donde el frío era distinto. El diseño y el material son de ese entonces y para esa zona. Ella no mira diferencia entre ese o algún otro porque es la primera vez que usa uno. La hija, en cambio, lo encuentra de muy mal gusto. Es lo primero que nota y comenta cuando entra. La madre adoptiva le pide que no lo mencione cuando la biológica regrese a la sala. Le pide también que sea educada. Ella da los buenos días cuando entran a la sala. Le pregunta a la investigadora si ya le informaron a la señora que ella no tiene dinero para darle, si es que es lo que llega a pedir. La investigadora le responde serena que ya ella sabe que no están ahí para eso. El intérprete no traduce. Cuando ella le pregunta qué dijo, responde que se trata solo de una formalidad, que está preguntando por detalles del encuentro. Le dice que está nerviosa aunque a ella no se lo parezca. El semblante es tan frío

como la voz que le escuchaba por el teléfono al otro lado del mundo. De todas maneras, le da alegría verla. Rompe a llorar. La hija pregunta si ahora ya lo sabe, si las lágrimas son por eso. La investigadora le dice que no necesita ser cruel. Su madre ha sufrido mucho en la vida. El intérprete quiere intervenir, decirle un par de cosas que cree que se merece, pero se contiene. Intenta comprenderla. Muchas veces ha explicado a los padres que buscan que sus hijos podrían reaccionar de esa manera, pero nunca había visto que sucediera. Ni siquiera en el caso de una chica cuya madre la abandonó de manera deliberada en un país ajeno y jamás hizo algo por recuperarla o por contactarla. Fue la chica la que, al crecer, hizo su propia investigación y llegó hasta la casa de ella para decir que le perdonaba lo que había sucedido. Suponía que la situación la habría obligado a hacer lo que hizo y que la edad que tenía entonces no la habría dejado concebir otra opción. No le interesaba hablar de eso. Lo que quería era conocer a sus hermanos si los tenía y pasar un rato con ellos y ella de vez en cuando.

Los padres adoptivos están avergonzados. Le piden al intérprete que por favor se disculpe con ella en su nombre. Él dice que no ha traducido nada de lo dicho hasta entonces. Ellos creen que ella puede sentir lo que la hija está diciendo. Pero no puede. Solo siente felicidad de verla y alivio. Quiere abrazarla. Pregunta si puede aunque le habían dicho que no era conveniente antes de que conversaran primero con la niña, le diera sus razones y respondiera a sus cuestionamientos. Pregunta si pueden comenzar de inmediato. La hija está de acuerdo. Se sienta frente a ella. Dice que la escucha.

Me da gusto verte. Eres muy linda.

Siente que se burla de ella. Jamás ha estado tan fea en su vida.

Le pide disculpas por no haber estado con ella todo ese tiempo, por no haber podido imaginar lo que iba a pasar y por no haber podido evitarlo o llegar antes a ella.

Quiere decirle que no se preocupe, que no estuvo sola. Se contiene. Su padre adoptivo le había indicado que debía escuchar primero, dejar hablar a la mujer y al intérprete, escuchar la versión completa. Ella planeaba hacer lo que le diera la gana en el momento, quizá decirle a la mujer que ya la había visto y que ya podía irse al país del que venía, que ella estaría bien como lo había estado todo ese tiempo. Pero la disculpa le pareció sincera. Y también inesperada.

Guarda silencio.

Ahora que repara en ella, nota que es joven. Pregunta qué edad tenía cuando la dio a luz. Se sorprende cuando le traducen que no había cumplido los dieciséis. Era una niña. A los dieciséis, ella ni siquiera lavaba su ropa sola o tendía su cama. Había tenido dos novios, pero no por más de dos semanas. Uno era el primo de su mejor amiga de la escuela. El otro, un chico que había llegado a su clase en un intercambio. No se imaginaba lo que habría sido quedar embarazada en ese entonces. Ni siquiera se lo imaginaba en ese momento. Los hijos no estaban en su plan por el momento. Tampoco tenía plan. No le parecía que sirvieran de mucho porque, tan pronto se lo trazaba, algo lo echaba a perder. Ese día, por ejemplo, había planeado estar en un lugar más caliente. El frío no le hacía bien. La ponía más lenta y más triste que el resto del tiempo. La hacía pensar en todas las cosas que podían salir mal.

Le preguntan si hay algo que quiera saber. Su madre está dispuesta a explicarle lo que desee.

Quiere saber por qué la abandonó.

No lo hizo.

¿Por qué la dejó con las monjas?

Tampoco lo hizo.

¿Cómo llegó a las monjas?

No lo sabe. No han querido explicárselo. Ni siquiera le han dicho cuáles monjas eran o en cual hospicio. La investigadora confirma: Es parte del acuerdo al que llegaron con las religiosas para obtener la información que las llevó hasta ella. Su madre dice la verdad cuando dice que no sabe. Se han cuidado de no revelarle detalles para que no vaya a buscarlas o a reclamarles. Le pide que tampoco lo haga ella aunque pueda hacerlo: sus padres saben cuáles monjas son y cómo encontrarlas. Promete que no lo hará.

El intérprete le explica que la hija está preguntando detalles acerca de la investigación y que le están explicando lo mismo que a ella en su momento. Esta vez parece interesada. Quiere saber la historia de su nacimiento.

8

Se quedó en la montaña por decisión del puesto de mando del campamento donde estaba su padre. A los jefes les parecía que era muy buena para ubicar y descifrar. Podía serles útil. También les parecía que, después de quince días de estar con ellos, ya sabía demasiado de lo que hacían para dejarla ir. No era seguro. Si llegaban a capturarla los soldados, podía echar a perder buena parte de aquello en lo que habían trabajado por mucho tiempo y poner en riesgo numerosas vidas y operaciones. Había demostrado que era valiente y que resistía las presiones, pero nada podía asegurar que siguiera teniendo ese temple. Era una niña. Podía quebrarse en cualquier momento si los soldados aumentaban la intensidad de sus interrogatorios o cumplían sus amenazas. Hasta entonces, ella había tenido tanta suerte como fuerza quizá justo porque se trataba de una niña. En un par de años o meses quizá los soldados ya no la verían ni la tratarían como tal. Comenzarían a fijarse en ella y verían que iba y venía de los campamentos a la población. Bastaría con seguirla para dar con ellos porque a la niña sería imposible quitarle el deseo de estar con su papá e imposible quitarle la habilidad para encontrarlo donde fuera que estuviera. Además, era el punto flaco de él, el único motivo por el que había pedido permiso para abandonar la posición que le habían asignado y que había aceptado sin discutir ni cuestionar pese a que era evidente que no era la más favorecedora ni la mejor decisión. Era mejor que su debilidad estuviera en un sitio donde pudieran vigilarla y controlarla.

Le pidieron que se lo comunicara. Creían que, más adelante, aprendería a seguir las indicaciones como su padre, pero que en ese momento no podría ni entenderlo ni aceptarlo de nadie más. Podían conseguirle ropa apropiada para resistir las caminatas y la vida a la intemperie en los siguientes días, pero debería aguantar esos primeros con lo que había llevado puesto, que, hasta

entonces, no había sido problema para que ella avanzara a la velocidad de la tropa por las rutas escondidas que tomaba. Lo que sí le dieron fue una carpeta negra para que durmiera mejor en el suelo y su padre dejara de compartir con ella la suya.

Fue todo su equipaje por unos días. En lugar de doblarla en cuadro como los demás, la enrollaba y se la ponía al cuello o debajo del brazo, o a la cintura, o donde quiera que se le ocurriera. Le servía de juego en las horas muertas y de motivo para que sus hermanos la regañaran cuando regresaron al campamento después de una misión que les habían encomendado. Le dijeron que debía dejarse de niñerías y concentrarse en lo que los demás estaban haciendo. Ella respondió lo mismo que a su papá: que no quería estar ahí, que quería irse de regreso a su casa, con su mamá, aunque le pegara. El más joven de los hermanos que estaban ahí le explicó que no era opcional. No creía que nadie ahí estuviera porque lo deseaba, pero ninguno había rehusado la llamada. Incluso el segundo de sus hermanos estaba ahí y obedecía aunque había dicho que no quería entrar a eso. Quería hacerse cargo de la casa, tomar el sitio de su padre para que a su madre no le tocara trabajar como lo estaba haciendo para dar de comer a los más pequeños, labrar el campo y aguantar los embates de los soldados las veces que fuera necesario. Pero fue su propia madre la que lo envió ahí, ella la que le dijo que eso era lo que le correspondía si de verdad quería ayudarla y ayudar a sus hermanos. Por ella fue que hizo el entrenamiento con los catequistas y aprendió a dar en el blanco y a la primera en las prácticas de tiro con su padre. Esperaba, con paciencia, a que llegara el día en que les dijeran que ya todo había terminado y podían volver a sus casas y a sus labores. Entonces, no volvería a tocar una pistola. Si acaso volvía a hacer explotar algo sería solo para pescar. Quería vivir en la hacienda con nombre de caballo, atrapar cangrejos a veces y adentrarse en el océano muchas horas. Tendría una lancha y una red. Nada más debía preocuparse por conservarse con vida. Ella debía hacer lo mismo. Dejar de jugar y de poner en riesgo a su padre. ¿O acaso no lo quería? Mucho. No iba a ser por su culpa que le pasara algo, así que, en adelante, se portaría como los demás, aunque en las noches extendería su carpeta negra al lado de la de él y lo abrazaría para dormir, al menos hasta que empezara a dormir con el papá de su hija, que no es el mismo padre que el de las tres niñas que nacieron después de ella ni el mismo padre de la más pequeña.

El hombre con el que la concibió dirigía algunas operaciones. Tendría al menos diez años más que ella. No sabía de dónde había llegado o como se llamaba porque, en ese tiempo y en esa situación, era una medida de seguridad no conocer el nombre verdadero de nadie ni su procedencia. Él sí conocía los suyos. Había estado presente cuando se tomó la decisión de que ella se quedara en el campamento. Cree que fue él quien le puso su seudónimo, que, por cierto, era francés. No le preguntó de dónde lo había sacado. Alguien más tarde le comentó que había una actriz que se llamaba así. No cree que lo haya recibido por ella porque no se le parece ni un poquito. Es probable que él haya tenido una compañerita de escuela, una vecina o una novia con ese nombre que sí se le asemejara. Quizá solo lo escuchó en alguna parte y le gustó. No se lo contó. No veía cómo el dato podría serle de utilidad. Un nombre era solo un nombre. En la guerra, era lo mismo que un número, un tatuaje o una placa al cuello: una manera de identificar las bajas.

La niña era eso para él. También fue un motivo de enojo: no creía que ella pudiera hacerle eso en ese momento. Estaban en guerra. Él era un jefe. Debían dar el ejemplo. Estaba prohibido tener hijos en el frente de batalla. ¿Acaso no se lo habían dicho? ¿Cómo se le había ocurrido embarazarse?

No era que lo hubiera planeado. Ni siquiera sabía que era posible o que tuviera relación con los ratos en el monte o las noches en el campamento que pasaba con él. Nadie le había explicado. Tampoco sabía que podía reclamarle a él su parte en el asunto. Estaba muy molesto. Le preguntó por qué no había avisado antes. De acuerdo con el médico que atendía el campamento, en el estado en que se encontraba ya no era posible hacer algo para detenerlo. ¿Por qué no avisó antes como las demás para que le hicieran un raspado? ¿Cómo no se dio cuenta? ¿No vio que, de pronto, vomitaba mucho? Sí. Pero pensó que era algo de lo que había comido que le había hecho mal. Le pasaba con frecuencia. Su estómago siempre había sido delicado, como el de la mamá de su mamá. ¿Y los mareos? Podían haber sido por las largas caminatas y la poca comida. A veces el sol era mucho y el calor era insoportable. No dijo porque ya antes la habían regañado por quejarse de él. Le habían dicho que no estaban de vacaciones ni en un hotel para que pidiera gustos.

Hubo que explicarle qué era un hotel porque jamás había estado, visto u oído de uno. También hubo que explicarle que debía entrar en un régimen diferente a causa de su estado. Le dijeron que no podía correr como lo hacían

si estaba encinta, aunque llevaba más de cinco meses haciéndolo y alimentándose como el resto. No era bueno para ella ni para el niño o la niña que iba a tener.

El padre de su hija le pidió al padre de ella que la regañara por lo que había hecho. Este dijo que no era su responsabilidad. Lo había sido mientras ella solo dormía a su lado y obedecía sus indicaciones. Cuando empezó a escuchar los piropos que él le decía, a aceptar sus invitaciones para dar una vuelta en los alrededores cuando había calma, a esconderse para estar con él y a rehuirle a su padre para no ser descubierta o dar explicaciones, su trabajo había terminado. Su niña era ya una mujer que tenía una pareja y pronto iba a dar a luz. Era asunto del nuevo padre resolver su situación. Podría haber intervenido si se tratara de un asunto que tenía que ver con la tropa. En caso de que hubiera que juzgarla por traición o por negligencia, él habría estado del lado del puesto de mando, pero lo que estaba siendo discutido en ese momento era un asunto de pareja. Prefería mantenerse al margen de eso. Si se lo permitía, quería también decirle que él era mayor, además de un hombre de ciudad (no se lo había dicho, pero podía notarlo porque él ya había estado y trabajado en la capital, y sabía cómo eran los muchachos de allá) que sabía de esas cosas y podía haber pedido al encargado de suministros que le diera preservativos —aunque luego arreglara con dios ese tema— o contenerse un poco, no buscar tanto a su hija y en todas las fechas. Podían ser pareja, pero no estaban por formar un hogar feliz. Estaban en guerra. Él debía saberlo y asumir su responsabilidad. Debía hacer como cuando no le pidió la mano de su hija en matrimonio ni le pidió permiso para salir con ella ni llevársela a ser su mujer. Pero el padre de su nieta no le permitió que se lo dijera. Tampoco era necesario. Se fue directo a poner el asunto en manos del puesto de mando, que resolvió que la quinceañera bajara a una población para recibir atención y cuidados hasta que su criatura naciera y tuviera dos meses. Entonces debería volver a su posición y cuidarse más, no meterlos de nuevo en líos como ese. No estaban para perder gente ni recursos. Él debía saberlo. Para ayudarles en ese esfuerzo, lo enviarían a él a otro campamento. No estaban separándolo de ella. Podía seguir su relación cada vez que los caminos o los operativos los juntaran. Sería responsabilidad suya comunicárselo.

Cuando volvió a los dos meses de haberla tenido y amamantado, él tenía

ya otra pareja. No le contó a su hija ni eso ni que él no preguntó por su estado, ni que no quiso saber detalles, ni que le dijeron que no podía culparlo por actuar de esa manera: había recibido un castigo muy fuerte a causa de ellas. Con suerte, había mantenido su lugar en el grupo.

Ella sentía que, aunque no la hubieran sentado en una ronda para hacerle un juicio como a los que desobedecían, también la habían castigado al separarla de su hija. Varias veces rogó para que la dejaran quedarse en la población para criarla. Ofreció cortarse la lengua si lo que temían era que fuera a decir algo. Suplicó que al menos la dejaran quedarse un tiempo más con su hija, un año más, unos meses más, unos pocos días al menos. Ellos le recordaron que tenían una misión que terminar y que ella debía ser obediente. Le dijeron que no debía preocuparse por la bebé: estaría a salvo. Quedaría en un hogar con aliados suyos que la cuidarían bien hasta que llegara el final de la guerra. Entonces ella podría bajar a estar con ella, a cuidarla, a peinarla como a las muñecas que le gustaban, a vivir el resto de la vida juntas. Ahora solo debía procurar mantenerse con vida. Podía darle a su hija una mejor vida luchando desde las montañas. La mejor forma de protegerla era no bajar a visitarla porque los soldados podían seguirla, ubicar a la niña y matarla para debilitarla.

Bajar era un riesgo que ella habría tomado. Una chica muy hermosa, muy alta y muy diferente del resto de ellas lo hacía para ver a su ahijada por un par de horas. Ella podía hacer lo mismo. Era lista. Le habría sido más sencillo mezclarse con la población. Por eso decidieron mover a su hija del sitio donde había nacido y negarle información al respecto. Le juraron que la guiarían a ella el día que la guerra terminara. Pero no cumplieron. En el momento en que todo terminó de manera oficial, ella pidió verla de inmediato. Había sido una larga espera y ella se había mantenido con vida, como le habían pedido. Quería el resto de la promesa en ese instante. No podía seguir esperando ni quería hacerlo.

Mientras estaba en la concentración a la que la enviaron junto con otros para la readaptación a la vida civil y durante las jornadas de orientación, lo único que preguntaba era cuándo iban a entregarle a su hija. Le decían que ya llegaría su día, que el proceso tomaba más tiempo del que les gustaría a todos, pero que su momento llegaría. Podía ver que las otras madres iban recibiendo una a una a sus hijos. Ella misma recibió a la segunda niña que dio a luz, hija

del compañero con el que estaba el día que terminó la guerra.

Él fue quien le dijo lo que nadie había querido hasta entonces: que su niña no estaba donde le dijeron que estaría. No sabía con exactitud en qué sitio estaba, pero le prometía que lo averiguaría. Él le ayudaría a recuperarla. ¿De dónde? ¿No lo sabía? El castigo que habían decidido para la pareja por su falta había sido entregar a la niña para juntar fondos para la causa que defendían. Supuso que su compañero prefirió no decírselo para evitarle el sufrimiento. Quizá pensó que ella no duraría demasiado en la guerra, que no alcanzaría a ver su final.

9

A la hija no le cuenta todo eso. Cree que puede hacerla sentir peor. Tampoco la engaña. No le dice que su padre también ha estado buscándola todo ese tiempo por temor a que la mentira piadosa quede al descubierto si le pregunta por detalles que ella no es capaz de improvisar porque no quiere embaucarla y también porque las cosas que pregunta la gente de ese lado del mundo no son las que se le ocurren a ella, y su hija, aunque nació de su lado del mundo, se comporta como los de ese. Le da una versión muy sencilla y muy escueta de los hechos y le cuenta que sus hermanas están felices de que los de la asociación del sacerdote la hayan encontrado. Alguna vez llegaron a pensar que no la encontrarían. Ella, en cambio, siempre supo que daría con su paradero. Incluso cuando le dijeron que no la buscara más porque había muerto en una invasión que los soldados hicieron a la población donde se suponía que una familia de confianza la tenía para criarla y le mostraron la cruz bajo la que estaría enterrada, algo en su corazón le decía que estaba viva.

La hija se parece mucho al padre. Mira como él. Respira de la misma manera. Como él, también cree que habría sido mejor no correr el velo del tiempo. De alguna manera, ella era feliz como estaba, aunque no estuviera alegre todo el tiempo y odiara muchas cosas. La madre muerta y el padre inexistente le daban una razón para ser como era. Ahora, debía buscar otra justificación para la sensación que desde hace años la acompañaba. Ya no era edad de culparlos a ellos por lo que le pasaba, aunque siempre estaba la posibilidad de asignarle responsabilidad a la genética. Alguno de ellos dos debía haberle heredado eso que, aunque recibe un nombre, no se doblega ante él ni desaparece al ser pronunciado. De entrada, le parece que podría venir del lado de ella: tiene en el rostro las marcas de tristeza que se le están haciendo también en su cara a pesar de las cremas y los cuidados que su

madre adoptiva le provee. Cree que la mujer que dice ser su madre biológica debería usar algunos. Incluso cuando todavía es joven, tiene la piel demasiado maltratada. No le gusta la textura que viene de su alimentación. Se pregunta si ella habría tenido algo más que maíz para comer a diario si hubiera crecido a su lado. Quiere sentirse afortunada de alguna manera.

Vivir en esa ciudad le ayuda. A la madre biológica, la ciudad no le gusta. Tampoco la ha visto mucho. Admite que es limpia y que es más grande de lo que se imaginó que una ciudad podría ser, pero no le resulta ni bonita ni atractiva. Siempre la relacionará con la distancia que pone su hija con ella. No se imagina cómo el prestamista al que acudió podía pensar que ella consideraría la posibilidad de quedarse en ese sitio. La hija, en cambio, no concibe una vida fuera de ahí, aunque, en pocos años, estará armando maletas y cruzando la distancia para vivir en el lado del mundo que le corresponde a su madre biológica, pero no con ella ni con sus hermanas. Ni siquiera en el mismo país. Se mudará con el novio, con la hija que tendrá con él y con la hija que habrá tenido para entonces con otro novio que está por conocer. El trabajo en las colonias paga mejor. Le dará a la nueva familia la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida, aunque lo que vean alrededor no sea aquello a lo que están acostumbrados o lo que desean. La recesión tomará la decisión por ellos. Dirán que es para no terminar en un lugar de acogida o pidiendo limosna para dar de comer a sus hijas.

Ni estando a dos husos horarios la llamará. Tardará en responder los mensajes que las hermanas le envíen por la computadora. La madre biológica dirá lo que le dijeron a ella para consolarla: que siempre ha sido de pocas palabras y muy distraída, que pierde la noción del tiempo con facilidad. De niña, cuando salía a jugar, había que mandar a buscarla porque, aunque llegaba la noche, no caía en la cuenta de que era hora de volver.

Reemplazará el pretexto con las hijas, con el mucho tiempo que le demandan y con lo cansada que la dejan para mantener la distancia. Y el idioma. Que sus hermanas no hablen francés ni nada de inglés es una ventaja. Sabe que el intérprete que está en la sala de su casa no podrá estar toda la vida y a todas horas con ellas para resolverles el problema. Dirá que los traductores en línea son inútiles para sus propósitos, que no consigue descubrir qué es lo que quieren decirle. No te entiendo será la frase más común. También dirá Casi no te oigo. Dirá que la conexión es mala entre el

país y la colonia, cuyo clima no termina de agradarle. Siente que la hace sudar mucho y le daña la piel. Debe comprar nuevos productos para su cuidado. La belleza nunca ha sido su tema más importante, pero, al llegar ahí, se volvió parte de sus preocupaciones. No quiere que la piel se le haga como la de ella. No quiere que haya algo en lo que puedan parecerse. Casi de inmediato, se cambia el corte de cabello para que no se note la similitud con el suyo. No llega a pintárselo porque le parece un extremo y una ridiculez. No entiende por qué alguien querría hacer algo como eso.

La segunda de sus hermanas, en cambio, no puede resistirlo. Mientras la madre está con la hija que no creció con ellas, está convenciendo a la mujer que las cuida para que le ayude a cambiarse el color del cabello. Lo quiere un poco más claro. Cree que se verá mejor. Su madre nunca le ha dado permiso. Le dice que está linda como está, que debe aceptarse como es. También, que los químicos arruinan el cabello. Además, la hacen ver ridícula y, a la larga, resulta ser un gusto demasiado caro para mantener. Ya sabe ella que el dinero no les sobra. Incluso cuando tienen el molino que compraron, no siempre alcanza para cubrir los gastos y darles de comer. La ventaja que les da es que pueden hacer algo con la masa que queda en las aspas. Entre cliente y cliente, las limpian para sacarlo. Dicen que es para que el molino funcione mejor, para que las masas de uno no se mezclen con la de los otros y no eche a perder el sabor, pero es para conseguir comida porque lo que siembran en el solar que tienen a veces no alcanza para el año. Las sobras del molino tampoco alcanzan para todas siempre. A veces, la madre se queda sin comer. Dice que no tiene hambre, que siente que ha engordado mucho desde que no entrena ni pasa penas en la montaña, que necesita adelgazar un poco, pero es solo porque sabe que todas querrán repetirse. Es asunto de aritmética. Ella puede aguantar con hojas que arranca de los matorrales. Desde antes de la montaña aprendió a saber cuáles servían para comer y cuáles no. Sus padres le enseñaron cuando vivían en la hacienda con nombre de caballo. Desde entonces, nunca hubo comida de más en su casa. Nunca vio nada perderse o podrirse. No es que quiera que sus hijas aprendan el hábito del desperdicio, nomás desea que no conozcan el hambre.

A la segunda de las niñas que viven con ella no le importa. Usa el dinero que les dejó para sus gastos de la escuela para comprar un tinte. Le paga unas monedas que ha conseguido por su cuenta a la mujer que las cuida para que la

asista en el proceso. Ella le advierte que no se hará responsable del resultado cuando su mamá regrese. No intervendrá cuando la regañe ni cuando le asigne un castigo. La niña cree que cualquier castigo merecerá la pena. Siempre ha sido así. A ella le gustaría contárselo a la hija separada, para que luego sepa de dónde sale el carácter que la hija que ella dé a luz tendrá. Pero la hija no pregunta ni parece demasiado interesada en conocer detalles. Cuando llegue el momento, pensará que la hija es de esa manera por azar o por los años que pasen en la colonia. No le dará la vuelta al rompecabezas de los rasgos físicos ni hará la disección de los gestos como hacen aquellos que quieren encontrar un parecido con los que quieren a como dé lugar.

Los que sí preguntan por las otras hijas son sus hermanos adoptivos. Están encantados escuchando historias de sus travesuras. Se preguntan si ellos habrían hecho las mismas cosas antes de ser llevados a esa ciudad o si habrían sido más activos de lo que fueron de haberse quedado en el sitio donde estuvieron sus casas. Preguntan por sus gustos para poder comprarles algún recuerdo de la ciudad o alguna cosa que quieran o que necesiten. Preguntan también si pueden escribirles una carta o una tarjeta al menos. Les dicen en ellas que no son sus hermanos, pero que pudieron haberlo sido. Les piden que los vean como parte de su familia. Ellos las verán como parte de la suya si se los permiten. Le piden lo mismo a ella. Si no quiere verlos como hijos, puede verlos como sobrinos, como vecinos o como niños del pueblo. Le piden también que les permita comprarle una tarjeta de teléfono para que llame a su casa. Seguro quiere hablar con sus niñas al menos unos minutos, hacerles saber que está bien, asegurarse de que ellas también lo estén. Pueden enseñarle cómo hacerlo y ayudarle a calcular la mejor hora para coincidir con ellas. No es una molestia. ¿Por qué cree que lo es? Notan que nunca pide nada. Los padres adoptivos están apenados de haber pensado que llegaba a extorsionarlos. Ella no acepta ni siquiera monedas para el tren. Se las arregla con lo que amigos suyos recogieron para darle cuando supieron que viajaría. Si no, se habría ido a pie desde donde fuera hasta donde su hija estuviera. No quería que pensarán que intentaba aprovecharse de ellos. De los únicos que permite atenciones es de los hijos adoptivos. Siente que se preocupan de ella de manera genuina. Le preguntan siempre si ya comió. Ella dice que sí aunque no lo haya hecho. Ellos insisten en que tiene una invitación pendiente. ¿Aceptaría comer con ellos alguna vez? Quieren saber más de ella y del país.

Saben que está ahí por la hija, pero, aprovechando que ella está de nuevo interna en el hospital, pueden pasar un rato juntos, antes o después de la hora de la visita. No quieren robarle tiempo con ella. Pueden darle detalles de las entradas y salidas de su hija a ese centro. Saben que ni sus papás ni ella querrán comentarlo, pero les parece que debe saberlo. Es justo: es su madre. Le daría algo de tranquilidad.

Los inquietos son los padres adoptivos. Les piden a sus hijos que se comporten como les han enseñado, que no abrumen a la señora y que no sean indiscretos: saben que a su hermana no le gusta dar detalles al respecto de su padecimiento o de su vida. No pueden creer que hayan olvidado todo de golpe. Ellos dicen que no están revelando secreto alguno: la chica está en el hospital. Se hizo ingresar al día siguiente de conocer a su madre biológica. Pensaba que lo que fuera que viera o hiciera no la afectaría, que sería como ver a cualquier extraño en la calle, pero terminó por sentirse incapaz de seguir.

No todo era por culpa de la recién llegada. Desde hacía unos días, venía teniendo problemas con el novio con el que vivía. La relación estaba por terminar. Cualquier cosa podía ser pretexto. Hasta su llegada. El novio buscaba motivos. Ella procuraba no dárselos. No sabía por qué insistía en una relación que no le hacía bien. Cuando le preguntó, le pidió que no se metiera en sus asuntos. La había recibido por cortesía y porque la presionaron, pero no le permitiría que quisiera comportarse con ella como si fueran algo. No debía confundirse ni tomarse atribuciones que no le correspondían. Le pedía, por favor, que no la fastidiara más. Bastante tenía con soportar que, además de verla en su casa, llegara a mirarla al hospital. Sin embargo, no le prohibió la entrada. Si lo hubiera hecho, habría esperado en la entrada y preguntado a los padres adoptivos o a sus hermanos por su evolución. Habría pasado la noche y el día frente al sitio por la esperanza de verla por las ventanas. Estar en la sala de espera ya era ganancia para ella. Que la recibiera un par de minutos era una alegría aunque ella hiciera cara de disgusto al verla o le hiciera reclamos terribles y dijera cosas hirientes. Los hermanos decían que no le prestara demasiada atención: los medicamentos que tomaba eran muy fuertes, la hacían decir cosas espantosas siempre, sobre todo a la gente que la quería. Ya había pasado con ellos. Podía ser algo muy agotador. Le sugerían que no dejara que le quitara el sueño ni el hambre. La invitación a comer con ellos todavía

estaba en pie. ¿Se las aceptaba? Podía elegir el restaurante o dejarlos llevarla a uno que a ellos les parecía muy bueno.

Ella prefería que fuera en sus casas, si no era mucha molestia y si no era una descortesía en ese país. No terminaba de entender las costumbres. Si no se podía, en un sitio donde hubiera otra cosa para beber que no fuera vino y se pudiera comer con las manos, no como el lugar al que la llevaron para hablar con gente que no conocía acerca de su experiencia desde el inicio de su búsqueda hasta ese día. No era exigente, pero no le gustó la comida que le dieron ahí. Le supo extraña y no sentía que alimentara. Al final de la cena, no sentía que hubiera algo en el estómago que la sustentara. Lo de los tenedores era también un problema. Nunca había sido lo suyo y ahí, además, eran demasiados. No entendía el propósito: sin ellos podían resolverse muy bien. Ellos creen lo mismo. Debe ser algo de nuestro país, dicen. Ella cree que sí.

10

Las hijas no entienden cómo la otra pudo rechazarla después de todo lo que le pasó, de lo mucho que la buscó y de todo el gasto que hizo para verla en el continente donde vive. Es cierto que no pagó el boleto, pero cubrió muchas cosas más y seguro pasarán privaciones durante varios meses antes de que se estabilice. Quieren quererla, pero, en ese momento, solo la odian. Les parece una mala persona aunque su madre diga que no lo es, que hay que entenderla, que es difícil para cualquiera, que cada persona reacciona de manera distinta. Les pide que sigan escribiéndole cada vez que puedan para que vaya acostumbrándose a la idea de que tiene una familia ahí. Les ruega que jamás le pidan nada ni le pregunten si va a llegar a verlas o cuándo sería ese día. Basta con que le hagan saber cosas de ellas, como en las cartas que le enviaron para el encuentro con su madre. Incluso si no encuentra quién las traduzca, comprenderá que hay cariño en ellas. Con el tiempo, el corazón se le ablandará. Lo cree porque a ella, al final del viaje, la abrazó a pesar de que se negó a hacerlo en el momento en que la conoció y durante el tiempo que estuvo en el hospital. Fue hasta que la investigadora y el intérprete le dijeron que su tiempo en esa ciudad había terminado que ella cambió su actitud. Preguntó si no iba a ella a quedarse un mes o un mes y medio ahí. Había entendido mal: el mes o el mes y medio era en el continente. Debían llevarla a otras ciudades para hablar del trabajo que hacían en su país para encontrar a los niños perdidos. Necesitaban encontrar muchos más. No tenía idea ella de cuántos. Era importante que los colaboradores lo escucharan de su boca, que le hicieran preguntas acerca de su proceso personal. Tenían citas programadas y reservaciones de trenes. La persona que dio el dinero estaba enterada de eso. Colaboraba con la organización con frecuencia. Su mayor ayuda era conseguir pequeñas donaciones de amigos suyos o de personas con las que su trabajo la

juntaba. El dinero para el boleto venía de unos japoneses que habían llegado en una misión humanitaria. Debían darles a ellos prueba de que el monto había sido usado para lo que se les dijo. Hubieran querido que fuera diferente, que ella tuviera oportunidad de ir a su velocidad, pero no podían ofrecerle más que las horas en las que estarían entre su regreso a la ciudad y el despegue del avión que las llevaría de regreso al país. Entonces fue que la abrazó. Cuando ya estaba por cruzar la puerta de embarque y el encargado de la fila no permitía que los pasajeros se entretuvieran demasiado para no atrasar a los demás. Le dijo algo al oído que el traductor no escuchó y que ella no pudo memorizar para preguntarle después. Por más que digan que su idioma y el de la hija son de la misma familia, no le encuentra el parecido. Jamás pudo entender un solo sonido ni diferenciar los tonos de la gente. Para el intérprete, eso fue una ventaja. Cree que habría sufrido más de haberlo comprendido como entendió la disposición de la ciudad casi de inmediato. Podría haberse movido sin la ayuda de él. De hecho, algunas veces hasta lo corrigió en su lectura de los mapas y le enseñó caminos alternos, siempre con mucha suavidad, como si fuera más una ocurrencia que una sugerencia. Los años en la montaña le habían enseñado a no dar órdenes. Varias veces la reprendieron por intentarlo. Le dijeron que no parecía una revolucionara o —peor todavía— que no parecía hija de su papá.

Si él la hubiera conocido, estaría feliz. Seguro la habría ayudado a dar con ella. Quizás hasta la habría encontrado más rápido y reunido el dinero antes con su apoyo. Habría celebrado la noticia del reencuentro con ella. Positivo como era, le habría dicho que era una fortuna que la hija tuviera todo aquello por lo que ellos habían peleado, aunque fuera en otro lado. Podía haber sido peor. Podía haber crecido en un país horrible donde no les enseñaran sus valores. Los franceses contaban como de los suyos. También habían tenido una revolución. Se lo habían dicho en una de las reuniones de formación. Por eso le alegraba que le hubieran puesto a ella un seudónimo francés aunque tampoco él pudiera pronunciarlo como se debía. De todas maneras, no lo necesitaba: siempre le decía hija y le decía que estaba orgulloso de que siguiera combatiendo. Al terminar la guerra, seguro también le ayudaría con las otras niñas y estaría orgulloso de ellas, pero murió antes de conocerlas y de que la guerra terminara. Mucho antes. Quedó hecho pedacitos al patear una mina.

Iba en una misión con la que era la compañera del padre de sus segundas tres hijas. No sabe bien cuál era porque no le dieron más explicaciones. Cree, por las señales que dejan las versiones que le cuentan que se trataba de la entrega de un prisionero, pero no puede asegurarlo. Para entonces, no estaban ya en el mismo campamento. Se veían solo de vez en cuando, pero seguían queriéndose como siempre. Él jamás le hizo reclamos por dejarlo y por irse con el novio sin consultarle. Sabía que la vida en ese tiempo y en ese sitio era impredecible. Era posible que su hija no llegara a conocer el amor. No iba a negarle la oportunidad de tener algunas experiencias aunque no fueran amor o fueran con alguien que no le convenía a ella ni le gustaba a él. No había tiempo para reprimendas. El que tenían lo usaba para saber cómo estaba, para darle consejos acerca de los lugares en los que él había estado y ella todavía no, para decirle lo que sea que hubiera sabido de la madre de ella y de sus hermanos o para escuchar lo que ella le contara acerca de ellos. También imaginaban cómo estaría la niña. Cree, por las pláticas, que el papá jamás supo del destino de la pequeña. Está segura de que, si lo hubiera sabido o sospechado, habría solicitado justicia para ella y habría conseguido que el puesto de mando se la concediera. Lo único que no habría hecho por ella habría sido dejarla abandonar la lucha armada. Le habría dicho que, ahora que tenía esa niña, debía pelear con más fuerza todavía, que entendía que quisiera estar a su lado, pero que ella debía comprender que ellos estaban haciendo ese futuro que les permitiría reunirse.

Convencido de eso fue que caminó con su compañera por la ruta que les indicaron. Como siempre, mandó tres veces a ver antes si el camino estaba despejado. Las tres, le dijeron que no había peligro alrededor. El civil que hizo la última inspección le haría una señal si la situación cambiaba de pronto, pero no la hizo porque no vio nada. Se lo juró las veces que la encontró durante la guerra y después de que terminó. Ella le cree porque siempre fue leal y porque era civil. No había manera en que él detectara la presencia del desembarco militar en un lugar que tenía nombre de insectos ni las minas con detonadores a distancia que habían colocado en él.

Su padre no tuvo oportunidad. De haberla tenido, habría defendido hasta su último respiro. No lo imaginaba: ya lo había visto actuar en los enfrentamientos hasta cuando quedaba solo y lo único que tenía era un arma pequeña o una muy lenta, como sucedió con la chica. Ella no explotó gracias a

que su padre le dijo que se quedara a cierta distancia detrás de él cuando el civil les indicó que podían pasar. Decía que jamás debían confiarse. Entonces ella corrió. Ellos la cercaron. Ella se metió en un canal de riego y les disparaba desde él. Ellos le pedían que se rindiera. Le decían que era inútil que siguiera resistiéndose, que se entregara, que dijera dónde estaban los demás. Ella siguió disparando. Ellos terminaron por matarla.

Ese año, ella estaba sola. Se hizo mujer del compañero de la que murió con su padre mucho tiempo después. Cree que ese episodio se volvió el reemplazo de un pasado común y les sirvió después para tener una relación estable aunque en ese momento ninguno lo consideró ni vio en el otro compañía ni alivio. Apenas si se miraban y, cuando sucedía, preferían no hablarse más que lo necesario para no terminar conversando acerca del tema, para no ponerse vulnerables. No era tiempo para eso. Ya lo harían cuando terminara la guerra, dos años más tarde, y recibieran un hogar y una tierra para los dos, para sus hijas y para la memoria de los dos que perdieron ese día.

Era una lástima que su hija no le preguntara por su abuelo. Le habría encantado que lo hiciera para poder decirle que venía de alguien que tenía fuerza para vivir. Tal vez eso le daba alguna de la que le faltaba, como sucedió con ella cuando se sintió más sola que nunca. No tenía compañero de vida en ese momento. Podría haber guardado silencio para el resto de su existencia si no hubiera sido porque, para entonces, la habían convertido en radista y tenía la obligación de mantener fluida la comunicación entre su grupo y los que dirigían su destino. Su jefe de entonces creía que le ayudaría a sobrellevarlo. Le decía que debía estar orgullosa del hombre que había sido su padre. Le dijo lo mismo cuando llegó la noticia de que su hermano, el que quería tener una lancha, había muerto en combate. Cuando la veía decaer y abandonarse, le recordaba que tenía una hija, que debía sobreponerse y luchar por ella. Cree que a su hija le vendría bien lo mismo. Se alegra cuando se entera por la tercera de las hijas que viven con ella que está embarazada. Piensa que ser madre le ayudará a salir adelante. Desea que sea una niña y que se parezca a ella. Desea que sirva para unir las más, para al menos recibir noticias suyas con más frecuencia. Pero sucede al contrario. Con la gestación, la hija se pone más distante. Los hermanos adoptivos dicen que la depresión ha subido como algo que solo le recuerda a la marea de la bahía. Le piden que no se preocupe: le aseguran que está en tratamiento ya. Ha cambiado de médico por lo

particular de la situación. Les parece muy bueno. Le prometen que le darán información con frecuencia para ayudar a tranquilizarla. Ella pide que sea espaciada: no tiene teléfono en casa ni intérprete sino solo en la asociación. Para poder hablar con ellos, debe llegar hasta la capital. No le faltan las ganas, sino el dinero para moverse tanto. Le pide al intérprete que no les diga eso. No quiere que piensen que busca obtener algo de ellos, aunque sepa que ellos no piensan de esa manera. Es algo que tiene que ver con una dignidad que el intérprete conoce muy bien. Le dice que no se preocupe: él recibirá las llamadas y tomará los recados para ella. Se los hará llegar con quien esté asignado para ir a la zona donde ella vive. Está seguro de que no será ninguna molestia. Les dice a los muchachos que ella se los agradece. Agrega que le están dando un gran alivio. Ofrece servirles cada vez que lo necesiten y avisarles si llegan a saber algo de los parientes de ellos. Siguen pendientes de eso. Ellos preguntan si alguna de las hijas ha acompañado a la madre en el viaje de la capital.

La más pequeña está en la oficina. Se ríe de la manera en la que hablan. Les dice que no les entiende. Ellos le piden que cante una de las canciones que su madre dice que conoce. El intérprete les comenta que, además, está bailando como si ellos pudieran verla. Le baila al teléfono. Es muy graciosa. Esperan que su sobrina se parezca a ella. Es lo mejor que podría sucederle a su hermana. Creen que no volvería a tener un día triste, al menos hasta que la que está por nacer llegue a la adolescencia y le suceda lo que a todos en esa época. La edad del perro la llaman en el país. Algunos no la superan. Creen que su hermana lo conseguiría si fuera al país. Le han ofrecido pagar por su boleto y su estancia. Ella ha declinado. Cree que pueden usar el dinero para algo mejor. ¿Han pensado en tomarse unas vacaciones? Las necesitan. Quizá las tomen para visitar a su mamá. Parece una muy buena persona. Quieren conocer a las niñas antes de que la pequeña deje de bailar todo el tiempo.

11

La historia de la madre no cabe en el espacio que el formulario de solicitud de ayuda financiera de la universidad ha destinado para ella. La mujer que se lo entrega le dice que basta con que ponga que es una excombatiente: los encargados de seleccionar a los beneficiarios comprenderán la situación. No quiere decirle que es un hecho que le aprobarán su petición sin importar cómo la plantee o la cantidad de datos que provea. En su lugar, le explica que el comité es muy consciente de la responsabilidad que tiene para con la sociedad y con la historia reciente del país. Le pide que cuide, nada más, de entregar el formulario completo antes de la fecha límite. Si puede antes, es mejor. El orden de entrega es algo que el equipo valora, aunque no aparezca en las indicaciones. Piensan que revela el nivel de interés de los candidatos. Ella no comparte esa idea. Ha visto llegar a su oficina estudiantes que se enteran hasta última hora de la prestación y a otros que la necesitan tanto que no tienen para pagar el transporte que los lleve a solicitarla. Ya lo ha comentado. Lo único que ha conseguido es que le hagan una sonrisa condescendiente y sigan haciendo como creen que es correcto. Ha resuelto asesorar a la hora de entregar el formulario aunque no se lo pidan porque sabe que ningún estudiante puede pedir aquello que no conoce y que ni siquiera sabe que existe. Es una especie de preselección. Como escucha las historias completas y ha aprendido a distinguir a los que mienten de los que no, elige a quién ayudar a aumentar sus posibilidades de ser seleccionado. Sabe que las ayudas son pocas y que muchas veces no van a quiénes más las merecen por puros tecnicismos. No es el caso de ella. Lo que deberá hacer, en adelante, es cuidar la ayuda. Cuando se la autoricen, la aconsejará para que busque un alojamiento modesto (mejor con una familia que con compañeros de facultad porque comerá mejor y habrá menos distractores a la hora de estudiar) y administre bien su cuota. No tiene

idea de lo fácil que resulta malgastar el dinero. Muchos han terminado por perderlo en galletas y golosinas. Le recordará a lo que su madre le contó del estipendio que les dieron al finalizar la guerra: algunos compraron con él una hamburguesa y se quedaron sin nada más en la bolsa. No cree que le pase igual porque la cantidad no es la misma. Aunque es poco, a ella le parece mucho. Una fortuna. Más de lo que podía imaginar que le darían. Suficiente para llegar a diario a la universidad, comprar los folletos que asignen, comer tres tiempos e ir a su casa una vez al mes. Si saca los libros de la biblioteca en lugar de comprarlos, puede incluso ayudar a su mamá con una cantidad mensual. Ya no tendría ella que tomar de la cuota que el padre de la más pequeña pasa para alimentar a las demás. Podrían, incluso, arreglar un poco la casa. O pensar en volver a comprar pollos para crianza, aunque sea de uno en uno. Pelibueyes no porque supondría demasiada inversión para un animal que nadie en los alrededores compra, no solo porque resulta muy caro, sino porque la carne no termina de gustar. Al menos en su región. Ha oído de otras partes en las que sí ha funcionado. La gente lo consume sin quejarse de su textura ligosa. También ha sabido que muchas mujeres han conseguido independencia económica gracias a él. Han podido dejar a los maridos que las golpeaban y hacerse cargo de alimentar a sus hijos por las buenas ventas. Pero, de nuevo, eso sucede en otras partes. Donde viven ellas, a nadie le gusta. Además, nadie tiene un terreno de tamaño apropiado para criarlos. Lo que tienen lo usan para la milpa que les da de comer el año entero.

La de ellas es muy buena. Agradecida. Con poco, produce. Si se han quedado cortas alguna vez es porque entran a robarles. Como saben que no hay hombres en casa, entran en las noches en su granero y se llevan un saco o dos por vez. No saben con exactitud quiénes son, pero se lo imaginan porque conocen bien quiénes comen todo el año sin salir a sembrar ni una sola vez. No pueden acusarlos porque no los han visto. Nunca los han visto. Su madre les ha pedido que, aunque escuchen ruidos, no salgan ni se asomen a las ventanas. No se sabe en qué estado se encuentren los que llegan a vaciarlas ni de qué son capaces si los ponen en evidencia. Sabe que la cobardía es temeraria. Les pide que simulen no despertarse, que, al día siguiente, cuenten que fue una sorpresa encontrarse con que faltaba tanto o cuánto de lo que tenían. Les pide que digan que no sintieron nada aunque se despierten al primer paso de ellos y escuchen molestas hasta que se van. No quiere

problemas con ellos. Sabe que no se vengarán con ella, sino con las hijas. No cree que valga la pena pelear por un poco de maíz que, de todas formas, les regalaría de buena gana si se lo pidieran. Lo que hace es apartar un poco para ella y las niñas. Lo guarda dentro de la casa porque sabe que ahí no llegarán a buscarlo. Saben que, si entran, ella puede matarlos si quiere y no le pasaría nada de acuerdo con las leyes. Creen que todavía tiene el arma que debió vender en una situación de emergencia y que podría matarlos con ella. Saben que puede utilizarla y que no dudaría en hacerlo si la obligan, incluso cuando ha dicho muchas veces que nunca lo haría enfrente de sus hijas. Porque alguna vez compartieron campamento con ella, saben que tiene buena puntería y que lo consideraría una acción justa. A ellos también les parece que lo es. En otras circunstancias, no le robarían, pero sienten que no tienen opción. Sus hijos tienen hambre. Ellos no tienen donde sembrar. No tienen tierra. Las que les dieron al finalizar la guerra debieron venderla poco a poco para pagar los gastos de todas las siembras que no les dieron resultado. Y, de a poco, el dinero se fue acabando.

Cuando le pidieron prestado, ella dijo que no tenía. Ellos no podían creerle porque, en todo ese tiempo, nunca le había pedido un solo centavo a alguien, nunca se quejaba y, además, tenía un molino aunque ya no tenía esposo. Todos sabían, también, que el padre de la más pequeña daba una cuota mensual. No se conocía la cantidad, pero se imaginaban que era mucho porque la enviaba desde el extranjero y porque, de nuevo, ella no se quejaba nunca ni había pedido nada a nadie. Creían que estaba en mejor condición que el resto y que no compartía su bienestar por avaricia. Les parecía poco solidario por parte de una persona que había peleado la misma batalla que ellos y que, además, había recibido el doble de beneficios que ellos porque, a la hora de la repartición, recibió también lo que le correspondía al papá de las otras tres niñas. Ninguno parecía haberse enterado de que, a la hora de la distribución, a ella le negaron su porción justo por estar casada con él. Le dijeron que daban un terreno por grupo familiar, no por persona, y que debía conformarse con lo que le daban a su esposo, que no fuera ambiciosa, que no era buen ejemplo, incluso cuando ya se había terminado la guerra. Tampoco iban a darle nada por su papá o por su hermano. No podía pretender reclamar algo que no le correspondía, ni siquiera cuando dijo que era para su mamá y que sentía que merecía recibir aquello por lo que ellos habían peleado.

Le explicaron que eso era para los vivos. No podían ellos repartir entre todos aquellos que habían muerto, buscar a sus familias y hacer la entrega simbólica. Tampoco podían recibir reclamos de todos aquellos que dijeran haber tenido familiares caídos en combate. ¿Se imagina cuántos serían? ¿Creía ella que las tierras que habían conseguido alcanzarían para todos? ¿Conocía una manera de asegurar que esa gente no mentía y llegaba solo a sacar provecho de una situación? No podían darse el lujo de ser burlados. Lo que ofrecían era darle capacitación para proyectos productivos. Había muchos excombatientes que estaban recibiendo mucho menos de lo que ella tenía gracias a su esposo. Y también estaba el caso de los soldados. ¿Había escuchado de eso? Muchos no habían recibido nada después de finalizado el conflicto. Nada. Ni capacitación. Les dijeron que la situación era diferente: se les pagó en los cuarteles o trabajaron por servicio militar. No había deuda con ellos. Les dieron las gracias y los dejaron ir. A los que perdieron miembros les prometieron una pensión que tardó en llegar y, cuando llegó, no era lo que les habían ofrecido. Ella podía recordar las quejas: salieron en los periódicos, salieron en la televisión, se escuchaban en la radio todos los días.

Su esposo le dijo que no se preocupara, que, con lo que le habían dado a él, bastaría para los dos y para las niñas, y para la hija perdida el día que la encontraran, que era parte de seguir dando el ejemplo a la tropa, pues podía ser que debieran ordenarse de nuevo y esa acción les contara a la hora de las revisiones. A ella seguía sin parecerle justo; sin embargo, no lo discutió más. Seguía órdenes en la paz como en la guerra, pero no dejaba de pensar que, quizás, había sido mala idea casarse por lo civil cuando bajaron de la montaña y vivieron en el campamento de reinserción. Lo pensó, sobre todo, cuando el esposo que le insistió en no pelear por lo que le correspondía comenzó a salir con otras mujeres, que ni siquiera habían combatido ni con ellos ni en ningún otro frente. Tenían las manos bonitas y los pies muy bien cuidados. Decían que apoyaban la causa, pero no hacían más que llevar papeles de una oficina regional a una de la capital. No le parecía que eso fuera demasiada ayuda. Le habría gustado verlas en acción. Le habría gustado ver si, como ella, podían pasar por debajo de las balas y sobrevivir a los bombardeos. Se preguntaba si habrían sido capaces de lavarle la ropa a él después de volver cansada de un operativo. Se preguntaba también si sería algo pasajero, un romance de ocasión, o si se instalarían con él en la casa que también era suya. En ese caso,

ella se iría a la hacienda con nombre de caballo, al menos por un tiempo, porque ahí vivía su madre. Era el único sitio al que podría llegar con sus hijas. Luego buscaría un empleo —fuera de lo que fuera— y un lugar donde establecerse y donde las hijas pudieran ir a la escuela sin pasar peligros. No pensaba dejárselas a él. Él le decía que no sabía de lo que estaba hablando: no había nada entre él y esas mujeres que ella decía. Incluso cuando la gente rumoraba y ella ya lo había visto, seguía negándolo. Le pedía que no se dejara confundir por los demás y que no malinterpretara lo que percibían sus sentidos. Se reía de que estuviera celosa y le decía que todas las sospechas eran infundadas y que le extrañaba que una sobreviviente de guerra pudiera comportarse como cualquiera de las mujeres del pueblo, pero lo cierto era que sí tenía un romance y sí tenía planeado dejarla a ella y a las niñas si era necesario para iniciar una vida con una mujer que no tenía marcas de combate en ninguna parte del cuerpo. Iba a vender la casa y a marcharse con ella a vivir en la capital. Conseguiría un empleo en una organización de cooperación y tendría una vida feliz. Vería a las niñas cuando a su actual mujer se le pasara el enojo y les daría el dinero que no gastara en los hijos que iba a tener con su nueva compañera de vida. Con el tiempo, ellas entenderían que él tenía derecho de ser feliz después de lo mucho que había arriesgado durante la guerra. Si no lo comprendían, sería problema de ellas. No podía hacer más. Tampoco podía sacrificarse de nuevo.

A la larga, sería una ventaja: las niñas tendrían dos hogares en lugar de uno. Le parecía que siempre podrían ser bien recibidas por su nueva esposa. Cuando llegara la hora de entrar a la universidad, podría alojarlas o conseguirles un lugar donde estar. En todo caso, las vería con más frecuencia y construirían una nueva relación. Las niñas jugarían con sus hermanitos y alguna vez ayudarían a cuidarlos cuando él y su nueva esposa debieran ir a alguna fiesta o tuvieran una salida de trabajo. Pero, antes, debía divorciarse. Incluso cuando la nueva novia le decía que no era necesario, quería hacerlo. Quería cerrar un capítulo de su vida, pero, sobre todo, quería asegurar el siguiente porque la insistencia de la novia de que no se necesitaban papeles lo hacía pensar que podía dejarlo en cualquier momento. Como era más joven y más bonita, y más preparada que cualquiera de las otras con las que había estado, pensaba que era muy posible que lo hiciera en cualquier momento.

No hubo necesidad de que encontrara una manera de decírselo a la esposa

sin que esta le hiciera un escándalo porque un hombre del pueblo lo mató en una borrachera por una aparente cuestión sin sentido que nadie supo explicar después porque nadie les estaba poniendo atención. No saben si el esposo insultó a alguien de la familia del otro o mencionó que había estado en el campamento en el que mataron al sobrino del otro de una bala sobre el ojo izquierdo, aunque no hubiera sido ni el día ni el año en el que sus superiores lo habían enviado, recién entrado en la escuela militar, como carne de cañón. Entonces ella debió atender los asuntos de su funeral y entierro y llorarlo como si todo hubiera estado tan bien entre ellos como en el tiempo en que decidieron vivir juntos por el tiempo que la guerra lo permitiera y luego casarse por la eternidad de la paz. Debió asentir cuando sus compañeros de batalla llegaban a decirle que era un buen hombre y darles las gracias por haber llegado a despedirlo. También debió escuchar a la madre de él acusarla de haberlo llevado por el mal camino y provocar que perdiera la vida después de haberla conservado en situaciones difíciles. Consoló a las hijas como pudo y comenzó a trabajar con lo que todavía no había vendido. Pidió a los abogados que, para evitar malos entendidos o la tentación de vender en un momento de crisis, pasaran la propiedad a nombre de las niñas. Esa sería su herencia. Por supuesto, esa historia tampoco cabía en el espacio que el formulario de solicitud de ayuda financiera de la universidad había destinado para describir la situación del padre. Por recomendación, escribió solo que era un excombatiente y que había muerto.

12

La mochila —del tamaño de la que su madre usaba a su edad— es camuflada, pero no verde olivo, café y negro, sino rosa, fucsia y blanco perlado. A la madre le parece una broma. Con una mochila así, habría muerto a los treinta segundos de andar en el monte. O incluso antes. Se habría convertido en blanco fácil. Para la hija, en cambio, era una medida de protección. Le habían explicado que, para moverse en la ciudad, debía hacer todo lo posible por parecer de ahí. Caso contrario, sería blanco fácil de los ladrones y los abusadores, que detectaban muy bien a las recién llegadas y se aprovechaban de que no sabían ubicarse bien todavía ni sabían a quién acudir por ayuda. La mochila no era la mejor del mundo, pero sí un modelo bastante popular entre las niñas de su edad. Ayudaría a disimular siempre que abriera la boca lo menos posible para que no le escucharan ni el acento ni el miedo de estar en un lugar tan distinto al sitio en el que vivía. Le sugirieron también que aprendiera el camino hacia la casa y lo recorriera sin ver demasiado a los alrededores y sin nunca preguntar direcciones a nadie. También, que cambiara las blusas de tirantes que usaba en el pueblo por unas más adecuadas al clima de la capital y usara zapatos en lugar de chancletas, como acostumbraba. Solo las empleadas domésticas se movían en ellas. Si podía, debía cortarse un poco el cabello, pero no en el pueblo porque le dejarían un estilo muy de por esos lados. No se vería como las niñas más bonitas de cada colegio, pero al menos no se vería tan distinta de cualquiera de las demás.

A la gente de su comunidad le pareció que estaba muy cambiada cuando regresó. Los mayores dijeron que era tan vanidosa como su madre. Los más jóvenes dijeron que se había hecho más presumida de lo que era. Las que habían sido sus compañeras en el instituto no podían comprender cómo era que se había dejado cortar el cabello. Ya no parecía una mujer. Los muchachos

la molestaban por eso. Le preguntaban si habían dejado de gustarle los hombres. Los niños se asomaban para verla. Las madres comentaban cuando la veían pasar. No querían que sus hijas fueran a hacer como ella. No permitirían que se cortaran un solo centímetro aunque tuvieran las puntas partidas o descoloridas. No entendían cómo su madre le había permitido hacerlo. Llegaban a moler nada más para preguntárselo y para decirle que se veía muy mal, muy fea, como un hombre.

A la madre le parecía que se veía como ella en el tiempo en que le pusieron como castigo cortarse el cabello. En ese entonces, lloró. Se sentía como decían en el pueblo que se veía su hija. Ahora que lo veía en otra, le parecía que no debió haberse visto tan mal. El corte le favorecía a la hija. Hacía que se pareciera a las mujeres que vio en París. No se lo dijo para que la hija no se lo dejara crecer de nuevo: seguía molesta por todo el tema de París y la hermana que no quería serlo. Le contó a su mamá que le había escrito varias veces desde las computadoras de la universidad con ayuda de una compañera de clases que decía que hablaba francés, aunque en verdad no lo hacía muy bien ni lo escribía con demasiada claridad. Tardaba mucho en responder y, cuando lo hacía, nunca decía nada que les diera esperanzas de un reencuentro. La madre le decía que no se desesperara, que se centrara en sus estudios, que lo demás vendría con el tiempo. También con el tiempo vendría la calma de la gente, que no disimulaba para verla en los caminos o en los autobuses. Terminarían por entender o por acostumbrarse a su nuevo aspecto, que no era ni por cerca el de un hombre. Sus compañeras en la universidad se lo habían alabado. Un par, incluso, le preguntó en cuál sitio se lo había cortado. Ella no supo decir porque, en verdad, no sabía ni cómo se llamaba ni cómo se llegaba a él. La había llevado la señora con la que se estaba alojando por un camino que no era el mismo por el que llegaba a la universidad y no preguntó cómo se llamaba, no porque no quisiera volver, sino porque calculaba que no podría pagarlo. El corte era un obsequio de bienvenida, así que le pareció una descortesía preguntar cuánto había costado, de modo que tampoco pudo dar ese dato a las chicas que le preguntaron para al menos orientarse.

Ellas pensaron que se trataba de una estrategia suya para que nadie más tuviera su corte de cabello. Les parecía buena idea. Ellas habrían hecho lo mismo si estuvieran en su lugar. Pero estaban decididas a tenerlo, así que

fueron a lugares que les pareció que podían ejecutarlo y les dieron las indicaciones a las empleadas.

Había diferencias, pero, de forma básica, era el mismo estilo. Las chicas lo portaban orgullosas. Ella, en cambio, seguía sin acostumbrarse a la idea. Si le hubieran dejado elegir, habría pedido que le dejaran un estilo similar al que tenía, pero con un color más bonito. Quizá más claro que todos los que había intentado antes. No lo dijo porque el hombre que se lo cortó dijo que tenían que remediar el daño por los tintes anteriores. Le dijo que ni siquiera quería preguntar quién se lo había hecho. Suponía que había sido una travesura infantil. Le gustaba que fuera coqueta, pero prefería que tomara medidas más gentiles con su cabello. La primera era devolverle la salud. Luego ella podría cambiar de estilo si quería. No era una cuestión definitiva. Pero debía admitir que le quedaba bien. Él sabía hacer su trabajo. No se permitiría enviarla a la calle con un mal corte. ¿Qué iban a decir de él si lo hacía? Es probable que nada porque ella no sabría responder tampoco quién se lo había cortado. La próxima vez que lo viera, no podría siquiera reconocerlo porque no retenía rostros y todo mundo en la capital le parecía tan desconocido como un extranjero. Él, en cambio, no la confundiría. Reconocía sus propios trazos en el cabello incluso varios meses después y recordaba muy bien las historias tristes. La señora que la alojaba se la había contado. Él quería también cortar el cabello de la madre cuando llegara alguna vez a visitarla. Como con la hija, no cobraría por su trabajo. Le encargó a la señora que alojaba a la hija que se lo hiciera saber.

A la madre le daba pena aceptar obsequios, sobre todo de desconocidos. Le dijo a la señora que se lo agradecía, pero que no podía esa vez, que llegaba de entrada por salida y solo para dejarle cosas a la hija que le habían enviado los parientes que supieron que había entrado a la universidad y que podían permitirse ayudarle con algo. Eran camisitas que habían sido de otras niñas de su edad y talla, algunos zapatos que no le casaban perfecto pero ayudaban a andar y cuadernos y lapiceros para que no tuviera que gastar en ellos. Esa fue la primera vez que la vio con el cabello corto. Le sorprendió que no se lo hubiera comentado cuando la llamó o que no se lo hubiera consultado antes de hacerlo. Ella le habría dicho entonces que no se lo cortara para que no la molestaran en el pueblo cuando regresara y evitarle que llorara como lo hizo cuando el esposo de su hermana se burló de ella frente a varios vecinos y

estos entendieron eso como una licencia para decirle de manera abierta lo que pensaban de su decisión. Luego pensó que quizás había sido mejor que no le preguntara porque entonces nunca les habría contestado a ellos que podían burlarse todo lo que quisieran puesto que era lo único que podían hacer. En unos años, ella estaría haciendo algo importante mientras que ellos seguirían en las puertas de sus casas riéndose de la gente que podía conseguir todo lo que ellos no.

Todos se enfadaron con ella, pero no volvieron a molestarla. Le dijeron a su madre que debía hacer algo con esa niña: creía que podía irrespetar a los hombres y responderle a los demás como quería. No llegaría muy lejos con esa actitud. Y sería muy difícil casarla. ¿Por qué no era más como su hermana? ¿Por qué no pasaba de la universidad y formaba un hogar? Había hombres muy buenos en los alrededores, hijos de compañeros de lucha con los que podía hacer buena vida o incluso excombatientes viudos con los que podía formar un hogar. No tendría riquezas, pero se realizaría como mujer.

A la hija eso no le interesaba demasiado. Lo que quería era estudiar medicina e irse a un continente que no podía imaginar, pero le gustaba cómo sonaba, sobre todo porque le decían que había mucha necesidad allá. Soñaba que, como a su hermana, un año antes de graduarse, aparecería una organización de ayuda y le ofrecería una beca de estudios en otro país para especializarse en temas de la salud, le extendería el formulario y le diría que no debía preocuparse por nada más, que su futuro estaría asegurado y que ella se encargaría de que nada le faltara durante el proceso de formación. Entonces ella aceptaría la oferta, se mudaría a ese otro país y estudiaría como nunca lo había hecho, se graduaría y viajaría al continente necesitado. Desde allá, escribiría cartas a su mamá y le enviaría dinero para que reparara la casa donde vivía o, mejor todavía, construyeran una nueva. Pero la oferta no llegó. La organización que invitó a su hermana le dijo que no tenían ya esa opción: todos aquellos a quienes ofrecieron estudios en esa región declinaron. La ayuda fue reorientada para que no se desperdiciara. No había algo que pudieran hacer por ella: el perfil de los beneficiarios era otro. Además, había pasado ya mucho tiempo desde el final de la guerra. Podían escribir y preguntar, pero no le aseguraban una respuesta positiva. Tal vez si su hermana no hubiera renunciado a última hora a la invitación y los hubiera dejado con los trámites hechos habría sido otra la historia. Nada les podía asegurar que

ella fuera a hacerles lo mismo, a hacerlos intervenir para después salirles con que se había enamorado de uno de los muchachos que llegaron a trabajar en el plan para el desarrollo de la comunidad y había decidido casarse con él, algo que no habría sido razón para perder la oportunidad de no ser porque el futuro esposo le pidió que no se fuera porque él la quería, pero no podría esperarla si ella se marchaba. Tampoco había aceptado la posibilidad de casarse y solo verla cada vez que ella regresara por las vacaciones con un vuelo pago, como rezaba el acuerdo. Creía que podía acabarse el amor. Y también creía que una mujer debía estar en su casa. Él no podía acompañarla si ellos tramitaban una solicitud para su pareja porque tenía un trabajo de gobierno que no lo estaría esperando cuando regresara. Tampoco tenía intenciones de seguir estudiando: sentía que ya había hecho lo que necesitaba y no quería seguir en las aulas. No era para él. Tampoco era para él quedarse en la casa mientras ella estudiaba y vivir de lo que le asignaban. Si ella quedaba embarazada en ese período, le tocaría a él quedarse en la casa y cuidar a la criatura. No le gustaba la idea. La persuadió para que renunciara al proceso. De todas maneras, no era seguro que se graduara. Nunca había sido muy buena en la escuela. Su hermana tampoco, pero tenía todo el deseo de intentarlo. No importaba cuánto tiempo y esfuerzo le tomara, estaba resuelta a conseguirlo. No le parecía que fuera a ser tan difícil aunque los profesores del instituto dijeran que no tenía posibilidades y su amiga de los recreos le dijera que no podría obtener un cupo si ni siquiera había podido responder lo de París hacía mucho tiempo. La mayor también creía que debía optar por una vida de hogar. Sabía de un muchacho de la unidad de salud que estaba interesado en ella. Ya había preguntado por su nombre y por sus gustos. No era como ser médico, pero estaría ligada de alguna manera al tema de la salud. Debía considerar la oferta. Los estudiantes en servicio social tenían el tiempo limitado. Acabado el año, no volvían. Abrían su práctica privada en el sitio de donde eran originarios o, si conseguían plaza, se iban siempre a un pueblo distinto de donde habían trabajado. Fuera como fuera, ella viajaría, saldría del pueblo, que era lo que quería. Y no tendría que esforzarse tanto. Si estuviera en su lugar, ni siquiera lo pensaría. El muchacho no era tan feo. Podría acostumbrarse pronto a sus mañas. ¿O era que prefería a alguien de ahí? ¿Todavía estaba enamorada del novio que tuvo en el bachillerato? Un poco. Pero no tenía intenciones de regresar con él después de que descubrió que tenía una segunda novia en la otra escuela del lugar. Él tampoco quería

regresar con ella aunque había terminado ya con la otra: no podía dejarse ver con una mujer que tenía el cabello corto como el de un hombre.

13

El día del primer desembolso es más feliz que cuando encontró su nombre en la lista de los aceptados en la universidad. Quedar había sido, en parte, una cuestión de suerte: había respondido al examen con la misma estrategia con la que había contestado la prueba que el ministerio hacía a todos los graduandos de escuelas, colegios e institutos: respondiendo las que sabía y dejando al azar las que no, que eran la mayoría. Las primeras desconocidas las eligió cantando el tin, marín, de do, pingüé, cúcara, mátara, títere fue, yo no fui, fue teté, pégale, pégale que esta fue, pero luego debió encontrar un azar más veloz porque el tiempo para la prueba iba pasando demasiado rápido, como el tiempo en la ciudad. Aunque no fuera como las más grandes y las más aceleradas del mundo, era mucho más rápida que el lugar donde vivía. Cuando menos lo sentía, se había hecho de noche sin que hubiera podido terminar de hacer lo que se proponía en el día. Y la noche pasaba veloz, como agua. No le alcanzaba para descansar.

Las mañanas también eran difíciles porque el sol no le daba en la cara como en su casa ni la despertaba la agitación de las gallinas o de la gente que pasaba, con el almuerzo al hombro, rumbo a los cerros donde sembraba o donde llevaba a pastar a sus bestias. Llegaba a clases siempre tarde por eso y porque no había logrado inscribirse en los horarios favorables: no sabía que los otros estudiantes esperaban toda la noche pegados a sus computadoras el momento en que se activaba el sistema para afianzar espacios en las clases de los mejores profesores o en las secciones menos sacrificadas. Ella se acercó a la oficina de asistencia al estudiantado casi al final de la tarde para pedir apoyo porque no lograba resolver en la máquina que le prestaron en la casa donde estaba viviendo. Lo que le dieron fue lo poco que había quedado: clases con varias horas de espera entre ellas, laboratorios en los días que

tenía pensado ir a visitar a su mamá, secciones a la que todo mundo le huía y aulas que estaban muy lejos las unas de las otras y se le confundían con facilidad. Si entraba a una que no era de su especialidad o de su año, no la distinguía porque tampoco comprendía lo que hablaban en las clases de su especialidad y de su año. Todo era nuevo para ella y como en otro idioma. La señora de la casa en la que estaba viviendo le decía que era así para todos, pero no creía que fuera cierto porque veía que muchos de sus compañeros de salón asentían como si los temas fueran algo conocido y hasta obvio. Al final de las sesiones, se burlaban un poco del temario como lo habían hecho en el examen de admisión. A diferencia de ella, respondían sin sufrir y salían rápido. Decían cosas como Yo esperaba que fuera difícil. Me habían dicho que era impasable o Pensé que se estaban burlando de mí. Ella sentía que se burlaban de ella. En realidad, ellos ni siquiera la miraban. Se fijaban solo en aquellos que, a la hora de entregar las calificaciones, puntuaban como ellos o más alto. Buscaban nuevos aliados para los grupos y las tareas en las que no coincidían o no les permitirían estar con sus compañeros de colegio. Identificaban a sus similares y se les acercaban para hacerles propuestas antes de que otros se les adelantaran. Tenían claro lo que querían conseguir y al lado de quiénes lo lograrían. Ella y las niñas que muy pronto se convirtieron en sus amigas no estaban en sus miras. Si acaso se fijaron en alguna fue porque obtuvo una calificación bajísima y les dio tema para conversar un rato porque nadie podía explicarse cómo era posible que alguien pudiera obtener una calificación como esa en una prueba tan sencilla como la que habían realizado, para la que ni siquiera se necesitaba estudiar porque cualquier ejercicio que habían practicado en su colegio un día cualquiera era más difícil que eso. Creían que el sistema de admisión debía haber fallado de alguna manera. No podía ser que alguien de tan bajo rendimiento fuera aceptado en la misma opción que ellos y compartiera clases cuando algunos de sus compañeros de colegio no habían quedado en la universidad o no habían sido aceptados en la primera opción educativa. A esos les tocaría hacer un año en alguna otra facultad que no les interesaba, pero que les daría el pase a la que sí gracias al trámite de cambio de carrera, que era mucho más sencillo que el de las equivalencias de otra universidad. Estaban seguros de que tenían mucho más mérito que las que puntuaban bajo, que dejarían la carrera y la universidad muy pronto.

Jamás hacían grupos con ellas. Tampoco les prestaban cuadernos ni conversaban un rato. Años más tarde, cuando trabajaran con alguna en las prácticas y la descubrieran interesante y con más dominio de los temas que ellos, dirán que nunca la vieron, que era imposible identificarlos a todos en el primer año, que los auditorios en los que estaban eran poco propicios para entablar amistades y que les habría gustado conocerla entonces. Pero ahora, que es ese entonces, hacen como si no las miraran. Evitan la posibilidad de que se les acerquen para preguntarles algo o para pedirles que les expliquen algo. No quieren ser groseros, pero no pueden perder tiempo de estudio en ellas. El material se acumula con facilidad. En pocos días, ha crecido una montaña de papeles en su escritorio. Nunca ha leído tanto en su vida y nunca ha comprendido tan poco de lo que está impreso. Tampoco le preocupa demasiado: no cree que vayan a preguntarle aspectos que no han considerado en la clase. Sigue creyendo que todo es un poco como en el instituto hasta que le entregan su primera evaluación y le dan tiempo para que la responda. Ni siquiera entiende la pregunta. Los compañeros dirán más tarde que todo estaba en el folleto. Ella lo buscará, lo encontrará en la página en la que ellos dijeron que estaba y llorará porque pasó por esas líneas varias veces y jamás las identificó como claves ni fue capaz de recordarlas. Se angustiará más cuando escuche que ese primer examen era el más sencillo de todos, un obsequio de bienvenida por parte del profesor para no desanimarlos, para construir un puente entre lo que vieron en sus colegios e institutos y lo que están por conocer de su mano.

El asistente de la clase le dice que no tiene que sentirse mal: no es la única reprobada. Tampoco debe sentir envidia de los demás: muchos de los que puntuaron alto cursan la clase por segunda o por tercera vez. Lo que necesita es concentrarse, cambiar la forma en la que estudia y persistir, luchar hasta el último momento y por cada milésima. Todos los puntos cuentan. Se lo jura. Él nunca tuvo que hacerlo, pero ha visto que otros han peleado la batalla y la han ganado. Puede ayudarla si lo necesita, pero no siempre ni todo el tiempo que ella necesita. Atiende a mucha gente y está ocupado a todas horas. Luego, debe ir a sus otras clases y estudiar para sus propios exámenes. La mejor hora para preguntarle es al final del día. Se lo ha dicho una chica que cursa la asignatura por tercera vez. También le dice dónde parquea él su automóvil. El camino a él es el mejor sitio para interceptarlo, pero hay que disimular un poco para

que no piense que se trata del acoso que es o piense que se trata de otro tipo de asedio. Es mejor que se siente en el camino con el libro de su clase para que la vea y sea él quien se detenga y le sonría, y le diga lo bueno que es que siga estudiando, y le pregunte si tiene alguna duda con la clase de ese día, se la aclare y la invite para que llegue al escritorio que tiene asignado para dar consultas, le diga que le dará prioridad porque sabe que está interesada y se está esforzando, o que la atenderá no importa cuán larga esté la fila el día que llegue. Tampoco debe llegar a diario. Si lo hace, le dirá que debe resolverse por sí misma, aprender a tener más seguridad en lo que hace y que no la conseguirá si siempre usa muletas. ¿Cómo va a hacer en el futuro cuando las asignaturas sean más demandantes? No lo sabe. El único futuro que le interesa en ese momento es el de esa materia. Las otras las tiene bajo control. Es una lástima que, para su carrera, no signifiquen gran cosa. Le dice que les sirven a los que se cambian de carrera. Ayuda a que el trámite sea más sencillo y a que lleguen a sus nuevos destinos sin las manos vacías. La chica que lleva la clase por tercera vez dice que, si no lo consigue en esta, siempre hay otras oportunidades, que no debe desesperarse. Ella misma no se desespera. Debería tomar su ejemplo. También, sus consejos: sabe lo que pedirán y preguntarán en clase. Todas las veces es igual. Ella se siente viviendo en un perpetuo *déjà vu*. Es una palabra en francés. No lo habla, pero conoce la palabra. Ella se emocionó por un momento, pensó que podía pedirle que le ayudara a escribirle a su hermana en Francia. Ahora que vivía más cerca de la asociación que había ayudado a su madre a encontrarla, debía poder ir con frecuencia y pedirle al intérprete que la asistiera con eso, pero el hecho era que el tiempo no le alcanzaba. Entraba antes de que la asociación abriera y salía después de que cerraba las oficinas. Había pensado ir en alguno de los períodos entre clase y clase, pero había preferido usarlos para avanzar en las lecturas, aunque su mente no las retuviera. De vez en cuando, también se dormía debajo de un árbol, no de manera intencional, sino vencida por el esfuerzo de estudiar y vivir en el nuevo lugar. Además, no terminaba de ubicarse. Las veces que había ido, había sido siempre de mano de su mamá. Nunca se había cuidado de identificar el camino. Tan pronto como se subían al bus, se dormía. Ella la despertaba cuando llegaban a la terminal, la subía en el bus que las acercaría a su destino y le daba un jalón en la camisa cuando estaban por llegar a la parada en la que debían bajarse para que tomara sus cosas y tuviera tiempo para llegar a la puerta sin prisas. Sabía que, si iba muy

rápido, podía caerse. Siempre había tenido problemas con el equilibrio. Era intrépida para cruzar las calles que hasta a la madre le daban temor, pero no funcionaba para mantenerse en pie durante el movimiento. Debía agarrarse de las barras o de los asientos para no caer de rodillas, como en súplica a un dios, o de bruces. La mamá, por eso, decidía bajarse una parada antes. Aunque les tocaba caminar un poco más, evitaba que se cayera, se raspara las rodillas y echara a perder el pantalón. No era sencillo conseguirlos al gusto de la hija y al presupuesto de la madre. Había que cuidarlos todo lo que se pudiera. Eso incluía conservar el peso corporal. Si subía demasiado, forzaría el tejido y los desgastaría más rápido. Ya le había pasado con los primeros. Mientras estaba haciendo cola para un trámite, oyó un desgarró en la entrepierna. Para evitar que empeorara, no se sentó cuando llegó su turno de ser atendida. La encargada interpretó el gesto como una descortesía. Los muchachos exigían siempre que se los atendiera más rápido de lo que ella podía. Se molestaban. Decían cosas desagradables. Se quejaban. Gesticulaban su inconformidad o usaban tonos hostiles. Le gustaría ver cómo funcionarían ellos en un puesto como el suyo. Podía apostar que no tendrían ni la tercera parte de su paciencia si debieran atenderse a ellos mismos o a otros peores, que los había. No resistirían un día entero, mucho menos los años que ella tenía en ese escritorio. Y, cuando crecieran, olvidarían que fueron impertinentes y la saludarían como si siempre hubieran sido una dulzura con ella. Otros la ignorarían el resto de sus vidas. Se sentirían demasiado para hablar en público con una simple empleada. Y, para ser francos, ella tampoco los recordaría a todos. Si la saludaban, correspondería al saludo con educación y, si la miraban con algo de cariño, fingiría recordarlos como si hubieran sido muy distintos al resto de todos los iguales que llegaban cada hora, cada día, todos los años, pidiendo siempre que les resolvieran líos en los que ellos mismos se habían metido por no leer las instrucciones que aparecían en el folleto que se les dio en su paquete de bienvenida a la universidad.

Le extrañaba que ella fuera de los que se comportaban así. De primera impresión, parecía una chica sencilla, aunque el corte de cabello fuera más estilizado que el del resto de las chicas que llegaban a esa universidad. La ropa era la de las niñas del interior del país y la manera de moverse y de hablar también. A lo mejor se había vuelto presumida por contacto en tiempo récord. En todo caso, no era su problema. Se limitaría a entregarle lo que

pedía y darle las indicaciones para el siguiente paso del proceso, aunque, también, estuviera ya por escrito en los documentos que le entregaba. Ella le dio las gracias, las buenas tardes y se fue caminando lo más rígida posible para no terminar de romper el pantalón antes de llegar a la casa. No se quedó a platicar con las nuevas amigas ni se detuvo a preguntarle al asistente de la materia por unas dudas que tenía y que no le permitían avanzar en el tema que estaban tratando esa semana en clase. Llegó solo a hacer balance de los daños y a tratar de repararlos. Pero era más de lo que sus manos con aguja mediana e hilo de mercado podían resolver con un zurcido o de lo que podría rescatar una máquina de coser profesional. Habría que cortar, sorjetar y coser para poder unir las partes. Y, de lograrlo, serían para una persona más delgada que ella. Tal vez una de sus hermanas menores. Nunca más para ella. Así bajara todo el poco peso que había subido, ya no sería estrecha como era en el instituto o como había sido su madre en las épocas en las que peleaba en los montes y solo comía los pocos frijoles hervidos que le servían en los campamentos o la harina con azúcar que llevaba en una bolsita en la mochila si el deber o el combate la encontraba fuera de ellos en el momento en que el cuerpo necesita comer para seguir en pie.

Lo hizo lo mejor que pudo para que, cuando su madre le pidiera cuentas, la absolviera de las culpas, aunque luego le dijera que debía ser más cuidadosa con las prendas que tenía y le recordara cómo lavar, tender y planchar para que todo durara más. También para que entendiera por qué usó parte del primer desembolso que le dieron para comprar los pantalones que fueron el objeto de admiración y envidia de sus hermanas cuando llegó a visitarlas.

14

Hace apenas unos meses, ninguna de las niñas tenía intenciones de seguir los estudios. La que está ahora en la universidad ni siquiera asistía a las clases en el instituto. Se iba con los amigos a caminar por el pueblo, por los cerros, por la bahía, por los pueblos cercanos. Estaba enojada porque ella le había explicado que no podía costearle la universidad, incluso la estatal. Aunque la gente dijera que costaba una nada, era mucho para ella. Había que agregar los buses de ida y de vuelta, la comida que debía llevar, el agua que necesitaría comprar a veces y que no podía llevar desde el pozo de la comunidad, que, aunque no era como la de los anuncios en televisión, era gratis y siempre disponible. Sumaban también los cuadernos, los lapiceros que se perdían con demasiada facilidad, la infinidad de folletos que decían que dejaban, no importaba cuál carrera se eligiera y los libros, que se encarecían de acuerdo con la especialidad que se tomara. No había tomado en cuenta el precio de la ropa porque era algo que jamás le había importado demasiado, pero sí había hecho el cálculo de los zapatos y su desgaste. Era demasiado dinero. No podía destinar el presupuesto de toda la familia para un solo fin. Las otras niñas debían comer e ir a la escuela. Por los juguetes no se preocupaba porque había siempre alguien o alguna iglesia que les regalaba alguno y, en último caso, podían hacerlos ellas o entretenerse con lo que fuera. A la edad que tenían, la diversión brotaba de cualquier fuente. Pero la inquietaba el tema de los ojos: le habían dicho que todas sus niñas necesitaban lentes. Todavía no había podido conseguir comprar los de la mayor, que ya se había casado e ido de la casa, pero seguía siendo su hija. Sentía que se los debía aunque ella le dijera que no se preocupara, que no los necesitaba, que veía bien y que se las podía arreglar sin ellos como hasta ese día. Era más urgente que consiguiera los de la más pequeña, que necesitaba sentarse en la primera fila de pupitres para ver

lo que la maestra estaba escribiendo en la pizarra y a veces debía levantarse para verificarlo. La maestra la regañaba. Le decía que debía comportarse en el salón de clases y la mandaba sentar. Le decía a la madre que la niña era demasiado inquieta y necia: debía decirle lo mismo siempre, todos los días. ¿Era así también en la casa? No. Era una niña muy obediente. Un poco torpe, sí (toda la vida se golpeaba con las puertas o con los muebles), pero dócil. Sus hermanas podían atestiguarlo. Incluso se aprovechaban de eso. La mandaban de un lado a otro y a veces hasta la ponían a hacer las tareas que les había encomendado a ellas porque la pequeña no leía malas intenciones en los demás. A ella le parecía que, por ahora, era una linda cualidad, pero creía que podía darle problemas más adelante. Si llegada una cierta edad la niña seguía igual de ingenua y confiada, tomaría medidas para protegerla porque podía irse con cualquiera y terminar abusada o raptada. Tenía el carácter del papá, que le resultaba encantador a todo el mundo, menos a sus hijas. Nunca les hizo gracia que llegara a visitarla o que se quedara a dormir. Cuando supieron que iban a tener una hermana que era hija de él, se molestaron. No querían una niña más. Les bastaba con la que entonces estaba perdida y resultaba ser una rival fuerte en la pelea por la atención de la mamá. Creían que la nueva sería una excusa para que el hombre que no les gustaba se mudara de manera indefinida a su casa, tomara el sitio de su papá e hiciera que lo llamaran como a él.

No sucedió porque el hombre, tan pronto supo que su mamá estaba embarazada, desapareció. Se fue para otro país con una novia que tenía en otro pueblo. No estuvo ahí cuando los doctores del hospital más cercano dijeron que se le había muerto adentro y pasaron a atender a otra mujer. La dejaron esperando en la mesa para que alguien llegara a desmembrar el cuerpo y sacar las partes, y ahí dio a luz. Sin ayuda en medio de los que podían prestársela.

Luego se disculparon con ella como se disculpó la familia de él por lo que había hecho. Le dijeron que se encargarían de que él se hiciera responsable. Cuando llamara, la madre lo haría entrar en razón. No podía asegurarle que dejara a la otra mujer y al otro país para regresar con ella, pero sí que se haría cargo de la niña.

Mes a mes, enviaba la cantidad que la madre le había indicado para que a la hija no le faltara nada. No era suficiente, pero era mejor que nada y servía para que la niña sintiera seguridad y construyera una idea de futuro en otro

país en el que no necesitaría asistir más a una escuela donde las profesoras no hacían más que regañarla por lo que fuera que ella hiciera, como sus hermanas en la casa. En ese otro país al que pensaba que su papá se la llevaría cuando creciera nadie le diría nada ni la golpearía. Tampoco se lastimaría con las puertas ni con los muebles. Debían de ser de otra manera, como de otra manera eran los zapatos y la ropa que el papá le enviaba por exigencia de la abuelita, que le recordaba todas las fechas que podían ser especiales para la niña. No le importaba lo que le dijera acerca de la economía o de la relación que no quería tener con la madre: nadie iba a decir que su hijo era un sinvergüenza. Ella no había parido ni criado gente despreciable. No sabía de dónde había aprendido él esas cosas porque su padre jamás había actuado de esa manera. No estaba discutiendo ni negociando: si tenía una hija, debía hacerse cargo de ella, no importaba en qué país estuviera. Y, cuando viniera, tenía que ver a esa niña. Ella le pediría a la madre que la llevara a su casa para que no hubiera malos entendidos. No quería que la gente hablara más de su caso. También quería que la abrazara. Era una niña que necesitaba mucho cariño. Debía decirle que la quería y que un día, cuando creciera, se la iba a llevar con él para que conociera el nuevo país.

A la mamá eso no le caía en gracia. Incluso cuando la abuela le decía que era para que la ilusión compensara la ausencia del padre, pidió que no lo hicieran más. Ni de broma quería contemplar la idea de perder a otra hija en otro país. Tampoco quería que luego, cuando él no cumpliera la promesa, su niña la culpara a ella de ser el impedimento para el viaje y terminara odiándola. Creía que era mejor decirle la verdad, como a las demás. No quería tener reglas diferentes para ellas solo porque el padre no era el mismo. Tampoco favoritismos. El tema de los lentes, por ejemplo, quería resolverlo en el orden que correspondía: primero la mayor de las que crecieron con ella, luego las demás según el orden de nacimiento.

Las niñas la convencieron de que comenzara por la pequeña. Y la pequeña la convenció de dejar ir a la segunda a estudiar a la universidad. Le dijo con palabras de niña que ella podía darle lo que su papá le enviaba para cubrir los gastos. Entonces la madre fue a conseguir que alguien le prestara dinero para pagar la prueba de admisión en la sede regional de la universidad el último día hábil y para el autobús que la llevaría hasta el banco. La hija lo tomó de inmediato y se inscribió, pero no en la sede regional, sino en la central: dos

amigas más del instituto tomarían la prueba en ella. Habían conseguido que el primo de una las llevara hasta la capital y que una pariente de la otra las alojara la noche antes del examen para poder presentarse temprano en la universidad. Podían repasar la noche antes y, si aguantaban, estudiar durante toda la madrugada. Decían que era mejor porque, si se quedaban en la regional, solo podrían estudiar lo que se ofrecía en ellas. Si entraban en la central, podrían elegir lo que querían o, si no calificaban en la primera opción, esperar un año antes de tomar lo que deseaban.

A la madre le pareció que había sellado su destino, que la decisión que había tomado era una negativa automática. No sabía mucho de estudios, pero tenía claro que la competencia era mayor en la capital. Sabía que los cupos eran limitados y que, sin importar la cantidad de protestas y tomas de las instalaciones que hicieran, siempre quedaría fuera un gran número de postulantes. Sentía que había perdido el dinero que había invertido para la prueba de admisión, pero no se lo decía para no desanimarla: tendría suficiente cuando no encontrara su nombre en la lista de seleccionados. Entonces la consolaría como pudiera. Le diría que habría más oportunidades en la vida, que buscaría una manera de sacarla adelante. Buscaría una manera de enseñarle a ser feliz que con lo que tenían, a concebir un sueño distinto del continente en el que había imaginado que podía servir o a conformarse.

También fue una sorpresa para ella encontrar su nombre en la lista oficial y la indicación de que había sido aceptada en su primera opción. Ninguna de las dos sabía que la decisión de la niña la había favorecido: había en la central una cuota reservada a estudiantes de las regiones menos favorecidas. Si ella hubiera presentado la prueba en la regional, el puntaje no le habría alcanzado para ser aceptada. Ni siquiera habría sido enviada a una segunda opción. Como el resto de los compañeros del instituto que se presentaron, habría sido rechazada, aunque invitada a someterse el siguiente año, con mayor competencia y menos posibilidades.

La madre estaba alegre y nerviosa, como ella, pero por razones distintas. No sabía cómo enfrentar el gasto que se venía encima cuando ni siquiera había podido terminar de pagar el préstamo para la prueba de admisión. Más tarde, cuando la euforia de la celebración hubo pasado, le dijo a la hija que era algo que debían resolver porque los números seguían como al inicio. Entonces ella le dijo que no habría problema: en la casa donde la alojaron la noche antes de

la prueba, le prestaron el teléfono para una llamada local. Marcó el número de la mujer que le había ayudado a ella a conseguir el vuelo a París y le contó que estaba por hacer la prueba. Como le había ofrecido ayudarla cuando lo necesitara, le dijo que esa era la ocasión.

La mujer había reído con la llamada. Le dijo que se concentrara en responder bien y que, cuando tuviera los resultados, la llamara de nuevo. Si lograba la admisión, ella la ayudaría a buscar una casa donde pudiera estar segura y alguna manera para resolver lo de la manutención. Ya no trabajaba en lo mismo que cuando la había conocido, pero creía que todavía podía conseguir alguna ayuda. Honraría su promesa si ella obtenía un espacio en la universidad. Todo lo que necesitaban ahora era llamarla, contarle que lo había logrado para que ella se pusiera en movimiento. ¿Tenía dinero para una llamada? No. Pero podía pedirle a los abuelos de la más pequeña que le dieran crédito para una. Tan pronto como tuviera efectivo, se las pagaría. Nunca les había pedido un solo favor, ni siquiera para su nieta, y nunca les pediría uno más. Esta era una cuestión excepcional. No todos los días una hija suya encontraba la oportunidad que estaba buscando.

La abuela le dijo que marcara con confianza: no habría cargos. Era su obsequio para ella. También estaba contenta de que lo hubiera logrado, aunque no fueran parientes. Era bueno que su nieta tuviera un ejemplo en casa. No quería decir que su madre no lo fuera. Ella no era la mujer con la que soñaba que su hijo formara un hogar, pero la respetaba. Sabía, por boca de los demás, que era honesta y trabajadora. No le gustaba que fuera excombatiente, pero no tenía manera de cambiar su pasado. Si no fuera porque se había involucrado con su hijo, le habría ofrecido empleo en su panadería. Prefería tener la familia y el negocio separados. Solo si el hijo se hubiera negado a hacerse responsable de la niña, entonces ella habría estado obligada a darle un lugar en él para cubrir los gastos, como hacía una amiga suya que tenía negocio de carne, mientras la niña creciera. Tenía planeado mandarla a estudiar a la capital cuando fuera grande y estaba ahorrando para cuando el día llegara, pero sin decirle a la madre para que no contara con ese dinero y fuera a usarlo para otra cosa. Le decepcionaba que la niña dijera que no estudiaría y que odiaba la escuela y a todas las maestras. Esperaba que cambiara de decisión cuando creciera, pero no confiaba demasiado en eso porque su hijo había dicho lo mismo en su tiempo y no hubo fuerza capaz de hacerlo cambiar de

rumbo. Ahora que la hermana ha decidido formarse, ella recupera las esperanzas. La madre, en cambio, se angustia: Hace apenas unos meses, ninguna de las niñas tenía intenciones de seguir los estudios. Hoy resulta que todas quieren ir a la universidad. La pequeña, que lloraba por no ir a estudiar, se levanta sin que la despierten, se baña sin quejarse y se toma el atol que no le gusta porque la segunda le dice que es necesario alimentarse bien para poder rendir en la universidad. La tercera quiere inscribirse en la misma carrera que la segunda aunque jamás le había llamado la atención y es incapaz de ver sangre o de escuchar a alguien quejarse. Incluso la primera reconsidera su posición. Sabe que ya no podrá tener la beca que le ofrecieron en el tiempo en que se graduó del instituto, pero cree que puede encontrar maneras si su hermana, que es menor, las halló. Sabe de una iglesia que podría ofrecerle una oportunidad, aunque no en la misma área. Ya no le importa demasiado que a su esposo no le guste la idea.

15

La mayor de las hermanas no terminará su primer ciclo en la universidad. El esposo la convencerá de usar el presupuesto que consiguió para estudios en prepararse para la hija que les anunciarán que tendrán cuando ella apenas lleve un mes y medio inscrita en el programa que eligió entre lo poco que podían ofrecerle en la institución privada que le daba horarios que le permitían formarse sin desatender su hogar, que fue la condición que él le puso para aceptar. Se negará al principio. Dirá que, si hacen cuentas, si reducen todavía más sus limitados gastos, si inscriben a la niña en el programa de una iglesia que brinda ayudas para criar a los hijos, pueden lograrlo, pueden tener ambas cosas. Él no quiere que la cara de su hija aparezca en las tarjetas que inspiran lástima en otras partes. Además, no le parece justo que figure ahí cuando tiene un padre que puede responder por ella. A ella no le parece justo que le pida de nuevo dejar los estudios. Se lo cuenta a su madre para ver si ella puede ayudarle a encontrar una solución. No espera que le dé dinero porque sabe que apenas alcanza a ayudar a la hermana que se ha ido y a darle de comer a las que han quedado. Busca una idea o el nombre de una persona que pueda interceder por su caso. Lo que encuentra es el ofrecimiento de ella de cuidarle a la niña todo el tiempo que ella esté estudiando. Puede bañarla, dormirla, darle de comer, cantarle nanas, asegurarse de hacerla crecer. Sabe hacerlo sin dinero. Conoce plantas y flores que ayudan a resolver. Conoce gente que puede donarle camisitas, mantas, algunos juguetes. Nada sería nuevo, como quiere el padre, pero ayudaría a salir del problema. Los bebés no se fijan en esos detalles. Perciben solo los olores y la sensación de seguridad, que nunca le faltaría. Cuando pasaran los cinco años y ella ya se graduara, podría tener vestidos nuevos y juguetes que nadie hubiera tocado antes. Ella podría seguir cuidándola para que su madre vaya a trabajar. No sería

problema.

A la hija le parece perfecto. Al esposo, no. La ayuda de la suegra les resuelve lo del tiempo, pero no lo del gasto. Sigue siendo demasiado para él. Ella sabe que no le miente: el día de pago, le entrega el sueldo completo para que lo administre. Le pide solo lo del transporte. Es un hombre sin vicios y sin gastos escondidos. Viste lo que ella le compra, come lo que ella le sirve. Si le dice que no puede dar más, no miente. El trabajo que tiene no incluye la posibilidad de ascensos o aumentos. El cálculo de la boda con ella lo hizo bajo la idea de que tendrían hijos después de que hubieran arreglado la casa que les dieron cuando se casaron y ahorrado un poco para recibir a la nueva habitante. No le molestaba que la hija se hubiera adelantado a los planes. Habría querido recibirla en mejores condiciones, pero no por eso estaba menos feliz. Ella quería sentirse igual, pero no podía dejar de pensar en que sucedía en el momento justo en el que ella intentaba estudiar. Su mamá le decía que solo supondría un esfuerzo adicional. Muchas lo habían hecho ya. No las conocía, pero había escuchado hablar de ellas: señoras que habían estudiado aunque tenían cinco hijos y debían pagar su propia cuota porque el marido se negaba a hacerlo para que desistieran, chicas sin esposo que habían conseguido terminar aunque fuera un poco más lento que las otras, incluso mujeres que se habían divorciado durante los estudios y peleado la custodia de sus hijos y las cuotas alimenticias. Su situación no era la peor. Y el tiempo era favorable. Si le hubiera sucedido cuando la guerra estaba en marcha, habría tenido que sortear también los cierres de los centros educativos, los paros del transporte, los enfrentamientos que a veces se daban en los días en que había exámenes y la falta de energía eléctrica para estudiar cuando la niña por fin se fuera a dormir. No podía quejarse. Incluso cuando la carrera que tomó no era la que más le habría gustado, tenía una oportunidad en sus manos.

Sentiría que se le escapaba cuando la gente del hospital le indicó que necesitaba reposo si quería llevar a término su embarazo. Ella no era como la madre, que podía correr y combatir mientras la gestaba a ella. Ni como la señora que vende las tortillas en la colonia en la que alojan a la hermana en la capital, que repartió pedidos hasta el mismo día que dio a luz. No. Ella es de las que necesitan estar acostadas mañana, tarde y noche por tres meses durante el primer embarazo, por seis durante el segundo y por los nueve para el tercero. Es de las que deben caminar lento y con ayuda, y pedir a otra mujer

que haga las cosas de la casa por ella.

Esa mujer podría ser la madre. Quiere, pero debe estar en su casa cuidando de las otras hijas y atendiendo el molino para que haya dinero para enviarle a la segunda cuando necesite un nuevo cuaderno, otro lápiz o pagar un laboratorio. La hija le ha propuesto al esposo que la mude con ella durante el período que le han indicado para atenderla ahí. Las hermanitas pueden colaborar también. Lo harían gustosas. Aunque la mayor vive en la misma comunidad y la ven a diario en el camino a la escuela, la echan de menos. Era como una pequeña madre para ellas. Cuidaba que comieran siempre y que estuvieran limpias. Las ayudaba si se metían en problemas con el cabello y las asistía con los dientes que se aflojaban. Creían que habría podido ser una magnífica dentista si se hubiera decidido cuando le ofrecieron la oportunidad de irse becada. Tenía buen carácter, mucha paciencia y unas manos fuertes que jamás temblaban.

Por esas mismas cualidades, le darían, años más tarde, trabajo en una finca de café. Al dueño le gustaba tanto su manera de funcionar que, muy pronto, le ofreció estar al frente de otras mujeres, ser la encargada de instruir las. Si hubiera sido hombre, se la habría llevado, sin dudar, a la zafra. Estaba seguro de que no pondría peros ni lloriquearía como los que empleaba. Quemaría los campos sin reniegos. Se cubriría brazos y rostro sin quejas y cortaría la caña hasta el final del día y el final de la cosecha sin faltar, sin reportarse enfermo o cansado, o herido por el azúcar. En eso era como su madre y como el abuelo que no había conocido. Era una lástima que fuera mujer, tuviera que consultar con el esposo para aceptar la oferta que le hacía y terminara diciéndole que no, muchas gracias, porque al marido le parecía que eso tomaba demasiado tiempo y no quería que ella estuviera tanto fuera de su casa. No importaba que le pagaran. Debía atender a la niña, debía hacer los oficios y debía descansar. Si no lo hacía, se ponía de muy mal humor. O, peor todavía, triste. Eso no se lo decía. Llegaba nada más hasta lo de atender a la niña. El resto, a él no le concernía. Podía escucharla por amabilidad, pero no haría diferencia. Y a ella no le resultaba cómodo que se enterara de sus cambios de humor. No creía que pudiera hacer algo por ella.

A la mamá le daría gusto que no aceptara. Podía ser que conseguiera algo del dinero que necesitaba para regresar a la universidad, pero ni alcanzaría para cubrirlo todo ni le dejaría fuerza para hacer otra cosa. Sabía, por

experiencia, que era un trabajo muy duro. Nunca había querido que las hijas se dedicaran a eso. Para no llevarlas cuando ella debió realizarlo, les decía que había culebras. Las pequeñas desistían con facilidad ante el argumento. La mayor, en cambio, jamás se detuvo por eso. Decía que había culebras en todas partes. Ella mataba las que entraban al patio de la casa. La madre le decía que justo por eso debía quedarse: porque era buena para matarlas, podía proteger a sus hermanas, que se congelaban cuando veían una o cuando les decían que alguna estaba por ahí aunque no fuera cierto. Le recordaba al hermano que se quedó cuidando de su madre y de sus hermanitas. Sabía que solo por el corazón podía atarla al hogar, así que le encargó que cuidara de las niñas. Ella se encargaría de salir a diario a hacer el trabajo que habría hecho el padre si hubiera estado con vida y no hubiera decidido irse con otra mujer y tener otro hogar y otros hijos lejos de ahí. Iría a diario a la finca de café y limpiaría los campos como los hombres, y sembraría, y luego cortaría y pondría a tostar los granos al sol y cargaría sacos como los otros hombres. No pepenaría como las otras mujeres ni prepararía comida para los empleados. El dueño de la finca la estimaría por eso. Le diría que, siempre que necesitara empleo, lo tendría con él. Si quería llevar a sus niñas, podía hacerlo. Había una zona en la que podían estar todo el día. De vez en cuando, ayudarían a pasar cosas o a regar almácigos, pero, en general, jugarían todo el tiempo. Él ordenaría que recibieran comida como si trabajaran como el resto. Ella se lo agradeció, pero nunca las llevó. Prefería pagarle a la vecina para que las vigilara durante su ausencia y le hiciera creer a la mayor que era ella la que tenía todo bajo control. Creía que era demasiado riesgoso llevarlas con ella a diario: alguien podía entrar a su casa a llevarles lo que tenían si sabían que la casa estaba sola todo el tiempo por varias horas. Y alguno de los muchos trabajadores — temporales o fijos— podía tomar a una de las niñas en un descuido, meterla entre los campos y abusarla las veces que quisiera. Ya había sucedido antes. Las niñas no decían porque las amenazaban con matarlas o con matar a sus mamás si contaban. Los caporales decían que no podían hacer nada al respecto: eso era una finca, no una guardería. No tenían personal para atender la seguridad de los hijos. Tampoco podían hacerse responsables de la de sus empleados. Si alguien llegaba a ajustar cuentas con ellos, no podían intervenir. Los asuntos privados eran asuntos privados. Ellos podían solo proteger el café. Cuidar si alguien llegaba a robarlo o a tratar de arruinar la siembra. En ese caso, podían hacer uso de la fuerza. Los amparaba la protección de la

propiedad privada. Serían detenidos unos días mientras se hacía el proceso, pero saldrían libres después de que se comprobara la naturaleza de su acción. Cortadores, cortadoras, cocineras y demás asalariados darían fe de que se trataba de defensa propia. El mismo dueño declararía a favor suyo. Podía estar confiado. En cambio, si sacaba un arma por alguien más, toda la protección desaparecería. Además, se enfrentaría a los parientes del herido o del muerto, que buscarían una manera de hacer justicia y no descansarían hasta ejecutarla. No había razón por la que él se metiera en un lío de esos por algo que no había hecho y que ni siquiera sabía qué era. Si escuchaba altercados que no tenían que ver con el trabajo, avanzaba y dejaba que cada cual resolviera su problema como pudiera.

Habría querido hacer lo mismo cuando llegaron a buscarla a ella, pero no pudo. Los tres hombres armados que preguntaron por su nombre no le dieron oportunidad. Lo amarraron junto a las mujeres que preparaban la comida y lo golpearon para que dijera en qué parte de la finca se encontraba o dónde vivía. Él les dijo que no sabía: recibían mucha gente en la finca. No podían conocerlos a todos. No sabían donde vivían. No sabían si regresarían. Pagaban a diario para evitar problemas, sobre todo con las mujeres, que no eran constantes y se quejaban de todo.

Ella no necesitó preguntar para qué la buscaban o quiénes eran ellos. Supuso que habrían sido parientes de los hombres que quisieron llevársela cuando tenía catorce años y que habrían llegado buscando venganza luego de que alguien en el lugar la hubiera reconocido y señalado como la causante de la muerte de ellos. Siempre supo que llegarían, aunque no sabía cuándo. Por fortuna, ese día se había retrasado porque la segunda de las hijas que vivía con ella había hecho algo en la escuela por lo que había requerido su presencia. Ella había mandado preguntar si podía ser otro día o a otra hora. Le respondieron que no: la escuela tenía un horario que había que respetar. No podía pedirle a los maestros que esperaran a que los padres se desocuparan: ellos mismos tenían hogares que debían atender, responsabilidades que cumplir. La de los padres era atender los asuntos de los hijos. En su trabajo no lo comprenderían. Si pedía permiso, le dirían que no, que los asuntos de la escuela eran menores, que los resolviera como pudiera, que enviara a alguien más. No creían que en la escuela alguien pudiera notar la diferencia. Además, debían considerarla por ser madre soltera. No era un término que le gustara,

pero lo prefería al de viuda. Cuando le decían así, daba la impresión de que el que murió le había dejado asegurada la existencia. En la escuela les parecía que era el caso porque no aceptaron su negativa al nombramiento de su hija como reina de su grado. Le informaban que la niña necesitaría un vestido que ella no podía pagar en ese momento, flores para lucir cuando desfilara y el pago de la carroza que la pasearía por las calles del lugar. Esa era la razón de la cita que le habían dado. No podían postergarla porque la celebración estaba por ser realizada. Tenían el tiempo justo para salir con todo.

Ella intentó persuadir a la maestra para que sacara a la niña de la competencia. La maestra le dijo que era imposible: la niña se había inscrito, había vendido más votos que sus otras compañeras—incluida una cuyo padre compró listas enteras para hacerla ganar— y ya había sido anunciada como ganadora de su clase. No le había dicho nada a ella. Quería sorprenderla. Había puesto a sus hermanas a ayudarla. Había vendido bailes y cantos de su hermana pequeña por toda la comunidad. La maestra pensaba que iba a ganarle incluso a las más grandes, que al final se llevaban siempre la corona. Era una oportunidad única para su grado. Le pedía que no le quitara la oportunidad a la niña.

Su nuevo plan fue pedirle al dueño de la finca que le diera un adelanto para eso, pero ya no pudo hacerlo porque, después de ver a sus compañeros aterrados por haber sido amarrados e interrogados, decidió no volver a la finca. Además de evitarle problemas a la gente, era la forma de impedir que los hombres que la buscaron se comprometieran: sabía que no se atreverían a actuar fuera de ese sitio. No tendrían el valor.

16

La tercera de las hijas que se criaron a su lado será la que reclame. Le molestará que, llegado el momento de discutir su futuro, se le diga que no habrá universidad para ella. La madre lo siente mucho, pero no puede costear una segunda cuota ni otro juego de libros carísimos, ni ropa diferente a la que usan ahí. Ella preguntará por qué a su hermana se la sigue manteniendo en la capital cuando sus resultados en los estudios no han sido buenos. Todos lo saben ya: reprobó una materia en el primer ciclo. Estudió todo lo que pudo. Aclaró todas las dudas que tenía. Intentó estar lo más tranquila posible a la hora de responder, pero igual falló. No aprobó ni uno de los exámenes. El profesor decía que eso le pasaba a quienes no estudiaban suficiente. Ella no lo creía porque le pasaba a ella, que todo el tiempo estaba con los cuadernos y los libros de esa materia. Sus amigas decían que tenía que ver con las bases que le habían dado en el instituto. No habría sido lo mismo si hubiera salido de uno de los colegios de pago. Ella quería creerlo, pero no podía porque había otros niños de otros institutos que habían conseguido pasar la materia. Algunos, hasta el final, pero igual lo habían logrado. Las amigas le decían que no todos los institutos eran iguales. A lo mejor el suyo era peor que los del resto. A lo mejor, si hubiera salido un año antes de su pueblo y hubiera estudiado el final del bachillerato en la capital, no tendría ese problema ahora. ¿Por qué no se le ocurrió? Nunca lo había imaginado. Ni siquiera pensó que estaría ahí en ese momento. La mamá ya le había dicho que no podía costearle los estudios y que no habría universidad para ella. Su plan era presentarse en la policía, tomar el entrenamiento y trabajar de eso el resto de la vida. Le habría gustado más entrar al cuartel, pero el ejército no recibía mujeres, no importaba lo valientes que dijeran que eran o lo resistentes que probaran ser.

A la mamá no le caía en gracia ninguna de las opciones. No importaba que

la guerra hubiera terminado y que las publicidades dijeran que eran todos hermanos y que reinaba la convivencia, no quería ver a su hija en el ejército. No se imagina lo que diría el padre de la niña si supiera que estaba en el bando de los que los perseguían y los acorralaban y los mataban. No quiere imaginarse lo que habría dicho su propio padre si supiera que su nieta estaba en las filas de los que habían incendiado su casa y dejado sin hogar a sus hijos. La hija decía que era solo un empleo. ¿Qué otra cosa quería que hiciera? No podía estudiar, no podía trabajar en las fincas de café porque ella seguía prohibiéndoles que fueran, no quería que se empleara como interna en una casa de la capital como hacían otras niñas de la región y no quería que se fuera a trabajar de lo que fuera al norte, como hacían los muchachos del lugar. No podía esperar que se casara y tuviera hijos, y se quedara ahí para siempre cuidando niños, campos y gallinas. ¿Por qué no? A ella le habría gustado. Lo habría preferido a andar en las montañas con arma al hombro. Si lo había hecho era para que ellas pudieran tener todo eso que ahora ella no quería. ¿Por qué no apreciaba su sacrificio? En parte, porque no le había dado detalles del sacrificio. Ni a ella ni a las otras hijas. Sabían que había estado en la guerrilla porque todo mundo en la comunidad lo decía y porque todo mundo en la comunidad lo había estado, pero no conocían mayor cosa. Su mamá no les contaba más que del episodio de la hermana que terminó en el otro país. De la guerra solo hablaba con sus hermanos y con los vecinos que también habían peleado en ella, y solo cuando las niñas no estaban presentes. No quería que se enteraran de esa época de su vida. Decía que le daba mucha tristeza, que prefería no acordarse. Ellas advertían que podía ser algo difícil porque cada cierto tiempo se despertaba muy mal. Decía que soñaba que andaba ella de nuevo en la guerra, pero con las cinco niñas de la mano. Ni una se había perdido y todas tenían la misma edad. Ella trataba de esconderlas porque los aviones del ejército sobrevolaban el lugar donde estaban. Les pasaban tan cerca que podía haber visto los rostros de los hombres que iban en ellos si se volvía y ordenarles que se detuvieran y dejaran caer el avión, pero nunca lo hacía porque su atención estaba concentrada en proteger a las niñas. Se despertaba sudorosa y con lágrimas en los ojos porque, en el sueño, siempre perdía a una. A veces a la mayor de las niñas que se criaron con ella; a veces, a la más pequeña. A veces perdía a la niña que de verdad perdió y a veces la perdía a ella. Solo a la tercera de las hermanas que crecieron a su lado nunca la extraviaba. Ellas le preguntaban por qué. Nunca podía contestar. La aludida

decía que era porque la quería más que a las otras, aunque luego le reclamaba que la quería menos porque no la consentía como a la pequeña, no la apoyaba como a la mayor de las que habían crecido a su lado ni la buscaba por todo el mundo como a la primera que dio a luz, ni la dejaba ir a estudiar a la capital como a la segunda de las hermanas con las que había crecido. También le reclamaba que no la hubiera dejado participar en el certamen para ser reina de la escuela. Ella estaba segura de que podía haber ganado. Decía que era más bonita que la segunda de las hermanas y que sabía cantar y bailar mejor que la pequeña aunque no lo hiciera. No le gustaba que la vieran y le hicieran rueda y le aplaudieran. Habría sido diferente si hubiera tenido una corona en la cabeza, aunque fuera de falsísimos diamantes como la que le pusieron a la hermana en la premiación. Le decía a la mamá que le negaba las oportunidades que le daba a la otra y que era injusto. A la madre le parecía que lo era un poco, pero no podía afrontar otro gasto como ese. El vestido de vuelos y los zapatitos brillantes le habían costado varias cenas y la mayoría de las gallinas que tenía reservadas para vender si había una verdadera emergencia. Las niñas no lo sintieron porque siguieron comiendo los tres tiempos y porque, por fortuna, no se enfermaron o accidentaron en esa temporada. De haberles sucedido algo, ella habría tenido que encontrar alguna manera de resolver. No se imagina cuál habría sido, pero sabe que la habría aceptado, fuera cual fuera. No dejaría sufrir a ninguna de sus hijas. No participar en un certamen de belleza no le parece un sufrimiento, aunque la tercera de las niñas diga que lo es. Le parece más un capricho y un gasto innecesario por el que no piensa pasar una segunda vez. Se lo dijo a todas. Las sentó y les explicó que no podían darse el lujo de concursar más. No importaba quién o cuántos les dijeran que eran las más bonitas y que seguro iban a ganar, no quería que ninguna se inscribiera nunca más: aunque les dijeran que les compraban todos los votos, debían saber que nadie le ayudaría a ella a comprar vestidos de fiesta ni zapatitos de tacón y que en esa casa no podían darse el lujo de comprar cosas que se usarían una sola vez en la vida. Ni siquiera podían esperar que, el día que se casaran, ella les ayudara a comprar el atuendo para la boda. Había muchas otras necesidades que cubrir. Les rogaba que la ayudaran con eso.

Las maestras le insistieron en que las otras hijas también podían ser reinas. Era claro que también se lo decían a las más pequeñas porque no cesaron de

rogarle, todos los años, que las dejara participar. La tercera decía que podía usar el mismo vestido de su hermana y los mismos zapatitos, aunque no fueran ni de su talla ni de su número. Le pedía que la dejara intentarlo al menos una vez. La madre sentía que se repetía el episodio con el tema de la universidad. Temía que terminara como el del certamen, cuando la tercera se enfureció, tomó sus cosas, las metió en una colcha y se hizo al camino diciendo que se iba para siempre. Temía que, ahora que estaba más grande, pudiera cumplir la amenaza y caminar más lejos que esa vez, que apenas llegó a la casa de la vecina, que la recibió ante la vista risueña de la madre y la devolvió en la noche, dormida y cansada de tanto llorar. No había manera de hacerle entender que lo que su hermana tenía lo había conseguido por sus propios medios. Ella buscó las fechas, ella buscó la gente, ella encontró el camino. Había encontrado una manera de conseguir las cosas sin mendigar —que era la pesadilla de la madre— y sin hacer nada indigno a cambio —que habría sido la pesadilla del abuelo—. Si ella quería intentar conseguirlo, podía hacerlo. Solo le pedía que no lo consiguiera a costa de quitárselo a su hermana. No sería justo. Su hermana había sabido ganárselo, había luchado por eso y había sufrido. Cada día había sido difícil para ella. Si se fijaba, cuando llegaba comía mucho, más que antes, porque extrañaba la comida de su casa aunque cuando vivía ahí se quejaba de ella. ¿Recuerda que todo mundo la vio delgada cuando volvió la última vez? Le preguntaron si no le daban de comer en la casa donde estaba, si no le alcanzaba el dinero que le daban para costear la comida, si acaso había enfermado a causa de los nuevos alimentos o si estaba comprando cosas en la calle que se la estaban comiendo por dentro. Ella decía que no, que comía suficiente, que lo que le daban estaba limpio, pero que le resultaba un poco insípido. Incluso si la comida era la misma, no le sabía igual. También decía que no le alcanzaba el tiempo. Siempre estaba decidiendo entre comer, dormir o estudiar. A veces se quedaba dormida frente al plato. La señora de la casa en la que estaba le decía que eso le pasaba a todos los estudiantes. A ella le costaba creerlo porque oía a los muchachos de los colegios de pago contar que les sobraba tiempo y que se iban de fiesta o de paseo. Sentía que ella era la única a la que el tiempo no le abundaba porque tenía compañeros que, además, tenían empleos aunque la gente dijera que en una carrera como esa en la que ella estaba era imposible trabajar y que todos los estudiantes debían ser de tiempo completo. Fue por ese tiempo que empezó a creer que estaba en el lugar equivocado, que habría sido mejor no haber

aprobado el examen de admisión porque las burlas de sus vecinos y de sus excompañeros del instituto habrían sido menos dolorosas que la sensación de no servir para nada, de estar quitándole oportunidad a otras personas, de estar consumiendo recursos que podrían estar siendo utilizados en sus hermanas. Le dijo a su mamá, cuando dejó el primer examen, que se sentía miserable y que ya no quería seguir. Había llorado mucho antes de llegar a visitarla para no tener que hacerlo ante sus ojos, pero seguía sin poder contener las lágrimas. La mamá le decía que no se preocupara, que un examen no lo era todo ni era aviso de nada. Le pidió que se calmara y que se concentrara en lo que venía. A ella, en la guerra, le había servido para sobrevivir. No dudaba de que pudiera aprobar: ya había demostrado que podía ganar sus propios espacios y avanzar sin la ayuda del resto. Le preocupaba saber que, si reprobaba la materia perdería la beca, pero no se lo decía para no preocuparla más. Pero era inútil porque era lo que ocupaba la cabeza de la hija.

Las cláusulas eran claras: si reprobaba una sola de las asignaturas, le quitarían la asistencia económica, no importaba en cuál frente hubiera peleado su madre ni de cuál instituto había salido graduada. Otros muchachos habían podido lograrlo. De hecho, una de sus amigas venía de un instituto del interior del país que le parecía, por lo que ella contaba, muy similar al suyo. Venía de una familia en la que tampoco había padre y que además tenía más hijas que la suya, y aun así había aprobado el primer examen. No había obtenido la mayor nota, pero la conseguiría al final del curso. Ella la felicitaría por el logro, aunque la hiciera sentir todavía peor. La amiga le ofrecería ayudarle a estudiar para cuando llevara por segunda vez la materia, pero no podría cumplir porque los nuevos horarios no les permitirían a los del segundo ciclo ver a los que repetirían el primero. Además, ella no sabía si habría una segunda oportunidad para ella. La gente que la alojaba lo hacía por una cantidad que se sufragaba con la ayuda que le daba la universidad. Alguna de sus compañeras, cuando vio el riesgo de la reprobación, le sugirió que retirara la materia para que no la perdiera. La tutora con la que consultó le explicó que era imposible: las cláusulas prohibían los retiros. Si lo llevaba a cabo, la ayuda cesaba en ese mismo instante. Lo que ella le recomendaba era que estudiara todo lo posible y ahorrara cada centavo para ayudarse de alguna manera con el ciclo siguiente. No quería decirlo de manera abierta, pero estaba convencida de que no conseguiría aprobar la materia. No era por su rostro o por su temple: se lo

decían los números y los otros como ella que habían pasado antes por ese escritorio con el mismo problema. Querría poder hacer más por todos ellos o por lo menos por alguno, pero sus propios recursos eran limitados. A ella, porque le había tomado cariño desde el inicio del proceso, le daba una información adicional: podía volver a solicitar la ayuda cuando aprobara la materia que había perdido. Pero debía mejorar su promedio. Para la segunda oportunidad, exigían que fuera mayor. No era un consuelo en ese momento, pero le daba alguna esperanza. Le serviría para cuando hablara con su mamá. Podía decirle que solo necesitarían hacer esfuerzo durante un ciclo. Entonces, cuando ella recuperara la ayuda, todo seguiría como hasta entonces. Podría costear sus libros y pagar la cuota simbólica en el alojamiento que la mujer que le ayudó a su madre a conseguir el boleto hacia su hija le encontró.

A la madre, el argumento no la habría movido un milímetro al escucharlo por el teléfono que compró para poder hablar con ella. La distancia le habría ayudado a contestar que lo sentía mucho, que había tenido la oportunidad que había pedido y que era hora de regresar a su casa y ayudar a hacer crecer a sus hermanas si no fuera porque, cuando le dijo que tenía que comunicarle algo importante, rompió a llorar de una manera que le recordó a ella el día que le dijeron que su primogénita no estaba en el lugar en el que se suponía que estaría esperándola cuando la guerra terminara. El resto de sus hijas y el esposo de la mayor de ellas no pudieron objetar. Todos se compadecieron al escucharla por el altavoz.

17

La señora de la casa donde se aloja le dice que lo siente mucho, que de verdad quiere ayudarla, pero que no puede darse el lujo de hacerlo a cambio de nada. Tampoco puede rebajarle la cuota —que ya es simbólica— ni permitirle que la pague tan despacio como creía que podría hacerlo cuando dejara de recibir la ayuda de la universidad. Su situación no se lo permite. Le dice que tal vez habría podido aceptar antes, cuando la vida no era tan cara y en esa casa se vivía con más dinero que el de la pensión de su marido. En ese otro tiempo, vivían más holgados aunque tenían a todos sus hijos en casa, pagaban dos empleadas domésticas que dormían dentro y hospedaban a los amiguitos y compañeros de estudios de sus niños, que para efectos prácticos vivían ahí porque se quedaban a estudiar casi todas las noches, comían tres tiempos en su mesa y hasta lavaban su ropa con la de ellos. Entonces el dinero abundaba, alcanzaba para compartir.

Le dice que a ella le habría gustado recibirla en esos años, que está segura de que se habría llevado de maravilla con sus hijas. También que, aunque lo ha pensado, no puede mandarla a vivir con ellas porque ellas tienen sus propios asuntos para atender. Unas casi no pasan en sus casas y otras no pueden hacerse cargo de su seguridad ni de su alimentación porque tienen hijos. Supone que también deben tener presupuestos limitados. El suyo es muy estrecho, por eso no puede permitirle tampoco que le pague en especies: en las colecturías no aceptan gallinas ni frutas a cambio de servicios. Es cierto que la casa ya les pertenece desde mucho tiempo atrás, pero siempre se gasta en darle mantenimiento. Nunca alcanza para todo lo que se necesita y se quiere. Ella, por ejemplo, debió prescindir de sus dos empleadas entrenadas y contratar a niñas que querían aprender los oficios de las casas y se iban a otras una vez que los hacían bien y podían cobrar más. Ahora solo pueden

costear la ayuda de una señora que llega dos veces a la semana, en horario de oficina. No le parece tan malo porque, en verdad, en su casa no ensucian mucho y ya ella no tiene energía para andar educando muchachitas. Ella le dice que puede ser empleada de su casa a cambio de alojamiento y comida. La señora le responde que no, que no sería correcto, que ella tiene un gran futuro por delante, que debe estudiar y terminar su carrera. Pero, en realidad, cree que el trato no resultaría porque, por los horarios de la universidad, la niña no estaría en los momentos en que más la necesite y, seguro, al regresar de ella, no tendrá suficiente fuerza ni ánimo para hacer lo que le pida y dejarlo como a ella le gusta. La niña no es muy meticulosa. Además, tampoco la quiere más en su casa. De hecho, esperaba que cometiera un error para usarlo como pretexto para sacarla de ella porque desde hace rato que no le gusta cómo la mira el marido. Le molesta que a él dejara de desagradarle la idea de que una extraña viviera con ellos y dejara de ignorarla, se le fuera acercando de a poco y de a poco comenzara a llamarla por diminutivos hasta llegar a decirle hijita cuando ni a sus propias niñas las llamó así. No quiso decirle a ella para no ponerla en autos, en caso de que no se hubiera dado cuenta, y darle armas para que se aprovechara de la situación. Se fue directo a él y le dijo que no se confundiera, que esa niña no era hija de ellos. Le recordaba los nombres de las que habían tenido juntos y le hacía notar que no había parecido físico entre ellas. Quería descartar primero que se tratara de una especie de síndrome del nido vacío. Si era el caso, podía comprarle una mascota para que transfiriera a ella sus afectos, aunque tuviera que cargar con el trabajo de alimentarla, asearla y mantener la casa libre de su olor. Si no, debía tomar medidas pronto porque, cuando él era amable con las niñas del servicio doméstico, terminaba acostándose con ellas. Había sucedido varias veces. Comenzaba por parecer comprensivo. Luego, generoso. A una de ellas hasta le ofreció comprarle una casa en el pueblo de donde venía. La niña, inocente, se lo comentó feliz a ella. Ella le pidió ese mismo día que hiciera sus maletas y se fuera. Le canceló lo que le adeudaban a ese día y la llevó a la terminal. Se había jurado que no iba a encontrarse de nuevo a su marido con una de esas chiquitas en su cama o en la de ellas. Podía ser que a esta no le interesaran las propuestas del marido y que ni se hubiera dado cuenta de que él iba con esas intenciones, pero también podía ser que sí estuviera al tanto y solo estuviera esperando un momento de descuido suyo para encamarse con él y resolver sus problemas financieros, así que decidió que era un buen momento para librarse de ella, aunque su

ofrecimiento de ser su empleada fuera en verdad una ganga y a pesar de que había sentido mucha pena cuando la vio entrar destruida y la escuchó llorar por varias horas seguidas durante varios días.

Al principio pensó que le había sucedido algo en la calle. Hacía unos días, ella misma le había contado que un auto se había detenido a su lado para preguntarle por una dirección que ella sabía que no estaba por ahí, aunque tuviera muy poco tiempo viviendo en la capital. Además, sentía algo extraño en la manera en que los hombres que iban dentro la miraban, le preguntaban y le insistían en que se acercara para ayudarlos a llegar a su destino. No sabía decir si querían robarle o abusar de ella porque no se detuvo un segundo. Siguió caminando como le habían indicado que hiciera si algo así llegaba a pasarle y buscó las rutas de escape que su mamá le mostró cuando la acompañó a instalarse y a conocer el camino hacia la universidad. Había llegado un poco más tarde que de costumbre, algo pálida y muy enojada. Le había dicho a la señora que odiaba la cara de burla que les veía y el tono en el que le habían hablado. A ella le constaba que no hacía nada para que le sucediera eso: usaba la ropa que ella le aprobó y no se ponía una gota de maquillaje, como ella había exigido para dejarla vivir en esa casa. Le pidió que le permitiera llevar consigo el puñal que su mamá le había dado para defenderse si llegaba a necesitarlo. La señora le dijo que no. Con todo y el peligro que podía haber en la calle, no podía permitirle que portara un arma, incluso cuando sabía que ella podía usarla. Temía lo que las leyes pudieran hacerle a ella si su inquilina terminaba por capar a sus agresores o los mataba. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo podría responder cuando le preguntaran por qué no se la quitó cuando la recibió y revisó su equipaje? ¿Y si la usaba en su marido? ¿Si se defendía de él cuando él intentara seducirla o acorralarla como a algunas de las empleadas que habían tenido? ¿Qué explicación daría a sus hijos? En parte, habría sido su culpa por no decomisársela y también por haberla puesto en el dormitorio de servicio. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No podía darle una de las habitaciones de la familia: ella podía confundirse y creer que tenía más derechos que los que su renta le concedían. También podía ser que le facilitara a su esposo encontrar oportunidad para estar con ella sin que se enterara. Si eso iba a suceder, era mejor que pasara en el cuarto de las empleadas y que el esposo la tratara como a una. Echarla de la casa sería más sencillo y comprensible. También sería más fácil explicar por qué el esposo

estaba herido: la niña habría creído que era un ladrón. Cansada como quedaba cada día de tanto estudiar y poco dormir, lo habría confundido a él con un extraño cuando entró a sacar una camisa que debía estar en el armario, pero que la niña no planchó a tiempo por estar preparando tareas de la universidad. Todo habría sido culpa suya. No la demandarían porque eran considerados, entendían que el cansancio y el miedo podían obrar grandes errores. La disculparían y no le desearían el mal, pero no podrían tenerla más en casa. No podían permitir que algo como eso sucediera de nuevo. Su esposo podía morir. ¿Qué sería de ella si eso sucediera? Él, con todo y sus defectos, era su marido. Nadie iba a quitárselo. Las empleaditas podían hacerse ilusiones porque él lavaba su plato cuando ellas estaban para aparentar que era considerado y porque les sonreía y les decía que eran las más bonitas que alguna vez hubiera visto, pero jamás conseguirían de él algo más que talcos u obsequios que pudiera comprar en el supermercado, cuando ella lo llevaba. Al día siguiente, las echaría con el obsequio bajo el brazo aunque le tocara a ella hacer todo lo de la casa y él no la ayudara ni a recoger los platos aunque ella le dijera que lo necesitaba porque ya estaba vieja, ya no podía con todo, le dolía mucho el cuerpo y necesitaba consideración. Él le diría que él también estaba viejo, que le dolía todo y que estaba cansado porque había trabajado toda su vida para que nunca faltara nada en esa casa. No movería un dedo ni daría dinero para contratar ayuda hasta que llegara a solicitar una chica con la que él pensara que tenía posibilidades en un futuro no demasiado lejano. Por eso no le agradó que llegara ella como pupila. Le dijo a su esposa que no quería extraños en casa. Ella le dijo que la niña estaba bien recomendada y que, además, necesitaban el dinero de su renta para pagar una empleada por días: ella no alcanzaba a salir con todos los oficios.

Al esposo no le hizo gracia. Dijo a sus hijos que su madre pensaba que podía tomar decisiones sin consultarlo con él, que no sabía qué clase de persona era esa niña que había llevado y que ellos debían hablar con ella para hacerla entrar en razón porque iba a destrozar la casa. La madre respondió que era cierto que había que tener paciencia con ella porque había aparatos en su casa que la niña jamás había usado, pero que no era un caso muy distinto del de muchas de las empleadas que habían tenido, que ni siquiera sabían usar el servicio sanitario porque en los lugares donde vivían se resolvían con fosas sépticas en sus casas, en las escuelas y hasta en los hospitales. Sabía que a

ninguno de ellos le gustaba la idea, pero debía hacerlo porque no había otra manera de resolver la cuestión del pago por la limpieza. La pensión de su padre no alcanzaba para más. Ella no tenía las entradas eventuales del pasado porque ya no podía andar por la ciudad vendiendo cosas. Lo que quedaba era que ellos les ayudaran. ¿Estaban en disposición de hacerlo? La discusión terminaba ahí. Ellos volvían a sus asuntos y ella se ocupaba de los suyos. La niña no la distrajo ni le causó inquietud salvo cuando empezó a sentir que dejaba la materia y perdía la ayuda económica, que fue cuando el marido comenzó a acercarse a ella. Lo que venía era que ella, que había declinado recibir su apoyo y nunca le había dado entrada, terminara por aceptar su ayuda y, luego, por agradecimiento o sentido de la retribución, aceptara dejarse tocar o acostarse con él de vez en cuando. No quería decírselo para no ofenderla si era del tipo que jamás accedería. En su lugar, le dijo que, además de lo del pago, se había dado cuenta durante ese tiempo de que no podía seguir cuidándola. Lo que le había contado de los hombres en el auto le había hecho caer en la cuenta de que el peligro era demasiado para que ella pudiera responderle a su mamá por su seguridad. Estaba ya muy vieja. Ya había criado a sus hijos y pasado por la angustia de esperar a que regresaran a diario sin problemas. No quería pasar de nuevo por eso. Le pedía que tratara de entenderla.

Las amigas hablaron con sus propias familias, pero no consiguieron que estas aceptaran alojarla: los números apenas daban para mantenerlas a ellas por unos meses más. Lo que le recomendaban era que buscara un empleo, se pagara una habitación y estudiara con carga reducida, aunque le tomara el doble o el triple del tiempo. Una de ellas sabía de un comedor que contrataba estudiantes. La dueña había estado en la misma facultad de ellas. Se había dedicado al negocio después de que le reprobaron la materia en tercera matrícula. No era millonaria, pero estaba bastante bien. Tenía auto, casa y dos hijas en colegios privados. La entendería a la perfección. Le daría horarios favorables y consideraciones.

Ella incluso le ofreció donde vivir. La habitación no era como la que tenía en ese momento, pero le serviría para pasar los días y para tomar valor para decirle a su mamá que había dejado la materia. Cuando ella le dijera que se regresara a casa, ella le mostraría que ya tenía todo resuelto. Se quedaría en la ciudad, estudiaría y terminaría la carrera así le tomara el doble o el triple del

tiempo. Tenía un plan y salidas para todos los cuestionamientos que le hiciera su mamá. Tenía hasta un tono de voz calmado ensayado, que se vino abajo tan pronto comenzó a hablar con ella por teléfono.

18

La madre le suplica que no trabaje y estudie al mismo tiempo. Sabe que lo ofrece para no ser una carga y sabe también que, si el primer ciclo le ha costado mucho, el segundo le resultará todavía más difícil si además se emplea. Le pide que se concentre en los estudios. Ella encontrará una manera de ayudarle a seguir su carrera. Le pide que deje de llorar: ya habrá también un lugar donde pueda vivir. Debe haber alguno que se ajuste a su presupuesto. Quizá no sea tan conveniente como el que la mujer que le ayudó a conseguir el boleto para ir a conocer a su hija le encontró, pero tendrá donde dormir y guardar sus cosas. Con lo que ella ahorró de lo que recibió durante el primer ciclo y lo que la madre estuvo guardando por si se presentaba alguna eventualidad, pueden pagar la inscripción al segundo período. Lo demás, lo resolverá. No debe preocuparse. Lo que sí debe hacer es ajustarse un poco más el cinturón, beber de los grifos del campus y copiar a mano los folletos de sus compañeras siempre que se pueda, en lugar de comprarlos o fotocopiarlos. Una vez que apruebe la materia, aplicarán de nuevo al programa de ayuda y, si todo sale bien, volverán a estabilizarse. Todo será diferente. Ahora, debe calmarse. Ella irá al día siguiente a recogerla a la capital para ayudarle a llevar sus cosas a casa. Le jura que no la hará quedarse ahí. Todo lo que quiere es asegurarse de que no le pase nada en el camino y aprovechar para hablar con una persona que conoce: la mujer que la alojó cuando estaba embarazada de la mayor de las niñas que se criaron con ella. Si todavía está en la casa que habitaba entonces, le preguntará si puede ayudarla con ella, recibirla como la recibió en ese tiempo y apoyarla.

El barrio está igual, pero los alrededores han cambiado mucho. No le parece que sea una zona en la que la hija pueda moverse con demasiada tranquilidad, pero no tiene donde elegir. La niña deberá aprender a caminar

sin que la noten y a hacer oídos sordos a lo que los trabajadores de los talleres le digan para incomodarla. Muy pronto, se cansarán de intentarlo y la ignorarán. Le recomendará que pase a la hora en que más gente circule. Si puede ir acompañada de alguna vecina, será mejor. Lo ideal será que permanezca todo el tiempo posible en la universidad, pero que regrese a casa mientras todavía haya luz. Deberá inscribir en los horarios que favorecen la movilización: pueden ahorrarse uno o dos autobuses a diario si consigue cupo en las primeras secciones. Le pedirá que se quede en vigilia el día previo a la inscripción, que lo tenga todo preparado para ser la primera en anotarse. Va a pedirle a una de las que trabajan en la asociación que le ayudó a encontrar a su primogénita que la aloje esa noche y le preste su máquina para eso. Nunca le ha pedido nada a cambio y siempre ha hecho todo lo que ella le ha pedido o más. No volverá a pedirle nada en la vida. Sigue buscando la casa. Llega a ella. Toca el timbre. Ha pensado preguntar a la mujer si la recuerda, darle tres oportunidades. Ha cambiado lo suficiente para que no la reconozca de primera intención. Si lo logra de inmediato, la abrazará. Si no lo hace, le irá dando pistas hasta que llegue a su nombre, que no es el que le puso su madre, sino el que le dieron para el combate. La llamará por el que le dieron a ella, si es que no usa ahora el de la partida de nacimiento. Algunos de los excombatientes y colaboradores volvieron al que tenían. Algunos volvieron a ser las personas que eran antes del conflicto y otras se convirtieron en unas muy distintas a las que fueron durante él. No sabía qué habría pasado con ella. Quería confiar en que era la misma o muy parecida a la que era. Toca el timbre una segunda vez. La mujer que abre no se parece a la que esperaba. No tiene nada que ver con ella. Ni siquiera la ubica por nombre. Cuando compró esa casa, hizo trato con un hombre. Ya no recuerda su nombre. Había sucedido hacía mucho tiempo, cuando terminó la guerra. En ese tiempo, mucha gente se movió. Las casas cambiaban de dueño cada semana. No podía decirle adonde había parado la que vivía ahí. Cree que ni siquiera preguntó. No quería más que una relación comercial. Pero le daba una idea: buscarla en el registro de la propiedad. Con su nombre y apellido, podía ubicarla con facilidad. También podía preguntar a los vecinos. Era probable que alguno de ellos siguiera en contacto con la mujer que buscaba o que la conociera. Ya vivían ahí cuando ella se mudó. Pero tampoco podían decirle demasiado: la mujer que buscaba vivió ahí solo un tiempo. No dejó direcciones ni amistades. Sospechaban de ella porque era visitada por mucha gente joven. Muchachos y muchachas entraban y salían con

demasiada frecuencia. Alguna vez llegaron a pensar que manejaba una casa de citas, aunque desecharon la idea después de ver que ninguno de los visitantes llevaba autos ni armaba escándalo. ¿Sabía ella qué era? ¿Por qué llegaba a buscarla? Si era su pariente, debía estar mejor informada. Si era su amiga, debía saber que no estaba ahí desde hace mucho tiempo. ¿Cuál era su relación exacta? ¿Qué buscaba ahí? Querían preguntarle, pero no se animaban. Ella les habría dicho que nada más había llegado a dejarle un mensaje de una mujer de su pueblo, pero no hubo necesidad porque nadie le pidió explicaciones. Todo mundo parecía querer impedir que la conversación siguiera. Temía recibir una respuesta que pudiera involucrarlo en algo. Prefería quedarse con la duda a tener problemas. La gente que solía desaparecer sin rastro los daba. La gente que aparecía de la nada, también. Solo con los vecinos de toda la vida se podía hablar en confianza, aunque no de todos los temas. Lo aprendieron cuando, al finalizar la guerra, algunos que habían creído toda la vida que eran de un bando resultaron ser de otro. No era un tema que le competiera a ella. No había llegado más que a algo concreto, pero, aprovechando que estaba ahí, preguntó si alguien alquilaba habitaciones a estudiantes por ahí. Tenía una hija que necesitaba una.

Le dijeron que no, que el mejor lugar para eso era los alrededores de la universidad. La zona en la que buscaba estaba muy alejada. Si acaso había estudiantes, eran hijos de los vecinos. Lo que podía haber era casas disponibles para alquilar. ¿Estaba interesada ella? No. Les agradeció la oferta de tomar su número de teléfono para hacerlo llegar a quien buscara inquilinos y siguió el camino hasta la casa donde esperaba su hija. Saludó a la señora, le dio las gracias por la amabilidad que había tenido con su hija y tomó la mitad del equipaje de la niña. No aceptó el café que le ofreció ni le suplicó que le permitiera quedarse. No quería estar más ahí para no terminar llorando. Le dijo que tenían el tiempo justo para tomar el autobús que las llevaría a casa antes de que el sol se escondiera y el camino se volviera peligroso. La señora trató de disculparse por la decisión que había tomado. Ella le dijo, con lágrimas contenidas, que no debía preocuparse. La mujer no podía no estarlo. La tomó del brazo y le pidió que dejara volver a la hija el otro ciclo: ella la aceptaría de nuevo en su casa. Solo necesitaba un tiempo para arreglar un par de asuntos. El mismo periodo le ayudaría a la niña a descansar y a reconsiderar sus opciones, y a crear un nuevo plan de estudios. Le proponía

que dejara parte de su equipaje ahí como garantía de su regreso. La hija la veía con súplica. Para ella no había mejor lugar que ese. Todas sus amigas se lo decían. Le envidiaban la ubicación. Ahorraba mucho dinero en traslados y mucho tiempo que podía usar en repasar. Además, los vecinos la conocían ya. No la llamaban por su nombre ni conversaban con ella contentos como con el resto, pero ya se habían acostumbrado a su presencia, la saludaban con la mano y una vez le habían ofrecido llevarla a la universidad, aunque estaba muy cerca. Le dijeron que le serviría para llegar más temprano y alcanzar un buen asiento. La persona que conducía había estudiado ahí. Sabía que cada minuto contaba a la hora de buscar un buen pupitre. A su mamá, en cambio, parecía no importarle demasiado ese detalle porque le dijo a la señora que le agradecía, pero que no podía aceptarle su ofrecimiento. Le dijo que tenía ya todo listo para que su hija estudiara el siguiente ciclo: se alojaría con una amiga suya. No la había contactado antes por pena, pero ya había resuelto eso. De hecho, venía de donde ella. Una vez más, le agradecía por todo el tiempo y por las atenciones y le recordaba que tenía el tiempo justo para llegar a su casa a buena hora.

La mujer tuvo que dejarlas ir. Les deseó mucha suerte en el nuevo lugar y le dijo a la hija que, si llegaba a necesitarlo, llamara a su puerta con confianza. También, que podía pasar a visitarla el día que quisiera. Siempre sería bienvenida en su casa si llegaba a cambiar de opinión o si resultaba que el nuevo sitio no le gustaba o no le resultaba conveniente.

La madre le pidió que dejara eso como último recurso. No podía prohibirle que lo hiciera, pero preferiría que no recurriera de nuevo a ella. Lo que sí quería era que, tan pronto como llegaran, pusiera al tanto de todo a la mujer que le ayudó a conseguir ese lugar. Era justo que supiera la situación actual y recibiera su agradecimiento por la ayuda. Debía cuidarse de no pedirle nada más. No importaba lo que dijera. Ya sabía que a su hija no le daba pena tomarle la palabra a la gente, como a ella. Creía que no se debía pedir más de un favor a una persona para no incomodar y para que la gente no se cansara de ayudar.

La mujer entendía todo de otra manera. Una vez que escuchó la versión completa, le dijo que no se preocupara: arreglaría todo para que volviera a la capital antes de que terminara el receso de estudios. Esta vez, la colocaría en un sitio más estable. Su madre estaría contenta. Podía contar con eso. La niña

le pidió que mejor se lo asegurara ella misma a su madre. Y, de paso, que le aclarara que ella no le había pedido nada. Estaba segura de que no le creería si se lo decía y tenía razón: la madre pensaba que lo había solicitado a sus espaldas, quizás en un momento que se descuidó, vio para otro lado o dejó de oír. La mujer le insistía en que había sido ofrecimiento suyo y le pedía que lo aceptara como una disculpa por haberla enviado a la casa a la que fue a parar. Si hubiera sabido lo que sucedía, la habría sacado antes de ahí o ni siquiera la habría llevado. La sugirió por la cercanía y por las facilidades para la adaptación. Le juraba que no volvería a meterla en una dificultad. Ya le había pedido a la hija que le trasladara sus dudas y quejas tan pronto las tuviera, aunque, como le decía, estaba segura de que no habría más. La persona en la que estaba pensando era de otra clase. No las llevó antes a ella porque pensaba que su hija estaba bien donde estaba. No quiso agregarle problemas a su ciclo de adaptación. Una mudanza temprana podía desequilibrar a la niña o distraerla de sus asuntos.

Si la hubieran llamado antes, habría ayudado a mudarla de inmediato. No habrían tenido que regresar en autobús hasta su pueblo ni pasar con la cabeza gacha por el camino para tratar de ocultar las lágrimas, ni lidiar con la curiosidad de la gente, que se preguntaba por qué volvían con todo el equipaje. Querían saber si se había terminado la aventura universitaria para decirle a la madre que nunca debió haberla dejado ir y decirle a ella que nunca debió haber dejado su lugar.

19

La menor de las niñas está feliz de tener a su hermana de regreso en casa, a pesar de que sea solo por las vacaciones y a pesar de que solo pase tirada en la cama y llorando. La ha echado de menos aunque, antes de irse, la hermana le pegara por cualquier cosa y ella deseara que se fuera de una vez por todas. Le lleva flores silvestres a la cama y le muestra los cuadernos de la escuela. Dice que su letra va mejorando. Dice que, cuando tenga la edad de ella, también irá a la universidad. Ha decidido estudiar lo mismo que ella. La hermana llora más. La madre deja que lo haga todo el tiempo. La tercera de las niñas que se crió con ella pregunta por qué. Si está ahí, debe ayudar como el resto, ir a traer agua, dar de comer a las pocas gallinas que les quedan, barrer el piso de tierra. No entiende por qué debe hacerlo todo ella. La madre le dice que la mayor tiene ya un hogar que debe atender, que la pequeña está todavía muy niña y que la recién llegada está triste, que no se le debe agregar carga a los que están en ese estado de ánimo. El cuerpo está como herido por dentro. Toma tiempo recuperarse. Su hermana lo logrará. Sin que se lo digan, se levantará, tomará las cosas y comenzará a trabajar. Ahora solo necesita vaciarse por los ojos. La madre espera que ella nunca pase por eso, pero, en unos años, le sucederá. Pasará horas, días y semanas en la habitación. Hasta entonces, entenderá un poco por lo que pasa la hermana. Mientras, se enfadará. Dirá que es injusto. Dirá que la madre la favorece. Deseará que el padre al que no conoció no hubiera muerto. Creerá que su vida sería otra. A lo mejor, ella sería su favorita porque todo mundo dice que es la más parecida: tiene el cuerpo de su familia y la versión femenina de su rostro. La menor de las hijas jamás habría nacido porque su mamá no habría tenido que buscarse otro novio, así que ella habría sido la más pequeña, la más mimada. También tendría su propia habitación: su padre se habría encargado de ampliar la casa o de

ponerle una división para que tuviera su espacio. No tendría que haber dormido todo ese tiempo en la parte superior de un camarote ni tener que volver a ella ahora solo porque su hermana había regresado por las vacaciones.

La madre decía que también debía devolver la ropa suya que había estado usando mientras no estaba y darle a su hermana una buena explicación por el desgaste de la misma. Ya le había advertido que no debía tocar lo que no le pertenecía. La tercera de las hijas que se criaron con ella dijo entonces que era solo porque se había quedado sin ropa limpia. Luego, que porque las suyas ya no le quedaban. Después, que porque la otra estaba lejos, tenía un nuevo vestuario y no las estaba usando. También, que porque había variado de peso y ya nada le quedaría o ya no se le vería como antes. Ella, en cambio, tenía mejor cuerpo cada vez. Lucía mejor las prendas. Y prometía que solo las usaría esa vez, una vez más, otra vez, hasta que la ropa terminó por deteriorarse. Ahora debía disculparse con ella por eso y compensarla de alguna manera.

Cuando la hermana terminó de llorar y por fin se levantó, la niña le extendió una toalla amarilla que le habían obsequiado por su cumpleaños y le dijo que sentía haber usado sus cosas sin su permiso. Quiso darle una elaborada explicación que había construido en el recreo con ayuda de sus compañeras, pero no necesitó hacerlo porque ella le regresó su ofrenda de paz y le dijo que no necesitaba excusas: la ropa era lo mínimo que podía darle a cambio del sacrificio que ya hacía para que ella estudiara. Le pidió disculpas por haber tomado la cama que ella estaba usando ahora: se había dirigido a ella por inercia, pero, desde esa noche, usaría la superior. No le molestaba. Se la había dejado a ella porque le parecía que era más divertida y más segura, no solo por la barra lateral que impedía que se cayera, sino porque quedaba fuera de alcance en el caso de que se metiera algún animal o la casa se inundara. Nunca había pasado ninguna de las cosas, así que no hubo oportunidad de probárselo ni razón para que siguiera cediéndosela. Se lo dijo con sonrisa para que no sintiera pena por pedírsela, pero solo consiguió que la niña la deseara como antes y dijera que no, que esa era su cama y que ella se quedaría ahí mientras ella estuviera de visita. La hermana la dejó que dispusiera como mejor le pareciera. Dijo que podía dormir en cualquier parte.

La madre le estaba buscando un sitio para eso. Se había ido a hablar con

gente de los cantones aledaños que conocía a gente de la capital para llegar a algún acuerdo. Le habían dicho que algunos habían dado posada a niños del pueblo que intentaron estudiar allá. La mayoría había sido en otro tiempo, cuando no tenían escuela cerca o cuando tuvieron pero llegaba solo a la primaria y luego solo a la secundaria. Podía ser que esa red se activara de nuevo, pero no se lo aseguraban porque la situación había cambiado y porque, en general, la gente alojaba a parientes o a parientes de parientes. ¿No tenía ella parientes que pudieran ayudarla? Tuvo en un tiempo: su madre, después de que les quemaron la casa, fue moviéndose de lugar en lugar con todos sus niños hasta llegar a la capital, a una de sus orillas. Pero se marchó tan pronto como pudo. Al igual que a ella, no le gustaba la ciudad. No le encontraba sentido ni gusto. Iba solo si lo necesitaba o si la situación se lo exigía. Su madre, en cambio, nunca volvió. Decía que no había dejado nada ahí, ni siquiera amigos. Le había preguntado al inicio de su pesquisa. También le preguntó a sus hermanos menores por si conservaban alguna relación de aquel tiempo, pero ninguno había mantenido contacto con la gente de entonces ni creían que les hicieran un favor como ese después de tanto tiempo sin verse. ¿Conocía ella alguien que lo hiciera? Creía que sí: una chica que había conocido en el campo de desmovilización. Nunca la había visto durante el tiempo de la guerra, jamás habían combatido juntas, pero simpatizaron cuando estuvieron en la concentración recibiendo adiestramiento para reintegrarse a la vida civil. Fue amable con ella. La chica le dijo que, cuando alguna vez necesitara algo, la buscara. Le dijo que la familia tenía un pequeño negocio, que lo habían tenido por mucho tiempo, de modo que podía buscarla en él o dejarle mensajes para que la localizaran. Era sencillo de ubicar. Llegó a él con la referencia que la chica le había dado entonces un día que un conocido iba en auto a la capital para hacer compras y la llevó como ayudante de carga.

Preguntó si la chica se encontraba a una señora que resultó ser la chica que buscaba. No podía perder tiempo en preguntarle si la reconocía porque la persona que la había llevado le había dado un tiempo para resolver el asunto por el que se había presentado: tenían un itinerario que cumplir y una hora límite para regresar si no querían que los asaltantes del camino les quitaran todo aquello por lo que habían llegado a la capital. Se presentó, le recordó su promesa y le preguntó si podía transferir esa oferta a su hija. No la habría molestado si hubiera encontrado otra salida. Sabía que no le debía nada y que

no estaba obligada a cumplir sus ofrecimientos. Entendería si le decía que no podía en ese momento, pero no quería dejar de intentarlo. Pocas personas podían comprender por lo que estaba pasando y a muy pocas podía confiarles el cuidado de su hija. ¿Podía ella hacerlo? Solo sería por un semestre. ¿Podía?

Sí.

Le anotó su número de teléfono para acordar detalles. La niña podía mudarse cuando quisiera. Ella podía llegar a verla las veces que lo deseara y pudiera. Siempre habría lugar para ella y para su compañero. ¿Cómo estaba él? Muerto. Pero hablarían de eso después. La persona que la había llevado hacía sonar la bocina para que se apresurara. Debía marcharse. Se lo agradecía de todo corazón y encontraría una manera de pagárselo. Solo necesitaba tiempo.

La hija pareció volver a la vida, aunque, de nuevo, se tiró a llorar. Todo ese tiempo había pensado que la madre la había engañado cuando le decía que la dejaría volver. Se había hecho a la idea de que se quedaría en el lugar en el que estaba y que se encargaría de los oficios de la casa en lugar de estudiar. Pensaba que la madre le diría que sería solo ese ciclo y luego le diría que sería solo el siguiente y, luego, el siguiente, hasta que ya no tuviera edad o deseo para seguir. Tuvo que escucharlo de boca de la mujer por teléfono para creer que la propuesta era verdadera y no un ardid de su madre para que dejara de sufrir.

Hasta que ella le dio fechas, dirección e instrucciones, le cambió el semblante y juró que se esforzaría el doble o el triple de lo que había hecho y que no reprobaría la materia de nuevo. Prometió también que, cuando se graduara y tuviera un buen empleo, le devolvería a la mujer que la alojaría su cortesía y también que pagaría por los estudios de sus hermanas. Mientras el día llegaba, trabajaba en los oficios del hogar como su madre había querido que lo hiciera antes. Dejaba el piso de tierra apisonado y casi con brillo, alimentaba a los animales y corregía a las niñas como si fuera mucho mayor que ellas.

A la tercera de las que se criaron con la madre eso no le hacía gracia. Le recordaba que, hace solo unos pocos meses atrás, ella había sido la que más problemas había dado en la casa. Le sacaba en cara que se iba a otros pueblos sin permiso de la madre y que además la confrontaba sin ningún respeto.

¿Cómo podía venir ahora a ser ella la que quisiera que todo fuera según las reglas?

La hermana explicaba que había cosas que no se entendían hasta que no se crecía. Le pedía a ella y a la pequeña que confiaran en lo que les decía, que entendieran que su mamá estaba haciendo todo por su bienestar y que ella solo estaba tratando de ayudarla en su esfuerzo. Habría deseado poder hacerlo antes, poder haber comprendido antes. Su vida sería diferente entonces: habría entrado con mejor nivel a la universidad, habría pasado la materia sin problemas, avanzado al siguiente ciclo sin dificultad y conservado la ayuda económica que le habían otorgado. Su tiempo ahí habría sido para vacacionar, nunca habría llorado ni estarían teniendo esa conversación. Tal vez hasta habría podido llevarles ropa bonita o algunos juguetes que, a diferencia de los que habían tenido toda su vida, nunca habían pertenecido a otra persona ni habían sido donación de alguna iglesia o de algún partido político en campaña electoral. Pero era la que era: todavía tenía los ojos hinchados de tanto sentirse miserable y estaban teniendo esa conversación que no movía nada en las niñas ni cambiaría su actitud. La pequeña seguía distraída en sus juegos, en la idea de que no había problema que su padre no pudiera resolver el día que volviera para verla a ella y espantarle las dificultades y en que estudiaría lo mismo que su hermana cuando llegara el momento. La tercera se molestaría más y reclamaría su derecho a hacer lo que quisiera. Diría que no tenía obligación de obedecer a una madre que ni siquiera le daba todo lo que ella quería y le negaba lo que su padre le habría dado. Diría que seguiría hablándole a su madre como quisiera y en el tono que le diera la gana, y lo haría con ella también si le placía. No podía impedirselo. Lo que sí podía era tomarla del cabello en ese momento y bajarla hasta que besara el suelo, pidiera disculpas por lo que había dicho y jurara no irrespetar a su mamá. Podía golpearla mientras la bajaba y repetirle que era una malcriada y una malagradecida. Podía y, de hecho, lo hizo.

La madre acudió en ayuda al escuchar los gritos de la tercera, pero retrocedió y se quedó en la puerta cuando escuchó la acusación de la segunda. Solo hasta que calculó que había recibido el castigo que merecía indicó a la otra que era suficiente y levantó a la golpeada para limpiarla, escuchar sus disculpas y la promesa de no volver comportarse de esa manera, que no cumplió muchas veces.

20

La hija prepara su maleta para marcharse de nuevo. Esta vez, no hay lágrimas de despedida ni consejos acerca de lo que debe y lo que no debe hacer. La madre empaca fruta y pan dulce de harina de maíz: no le gusta la idea de llegar con las manos vacías a la casa de quien alojará a su hija. La mujer le agradece. También le dice que no era necesario: lo que hace lo hace con gusto. Aunque no se hayan conocido tanto y haya pasado tanto tiempo desde que se vieron, siguen siendo compañeras de lucha. Le gusta que siga usando su seudónimo. Ella, cuando volvió a su casa, debió acostumbrarse a usar su nombre de antes porque su familia se negó a llamarla por el que adoptó para el combate. También estaba el hecho de que todos sus papeles de identificación y sus certificados de estudio estaban con el nombre de pila. Para poder seguir la carrera que dejó pendiente cuando se fue a las montañas, debió retomarlo.

Otras se quedaron con el nombre de combate, aprovechando que sus actas de nacimiento habían sido quemadas durante las invasiones. Pudieron tomar los apellidos de sus compañeros caídos en combate o algún otro que no les recordara ni el pasado en los campos de batalla ni el pasado antes de ellos. Sabía que muchos habían reiniciado sus vidas y ahora eran muy distintos a los que conocieron entonces, no solo en lo físico. Se sorprendería si los viera. Seguro no los reconocería como no la reconoció a ella o como ella no la reconoció cuando la vio entrar. Si no la hubiera llamado por su seudónimo, no habría podido ubicarla. La habría creído una clienta más y le habría ofrecido ayuda para encontrar lo que buscaba, se lo habría envuelto en el papel de empaque que tenía el nombre de la tienda impreso y le habría dado los buenos días después de cobrarle el importe. Es posible que le haya pasado con otras.

Al principio era más sencillo reconocerlas. Algo en la forma de mirar el área como calculando la salidas si algo sucedía o en la forma de comportarse

al hacer los tratos le decía por cuál parte podía haber estado en los años en que ella vivió en la montaña. A veces era la forma de pararse la que le decía que la mujer con falda lisa y camisa de vuelos que estaba al frente suyo podía disparar un arma o hacer detonar una carga. A veces era la falta de práctica a la hora de tocar dinero lo que las delataba.

En otro tiempo, eso les habría costado la vida. Los soldados las habrían identificado en segundos y dejado en el suelo con una bala en la nuca. La mujer, por eso, cuidaba cada detalle cuando, por alguna razón, debía bajar a la ciudad. Ella, también. Sobre todo, cuidaba sus pies porque sabía que lo primero que ellos buscaban era las marcas de las botas. Se las arreglaba para usar calcetines que no le dejaran huellas y, a pesar de los señalamientos de coqueta que recibía por parte de los compañeros, limaba sus talones y barnizaba sus uñas como si fuera a mostrarlas en una fiesta.

La práctica le valió cuando debió vivir una temporada con su madre después de dar a luz a su segunda hija y de que su suegra la echara de la habitación que su hijo le había pedido por un tiempo para dársela a la anterior compañera de vida de él. Dijo que era porque la otra tenía dos hijos de su hijo y más necesidad, pero ambas sabían que era porque la otra sí era de su agrado y no era campesina, como ella, y sí sabía leer bien. Tan bien que se encargaba de trámites, papeleos y organización de grupos, no de llevarle las cosas a otros, como ella. No importaba lo que su hijo dijera acerca de las igualdades, la madre veía siempre las diferencias y las practicaba como practicaba su religión. No podía culparla por eso porque no estaba organizada como su hijo o como el resto de ellos. También porque, al final, quizás había estado ella en lo cierto y no habían sido iguales entre ellos. Alguna vez, ella lo había observado. Les había preguntado a los mandos por qué ellos comían pollo y carne cuando el resto de la tropa subsistía a base de granos hervidos con sal, cuando lograban encontrar sal. Ellos le habían respondido que era porque necesitaban cuidar las cabezas de donde salían los planes y las rutas que ellos ejecutaban. Eran los que leían los libros para los demás y los que tomaban las decisiones.

La respuesta nunca le pareció buena. Tampoco le satisfizo que le contestaran que ellos debían ser preservados en momentos de crisis cuando preguntó por qué, además, debía la tropa llevar las mochilas de los jefes y lavar sus ropas. Dijo que lo entendía porque le ordenaban que lo hiciera. Si le

hubieran ordenado creer lo contrario, lo habría hecho por la obediencia que debía. Pero, si le hubieran ordenado creer en lo que en verdad creía y le hubieran dado permiso de decirlo sin que algo le sucediera por eso, habría dicho que no le parecía correcto que los que se esforzaban menos recibieran más y que usaran una excusa como esa para justificarlo. Por eso le gustaba el hombre del que se hizo compañera y con el que luego se casó: aunque podía comer carne y pollo, comía lo mismo que la tropa. Comía sin sal si no se conseguía sal, se sentaba con la tropa al final del día y llevaba su propia carga a cuestas. No era el primero al mando, pero la gente le obedecía como si lo fuera. Incluso cuando la guerra terminó y recibieron la orden de dejar de recibir órdenes, la gente lo buscaba para pedirle que las emitiera. También lo buscaban cuando surgían discrepancias para que fallara a favor de lo que considerara justo o para que resolviera problemas cuando los había. La gente confiaba en él porque nunca se había perdido un solo centavo cuando tuvo las cuentas a su cargo y porque, al final del conflicto, no resultó con ganado o más tierras de las que le tocó a cualquiera de la tropa.

También le agradaba el último de los hombres que estuvo al mando de su tropa porque, aunque comía pollo y se regresó a la ciudad una vez que todo terminó, durante el combate estaba siempre en la línea de fuego como cualquiera de ellos, incluso cuando los enfrentamientos eran fuertes. No había vuelto a saber de él. La mujer, en cambio, sí. Conocía a su mujer y a sus hijos: uno llevaba su mismo nombre de pila; el otro, su seudónimo. Vivía muy cerca. Ella podía llevarla a verlo alguna vez si así lo quería. No eran amigos, pero habían coincidido en algunas reuniones informativas para los que retomarían estudios. Ella no sabía si podía decir que era su amigo. Había sido la radista que le asignaron, pero no creía que eso fuera amistad. Lo que tenía con su compañero de vida sí lo era porque él llegaba a verlo con frecuencia y a conversar largas jornadas con él. Se iban a caminar por días o se hacían a la mar en lanchas y no volvían hasta que llegaban a alguna conclusión que no le participaban jamás a ella. Después de que él murió, solo llegó una vez. Llevó una muñeca muy grande para cada una de las niñas y desapareció de sus vidas.

De alguna manera, había sido mejor así porque, si seguía frecuentándolas, habría sido cosa de tiempo para que la gente imaginara que había algo entre ellos y que hasta podía haber sido plan de ambos matar al esposo o que daban gracias de que eso hubiera sucedido. A la gente no le faltaba imaginación para

esas cosas. No importaba que ellos dijeran que habían trabajado juntos por la misma causa o que ambos guardaban luto por el compañero perdido, siempre habría alguien que tejería una historia con cosas que jamás ocurrieron. Podrían decir que la razón por la que nunca le faltaba dinero o comida era porque él estaba detrás de ella. Por eso, cuando él le ofreció alojar a su hija en la casa de su familia, se negó de inmediato. Le agradeció el gesto y le dijo que la niña estaba ya instalada en la casa de la otra compañera.

Fue la mejor decisión porque, si la dejaba ahí, seguro la gente trasladaría la historia del romance secreto a la hija. Difundiría con rapidez una trama en la que él había elegido a la niña por no haberse podido quedar con la madre o una en la que ella le había vendido a la niña en un momento de desesperación financiera. En todo caso, los convertirían en traidores al esposo muerto y en la vergüenza de la tropa. Ella no quería que nada de eso sucediera para no borrar la imagen que se tenía de él, que, en pleno combate, pescó del cuello a uno que decidió desertar ante la calidad del enfrentamiento, le dijo que no fuera cobarde, lo puso de un solo en la línea de fuego y le dijo que, si se corría, él mismo lo mataría.

Lo mismo le dijo a ella cuando se la asignaron como radista. También, que tenía que aprender a leer mejor de lo que lo hacía: no podían darse el lujo de perder mensajes y tiempo por su poca escuela. Entendía que la mamá la hubiera enviado solo un año a estudiar, pero no podía aceptarlo como excusa: le hizo un horario para enseñarle y para practicar con libros que eran de sus hijos y que mandó pedir con el encargado del abastecimiento.

Siempre se sintió segura con él porque el hombre sabía defenderse, no era como los otros mandos, a los que había que proteger. Él tenía carácter y buena puntería. Estaba segura de que, si algo les sucedía, si los emboscaban o los encontraban, él la protegería. Quería pedirle que hiciera lo mismo por su hija, que, si llegaba a suceder algo —no se imaginaba qué porque no había guerra en la ciudad ni en ese tiempo—, la cuidara mientras ella llegaba al lugar para hacerse cargo.

Él se rio. Le dijo que nada iba a pasarle a la niña. Quería decirle que hacía mucho tiempo que no sucedía nada. Ella debía saberlo: habían dejado de entrenar en las montañas y de recibir lecturas. Todos tenían otros cuerpos ya y otras edades. Ninguno sería capaz de soportar las caminatas de antes. Era probable que los hijos debieran defenderlos. Pero, si le daba tranquilidad que

le dijera que se haría cargo, se lo diría.

Por supuesto.

Pero necesitaba conocer a la niña. ¿Cómo iba a protegerla si no sabía quién era? No podría reconocerla después de todo ese tiempo.

En verdad, habría podido porque era como ver a la madre y un poco al padre de nuevo en el tiempo en que vivían en campamentos y se metían por senderos que solo transitaban los animales. Si la hubiera visto en la calle, la habría detenido para preguntarle algo, una dirección o el día de la semana, nada más para comprobar por la voz si era la niña de los que creía. Ella, por supuesto, se habría puesto en alerta. Habría pensado que se trataba de un tipo con las calenturas de los hombres mayores que buscaba una oportunidad con ella. Respondería con cortesía, por su edad, pero con distancia. No quería nada con alguien que bien podría ser su abuelo. De hecho, no quería nada con nadie: estaba concentrada en estudiar. Debía lidiar con la materia que había dejado y con las otras que eran parte del plan. Le agradecería su interés en conversar, pero no podría detenerse demasiado tiempo. Diría que la estaban esperando en casa, que tenía tareas por hacer. Se sentiría incómoda con la manera en que él la vería y trataría de pasar por esa calle a una hora en la que él no estuviera lavando su auto o paseando a su perro o de pasar por otra calle, aunque el camino resultara más largo.

Por fortuna, nada de eso sería necesario porque se lo estaba presentando su mamá. Ella no la dejaría en manos de alguien que fuera un problema. Él no intentaría nada con la hija de su amigo. Lo que necesitara tener con una mujer más joven lo estaba teniendo con la empleada doméstica que había llegado el año anterior a trabajar a su casa. Una niña todavía. Una chiquilla que se pondría celosa si lo veía hablar con otra o mirar a otra que no fueran su esposa o ella y que se molestó al escuchar que se haría cargo de la seguridad de esa otra niña que ahora vivía cerca. No entendía por qué debía él hacerse cargo de eso. No le parecía que debía cuidar a la hija de un hombre que ya no estaba con ellos. Tampoco le parecía que debieran seguir viviendo en la casa en la que vivían bajo las condiciones que vivían. Quería tener su propio hogar, tener sus propios hijos y dar sus propias órdenes a una chica que trabajara para ella y no tuviera nada que ver en la cama con él. Ese día debía ser pronto o ella lo dejaría. No estaba bromeando. Se lo dijo a su esposa lo mejor que pudo y se largó. No se despidió de la niña ni le dijo a la madre. Tampoco les

dejó un número de teléfono donde pudieran contactarlo si llegaba a presentarse alguna necesidad. Estaba seguro de que no habría ninguna y de que, si llegaba a haberla, ellas podrían resolverse sin su ayuda. Eran mujeres fuertes. La madre era más resistente que cualquiera de los hombres que tuvo en su tropa. La hija era hija de ella y de su amigo. No había nada que pudiera derrotarla, salvo el hecho de que perdió dos materias ese ciclo: la que había reprobado antes y una más.

21

Nada le gustaría más que poder ayudar a su excompañera de armas y de desmovilización. Querría poder hacerle un juramento como los que se le hacían a los amigos en los tiempos del combate, decirle que podía estar tranquila, que ella se haría cargo de su hija, pero no puede: debe ayudar a salir adelante a la niña que la hizo abuela a la edad en la que otras apenas se van convirtiendo en madres, a la suya, que quedó embarazada a la misma edad en la que ella quedó encinta. La hija siempre le dice que no puede reclamarle nada, que ella no estaba ahí para orientarla. Ella jamás ha pensado en pedirle cuentas. Tampoco le ha preguntado quién es el padre. En realidad, no es algo que le importe. Oye a la abuela decir que sospecha de un compañerito de clases y de algunos de los niños del pasaje contiguo. No podría decir cuál porque, hasta ese momento, la niña se ha parecido más a la familia de ellas y a todas las niñas del mundo. Espera que, en algunos años, los rasgos señalen al culpable. No es que lleve apuntes de los gastos de la niña y piense pasarle la factura cuando lo encuentre, sino que quiere reclamarle su falta de carácter al no hacerse cargo de su hija o siquiera intentarlo.

A ella eso no le importa demasiado. Si acaso, le gustaría saberlo nomás para estar enterada de las enfermedades que la niña podría padecer por herencia. Puesto que la muerte en el frente de batalla ya no era inminente, esas cosas importaban. Se podía pensar en un futuro que tuviera menos imperfecciones. Se podía preguntar un poco por los genes de la pareja para evitar que los hijos que vinieran tuvieran problemas extra a los que la vida da. Ella y el padre de su hija, en cambio, no pudieron. No era el momento. Cuando decidieron estar juntos, no pensaron si la relación podía durar, si dejaría de funcionar cuando los caracteres de cada uno cambiaran o si era legal que un hombre conviviera con una menor de edad. Solo sabían que, en cualquier

momento, cualquiera de los dos podía estar muerto. Y que también podían morir ambos. En el contexto de la guerra, el futuro no existía, acompañarse no era gran cosa y esperar una hija era una forma de sobrevivir, de perpetuarse, aunque algunos consideraran que eso, y la velocidad, era una característica de las especies débiles.

Algo de ellos quedaría en tierra. Incluso si nadie lo reconocía, la nariz de él y los ojos de ella andarían a diario por ahí. Cuando la guerra terminara, algo de ambos quedaría para el que sobreviviera o para sus familias. La abuela lo entendía. Por eso, cuando regresó a la ciudad con la noticia del embarazo, no hubo sermones ni escándalos, sino abrazos y agradecimientos. Emoción todo el tiempo y lucha para que la niña le quedara a ella, para que no fuera enviada a una casa de seguridad en la que fuera criada por una familia que no la conocía y que no sentiría nada si, un día, los soldados hacían con ella lo que no podían hacer con sus padres. Ella se las arreglaría para dar una explicación a los vecinos que no levantara sospechas. Los responsables de su hija no estaban tan seguros de eso. Querían creer en ella, pero sabían que no podían confiar en la resistencia de los civiles ante la presión. Todos se quebraban demasiado pronto. Hablaban hasta sin que les preguntaran. ¿Cómo podría hacer ella para que la gente no sospechara? A su edad y a la de su marido, no podía hacer pasar a la niña que iba a nacer por suya.

Lo del marido no era problema. Conocía hombres mayores que seguían embarazando mujeres. Podía también decir que era de otro. El honor era lo que menos le importaba en ese momento. A ellos les parecía que era muy tierno de su parte, pero necesitaban que tuviera una coartada creíble: nadie en su colonia o en su negocio, o en su iglesia creería nada de eso. No importaba que lo jurara por la virgen y trajera a su famoso hijo como testigo. En eso, ellos tenían razón. La gente la tenía por recta. En cambio, tenía a la hija mayor por descarriada. Así que decidió hacerla pasar por madre de la niña.

A cambio de que la expulsaran del colegio en el que estaba y firmara el acta de nacimiento, la mayor consiguió que la dejaran ir a las fiestas sin restricción de horarios y a todos lados sin necesidad de compañía. También, que dejaran de obligarla a ir a la iglesia. Si querían, podían decir que era por vergüenza. La excusa le daba igual: solo quería dejar de asistir. También quería lo que dijeron que habían hecho con la verdadera mamá de la hija: que la mandaran al extranjero. Quería ayuda para irse sin tener que pasar a pie por

el desierto. Si lo veían bien, daba una historia perfecta: ella se iba para trabajar para poder mantener a su hija y se alojaría con los mismos tíos que tenían a su hermana. Además, serviría porque la niña no tendría que llamarla mamá cuando creciera, no se equivocaría cuando la gente —malintencionada o no— preguntara por el paradero de su madre y no confundiría los afectos cuando su verdadera mamá regresara.

Confiaba en que su hermana volvería. Le parecía demasiado lista para dejarse matar. Ella, en cambio, no sobreviviría dos semanas en eso. Era distraída y bastante descuidada (menos para quedar embarazada: siempre se protegía). Además, no creía en nada de eso. Las guerras y los ideales no eran lo suyo. Para lo único que le servían era para irse lejos de un país donde usar jeans y zapatillas deportivas era motivo para ser detenido en la calle e interrogado en celdas húmedas. No estaba dispuesta a pasar por eso. Y era tan evidente que jamás nadie la contactó en el colegio para que se uniera a un movimiento como hicieron con su hermana. Ni siquiera cuando ella se organizó le participaron nada. Si algo supo fue porque su madre la llamó para rogarle que no fuera a decir nada que pudiera comprometer la vida de su otra hija. Debía decir siempre que su hermana era muy lista y, además, la favorita de los tíos que vivían en el extranjero. Que ellos ofrecieron ayudarla para que tuviera más oportunidades y que, sí, ella estaba un poco celosa de eso, pero no podía dejar de alegrarse de que ella tuviera una oportunidad así. Que tal vez iría a visitarla al final de este año o tal vez del otro: debían reunir para el pasaje. No era tan fácil porque, aunque los tíos querían hacerse cargo de la manutención, sus papás enviaban todo lo que podían para ayudar con sus gastos. No querían que la hija se volviera una carga o que los acusaran de ser despreocupados o aprovechados.

La gente interpretó el supuesto embarazo de la hija mayor como una consecuencia de la partida de la segunda. Creyó que la atención de los padres se había centrado tanto en la que se había ido que descuidaron las necesidades de las que quedaron con ella. De la manera más amable posible, las señoras le sugerían que no fuera a desatender a la más pequeña. No querían juzgarla, pero no podían eximirla de su responsabilidad por lo sucedido. Pensaban que, si hubiera sido más equilibrada, podría haber evitado lo sucedido. También le recomendaban que pidiera ayuda a su hermano en el extranjero para que la hija mayor no fuera a descarriarse más. No querían inmiscuirse en sus asuntos,

pero debían decirle que creían que podía embarazarse de nuevo, tener más hijos de manera irresponsable y hasta enfermarse. ¿Qué sería de esos niños entonces? Sabían que ella era una abuela responsable y que trataría de ayudar en todo lo posible, pero habría cosas con las que no podría llegar a cierta edad. Además, las hijas debían asumir las consecuencias de sus actos (sin que la nieta y los otros que podían nacer pagaran por ellos, claro).

La abuela les daba la razón y también las gracias por preocuparse por su bienestar y el de sus hijas. También recibía las cartas que ellas o las vecinitas dirigían a sus hijas y escribía falsas respuestas para que las leyeran o fingía envíos de saludos por larga distancia para mantenerlas contentas. Ahora le parecía una fortuna que en ese tiempo no hubiera la tecnología que ahora porque, entonces, las hijas de las vecinas habrían querido sus números telefónicos para hablar directo con ellas o las habrían buscado e intentado contactar por la computadora. Había sido una fortuna que las adolescentes no dispusieran de más dinero que para algunas golosinas porque así todas las comunicaciones pasaban por ella.

Alguna vez ahorraron para poder hablar de manera directa con la segunda cuando la primera todavía no se había ido o consiguieron autorización de los padres para hacerlo desde el teléfono de sus casas y fueron a pedirle el número. Ella les explicó que no podía dárselos porque a su hermano no le gustaba que lo compartiera: alguien había llamado por cobrar varias veces y le había salido una factura inmensa. Sabía que ellas no eran esa clase de persona, pero no podía cambiar la clase de persona que su hermano era. Sentía no poder ayudarlas con eso. En cambio, podía pasarle a su hija el recado de llamarlas alguna vez. No prometía que lo hiciera porque ahora la niña pasaba muy ocupada estudiando en un programa muy demandante. No había entendido muy bien de qué se trataba porque se lo había explicado en inglés y no podía traducirlo. No es que estuviera olvidando el español, sino que no sabía decir en él las cosas que había aprendido en el otro idioma. Una vez les dijo que pasa así también con los sentimientos, que seguro su hija no se olvidaría de ellas, sus amiguitas, pero desarrollaría nuevos afectos en los que no podrían acompañarlas. Decía que también estaba pasando con ella: su hija la llamaba cada vez menos. Era su hermano el que le daba noticias suyas. Siempre decía que estaba bien, pero parecía que se estaba haciendo cada vez más al estilo norteamericano, donde los hijos se van de casa temprano y hacen su vida sin

informar a los padres. Era un poco triste, sí, pero era el precio que debía pagar para que su niña tuviera una vida diferente a lo que le ofrecía este país. No quería que ella corriera peligro o muriera. Las vecinitas no entendían porqué debía correr peligro o morir. Ninguna de las dos cosas eran asuntos de mujeres en este país. Ni de gente de sus colonias. Si acaso, podía ocurrir que reclutaran a algunos de los muchachos si, por ejemplo, andaban jugando basquetbol o futbol a deshoras o en colonias de una clase diferente a la suya. Y, en todo caso, no era problema si mostraban credencial de algún equipo o club exclusivo, que, por lo general, les extendía algún coronel amigo de la familia y que servía de salvoconducto. Todos o casi todos tenían una. Y, si no, o si no lo andaban con ellos en ese momento, bastaba con que mencionaran el apellido del coronel para que fueran librados de todo mal. O no se los llevaban o sus padres podían recogerlos en el cuartel más cercano sin llenar formas y sin huesos rotos o marcas de golpes en alguna parte del cuerpo. A lo mucho, con un corte de cabello estilo militar y un buen susto que los alejaría de las canchas y las colonias feas, cosa por la que sus padres podían agradecer. Pero a las mujeres nadie las detenía. A menos, por supuesto, que anduvieran en algo. ¿Andaba su amiga en algo? No, no. Imposible. Era una niña y no era pobre. Los padres tenían un negocio propio. Eran sus vecinos. La madre dijo que dijo eso porque en la guerra a veces ocurren cosas que no deberían suceder. Por error, sobre todo. Por eso ellas deberían cuidarse siempre. No confiarse ni porque vivieran en la colonia bonita en que vivían porque, cuando uno menos lo sentía, los espacios estaban invadidos. Era mejor estar siempre alerta y obedecer a sus padres en todo. Si decían que regresaran a una cierta hora, no debían negociar. Si decían que alguien no era buena compañía, debían evitarla siempre. Y debían enfocarse en sus carreras y en sus futuros. Habría uno brillante para ellas si no se desviaban o si no se ocupaban de asuntos que no les concernían, como la guerra, que no era cosa de niños aunque hubiera muchos de ellos peleando en las montañas o tumbando postes y haciendo estallar cajas de teléfonos por la ciudad como si eso sirviera de algo más que abrirles un expediente criminal y llenar de vergüenza a sus padres. Era mejor que se mantuvieran en su círculo de personas honorables y fuera de líos. Era mejor también que no llamaran por teléfono a la hija mayor de sus vecinos porque, aunque fuera hija de ellos, no era un modelo de conducta, como la segunda. No podían negarse a sus llamadas del extranjero, pero era mejor que las mantuvieran cortas. Podían decirle, para no

hacerla sentir mal, que no querían hacerla incurrir en gastos o podrían desviar la conversación hacia su hermana, preguntarle cómo está, qué cosa interesante está haciendo ahora, en qué estado vive. La hermana mayor, por orden de la madre, le construye una vida fabulosa que luego no coincidirá con la versión de ella que volverá después de la guerra. Pero, por el momento, no es problema porque, en el fondo, la madre siente que su hija no regresará aunque la hermana piense todo lo contrario. Por eso quiere tanto a la nieta y la cuida como a ella misma, a su hija y a la niña juntas, y le da la razón cuando decide ayudarla a ella en lugar de a la hija de su compañera de combate.

22

Pensaba que lo mejor que podía hacer por su antigua compañera era llevar a su hija con una amiga que también había estado organizada, pero que dejó las filas de la guerrilla muy temprano, cuando la guerra todavía no era como ellas dos y muchos otros la conocieron. Entonces, el ejército no buscaba marcas de botas en los pies de las jóvenes en la ciudad, sino tierra en sus zapatos, olor a monte en el cabello y pulgas en el cuerpo.

A esa amiga nunca la agarraron porque siguió todas las normas de seguridad al pie de la letra y siempre se subió las calcetas hasta las rodillas aunque odiaba hacerlo. También, porque era tan delgadita que nadie podía creer que estuviera participando en algo y, además, tenía una carita de inocente que le permitió pasar por los puestos de control sin que nunca le preguntaran nada, le encontraran los rollos que llevaba desde las montañas a las salas de prensa extranjera o se viera obligada a velarlos de dos en dos antes de que la capturaran o la desaparecieran.

Habían estudiado en el mismo colegio. Ella era casi una leyenda porque, una vez, un grupo de compañeras suyas que dijo que se les había perdido un estuche, exigieron que la monja profesora registrara las mochilas de todas las estudiantes de esa aula y encontraron municiones en la de ella. Andaba también un arma, que logró sacar antes de que fuera su turno de ser inspeccionada gracias a que sus compañeras de la organización estudiantil en la que estaba notaron que la gente no salía de su salón a la hora de siempre, se asomaron por la ventana para verificar que todo estuviera bien y recibieron de ella la pistolita dentro de un bolso de mano para hombres que andaba consigo. Les pidió que, por favor, la pusieran de una cierta manera en el tanque del inodoro que llamaban número tres —cuyo nivel de agua habían regulado—

para que no se mojara. Cuando saliera del registro, ella la recogería.

En principio, el parque debía ir en el mismo bolso, pero, por la prisa al sacarlo, se le salió de donde lo tenía y fue encontrado por la monja cuando abrió su mochila de tela, demasiado barata y ordinaria para el grupo de compañeras que la molestaba a diario en el recreo y que la acosaba por venir de una zona que no correspondía con la de ellas y por participar en actividades que no eran de su agrado y que, seguro, tampoco serían del agrado de sus padres.

Ese día, las niñas pensaban que encontrarían propaganda en sus pertenencias, algún libro que la vinculara con algún grupo insurgente o alguna razón para por fin expulsarla del colegio o sacarla un buen número de días de sus patios. Creían que era mejor que regresara a la escuela pública de donde había venido y donde su mamá era profesora. En eso, coincidía con ellas. Ya le había dicho a su mamá que no se sentía cómoda en el lugar. Entendía que ella estuviera buscándole un mejor futuro, pero prefería que ese buen futuro fuera en otra parte. Sus compañeros de la organización clandestina creían lo mismo. Cuando ella les informó que su madre le había conseguido un cupo en ese lugar, se rieron. Le dijeron que iba a aprender a hablar como niña rica. Hasta entonces, ella no había conocido gente de esa clase, pero, desde chica, había tenido una mala idea de ella. No sabía por qué y tampoco sabía qué era hablar como rica hasta que llegó a ese colegio.

Para ser justos, no había solo gente rica, pero sí había mucha de ella. La madre había conseguido un puesto para ella después de llevar a su hermana mayor, presentarla a las monjas como una niña muy inteligente y pedir que la examinaran fuera de tiempo. Explicó que su viudez y su actual empleo de tres turnos no le habían permitido reunir antes el dinero de la matrícula. Consiguió que las monjas hicieran una excepción gracias a que el cupo no se había completado ese año y logró que estuvieran felices de haberlo hecho luego de una serie de pruebas que le hicieron, en las que salió muy bien puntuada.

Después de que la hermana mayor sacó en un solo año todas las bandas de honor que había, las monjas decidieron becarla. Entonces, la madre dijo que tenía otras tres hijas que eran como ella. Las monjas aceptaron extender el trato a todas siempre que ella autorizara el envío de las niñas a concursos como representantes de la institución y permitiera que estuvieran en los entrenamientos correspondientes.

Tan pronto como firmó, las niñas debieron mantener sus uniformes blanquísimos, las calcetas hasta las rodillas y sus tardes disponibles. Ella informó a su responsable para que le cambiara horarios o misiones. A él no le cayó en gracia que le diera indicaciones, pero entendió que era lo único que podían hacer para que ella siguiera trabajando en su célula.

Se juntaban a las seis de la tarde. Ella iba con el uniforme puesto. Él, un extraño mucho mayor, se veía como un pedófilo a su lado. A algunas niñas les parecía excitante que una de ellas, de ese colegio, tuviera una relación con un adulto. A otras les pareció que era inadecuado, así que, después de un tiempo, lo reportaron a la directora, que desestimó la solicitud entonces pero que no pudo negarse a llamarla a su oficina después de que le encontraran las municiones en la mochila.

No la regañó. Preguntó a ella y a las amigas que le ayudaron a esconder la pistola en qué pasos andaban y si creían que eso era lo mejor para su futuro. La niña que funcionaba como responsable dentro del colegio le argumentó lo que pudo y hasta la llamó reaccionaria. La directora le preguntó si sabía qué significaba esa palabra. La niña respondió lo que les habían dicho a todas en las reuniones: que eran los que se oponían a la revolución. La monja sonrió: ella no se oponía. De hecho, era amiga de conocidos miembros de la iglesia que apoyaban los cambios, permitía la actividad de las organizaciones dentro de sus muros y las encubría todo lo que podía, pero, en ese momento, debía cumplir su función de directora del colegio y de orientadora de jóvenes, así que les hizo una reflexión acerca del tiempo y de la edad que tenían que cayó en saco roto porque todas las niñas que estaban en ese momento en esa oficina terminaron por irse a combatir a las montañas.

Ella fue la primera. Dijo que no podía esperar, como las otras, a salir de bachiller porque la situación del país demandaba acciones inmediatas. Y se fue. Primero, a grupos de la ciudad; luego, a la clandestinidad y, por último, al frente de batalla. En él, era algo así como una niña de colegio rico que había recibido clases de mecanografía. En el colegio, era una rebelde. Y, para las otras que se unieron al grupo que operaba ahí, una especie de símbolo y un ideal. Para la excompañera del campo de desmovilizados, fue todo un modelo y también su instructora. Decía haberse sentido siempre inspirada y apoyada por ella. Alababa su espíritu y exaltaba su energía y su entrega a la causa.

A la niña, en cambio, le parecía una mujer muy tranquila, demasiado suave

para el combate. Nunca habría sospechado que hubiera estado en él. No era como su madre ni como sus vecinas, ni como esta amiga de su madre que la alojaba ni como las excombatientes que salían en televisión o las que ahora tenían un cargo en el gobierno y salían en los periódicos. Quizá porque se había salido muy temprano, como decía la amiga. Pero le quedaba la conciencia y la solidaridad. Podía asegurarle que pocas la tenían como ella.

Cuando terminó la guerra, antes de ir a su casa, fue a la de ella para preguntarle qué debía hacer en adelante. Ella le hizo varias preguntas y, luego, le dio una dirección. Pensaba que podía hacer lo mismo con la niña. Por eso la llevaba. Sabía que habría sido mejor que fuera por su voluntad, pero sabía que no podía haber voluntad en el desconocimiento. No le parecía que pudiera perder algo si lo intentaba y sabía que ella no se negaría a ayudar a una compañera de combate aunque nunca hubieran estado en el mismo frente ni hubieran combatido en el mismo tiempo. Porque, en el fondo, no estaba ayudando a la niña, sino a la madre de ella. Y, en todo caso, si fuera que ayudaba a la niña, sabía que no se negaría a hacerlo. La había visto echar mano a otra gente que no tenía nada que ver con el movimiento en que ellas estuvieron. Sabía que incluso había hecho reaccionar a hombres que se negaban a aceptar su paternidad y las responsabilidades de esta y habían terminado siendo papás orgullosos y grandes amigos de sus hijos. Si pudiera, le llevaría a su propia hija para que la orientara, pero no podía porque la niña se negaba a cualquier cosa que ella le sugiriera. Esta otra niña, en cambio, aceptó de inmediato la recomendación.

Dentro de una habitación sencilla y a solas, le dijo que no entendía cómo le había sucedido de nuevo lo del primer ciclo si había estudiado, se había esforzado y había cumplido con todo lo que le habían pedido en su casa y en la universidad. No quería pensar que se trataba de alguna maldición o de su destino, como la gente del pueblo sugería a sus hermanas ni que fuera lo que la hija de su amiga decía: que los estudios no eran para todo el mundo, que era probable que ella fuera una de esas personas que no están hechas para ellos y que lo mejor era que se buscara un trabajo en una panadería o en algún otro lugar. Hasta sugirió que se empleara en el negocio de sus abuelos. No le pagarían mucho, pero podría continuar en la casa con ellos. Tal vez después podría convertirse en compañía para los ancianos.

No le disgustaba la idea de trabajar y tampoco la de acompañar a gente que era muy gentil con ella, pero no era lo que tenía planeado para su vida. La mujer amable le hizo una serie de preguntas. Era tan suave para hablar que a ratos sentía como si estuviera oyendo la marea baja. Y, al final del viaje, había llegado a una orilla. Tenía un destino. Y, después de mucho tiempo, sentía tranquilidad.

Cuando salió de la habitación, la excompañera de armas de su madre también la sintió. Le dio las gracias a su antigua compañera de colegio y de lucha. Le dijo lo que en otras ocasiones: que desearía que no hubiera dejado el combate. Con ella en la tropa, habrían hecho muchas cosas buenas. Ella no lo creía, pero le agradecía que lo pensara. Lo que le pedía ahora era que apoyara a la niña en todo lo que pudiera mientras tomaba las decisiones necesarias para continuar con lo que quería. Ella se lo prometió y, después, al llegar a la casa y conversar a solas con la niña, se dio cuenta de que no podía cumplir su promesa sin traicionar la que le había hecho a la madre porque la niña había resuelto no cursar una tercera vez la clase que había reprobado en la universidad. Al menos, no en ese momento. Primero conseguiría el dinero que necesitaba y, luego, se ocuparía de volver y terminar.

El plan no sonaba tan mal hasta que dijo que el trabajo lo buscaría en el extranjero.

La noticia de la ciudad elegida no le iba agradar ni un poco a su mamá.

23

Hubo que decirle que no era broma porque no creía que estuviera hablándole en serio. La idea de que se fuera a París le parecía todavía más descabellada que su plan de unirse a la policía. Absurda. Y cruel. ¿Por qué les hacía eso?

Le había hecho la misma pregunta a su hermano antes, cuando estaba embarazada de su segunda hija y llegó a darla a luz a casa de su madre. Después de rastrearla a ella y a sus hermanos hasta llegar a la periferia de la ciudad, se encontró con que el niño que dejaron con ella, que ya era un muchacho y se parecía mucho a su padre, estaba en el cuartel. Y no como encargado de la limpieza o ayudante de la cocina, sino como soldado. Con el cabello como el de ellos y su misma postura. Con el uniforme, los modales y la mirada entrenada para inspeccionar cada rincón antes de entrar. Con salario y licencia cada ciertos días. Le dijo que le daba vergüenza, que no podía creerlo, que no podía entender que, después de lo que ellos le habían hecho a su familia, a su casa y a su padre, se hubiera unido a sus filas.

Sus hermanos tampoco lo comprenderían. El día que se fueron y lo dejaron encargado de cuidar a su madre y a sus hermanas, ninguno contemplaba la posibilidad de que trabajara para los contrarios. Todos lo creían responsable y comprometido, como ellos. Y lo era. Juraba que lo era. No había sido él quien había llegado al cuartel a pedir que lo admitieran. No le preguntaron si quería. Nomás lo tomaron como tomaban ellos a las gallinas del corral y lo subieron a un camión donde iban otros como él, de su edad, de su tamaño.

Algunos ya ni siquiera estaban. Habían caído en los primeros enfrentamientos sin que a nadie ahí le importara mayor cosa. Eran carne de cañón, bajas de bajo costo, casi simple distracción. Nadie esperaba que sobrevivieran. Ni siquiera les enseñaban cosas importantes para lograrlo, como su papá les había enseñado a ellos. De no ser por eso, él también habría

caído hacía mucho tiempo. Estaba seguro que los del otro lado del combate no le habrían preguntado si estaba ahí por convicción propia o en contra de su voluntad antes de dispararle. Ella misma podría haber terminado con su vida en un enfrentamiento. La única persona que podía cuidar de él era él mismo. Y eso era lo que hacía. Sobrevivía. Como ellos. Incluso si eso suponía entrar al cuartel y seguir sus órdenes.

¿Prefería ella que lo hubieran matado por negarse a entrar? ¿De qué habrían vivido su madre y sus otras hermanas, entonces? Lo que la madre ganaba lavando y planchando no alcanzaba para todo. Con lo que le daban el cuartel, sobrevivían. No podía juzgarlo. Ellos podían estar dando batalla en los cerros, pero no les enviaban un solo centavo para pasar los días. Era posible que estuvieran tras un gran ideal, pero, mientras ese ideal llegaba, ellos debían arreglárselas con las cuentas diarias. Él estaba cumpliendo con su parte de velar por su madre y las niñas. Estaba haciendo lo que le encargaron. Y debía tomar en cuenta que llevaba mucho tiempo en eso. Ellos estaban tardando demasiado en ganar la guerra. ¿No habían dicho que sería solo un tiempo corto? ¿No había asegurado su padre que el triunfo era inminente?

Cada vez lo tenía menos claro. No podía decirle cuán pronto terminaría todo o si alguna vez acabaría. Lo único que le pedía era que se mantuviera en lo que su padre les había enseñado. Que se mantuviera como ellos a pesar de todo, como el hermano mayor, del que no sabían nada para ese entonces, sino solo que había bajado a la ciudad y ya no había regresado. ¿Sabía él si el ejército lo había capturado? ¿Cómo podía saberlo? No era más que un soldado raso de un cuartel sin relevancia. Tampoco podía preguntar. Levantaría sospechas. Lo encerrarían de inmediato. Le preguntarían por qué le interesaba el destino de ese hombre. ¿Qué era suyo? ¿Por qué tenía familiares en la insurgencia? ¿Él también era revolucionario? ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Era un espía de ellos?

Algunos de la comunidad donde vive ahora lo fueron. Se enlistaron en los cuarteles o se dejaron atrapar por ellos por orden de su grupo. Obedecían todas las órdenes y hablaban con sus mismas palabras para poder estar entre ellos y pasar datos a sus compañeros los días que iban de licencia a sus casas. Daban número de soldados en cada lugar, informes del equipo que empleaban y detalles del entrenamiento y de la alimentación. Les decían cuáles campos estarían vigilados y cómo desactivar las minas que plantarían en ellos antes de

irse.

¿Era su hermano de esos? ¿Se había enlistado por orden de un grupo del que ella no estaba enterada? No. Se lo habría dicho. Confiaba en ella. No importaba que estuviera en el ejército, seguía siendo su hermano. Si no lo fuera, si de verdad creyera en lo que estaba, en ese mismo momento la delataría o él mismo la capturaría y la entregaría para que la hicieran hablar. También habría dicho lo que sabía del sitio de donde venía: cómo encontrar los escondites y cómo calcular el tiempo en que cada uno volvía a su casa para ver a los suyos.

Podía confiar en él, pero no podía pedirle que le ayudara a buscar a su otro hermano: sería su fin. Lo más que podía hacer por ella, por él y por toda su familia era indicarle dónde buscar. Si había sido capturado y si todavía estaba vivo, era probable que estuviera en un hospital. Ella, con su carita bonita y su embarazo, podía conseguir que el personal médico le diera información. Funcionaría que llorara un poquito. Ya sabía que ella no estaba hecha para eso, pero debería esforzarse si quería conseguir la información. Podía ponerse unguento mentolado para facilitar la salida de las lágrimas como hacía la gente de las telenovelas. No creía que alguien fuera a acercarse demasiado para verificar el origen del llanto. Además, los olores de los hospitales eran tan fuertes que el de un poco de mentol no se advertía.

Lo encontró en el psiquiátrico gracias a la información que las monjas de un hospital pequeño le consiguieron. Lo habían puesto en la silla eléctrica varias veces. Juraba que no había dicho nada a pesar de todo, pero lo cierto es que no podía recordar con exactitud. Luego, se ocupó en olvidar lo que sí tenía en mente todavía para poder sobrevivir. Y, después, terminó yéndose del país para borrar lo que pudiera y sentir cada vez menos.

La guerra ya había terminado cuando tomó la decisión. Ella trató de detenerlo, pero no lo consiguió. Por más que le dijo que debían quedarse a sembrar la tierra por la que habían peleado, él se puso en marcha y tomó el tren que lo llevaría a la casa de su hermano que había sido soldado y que abandonó el cuartel por presión de ella, que le dijo que entendía lo que había estado obligado a hacer para mantenerse con vida, pero no podía consentir que siguiera en él. Le dijo que debía desertar de inmediato si de verdad creía en lo que su padre les había enseñado y si de verdad apreciaba lo que ella y sus

hermanos estaban haciendo. Podía encontrar otras formas de ayudar a su madre y a sus hermanas, que, aunque estaban todavía pequeñas, ya no eran unas niñas, sino unas jovencitas que podían ayudar a mantener sus estudios y su hogar. Era decisión suya. Si a pesar de todo prefería seguir en el cuartel, ella lo respetaría, pero no iba a apoyarlo. Le informaría a sus hermanos y, si juntos tomaban la decisión de ejecutarlo por traidor, lo harían sin reparos. Ya estaba grande como para poner la edad o la falta de orientación como excusa para sus acciones.

La noche del día que debía presentarse de nuevo en el cuartel fue declarado desertor. Se dio orden de registrar su casa y los alrededores hasta encontrarlo. Su castigo sería la ejecución por traición. No se lo dijeron a su madre cuando llegaron a preguntar por él. Ella, sin embargo, lo supo por la manera en que buscaban en su casa y registraban la zona. Respondió siempre lo que la hija le había indicado: que el muchacho había llegado ese fin de semana muy temprano, pero no se había quedado y que no se había comunicado con ella. No podía ayudarlos. Ni siquiera entendía lo que estaba pasando. Si llegaban a saber de él, les rogaba que le informaran. Estaba preocupada. Podía ser que alguien le hubiera hecho daño. Era solo un niño. Era su niño. No se habría ido sin avisarle. No se lo explicaba.

La hermana dijo tampoco saber. Él había quedado en ir a conseguirle algo para sus antojos de embarazada y ya no volvió. Ella no podía ir a buscarlo por su estado. Apenas podía moverse por el embarazo. ¿Cuántos meses tenía? Muchos. Ya casi daba a luz. ¿Por qué no estaba con el marido? Porque no tenía. ¿El niño era del espíritu santo? No: de un desgraciado que no quiso hacerse cargo. Su hermano le había dicho que no se preocupara, que él la ayudaría. Por eso había regresado a la casa con ellos. Por eso no la habían visto antes, cuando llegaban a traerlo o llegaban a dejarlo en el camión que repartía muchachitos camuflados por la localidad. Supone que su hermano no la había mencionado porque era muy discreto. Era necesario en ese tiempo: nunca se sabía si se estaba al lado de un traidor o de un informante y cuál información podía ser usada en su contra en algún momento. Ella parecía saber mucho de eso. ¿O era lo que el resto de la gente sabía? La situación no era secreto para nadie que viviera en esa zona. El desconocimiento era un lujo de la gente de colonias donde el sonido de los enfrentamientos no llegaba y

donde los soldados jamás reclutaban muchachos con edad y cuerpo para sostener armas.

Las dejaron tranquilas por ese día, pero volvieron varias veces durante varias semanas más. Su hermano, que conocía el proceso, se ocultaba en la región en la que la periferia de la ciudad se volvía campo y regresaba solo para ser informado de la situación y dejarles algunas frutas que había recolectado en terrenos que no pertenecían a nadie: su madre y sus hermanas debían comer algo. Aunque fuera solo eso. Luego, cuando se cansaran de buscarlo, encontraría algún empleo y estarían mejor. Por el momento, debían mostrar a los que lo buscaban que estaban pasando un mal momento. Debían fingir caras de angustia aunque lo que sintieran fuera orgullo y satisfacción por lo que había hecho y había hecho a tiempo porque, tan solo unas semanas después, estalló un operativo en la ciudad en el que su hermano seguro habría muerto y del que ella no habría podido advertirle porque, tras tanto tiempo fuera de la montaña y con un hermano desaparecido, no solo no tenía información que resultara útil, sino que, además, había sido catalogada como persona en la que no se podía confiar.

Su hermano, en cambio, no creía en nadie más que en ella. Así que, cuando ella le dijo que debía irse más lejos todavía porque los soldados seguían buscándolo e iban a matarlo si lo atrapaban, no dudó y emprendió camino de inmediato con otra gente que huyó entonces del país. No se detuvo hasta que llegó a un país antes de su destino, y no porque él quisiera, sino porque unos asaltantes del camino interceptaron al grupo de obligados viajeros con el que iba.

No sabe qué sucedió con esa gente. Por las historias que se contaron después de esos hombres, supone que murió. Él habría querido ayudarlos, pero no podía hacerlo y huir al mismo tiempo. Habría perdido la vida en el intento porque ninguno de los que caminaban con él tenía el entrenamiento suyo ni la lectura de los lugares y los tiempos que su papá le había enseñado. Viviría con ese remordimiento, pero viviría, como le había ordenado la hermana que lo hiciera. Aunque ella no le había dicho que viviera en el país contra el cual protestaban sus compañeros de la ciudad. Cuando le dijo que se fuera lejos, pensaba en el occidente del país. Si acaso, en alguno de los países de al lado. Pero él le había salido igual que la tercera hija que iba a tener. No había algo que pudiera decirle para convencerlo de que se quedara o que

volviera. Lo único que podía hacer era confiar en que le iría bien, que se las arreglaría para salir de los problemas y que, desde la distancia que fuera, se comunicaría con ella, le haría saber que todo estaba bien y ayudaría a sus hermanas como él ayudó al suyo cuando su madre logró sacarlo del psiquiátrico.

24

Lo que no entiende es por qué, de todas las ciudades del mundo, tenía que ser París.

Es lo que la niña quiere.

¿Cómo podía esa mujer saberlo?

Se lo dijo.

Las niñas pueden decir cualquier cosa, querer cualquier cosa.

Cierto.

¿Por qué la empujó a ese sitio?

No lo hizo.

¿Qué hizo entonces?

Escucharla.

Ella siempre lo ha hecho.

No lo duda. Pasa que esa otra mujer escucha de una manera diferente. Hace que uno se oiga a uno mismo y consiga sus propias respuestas.

¿Es una psicóloga de esas que les llevaron a los campos de reinserción?

No. Ella sí entiende y ayuda. Quizá porque anduvo en los mismos senderos que ellas. Quizá porque no es psicóloga.

Así está mejor. No le gustan las psicólogas. Cree que son buenas personas y muy bien intencionadas, pero le resulta fastidioso que traten de entrar a la cabeza de ellas de la manera tan torpe en que lo hacen y que todo el desastre que causan moviendo cosas en ella no sirva para nada. No conoce a nadie a quien le hayan servido sus sesiones. Si la hubieran dejado decidir, habría preferido no haberlas tenido. Odiaba el tono en que le hablaban y la manera en que la miraban. No sabía si le molestaba más la lástima que parecían tenerle o la poca comprensión que mostraban ante lo que ella les comentaba.

Seguro lo que les planteaba no estaba en el manual que habían revisado en su escuela. Seguro tampoco podían ayudar a la gente que sentía cosas que aparecían en sus libros: siempre dicen que no pueden darle soluciones a nadie, que cada uno debía encontrar una manera de resolver.

¿Para qué estaban ellas, entonces?

Para escucharlas.

Ella no necesitaba que nadie la escuchara. Ni siquiera quería hablar de muchas cosas. Y no era un problema, como ellas decían, sino parte de su trabajo como radista: escuchar, recibir indicaciones y comunicárselas solo a su jefe inmediato. A nadie más. Ni al compañero de vida ni a amigas en el combate. Ni a sus hermanos. A nadie. No importaba si era algo tan sencillo como un saludo o algo tan complicado como una orden de ejecución de alguno de ellos por alguna falta que consideraban mayor o peligrosa para la causa. No era su trabajo difundirlo a la tropa. No importaban las condiciones. Su orden era guardar el secreto y, hasta ese momento, nadie con autoridad le había indicado lo contrario. Que las amables psicólogas le dijeran que necesitaba hablar y que estaba en un lugar seguro y de confianza con ellas no tenía ningún peso. Si la guerra no se detenía a pesar de lo anunciado o se reanudaba después de algunos meses de intentar reintegrarse sin éxito a la sociedad civil, ella debería rendir cuentas. Podría terminar ejecutada. Y lo que dijera podía poner en peligro a alguno de sus compañeros o al grupo completo.

Las psicólogas no entendían eso. Insistían en que ella debía hablar de las cosas que había presenciado o escuchado para que su mente sanara.

Hasta entonces, jamás se había sentido enferma. Odiaba que la trataran como si lo estuviera. Odiaba que no entendieran que lo que ellas llamaban experiencia propia era algo que no le pertenecía. La mujer que escuchó a su hija, en cambio, comprendía a la perfección que había cosas que no concluían solo porque la guerra había cesado. A pesar de haber renunciado al movimiento y de que habían pasado muchos años desde entonces, seguía manteniendo los secretos que se le confiaron en el tiempo en que debía llevar papelitos de un punto de la ciudad a otro o desde una población a otra sin que nadie se enterara. Sabía qué era andar siempre en alerta de todo lo que sucedía a su alrededor: quién se subía al bus con ella, quién se sentaba a su lado, quién se bajaba, dónde se bajaba cada persona, quién caminaba a su

lado, el reflejo de quiénes se veía en las vitrinas de los locales comerciales por donde pasaba, qué estaban haciendo, qué sonaba en ese momento, cuántos postes había en el camino, cuántos automóviles estaban pasando, a qué velocidad lo hacían, cuántas personas iban dentro, de qué sexo eran, si se fijaban en ella o no y si movían los labios o hacían alguna señal con las manos. El más mínimo detalle podía ser la diferencia entre ser capturada o no, entre seguir en el combate o no. Si no diferenciaba los sonidos de un animal del de una persona o el sonido de una persona de los que produce la imaginación, podía terminar desaparecida, o muerta, como sucedió con una de sus hermanas.

También entendía que había cosas que no podían ser devueltas cuando se abandonaba el combate. Como ella, debió entregar su equipo. En lugar de la radio que ella puso sobre la mesa de los observadores internacionales, la mujer devolvió la máquina de escribir que le habían dado y en la que preparaba un boletín cada semana. En vez del fusil, entregó la pistolita que había salvado en el episodio del colegio y toda la munición que le quedaba. Nunca mató a nadie. Disparó algunas veces, pero jamás contra un ser humano. No tuvo necesidad. Ella, en cambio, debió hacerlo en combate. No puede asegurarle que haya derribado a alguien, pero no puede descartarlo porque nunca se detuvo a ver. Nunca era buen momento para hacerlo.

La mujer le dice que no le ha preguntado eso, no porque no sea importante, sino porque no es algo que ella hubiera decidido, sino algo a lo que se vio obligada por las circunstancias. Preferiría que obviarán eso y hablaran del tema que la ha llevado a su casa: su hija y el viaje a París. Ella lo sabe, pero siente necesidad de decir algunas cosas que no comentó con las psicólogas. La mujer le recuerda que ella no es una especialista en los asuntos de la mente. Ella lo sabe. No la ha confundido con una. Le parece más uno de esos sacerdotes a los que, de entrada, se le cuentan cosas que no han preguntado. La mujer le dice que tampoco es eso. Nunca ha creído en las confesiones. Cree en la responsabilidad, que es algo que admira en ella por lo que su hija y su amiga le han dicho. Piensa que, si la hubiera conocido en el tiempo de la guerra, habría sido de las que apoyaran su incorporación a las filas.

Era todo un halago porque, en su tiempo, no era fácil unirse. No se llamaba a cualquiera y no se aceptaban voluntarios. Alguien debía verlo, calcularlo, ubicarlo en una función y ponerlo a prueba para verificar su contextura.

La mujer habría estado feliz de ser quien la propusiera. Ella le agradecía que lo dijera aunque, si hubiera podido decidir, jamás habría entrado. La mujer no estaba tan segura. Cree que, ya en la situación, ella misma se habría presentado y hecho disponible. Y quizá tenía razón porque, el año en que bajó a la ciudad por su segundo embarazo, tenía planeado no volver más a las filas, no porque hubiera dejado de creer en lo que hacían en ellas, sino porque no estaba dispuesta a separarse de una segunda hija. No soportaba la idea. Por eso, calló su situación hasta que fue insostenible y, después, postergó su retorno. Obvió las primeras sugerencias de volver e ignoró los llamados que le hicieron. Puso todos los pretextos que pudo para alargar su estancia con su hija, que se parecía mucho a la primera. Pero reaccionó un poco cuando vio a su hermano en el ejército y luego un poco más cuando llegó el momento en que la guerrilla entró a la ciudad y ella quedó atrapada en una zona controlada por el ejército. Sintió la necesidad de salir del escondite improvisado en que la mamá y las hermanas se habían resguardado y de salir a combatir. Deseaba entonces tener sus botas y su equipo a la mano. Deseaba haber entendido la urgencia del llamado que le había hecho su compañero de vida unas semanas antes. Quería no sentirse inútil, poder decirle a sus compañeros de lucha cómo quebrar la débil resistencia que tenían los soldados, no tener que salir protegida por la gente de los comandos de salvamento y tras una bandera blanca. No creía en la rendición. Si lo hacía era solo por su hija y por la esperanza de ver a su otra niña.

Sus hijas eran lo más importante para ella.

Lo tenía claro.

Había hecho todo lo que podía por darles la mejor vida posible.

Lo sabía: su hija se lo había dicho.

Quería darle a esa hija la oportunidad que estaba buscando.

Ya se la había dado. Dos veces.

Creía que no era suficiente.

¿Por qué?

No pudo responder.

No había respuesta.

Lo que hubo fueron lágrimas: no quería que se fuera. No quería que se fuera a París.

¿Puede convencerla de que se vaya con su tío?

No le había preguntado si podía ayudarla, pero le parecía que al menos podría recibirla y orientarla para que se buscara la vida en ese lugar.

Ella no se estaba buscando la vida. Tenía un plan. ¿No lo conocía?

No.

Iba por dinero para estudiar.

Había sabido de adolescentes que se iban y lo conseguían. Supo de uno muy atlético que jugaba tan bien que un equipo extranjero se lo llevó a sus canchas. El plan era entrenarlo e incorporarlo al equipo. Pero el plan del muchacho era otro: conseguir el dinero justo que necesitaba para pagarse la carrera completa en una universidad privada en el país y volver tan pronto como lo tuviera. Ella haría lo mismo y en menos tiempo porque la universidad pública suponía mucha menos plata. Se iría solo una temporada.

¿Por qué no podía hacerlo en el país donde estaba el tío?

¿El problema era París?

Sí.

No quería perder una segunda hija en esa ciudad. No había querido perder a la primera tampoco.

No iba a perderla.

¿Cómo podía ella saberlo? Ni siquiera la conocía.

¿Cómo podía ella no saberlo? Era su hija de quien estaban hablando. Y, además, ella sería capaz de dar con ella si se le perdía. ¿Acaso no había hecho eso con la otra?

Pero no quería volver a pasar por esa experiencia.

No pasaría por ella.

¿Cómo lo sabía?

¿Qué era en verdad lo que ella quería saber?

Qué hacer en adelante.

Desde que terminó la guerra y murió el papá de sus hijas, no sabía hacia dónde moverse. Quizás había pasado tanto tiempo siguiendo direcciones que ya no recordaba cómo dar las suyas. ¿Le sucedió eso a ella?

No. Ella siempre tomó sus decisiones. El día que se salió lo hizo porque los acuerdos que la organización había tomado no coincidían con sus convicciones. Expuso sus motivos por escrito y los argumentó cuando la llamaron a comparecer. La dejaron irse de inmediato.

No era el tipo de mujer que pensaba que su aporte a la lucha era darle consuelo sexual a los combatientes. Tampoco era como ella o su amiga. Quizá su hija tenía razón al decir que era distinta de una manera en que no sabía explicar. Quizá tenía razón cuando decía que debía dejar ir a su hija a París ahora que tenía la oportunidad.

25

Nunca ha estado en París. Sabe de esa ciudad lo que su madre le ha contado, pero no consigue imaginársela. Tampoco tiene demasiado caso hacerlo: en unas semanas, estará allá y tendrá ocasión de recorrerla y conocer sus detalles. La madre teme que eso no suceda. Piensa que la gente que la recibirá allá puede tomarla como esclava y mantenerla encerrada en una casa sin posibilidad de respirar o de volver. Su excompañera de combate le dice que eso no es probable. Ella no lo cree. Ha escuchado historias de niñas que fueron sacadas de sus casas con la promesa de mejorar sus vidas y luego fueron prostituidas. La hija de una mujer que vendía tortillas y era vecina de su madre cuando vivió en la periferia de la ciudad terminó en un local en la frontera y luego en la cárcel. Dijeron que había matado a un hombre por robarle su dinero. La madre de la muchacha decía que había sido en defensa propia. También, que se había defendido igual de otros más, pero que solo la habían atrapado por ese. Ella no sabía qué creer porque la muchachita salió demasiado pronto de la cárcel. Estuvo unos meses apenas. La madre dijo que era porque necesitaban las cárceles para otro tipo de gente: para los guerrilleros. Los delitos comunes no eran problema en ese entonces aunque fueran horribles. Ella no quería que su hija terminara como la hija de esa otra mujer.

La excompañera le dice que esas historias no sucedieron en la ciudad a la que la hija va. No cree que la gente de ese país piense o se comporte de la manera en la que lo hacen los de este lado del mundo. Al menos, no en esa época.

La madre no se confía. Cree que hay gente sin escrúpulos en todas partes del mundo. Le enseña a su hija qué hacer si alguien intenta aprovecharse de ella en el sitio al que va. Le dice que no tema, que no lo permita y que no

importa que la amenacen con la deportación o, en efecto, la regresen a su casa: es mejor que doblar las rodillas. Además, siempre tendrá acá un lugar adonde volver.

La hija tiene dudas. Quiere creer lo que le dice la madre, pero sabe que sus días en la comunidad en la que crecieron están contados: la hermana menor está creciendo y llegando a la edad en que una familia de ahí les dio de plazo para dejar el lugar si no querían verlos matar a su madre y a ellas si se interponían.

Era un asunto de justicia: la familia creía que la madre de ellas había ordenado la muerte de uno de sus parientes después de la guerra y causado la de otro durante ella. No le habían preguntado porque estaban seguros de que lo negaría todo. Y no habría servido de nada hacerlo porque no habría dicho una sola palabra ni siquiera para defenderse porque el asunto de esos hombres era un tema de los que no tenía autorizado hablar. Podía asegurarles que no los había matado ella ni ordenado sus ejecuciones, pero no podía decirles quién lo había hecho o por cuáles razones. No era asunto que les concerniera. Las familias no entenderían. Tampoco aceptarían que los suyos hubieran tenido un comportamiento deshonesto. De alguna manera, los comprendía. A ella tampoco le gustaría que le dijeran algo malo de sus parientes o que la gente dudara de ellos. Por supuesto, no los amenazaría de muerte como habían hecho con ella. Ella no era ni civil ni delincuente común. Ahora ni siquiera era guerrillera. No podía hacer más que aceptar lo que sucedía, agradecer que le hubieran dado plazo hasta que la menor creciera y trabajar todo lo posible para conseguir un lugar adonde irse cuando llegara la fecha que le habían marcado.

Hasta ese momento, no había podido guardar dinero. Todo lo que generaba se había ido en alimentar las niñas y abonar el sueño de la universidad. Ni siquiera podía ayudar a la hija en el viaje que estaba por emprender.

Ella le decía que no era necesario: la gente para la que trabajaría pagaría por el boleto de avión. En realidad, lo descontarían de lo que le reconocerían por sus servicios cada mes durante el tiempo acordado. Todavía así, les saldría más barato que contratar a una chica del país para encargarse de las cosas de la casa o a una que ya hubiera emigrado. No tendrían que preocuparse por sus antecedentes porque iba recomendada por alguien que conocían y, además, ayudaban a alguien de un mundo distinto al suyo. Si la

cosa resultaba bien, podían renovar su oferta. Si no, tenían en sus manos un boleto abierto que pondría fin a todas las complicaciones. No perderían mayor cosa. Tampoco ellas. Pero, si resultaba, la hija podría estudiar sin problemas, conseguir un empleo y sacarlas del lugar donde vivían antes de que pudiera irse a su sueño de ayudar a la gente del otro continente que la necesitaba.

Cuando eso sucediera, enviaría dinero desde el otro continente para ayudar con los gastos de la nueva casa y la educación de la más pequeña. Lamentaba no poder hacerlo con la que le seguía en edad: necesitaba ahorrar para pagar su propia carrera y todavía no tenía en sus manos un solo centavo. La madre lo entendía. Le decía que no se preocupara por eso, que no era su responsabilidad. La hermana, en cambio, creía que sí. Insistía en que, si no se hubiera gastado tanto dinero en ir a la universidad en la capital, alcanzaría para que ella pudiera ir a una regional o, al menos, a un curso de algo que le sirviera para trabajar en algo diferente al molino de la madre o la crianza de unos animales que nadie en los alrededores compraba. O para que pudieran irse de ahí antes de que llegara el final del plazo que les habían fijado.

La madre pensaba en llevarla alguna vez con la mujer que escuchó a su otra hija para que la ayudara a entrar en razón. Por supuesto, debía antes preguntarle si podía recibirla y si quería hacerlo. A ellas las ayudó porque su excompañera de campo de desmovilizados se lo había pedido. No estaba obligada a hacerlo con su otra niña. No era amiga suya, aunque podría haberlo sido si la hubiera conocido en la montaña.

No podía decir que hubiera hecho amigas entonces. A lo más, podría llamar así a la mujer que le enseñó a operar el radiotransmisor. Piensa que su paciencia para instruirla la libró de una posición que la habría dejado muerta en alguno de los tantos enfrentamientos con el ejército en los que estuvo. La mujer que la entrenó pensaba que su buen trabajo operando el radio era lo que podía salvar a la tropa de muchas bajas. Por eso se esforzaba en hacerlo bien. En eso se parecía a la amiga de su excompañera, que cuidaba cada palabra y cada signo de puntuación en el boletín como si la causa entera dependiera de ello. Por eso creía que ellas podían ser buenas amigas, a pesar de que sintieran algo distinto por las monjas.

No podía culparla. No eran las mismas que habían vendido a su hija ni la habían tratado mal. De hecho, las de ella le habían ayudado mucho. Cuando dejó las montañas y regresó embarazada y separada de su compañero de vida

a la ciudad, le tenían guardado el certificado de estudios del año en que dejó el colegio aunque no había presentado los exámenes. No podían recibirla de nuevo ahí para que terminara su educación porque el reglamento prohibía cupos para mujeres casadas o con hijos, pero la condujeron a un sitio donde sabían que sería aceptada a pesar de todo eso.

No era el más lindo, no era diurno y le prohibía hablar de sexualidad o de su forma de vida con las otras estudiantes, pero al menos le permitió entrar y también trabajar durante el día en una panadería para cubrir los gastos del niño que iba a tener, y sacar el título que la dejaría luego entrar a la universidad. Sabía, por su experiencia, que la hija de esa otra combatiente podría conseguir lo que estaba buscando si persistía. Creía que ella también debería saberlo: enfrentó cosas más difíciles de las que su hija estaba por conocer y a una edad más tierna. Ellas y las otras que combatieron preferirían que sus hijas no tuvieran que luchar por nada, que su pelea hubiera sido suficiente para cambiar al mundo y librarlas de esa necesidad, pero no era algo que estuviera bajo su control. Quizá nunca lo había estado.

A su padre no le gustaría saber que, después de todo, ella pensara así. A ella no le habría gustado que él llegara a enterarse de que todo su sacrificio había sido en vano, aunque él dijera que no lo había sido y quisiera ver grandes cosas en detalles pequeños. Se habría descorazonado si hubiera alcanzado a ver los días en los que estaban viviendo como le sucedía a ella. Tal vez quizá también lloraría a veces. Quizás había sido mejor que muriera en el tiempo en que lo hizo, cuando todos estaban convencidos de que triunfarían y de que la vida sería diferente cuando la guerra terminara.

Su madre no pensaba en eso. Creía que no tenía sentido hacerlo: el hombre estaba muerto. Había hecho lo que tenía que hacer y ahora no estaba con ellas. No había razón para cuestionar sus motivos o sus logros. Ella nunca lo había hecho ni con él ni con los hijos que se fueron a acompañarlo, ni con ella. Nunca intentó detenerlos. No entiende por qué ella quiere hacerlo con su hija. Le cuesta reconocer algo suyo o de su padre en esa actitud. Parece una cobarde. No recuerda que lo hubiera sido durante la infancia. ¿A qué hora se dejó ablandar?

No lo sabe:

Quizá siempre había sido blanda y solo no había tenido tiempo u ocasión de mostrarlo.

Tonterías.

Quizá fue cuando perdió a la primogénita. Es difícil perder un hijo.

Le habla como si no supiera del tema: se le murieron tres de hambre, uno a causa del combate y otro por tomar drogas para olvidar lo que le hicieron durante la tortura. La suya no murió. Puede recuperarla cuando quiera.

Ya lo ha intentado.

No lo cree.

La rastreó. Fue a conocerla.

¿Le parece suficiente?

¿Qué más podía hacer?

Traerla de regreso.

No es tan fácil.

¿No?

Ella sobrevivió la guerra, sacó a su hermano del ejército, arrancó de las manos de los torturadores al otro y dio a luz en contra de la voluntad de sus superiores. ¿No podía hacer que su hija regresara con ella?

No podía hacer que una segunda no se marchara.

Eso era distinto: los hijos deben salir a encontrar su camino.

No recuerda que ella haya salido a buscarla alguna vez.

Porque era una niña que sabía cómo regresar. Su primogénita, en cambio, parece no conocer los caminos. Quizá la otra hija le ayude a volver. Quizás, estando en la misma ciudad que ella, le muestre la ruta.

Quizá.

Pero la hija mayor no está más en París.

26

Ninguna de las vecinas apoyaba la idea de que dejara ir a la hija tan lejos. Si estuvieran en su lugar, tampoco le habrían permitido ir a la capital: la habrían hecho entrar en razón, desistir de hacer el examen en la universidad y conseguir un esposo para formar un hogar que la mantuviera segura y ocupada. Jamás se habría cortado el cabello. Y, para esa fecha, tendría al menos un hijo. Podría haber dado a luz a gemelos si le hubiera hecho caso a uno de los muchachos que la pretendía y que ahora estaba en pareja con una de las compañeras de la escuela de la hermana que la seguía en edad.

A esa hermana también la había pretendido. Le habría hecho propuestas o al menos insinuaciones a la pequeña también si la madre de ellas no hubiera llegado a su casa un día para pedirle que dejara de molestar a sus hijas. Ellas no se atrevían a decírselo en persona, pero les molestaba que intentara tener una relación con ellas.

No era problema: En verdad, habría querido tener una con la hermana mayor, que había sido su compañera de clases, pero ella se había casado con otro que era mayor que él y de otro pueblo. No podía competir con eso. Intentó con las que le seguían, no porque quisiera estar cerca de la mayor a como diera lugar, sino porque creía que podría con las otras lo que no había resultado con ella. De fondo, lo que quería era vincularse a esa familia. Tampoco estaba enamorado de la madre: no debía temer por eso. Nada más extrañaba a la suya.

Ella la había conocido en la guerra. Entonces, no habían sido muy amigas, pero recordaba cosas de ella (muecas, dichos) que le contaba a él todas las veces que se lo pedía. A veces, ante la necesidad del niño de saber más de ella, le contaba cosas de otras mujeres que conoció durante el combate, historias que nadie reclamaría como suyas y que podían ayudar al muchachito

a sentirse mejor.

De la muerte nunca pudo decirle nada porque no estuvo ahí cuando sucedió: se había ido para dar a luz a su hija. Su madre debió haberlo tenido a él un poco antes. Era posible que el estado en el que se encontraba le hubiera impedido moverse con la agilidad que acostumbraba, pero, cuando el niño le preguntó si pensaba que pudo haber muerto por su culpa, ella le decía que no. No había estado en los campos de siempre durante la ofensiva, pero había sabido que las condiciones no dieron posibilidades al grupo donde ella estaba.

Se lo había dicho un desertor, un adolescente que, al tercer día del enfrentamiento, tiró su fusil y se fue corriendo hasta una carretera por donde pasaban los autobuses que iban hasta el otro lado del país. Ahí lo confundieron con un civil asustado y lo llevaron en un auto con banderas blancas hasta una zona de refugiados, de donde luego se fue por temor a que alguien descubriera lo que había hecho, lo enjuiciara y lo ejecutara ahí mismo.

Era probable que nadie dedujera su participación entonces porque temblaba como todo mundo lo hacía y su cuerpo no tenía la forma de la gente que andaba en el monte. Apenas se había unido a las fuerzas unos pocos días antes, y no por voluntad, sino por orden de su madre —que simpatizaba con la causa— y por presión de sus hermanos —que estaban con ella. Calculó que el entrenamiento que había recibido no le serviría para resistir, así que se marchó. Dejó a sus compañeros atrás. Los aviones los seguían. Silbaban balas mientras él corría. Hacían que la gente gritara. Hacían que sus compañeros cayeran. Hicieron que él siguiera corriendo hasta que solo hubo silencio. Y ni entonces paró. Siguió corriendo hasta que lo detuvo la gente del auto con bandera blanca y le rogó que le permitiera ayudarlo. Él pensaba que podía ser una trampa, que solo estaban ahí para cobrarle por lo que había hecho. Avanzó como si no los hubiera escuchado hasta que vio, a lo lejos, acercarse un vehículo militar.

Los militares nunca habrían sabido que era de los contrarios: no se detuvieron a verificar el carro de los civiles. Si lo hubieran hecho, tampoco lo habrían identificado como combatiente: tenía demasiado miedo como para serlo. Los que habían visto hasta entonces no temblaban como él. Disparaban con acierto y se negaban a rendirse por más que se los pedían por megáfonos.

La madre del muchacho que pretendía a sus hijas era de esas. El desertor

decía que había disparado al avión hasta caer y que había hecho lo posible por salvar a los demás en los días en que estuvieron juntos. Les daba indicaciones a todos y se aseguraba de que nadie fuera a cometer errores que los pusieran en riesgo. Pero ni toda su buena voluntad y su preparación podía librarlos del contraataque que les enviaron.

Él sentía vergüenza por haber escapado, pero prefería sentir esa pena que no lo dejó moverse ni hablar por mucho tiempo a terminar tirado en el campo con todos los demás. Creía que su nombre en un mural no consolaría a su madre.

En eso se equivocaba: su madre habría preferido eso a enterarse de que había abandonado la misión a la que lo había enviado. Cuando supo que estaba vivo y había cruzado la frontera para escapar de su responsabilidad, mandó decirle que no se atreviera a volver ni a presentarse al funeral de ella. No lo quería llorando por ella al lado de sus hermanos, que sobrevivieron todos, aunque con dificultades. Y él cumplió su deseo: no regresó hasta que ella había sido enterrada, unos meses después de que la paz había sido firmada.

Llegó a tiempo para reportarse como veterano de guerra y anotarse para recibir la ayuda que le correspondía por los servicios que había prestado. Como no había nadie de su tropa que pudiera reportar su fuga, no tendría que rendir cuentas por ella. Pero el padre de las niñas le complicó el plan.

Después de hacerle preguntas muy específicas, resolvió que el muchacho no debía tener participación de los beneficios. Le dijo que, puesto que la guerra había terminado, no sería enjuiciado por su cobardía, pero sí lo sería por intentar estafarlos si no se marchaba en ese momento.

Cuando el padre de las niñas murió, llegó a presentar sus condolencias. Le dijo a su mujer que no le guardaba resentimientos y le pidió que no fuera a pensar que él había tenido que ver con su muerte: desde que se había sabido lo que había hecho, todo mundo parecía culparlo de lo malo que sucediera por ahí. Él aceptaba que estaba detrás de algunos sacos de maíz que se perdían y quizá de algunas piezas de ganado, pero no de cosas como las de su esposo. Como él lo veía, lo que hacía no era robo: cobraba lo que le debían por el servicio que había prestado durante la guerra. No le parecía importante que hubieran sido unos pocos días, sino que había sido forzado a ello. Si vivieran

en otro país, podría haberlos demandado por sumas millonarias. Lo que les quitaba era más bien simbólico. Además, era una retribución a lo que su madre hacía por ellos. No sabía si a ella y a su marido, pero su madre había alimentado a muchos guerrilleros. Incontables veces había llevado a moler maíz por orden de ella para hacerles de comer a las tropas que pasaban por su caserío. Hasta donde él sabía, nunca había recibido un solo centavo a cambio. Lo más justo era que algo de lo que ella había dado —y que era su patrimonio, su herencia— regresara a él.

También le aseguraba que nunca le había robado a ella ni nunca lo haría. Lo habría hecho si se hubiera enterado de que tenía algo de valor en su casa. Pero, por fortuna y por la discreción de ella, jamás se enteró. Las veces que llegó a visitarla fue porque ella lo llamó para darle algunos granos y gallinas. No sabía si la madre de él le había dado de comer alguna vez a ella o a su esposo, pero le estaba agradecida por haber alimentado a sus compañeros.

Las vecinas no entendían que un hombre saliera cargado de comida de la casa de una mujer sola a plena luz del día. Asumieron que ella le pagaba por favores sexuales porque el muchacho era demasiado joven para estar con ella por amor. Tampoco era feo. Se preguntaban si habría tenido algo que ver con la muerte del marido. No se atrevían a preguntarle a ella porque sabían que era mentira y que ella se enfadaría con ellas y no las ayudaría más. No era que les resolviera la vida completa o pagara por sus despensas, pero siempre estaba dispuesta a echar una mano cuando la necesitaban. Y, cuando algo llegaba a sus manos, lo compartía sin miramientos y sin cláusulas de reciprocidad. Como su esposo. Era una pena que hubiera muerto porque, en adelante, el granero de su mujer y de sus hijas sería robado cada cierto tiempo. No le decían por quién cuando les preguntaba si habían visto a alguien entrar cuando ellas no estaban o si habían escuchado ruidos de saqueo durante la noche anterior. No querían meterse en problemas: los hombres que robaban podían molestarse con ellas y entrar también a sus casas para darles una lección de discreción cuando sus esposos o compañeros de vida salieran.

Respetaban la presencia de los hombres, aunque fueran viejos o menos fuertes que ellos. A las mujeres las seguían viendo como lo hacían antes de la guerra, aunque hubieran combatido a su lado, les hubieran salvado la vida alguna vez o pudieran matarlos entonces alegando invasión a su propiedad. Sabían que ninguna lo haría. No querían quedar como asesinas ante su hijos.

Tampoco querrían echarse encima el peso de la crítica de los vecinos. No soportarían que les dijeran que se habían sobrepasado, que no creían que hubieran cambiado tanto desde el tiempo de la guerra, que jamás se habrían imaginado que se preocuparían tanto de sus posesiones como para acabar con la vida de un compañero de combate, aunque ese compañero les estuviera robando. Si se lo pidieran, seguro les compartirían lo que tenían. Pero ni uno quería pasar por la pena de tener que pedirle ayuda a una mujer, sobre todo si no tenía marido. Los convertiría en la burla de todos. Y sus propias mujeres se molestarían con ellos. Quizás hasta los abandonarían. No tenían más opción que hacerlo de la manera en que lo hacían. Las otras mujeres deberían entenderlo.

Ella no podía. No le parecía justo que le quitaran lo que trabajaba para sus hijas. Tampoco aceptaba que las mujeres que no hacían nada por ayudarla pretendieran ahora interesarse en ella y darle consejos acerca de cómo criar a sus niñas. Ninguna de ellas se acercó para ayudarla cuando su esposo murió. Ninguna colaboró alguna vez para encontrar a su hija extraviada ni para cuidar a las que estaban con ella, ni siquiera cuando debió salir del país para buscar a la primera. No le importaba que ahora le dijeran que lo hacían por su bien, que no querían que a su hija le pasara lo que a una de las otras dos que se fueron a examinar con ella a la universidad, que se había vuelto adicta a las drogas después de irse a estudiar a un país vecino a pesar de calificar para la facultad a la que se había postulado. Querían que fuera como la otra de ellas, que también calificó, pero decidió que mejor se casaría, tendría hijos mientras fuera joven y después resolvería lo de sus estudios si es que llegaba a necesitarlo: se había unido a un muchacho que tenía padres que habían emigrado hacía mucho tiempo y le enviaban dinero cada mes. Tenía un hermano que podría hacer muy buena pareja con su hija, si ella no se ponía demasiado exquisita. Era una niña bonita, pero no la única en los alrededores. Era mejor que se decidiera pronto. No sería joven toda la vida. No podía soñar demasiado tiempo con universidades y ciudades extranjeras. Ella, tampoco.

27

Siempre era posible que el viaje no llegara a término. La gente que iba a contratarla podría echarse atrás en su decisión y optar por una chica con otro tipo de educación, de otra nacionalidad, de otra lengua o de otra edad o complexión. Podía ser también que el avión estallara o se estrellara contra algo en el camino. Podía ser también que, al llegar al aeropuerto, los agentes de aduanas decidieran no permitirle la entrada. Ya le había sucedido a mucha gente que, con boleto redondo comprado, lo ponían de regreso en el avión y los enviaban a casa sin dejarla siquiera asomar la nariz en la ciudad de supuesto destino. Esos países luego se ahorraron escándalos y dramas en sus suelos cuando transfirieron a las aerolíneas el trabajo de separar a los viajantes en los puertos de conexión sin que eso supusiera el reembolso del boleto. Si alguno de sus empleados juzgaba que la niña no era admisible, ni siquiera cruzaría el océano. Volvería a casa. Lloraría un tiempo muy largo y debería buscarse otro futuro. De hecho, ya lo había estado haciendo: había decidido que siempre se iría, pero ya no para pagar sus estudios, sino los de la hermana que la seguía en edad. Después de todo, podía ser cierto que este fuera el turno de ella de tener una oportunidad. Quizá sí era mejor que ella en los estudios y podría pasar las materias sin complicaciones. Entonces, si no se atrasaba, si salía en las fechas que debía, ella podría regresar y entrar una segunda vez a la universidad. Tal vez ya no en medicina, pero sí en alguna cosa que se le pareciera o le permitiera hacer el trabajo voluntario que quería. Quizás alcanzaría hasta para que la mamá y ellas dejaran la comunidad en la que vivían antes de que se cumpliera la fecha que les habían dado para marcharse. Podrían irse a un lugar donde nadie las conociera y comenzar la vida de nuevo, hacer amigos y poner un negocio sencillo, algo que les permitiera subsistir cuando ella volviera y lo que pudiera haber ahorrado se

acabara mientras estudiaba la carrera. Se lo dijo sin intenciones de que la hermana que la seguía reaccionara, dijera que no, que era mejor que se quedara y continuara con su carrera. Si se iba mucho tiempo, perdería lo que había avanzado, olvidaría lo que había aprendido hasta entonces y se le haría más difícil acostumbrarse al ritmo de los estudios, como le sucedió cuando estaba más pequeña, que enfermó y perdió el año escolar aunque le dieron muchas oportunidades para no hacerlo. No era que fuera mala para los libros, pero era algo lenta. Además, se preocupaba demasiado por las cosas. Lo mejor era que se concentrara en pasar la materia que tenía pendiente: ella iría al otro país en su lugar. No creía que las personas que iban a contratarla a ella objetaran o notaran la diferencia: nunca la habían visto. La persona que le hizo el contacto entendería la situación y le daría la razón. Pensaría que, mientras más joven era la persona que iba, más oportunidades tendría de adaptarse a la nueva cultura y de aprender el idioma. A la gente que la alojaría también le gustaría más la idea de recibir a la otra en su lugar. En la fotografía que le hicieron, les resultó mucho más agradable y más resuelta que su hermana. Les gustaba también que intentara ayudarla. Ellos tratarán de hacer lo mismo con ella, para compensarla. No podrán prometerle grandes cosas, pero, en lo que puedan, podrá contar con ellos.

Su madre le advertirá que no vaya a pedir más de lo que se le ha ofrecido en el arreglo. No querrá que tenga problemas ni que la gente que la recibirá llegue a pensar que intenta aprovecharse de ellos. Le pedirá también que no vaya a molestar a la familia de su primogénita. Bajo ninguna circunstancia quiere que ella llegue a pensar que tratan de obtener algo por la vía que sea. No querrá volver a repetir la sensación de estar siendo acusada, ni siquiera a un mar de distancia. Tampoco querrá que su otra hija experimente el amable desprecio del matrimonio que compró a su niña.

Los hijos eran otra clase de gente, pero, igual, preferirá que no los contacte. No querrá que se sientan responsables por ella o intenten pagar con algunas atenciones el hecho de que jamás llegaron a visitarlas aunque lo habían ofrecido. Entendía que, al final, se decidieran por hacer lo que le diera tranquilidad a la mujer que los había acogido como madre. Así que, a menos que estuviera en una situación muy grave y no encontrara salida o solución, era mejor que no los molestara.

Ellos se enterarán de su presencia en el país varias semanas después por

la gente de la oficina de búsqueda de niños perdidos, llamarán a la casa donde está para ponerse a sus órdenes si llega a necesitar algo. Ella les dirá que no está en París. Las personas con las que estaba les explicarán que la niña que se suponía que llegaría con ellos había entendido mal a la persona que les había hecho el contacto: ellos la recogerían en el aeropuerto de esa ciudad y la llevarían al lugar donde vivían. Su hermana y su mamá tampoco repararon en los detalles. El nombre de la ciudad donde había crecido la niña que habían extraviado les hacía borrar todo lo demás.

Le mostraron una parte de la ciudad. No podía saber en qué parte se había criado su hermana o cuáles sitios prefería, pero la llevaron a sitios que les parecía que podía frecuentar si era una chica promedio. Hicieron lo que pudieron: La niña no parece saber mucho de la hermana.

En realidad, jamás le había preguntado a su mamá qué clase de chica era. Lo que ella les había contado de su hermana le había bastado hasta entonces. Los detalles no le habían importado porque nunca había pensado en que habría posibilidad de estar tan cerca suyo.

Los hermanos adoptivos de la hermana perdida le ofrecerán pasearla por los sitios exactos cuando visite París, tal vez por las vacaciones. No querrán parecer insistentes, pero le pedirán, a través de la gente que la emplea, que lo considere. La persona a cargo preferirá no arriesgarse. Habrá escuchado de ellos la historia que los conectaba, pero no se sentirá tranquila permitiendo que la niña se marche con dos desconocidos a menos que su madre o la persona que la había contactado con ellos lo autorice. No intentarán retenerla en contra de su voluntad, sino solo protegerla: la niña no conoce el país, no sabe moverse sola en él y todavía no habla bien el idioma. Las pocas oraciones que construye todavía no alcanzan para darles seguridad a ellos. Los muchachos tampoco hablaban el idioma de ella. La persona no podrá acompañarlos como traductora. Trabaja. Si ellos quieren llegar a visitar a la niña, deberá ser en un horario que le favorezca a ella y siempre con la aprobación de la madre o de la persona que la ha recomendado para vivir ahí. Les pedirá que lo entiendan. Ellos aceptarán esperar. Llamarán cada cierto tiempo para renovar su ofrecimiento y, después de un tiempo, también le contarán a su hermana adoptiva quién está ahí.

¿Quién?

Le pedirán que lo intente un poco más. Ella no querrá hacerlo. No está de

ánimos para juegos. Las cosas no estarán yendo muy bien en la colonia en la que vive. Tampoco es el mejor momento de su matrimonio. Estará considerando volver a París.

A ellos les parecerá una buena idea, así verá quién está ahí.

¿Quién?

¿En serio no quiere adivinar?

En serio. ¿Cuándo ha estado ella para juegos?

El nombre que le dicen no le recordará nada.

¿En serio?

No lo ubicará.

Cuando lo haga, no sonreirá. Dirá que pensaba que se había librado ya de ese asunto, pero, en el fondo, sentirá agrado. Ellos, que la conocen bien, le dirán que no tiene que preocuparse por eso: la niña no ha preguntado por ella ni ha intentado buscarla.

¿En serio?

Puede estar tranquila: no creen que tenga interés en contactarla. Tampoco ha aceptado verlos a ellos.

Ella preguntará si ha pasado algo malo.

¿Su madre adoptiva le ha dicho algo?

Nada.

¿Su padre?

Tampoco.

Le intrigará. Pedirá que la tengan al tanto del asunto, por si se trata de un ardid. Más adelante, pedirá que le consigan el número de teléfono donde está viviendo la niña. La llamará. Le preguntará cómo le está yendo en el país. Ella le dirá que bien, pero que hace demasiado frío para su gusto. Siente que se congela todo el tiempo.

Y eso que no has visto el invierno todavía.

La gente que le ha hecho el contacto sabía que era mejor esperar a que se acercara la primavera para llevarla. Los boletos eran más baratos y había menos oportunidad de que se desesperara por el clima. Vería el nacimiento de las flores y tendría tiempo para aclimatarse.

La hermana le dirá que, donde ella está en ese momento, hace demasiado calor. Que echa de menos el frío de allá.

Ella preguntará donde está. No podrá ubicarlo en su mapa mental. Nunca fue muy buena en geografía. La hermana tratará de hacerle una idea. Ella le pedirá que hable un poco más lento: su francés no es muy bueno todavía. La hermana le dirá que es bastante mejor de lo que cree. A lo mejor fue francesa en otra vida.

La niña no entenderá la broma.

Ella dirá que llamará otro día. No podrá decirle en ese momento cuándo, pero le promete que lo hará. Le pedirá que siga aprendiendo francés.

Ella irá feliz a la escuela. Se esforzará cada vez más. Cuando llame a casa, le contará a su mamá que habló con su hija perdida. La madre estará feliz. No preguntará si la mencionó para no tener que escuchar que no lo hizo. Dará las gracias por haber permitido que esta hija tomara el lugar de la otra.

La otra jamás habría aceptado la llamada de su hermana o le habría colgado de inmediato. No le perdonaba que no quisiera a su madre y que no valorara el esfuerzo que había hecho por recuperarla. Con el tiempo, entenderá que la reacción era de esperarse, pero, en el momento, habría querido castigarla un poco y, de ser posible, decirle un par de cosas que le parecía que se merecía.

Era probable que la primogénita jamás hubiera intentado llamarla de nuevo, que pensara que había cometido un error al tratar de acercarse a ellas y, en adelante, no volvieran a tener noticias suyas, ni siquiera las esporádicas e insuficientes que recibían para entonces. No sabrían más de la niña que había tenido ni de los planes que tenía en mente.

28

Antes de que eso suceda, la hija que se irá en lugar de la otra sentirá miedo. Escuchará pasos en el techo de su casa como los que una vez se convirtieron en saltos y luego en gritos, y luego en azotes en la puerta de entrada cuando ella era muy niña. Recordará al hombre que una vez llegó a insistir en que le entregaran a la mayor de las hijas que se crió con su madre y, ante la negativa silenciosa de ella, empezó a tratar de derribar la casa.

Si un exsoldado del pueblo no hubiera llegado a reforzar las áreas de la casa que el primer hombre debilitó, este otro habría conseguido entrar con facilidad. Si su padre no hubiera construido la casa como lo había hecho, el primero no habría tenido dificultad para tomar a su hermana y llevársela. Se sabía en la comunidad que ya lo había hecho con otras. Se decía que entraba a la casa de las mujeres que le gustaban y pasaba con ellas las noches que quería. Se decía que también esperaba en los caminos a algunas del pueblo, las desviaba hasta donde él deseaba y luego las hacía regresar a sus rutas con la indicación de guardar silencio. Si llegaban a acusarlo, acabaría con ellas después de matar a sus padres frente a sus ojos y culparlas a ellas, decirles a sus padres que ellas se lo habían pedido.

A las mujeres de la comunidad, les ponía un machete afilado en el cuello y les pedía que se movieran como él decía y dijeran lo que él quería. Esperaba que, al final de la visita, hubiera un refresco para él. Antes, durante el día, les avisaba que llegaría y que querría uno para el final del encuentro. Si no lo tenían listo, lo tomaba como una ofensa y las castigaba por eso. Las golpeaba donde todos pudieran verlo y las obligaba a prepararlo en ese momento. También les pedía que tuvieran uno listo al día siguiente si no querían obligarlo a pasar por lo mismo.

Él habría preferido pasar por la casa de otra, pero volvía a esa para que la

lección fuera aprendida. No aceptaba negativas ni reclamos. Tampoco negociaciones: lo que él decía debía ser respetado.

Su familia se negaba a interceder. La madre decía que era imposible que su muchacho estuviera haciendo lo que decían. Los hermanos preferían no involucrarse. Las hermanas creían que lo que reclamaban podía ser cierto, pero no había nada que pudieran ellas hacer: cuando fue su turno de recibirlo por las noches, nadie les extendió la mano. Si ellas hacían algo por detenerlo de visitar a otras, regresaría a las habitaciones de ellas.

Solo el padre podía llamarle la atención y solo a él le hacía caso. La gente prefería no molestarlo porque era mayor y estaba enfermo. El médico había dicho que debía evitar cóleras y agitaciones, por eso la familia intentaba que no se enterara de nada que lo alterara. Pero, puesto que nadie más la ayudaría, la madre de las niñas tuvo que ir a buscarlo al día siguiente de la visita del hijo.

Le pidió que lo mantuviera lejos de sus hijas. Ya ella se lo había pedido. Una vez, incluso, le arrancó a la niña mayor de donde la tenía arrinconada.

No le pedía que le resarciera los daños que había causado a su vivienda, pero sí que las dejara dormir tranquilas y vivir tranquilas. Caso contrario, ella debería buscar una manera de encargarse. Él sabía que podía hacerlo: habían sido compañeros en un par de campamentos. El padre de ella había sido amigo suyo. Se habían marchado juntos a las montañas en las épocas de las invasiones. Habían escuchado las mismas pláticas y leído los mismos folletos con los catequistas. Entendía lo que era justo y sabía lo que debía hacer si no quería que otro se encargara, así que accedió a hablar con su hijo y a cubrir los gastos de reparar lo que había dañado.

A la madre del hombre, la medida no le hizo gracia. Decía no entender por qué debían pagar por la casa de una mujer que no tenía nada que ver con ellos. Molesta como estaba, corrió el rumor de que, al quedarse sola, ella había intentado que otros pagaran por sus facturas y las de sus hijas, y que había encontrado en su marido a un tonto que le soltara dinero. Pero, en el fondo, sabía lo que él: que su hijo era culpable de los daños y que su marido estaba pagando por eso. Siempre lo había hecho. Durante la guerra, se fue a las montañas para que el hijo no tuviera que ir. Les pidió a los que combatían que no fueran a reclutarlo porque sabía que, si llegaba a unirse a esas fuerzas, sería liquidado por ellas en pocas semanas: el muchacho no escuchaba

direcciones ni peleaba por causas que no fueran las que ya todo mundo conocía.

A veces pensaba que habría sido mejor que hubiera caído en la guerra para que la madre no tuviera que pasar por lo que pasaba ahora y hubiera podido construirle una historia en la que fuera un héroe. Pero, cuando tuvo la oportunidad de decidir, se inclinó por lo que ella hubiera podido sufrir si él llegaba a morir. Pensaba que el hijo podía, de alguna manera, ayudarla a salir adelante y eligió creer en lo que ella creía: que el hijo podía cambiar, aunque no fuera cierto. Ahora debía pagar por eso.

Si las fuerzas le hubieran alcanzado, él mismo habría reparado el techo de la madre de las niñas y él mismo habría construido la puerta que reemplazaría la que su muchacho había dejado herida con su machete. Pero el cuerpo no le daba para más. Le pedía que lo entendiera. Le pedía también que comprendiera que su presupuesto no alcanzaba para pagarle más que al exsoldado del pueblo, que ahora se dedicaba a esas labores. Su única otra opción era hacer que el hijo fuera a responder por lo que había hecho, pero sabía que era algo que nadie iba a querer: ni su esposa ni su hijo, ni ella ni sus hijas.

Por el miedo que le había causado a las niñas no podía más que ofrecerle algunos dulces cada cierto tiempo. Él mismo se los llevaría para que las hijas no tuvieran que acercarse a donde su hijo podía estar. O podía entregárselos a ella si lo prefería. No quería que algo fuera a ser malinterpretado por alguna de ellas.

Ella prefería que se guardara los dulces. Pensaba que su hijo podía llegar a usarlos de excusa para acercarse o cobrar algo a sus niñas y también sabía que el azúcar no servía para curar el miedo. Lo único que podía servirles para aminorarlo es que mantuviera a su hijo a raya. Sabía que no podía pedirle que abandonara la comunidad porque era él quien se encargaba de alimentarlos a él y a su esposa, pero necesitaba que se mantuviera lejos de su casa, de sus hijas y de los caminos que ellas recorrían. Si él podía encargarse de eso, ella desistiría de poner su queja a quien se encargaba de la aplicación de la justicia en la localidad después de la muerte de su esposo. Tampoco diría nada si esa persona llegaba a preguntarle por lo sucedido una vez que el rumor llegara a ella.

El padre del muchacho se lo agradeció. Le dijo que habría querido que sus

hijos fueran como ella o como su esposo, o como cualquiera de los otros que estuvieron combatiendo. Se disculpó con ella de nuevo y le pidió permiso para retirarse en ese momento a buscar a su hijo para reprenderlo y después llegar a un acuerdo con el exsoldado para que no pasara otra noche sin puerta y con agujeros en el techo. Aunque muerto, su marido seguía siendo su superior. Aunque sin radio, ella seguía siendo la encargada de transferir la información.

Para el hijo eso no significaba nada. Ella era solo una mujer sin marido que tenía una hija que quería para sí. Pero el padre era una figura a la que respetaba, así que hizo lo que él le dijo. Se apartó de las zonas donde ella y sus hijas andaban. Pero le mandó decir que, después de que su padre muriera, llegaría por la niña que había elegido. Esperaba que le tuviera también refresco.

Mientras, las niñas podían pasar por donde quisieran sin que él hiciera algo más que retirarse de inmediato. La madre estaba tranquila porque sabía que su compañero de lucha se encargaría de cumplir la palabra que le había dado de que sus hijas estarían protegidas mientras viviera, pero estaba siempre atenta de la salud de él. Si llegaba a morir —y podía morir en cualquier momento— debería encontrar otra manera de resolver.

El exsoldado le había recomendado electrificar el techo. Era ilegal y podía ser que, más veces de las que deseara, cayera a sus pies el cuerpo de una rata, de una ardilla o de un gato, pero estaría protegida de la entrada de invasores. Siempre que no comentara que lo tenía así, podría sorprender a cualquiera que lo intentara: él creía que el hijo del que lo contrató era solo el primero de los que buscarían afectarla. Pensaba que él había dibujado un sendero que otros convertirían en camino.

No quería que lo malinterpretara y le temiera también a él, pero debía decirle que su hija mayor era muy linda. Las otras eran pequeñas, pero se adivinaba ya que serían muchachas muy atractivas. Era mejor que las protegiera porque los guerrilleros siempre conseguían lo que querían. Le constaba porque había estado en los cuarteles en los tiempos en que ellos los atacaban y había estado en las tropas que salían a buscarlos a los montes.

No se explicaba cómo seguía con vida porque no había sido ni el más listo ni el más entrenado. Creía que se debía más a una cuestión de suerte o de providencia divina porque lo habían enviado a zonas que daba miedo hasta

recordar.

Cuando ella le preguntó adónde, él le dijo el nombre donde ella había combatido. Dijo también el nombre del sitio del que el padre de sus hijas había estado encargado. Y contó que había pasado los peores momentos de su vida entonces, que los que dominaban esas zonas eran duros y que por nada querría volver a pasar por esa experiencia.

Ella no recordaba haberlo visto durante algún combate. Tal vez esa había sido la cualidad que lo había salvado. Tal vez era solo que, uniformado de olivo y con un arma en la mano, debió haberse visto como cualquiera de sus compañeros y no lo distinguía de entre los otros soldados. Tal vez pudo haberlo tenido frente a frente y no recordarlo porque su mente se estaba encargando de borrar todo lo que había sucedido en ese tiempo. En unos años, incluso borraría la cara del hombre con el que había tenido tres hijas. Recordaría más la sensación de estar con él que su rostro. Y, muy pronto, tampoco recordaría demasiado la sensación de estar con él.

En eso, le gustaría ser un poco más como su madre, que podía dar detalles de cada día que estuvo con su padre y de cada marca de su cuerpo. Pero, desde que había futuro para la gente que, como ella, peleó por uno, parecía no haber espacio para pasados. Algo se comía lo que había sucedido o lo volvía tan distante que hasta podía ser que nunca hubiera pasado, aunque hubiera dejado marcas en los cuerpos. Tal vez por eso la gente había dejado de verlos como los miraba entonces y pensaba que podía acercarse y dañarlos sin que nada ocurriera. El pasado era un lujo que solo podían darse los que no habían tenido que dispararle. Quizá por eso el hijo de su compañero se creía con autoridad para tomar lo que no era de él. Quizá por eso el hijo de ese hijo pensaba ahora, que habían pasado varios años, que podía ensañarse con ellas sin que nada fuera a sucederle. Saltaba sobre el techo como antes lo había hecho su padre y gritaba las mismas cosas que él desde ahí.

Su abuela le había contado los detalles y lo había mandado a terminar lo que su padre comenzó, en venganza de lo que le sucedió a él. Estaba convencida de que había sido la madre de las niñas la que lo había matado o, por lo menos, la que había dado la orden para que lo hicieran porque el hombre cayó con balas de AK 47 justo un par de días después de que su esposo muriera de un paro al corazón después de que alguien llegara a ponerle una queja del muchacho que lo hizo rabiar más de lo que pudo soportar.

En lugar de alguna de las niñas, el hijo de ese hombre quería el cuerpo de la madre de ellas. Calculaba que la haría temblar y salir, y rendirse, y aceptar que lo que había hecho había estado mal, y dejarse matar. Pero ella era como el exsoldado decía que era el lugar en el que había peleado. Podía acabar con él en el momento que quisiera. Pero prefirió dejar que se cansara de saltar y gritar, como con su padre. Esperó callada a que llegara la luz del día y a que él se fuera sobre sus pasos.

29

La hija que estudiaba en la universidad no estaba en casa ese día. La hermana que la seguía en edad le dijo, cuando llegó, que no podía imaginarse la tensión que había sentido. Pero podía. Tenía más edad que ella cuando llegó el primer hombre. Podía recordar más detalles y sensaciones. Incluso cuando el hombre solo reclamaba a su otra hermana, había advertido la amenaza como suya también: sería la siguiente en su lista si él lograba entrar ese día.

No le apena decir que le alegraba que hubiera muerto. Se sentía más tranquila desde entonces. Su hermana mayor, también. Ya no temblaba. Volvió a salir a la calle sin compañía. Lo único que la perturbaba un poco era que la gente la señalara y dijera que a causa de ella era que habían matado al hombre.

La madre le decía que no escuchara. Como no lo conseguía, le decía que no hiciera caso de lo que hablaba la gente: de sobra sabía que nunca era cierto. Si lo habían matado, habría sido a causa de él y de las cosas que hacía, no de ella. Nada tenía que ver en el funcionamiento de él. ¿O acaso lo había enviado ella a agredir a todas las otras mujeres?

Tampoco debía pensar que su madre le había disparado: había estado a su lado cuando le llevaron la noticia de esa muerte. Vio también que no había salido de casa todo el día. Podía asegurarle que tampoco había dado la orden para que lo liquidaran. Sus vecinas habían visto que, cuando el encargado de hacer justicia llegó a su casa para preguntar por los detalles de la agresión, se negó a delatarlo. Dijo que no sabía de quién se trataba. Confirmó que había habido pasos sobre su techo, pero no dio nombres ni señales.

Cuando se le preguntó por qué había pagado por los daños otra persona, respondió que porque esa otra persona conocía su situación y había apreciado al que había sido su compañero de vida.

Se le pidió que no mintiera. Ella dijo que no lo hacía: su marido había sido una muy buena persona. Todavía había gente que agradecía lo que había hecho por otros durante la guerra.

Eso no estaba en duda. De lo que se le preguntaba era del incidente del techo y la puerta picada. Querían la verdad.

La verdad era que no había salido de su casa. Tampoco se había asomado a las ventanas. Recogió a sus hijas de sus camas y las llevó a la esquina más alejada. Le dio a la mayor una pistola que un amigo le había prestado tras el anuncio de la visita y le ordenó que disparara si el hombre llegaba a entrar. Ya la había entrenado para usarla a pesar de su renuencia a hacerlo y de las lágrimas que soltaba. Le enseñó a tener puntería entre llantos. Le explicó que las vidas de sus hermanas podían depender de eso. Así que, si no quería hacerlo por ella, debía hacerlo por las otras: un hombre que entraba con machete afilado a la casa de mujeres solas en medio de la noche y sin invitación no llegaba para algo bueno.

El que aplicaba la justicia creía lo mismo. Por eso le pedía un nombre. Era todo lo que necesitaba para ejecutar lo que se había decidido después de escuchar rumores, pero nunca recibir una denuncia. ¿Podía hacer eso ella por las demás? ¿O era como todas las que no fueron a la guerra?

Ella estaba esperándolo con un machete adentro. Le habría cortado la mano que blandía el suyo si hubiera puesto un pie dentro de su casa. Le habría cortado la cabeza para que no volviera a pronunciar las palabras que le decía a su hija.

Había sido una fortuna que se rindiera tan pronto, porque no habría habido manera de detenerla ni de salvarlo, ni de luego quitar las manchas rojas de las paredes de tierra de su casa. El olor del rojo se habría impregnado en los objetos por meses. Las niñas pequeñas soñarían por mucho tiempo con lo que hubieran escuchado suceder o con lo que hubieran visto si es que a alguna se le ocurría desobedecer su orden de permanecer acurrucadas en la esquina y con los ojos cerrados. Y, si no lo lograba, si el hombre le ganaba en el duelo, habrían tenido que ver y recoger su cuerpo. Aunque eso era poco probable porque ella tenía mejor entrenamiento que él y su hija mayor estaba cuidando la retaguardia con el arma que les habían prestado.

No: no era como las que no fueron a la guerra. Pero no daría un nombre. En lo que a ella concernía, el asunto estaba ya resuelto: el techo estaba

reforzado, la puerta había sido cambiada y el agresor había sido alejado de sus niñas. El padre del hombre había cumplido su parte del acuerdo. Ella debía honrar su acción.

¿Iba a permitir que atacara a otras?

¿Era ella quien podía hacer eso?

Si él y los suyos hubieran querido, lo habrían detenido ya. Habrían impedido que lastimara a todas las que había visitado. Jamás le habría dicho algo a su hija. Ellos habían visto todo o tenido noticia de todo. Ellos habían permitido que la situación se agravara. Había visto ejecutar a otros por menos. ¿Por qué habían disculpado a este?

Esa no era la pregunta. Quería saber si iba a permitir que atacara a otras.

¿Era una invitación a patrullar con ellos?

Si era el caso, le encantaría aceptar, pero no podría hacerlo. No podía dejar desatendidas a sus niñas. Alguien podría entrar a su casa mientras ella no estaba y hacerles algo. Alguna de ellas podría accidentarse en la cocina o con unas tijeras. No podía descartar que alguna jugara con fuego e incendiara todo lo que tenían.

No. La invitación era a dar un nombre. De todo lo demás se encargarían ellos. Tenían armas. Tenían hombres. No necesitaban su ayuda. Necesitaban su testimonio.

Su testimonio era que nadie había llegado a ayudarlas cuando el hecho sucedió. Si hubieran acudido al escuchar los ruidos, habrían visto de quién se trataba. No habría necesidad de la plática que estaban teniendo en ese momento. ¿Por qué no acudieron entonces? No podía creer que no se enteraran.

Lo hicieron. ¿Por qué creía ella que el hombre había desistido de pronto?

¿Por qué le preguntaban el nombre, entonces?

¿Por qué no quería ella decirlo?

¿Por qué insistían en que lo hiciera?

Era el proceso. Ella debía saberlo: su marido se encargaba de eso antes.

Su marido ya habría resuelto eso.

Por eso estaba muerto.

No había sido por eso.

¿Seguía creyendo que había sido una simple pelea de borrachos?

No. Sabía de buena fuente que quien lo había mandado matar era un exsoldado del pueblo. No el que llegó a repararle el techo y a cambiarle la puerta, sino un compañero de ese. No le perdonaba que hubiera acabado con su regimiento durante la guerra.

Ella le decía que no se confiara de ese hombre. Él no le hacía caso. Le decía que ya no estaban en guerra. Le pedía que confiara en el proceso de pacificación. Insistía en que la reconciliación solo sería posible si dejaban atrás el pasado y se sentaban en las mismas mesas que sus antiguos enemigos.

¿Cómo podía ser tan ingenuo?

Cree que le ordenaron serlo. No puede dar fe porque nunca escuchó la orden ni él se lo comentó, pero no se explica que haya sido de otra manera porque él era sagaz. Jamás una bala lo había alcanzado. Al que impartía justicia ahora, en cambio, le habían destrozado la pierna en un enfrentamiento. Ella había estado un par de días en el campamento en el que se recuperaba. Tomó un turno para cuidarlo, alcanzarle lo que necesitara y limpiarlo después de hacer sus necesidades.

Nadie pensaba que pudiera volver a combatir porque le había quedado bastante chueca. Como no había médico en el campamento para ese entonces y nunca llegó ni siquiera un estudiante de medicina a causa de la situación en la zona, ellos mismos se la habían arreglado como habían podido. Desistieron de enviarlo de regreso a su casa porque, si los soldados llegaban a verlo en esas condiciones, lo habrían matado de inmediato: ninguna excusa de madre podría encubrir el estado en que se encontraba y hasta el más torpe de ellos podría reconocer que los daños tenían la marca de las armas que usaban en sus tropas. No habría durado dos segundos ni habría podido defenderse. Tampoco lo habría conseguido si hubieran decidido cortarle la pierna ahí, como habían propuesto algunos. Tenían experiencia con los machetes, pero no contaban con condiciones sanitarias para evitar una infección en el caso de que practicasen bien la amputación y no le causaran una hemorragia que lo matara ahí mismo.

Alguno pensó que sería mejor matarlo de un disparo, por compasión. Y lo habrían hecho, porque parecía la mejor salida, de no ser porque un adolescente de las brigadas que se encargaban de recoger a los caídos y llevarlos a los campamentos dijo que él podría arreglarle la pierna si se lo permitían: había visto al médico de la ciudad más cercana arreglar la de su hermano cuando lo llevaron a la sala de emergencia después de que se cayó de

un árbol tratando de conseguir fruta. No parecía tan difícil. Podría encargarse de eso y también de sacar las balas que tenía. Sus dedos eran finos y no temblaban.

Cuando por fin llegó un médico y vio lo que había hecho, lo tomó como asistente y se lo llevó a sus giras. Pensaba que, como corría más rápido que él, podría ser su paramédico o, con un poco más de entrenamiento, su suplente si llegaba a caer. Si la guerra llegaba a terminar, podría entrar en la escuela de medicina con una recomendación suya o trabajar con él por el resto del tiempo. Él se habría encargado de pagar por sus estudios o de darle un salario, pero ya no pudo porque lo mataron camino a un campamento y el muchacho no pudo hacer nada para salvarlo porque estaba, por orden suya, muy adelante ya, auxiliando a gente que había quedado malherida en un combate.

Cuando la guerra terminó, la gente que manejaba las concentraciones y la reinserción le dijo que se le agradecía todo lo que había hecho en tiempo de crisis, pero que no podía enviarlo a una escuela de medicina si no tenía la educación previa que se requería para la universidad. Como no había hecho más que primer grado, le proponía ayudarlo a continuar donde se había quedado y llevarlo hasta cumplir con el bachillerato. Entonces podían hablar de la escuela de medicina que le hacía ilusión. Pero, para serle franca, tendría entonces una edad que le dificultaría cumplir con todo lo que exigía. No estaba segura de que tuviera la energía para resistir los turnos y las demandas. En todo caso, podrían resolver ese asunto entonces. O darle una cantidad que le permitiría abrir un negocio del que podría vivir por el resto de su vida si aprendía a manejarlo bien. Ahí podrían conseguirle asesoría si lo deseaba. Solo tenía que firmar en el papel en el que firmó. Entonces se convirtió en tendero, aunque seguía funcionando como el médico de los excombatientes, que preferían sus tratamientos con equipo limitado a tener que ser mal vistos en las salas de espera de los hospitales y maltratados por el equipo administrativo cuando debían ser recibidos como héroes o por lo que habían hecho o por al menos haber sobrevivido a un tiempo que cada vez se comprendía menos y señalaba más.

También lo buscaban cuando necesitaban impartir justicia porque confiaban en su criterio, en su mano que nunca temblaba y en que siempre conseguía armas que no podrían ser rastreadas si el caso llegaba a las autoridades de fuera de la comunidad.

Esa vez, lo buscaron para que fuera a hablar con la madre de las niñas y la convenciera de dar un nombre.

30

Según sus cuentas, era uno o dos años menor que ella. Si hubiera sido mayor, después de que el esposo de ella murió y pasó un tiempo prudencial, le habría propuesto que fueran pareja. La niña menor habría sido hija suya. Él se habría encargado de ayudarla a encontrar a la primogénita y de velar por las niñas que tuvo con el que había muerto. Las habría educado como suyas y no habría permitido que ningún hombre les faltara el respeto como el del techo lo había hecho ni que ninguna vecina dijera algo en contra de ellas. Pero sabía que no le haría caso, que solo veía a los hombres que le llevaban varios años, así que no le dijo nada. Tampoco era necesario: ella sabía lo que sentía y, siempre que se acercaba, lo llamaba por su seudónimo de guerra y le decía que no era momento. Nunca era momento. Ni siquiera en la guerra lo habría sido porque ella lo miraba y lo trataba como a un hermano aunque no se pareciera a ninguno de los que su mamá trajo al mundo y llevaban el apellido de su padre.

Volvió a decirle que no era momento cuando lo vio llegar. Él se rio. Le juró que no llegaba a eso. Ella ya lo sabía. Quería un nombre, ¿no era cierto?

Quería ayudarla.

¿Cómo?

Podía sacarla de ahí. Podía irse con las niñas al lugar que quisiera. La tienda se lo permitía.

Si se quedaba, le insistirían para que diera un nombre. Cuando alguna de las otras atacadas lo diera (y estaba seguro de que alguna lo daría), matarían al hombre que caminó sobre su techo. Cuando lo hicieran, el padre de él moriría. Entonces, su esposa se encargaría de que alguno de los hijos del hijo vengara las muertes con ella porque había sido la protagonista del caso más sonado de todos y la única que se había resistido. Ellos llegarían una y otra vez hasta que lo consiguieran. ¿Quién cuidaría de sus hijas entonces? Ella ya

no tenía una pistola. Lo sabía porque se había corrido la voz de que un vecino le había prestado la suya para defenderse. Y le extrañaba porque, siendo la compañera del hombre que había tenido por marido, habría pensado que tendría buenas armas en su casa. O que podía conseguir mejores que la que le dieron en préstamo. Sabía bien quiénes tenían y dónde. Sabía que había otros que se la habrían brindado con más discreción que el dueño de la que usó. Él, por ejemplo. Con gusto le habría conseguido lo que quisiera a cambio de nada. ¿Por qué no se lo pidió? ¿Acaso no le tenía confianza? Él habría llegado a esperar al hombre el día que avisó que llegaría. Le jura que el tipo no habría conseguido terminar de subir al techo cuando ya estaría cayendo.

¿Qué habría dicho la gente entonces?

¿Qué?

Que eran pareja.

O que seguían siendo compañeros.

No lo cree. Era más probable que dijeran que estaba teniendo algo con él o que le estaba dando a alguna de sus hijas. No quería esa clase de problemas. No le alcanzaría la energía para eso. Además, sabía defenderse sola.

No había querido decir eso. Solo estaba poniéndose a su servicio. Podía, si quería, ir en ese mismo momento y acabar con el hombre. Sabía quién era. No necesita un nombre, sino su autorización.

Como los otros.

No. No quería una autorización para actuar en su nombre, sino para dejarlo actuar en el de él.

Ella se la negó. Le ordenó que no volviera a pedirlo y le pidió que no se metiera más en sus asuntos. Su simple visita podía comprometerlo si eso que decía que sucedería llegaba a pasar. Dirían que era su cómplice en eso y seguro llegarían por él también.

Él no tenía miedo. Por más que tuvieran caliente la cabeza, los hijos de él no tendrían oportunidad si se le enfrentaban. No tenían entrenamiento ni disciplina. Si acaso lograban algo, sería por la espalda, porque no hay manera de defenderse de los cobardes. Pero, si resultaba que eran hombres de honor como el abuelo, los tendría cara a cara y los sometería sin demasiado esfuerzo. Cualquiera podía saberlo. Se decía de él que era capaz de matar a alguien mientras sonreía y daba los buenos días a quiénes iban pasando por el andén.

Nunca había sucedido, pero era bueno que se comentara eso de él porque así se evitaban problemas innecesarios. A lo mejor funcionaría que se regara la voz de algo acerca de ella que ayudara a mantener a esa familia a raya. O podían cambiar de casa. Tal vez si ella viviera en una zona más céntrica dejaría de tener los problemas que tenía.

¿Por qué su esposo eligió ese lugar? Era el menos favorecedor. A la orilla de la comunidad, estaban desprotegidos.

Supone que porque, a la hora del reparto, nadie más quiso ese terreno. Era el menos atractivo y el más descuidado. Su esposo esperó a que todos tomaran el que deseaban antes. Decía que se lo habían ganado en combate. Él también se habría ganado el derecho de elegir, pero lo cedió, quizá porque él había decidido por otros durante mucho tiempo. A causa de eso, algunos ya no estaban y otros seguían con vida y podían elegir un lote para plantar su futuro, aunque ahora, unos pocos años después, parecieran no recordarlo o no les importara demasiado.

Si ella quería, y para que no pensara que había intenciones detrás, le compraba el terreno.

Podía haber sido una buena opción entonces, pero estaba a nombre de las niñas y ninguna tenía edad para firmar. Le agradecía la intención. Lo único que necesitaba de él en ese momento era que se retirara: no quería que fueran a vincularlo con lo que fuera que llegara a suceder a partir de ese día.

Era demasiado tarde porque las vecinas ya habían visto que él había llegado y, cuando encontraron el cuerpo del hombre cerca de los terrenos de cultivo de él, dijeron de inmediato que la muerte podía haber sido planificada entre ellos dos ese día. La suposición llegó a oídos de la madre del hombre, que se la contó a su nieto para que lo tuviera siempre en mente y le hiciera saber a ese hombre que iba a matarlo cuando fuera grande.

Él le respondió que creciera rápido y que entrenara mucho. Él iba a estar esperándolo el día que se sintiera listo. Si quería, podía darle algo de ventaja para que no se sintiera tan mal antes de morir.

El muchachito nunca llegó a enfrentarse con él. Prefirió mandar a decirle a la madre de las niñas que la mataría para saldar la deuda e ir a saltar a la casa de las mujeres solas para intimidarlas.

Sus pasos no eran como los del padre. Por eso, la mamá de las niñas ni

siquiera se levantó de la cama cuando los escuchó la primera vez. Las hijas menores, en cambio, se alteraron y corrieron a buscarla. No entendían lo que pasaba. Lloraban con fuerza. No habrían sobrevivido en los escondites a los que debían recurrir cuando las invasiones. Habrían delatado sus posiciones y envalentonado a los que las perseguían. De hecho, estaban alegrando al que estaba en ese momento sobre su techo, que se agrandó al escucharlas y saltó con más fuerza para aterrarlas.

La madre permitió que sucediera para que se confiara, para que volviera una siguiente vez con más seguridad y menos cuidados. Tenía pensado hacer para él lo mismo que había planeado para el padre aunque el dueño de la tienda le decía que era demasiado: el hijo era cobarde. Lo que hacía lo hacía solo para asustar. No creía que tuviera las agallas para entrar. Para él, bastaría con que ella diera dos disparos al aire para asustarlo o que lo enfrentara en la calle. No creía necesario que entrenara a su hija en las armas.

La hija tampoco quería hacerlo. No lloraba como la mayor ni temblaba, pero no quería. Disparar no era lo suyo.

¿Prefería tener miedo?

Prefería que vendieran lo que tenían ahí y se fueran. Ya tiene la edad para firmar. Podían empezar una vida en cualquier parte.

¿Perder todo aquello por lo que habían luchado ella y su papá?

Sobrevivir.

¿Como cobardes?

No cree que sus hermanas se opongan.

No puede creer que esté diciendo por ellas.

Podrían usar parte del dinero en pagar los estudios de su hermana.

No debería usarla como un pretexto.

¿Qué debería hacer, entonces?

Hasta entonces, solo había reclamado por todo y colaborado muy poco. Si se pareciera a alguna de las otras hijas de su padre, a su padre o a ella, ayudaría un poco más. Quizás hasta podría ir también ella a estudiar a la universidad o hacer un curso de alguna cosa.

No le pedía que se hiciera cargo de la casa. No le pedía que le ayudara con su hermana. Le pedía que se ayudara a sí misma. Que se impulsara hacia alguna dirección. Que hiciera algo con su vida que no fuera desear lo que

tenían otros y cruzar los brazos. No podía soportar que fuera del tipo de gente que pensaba que la vida era esperar a que la vida pasara. Le pedía que, por lo menos, tomara la pistola y aprendiera a disparar al hombre que amenazaba con matar a su madre y que luego podría atacar a su hermana menor o a ella. Si la hija que había nacido antes que ella estuviera ahí, seguro lo haría.

¿Por qué no la llamaba, entonces? ¿Por qué no le decía que dejara la universidad y regresara para defenderlas?

Debería darle vergüenza ser tan egoísta.

Su hermana hacía lo que hacía para sacarlas a todas de ahí sin tener que renunciar a lo que les había dejado. ¿Qué hacía ella? ¿Qué había hecho alguna vez?

¿Qué podía hacer?

Para comenzar, aprender a disparar. Luego, lo que ella creyera que podía ayudar.

Entonces fue que tomó la decisión de ir al otro país en lugar de su hermana.

31

Antes de que la tercera de las hijas que se crió con ella se fuera, la llevó a casa de su mamá para que se despidiera de ella por si acaso nunca regresaba de ese viaje o por si su abuela llegaba a morir antes de que volviera al país.

Habría querido llevarla también a despedirse de la abuela paterna, pero no consiguió que aceptara recibirlas. Cuando le contó por teléfono lo que estaba por suceder, la mujer respondió que no le interesaba lo que esa niña hiciera con su vida. Ni siquiera le constaba que fuera hija de su hijo: había sabido, por boca de él, que las cosas entre ellos andaban mal para el tiempo en que la muchachita había sido concebida.

Que la niña fuera la versión femenina del hijo que le habían matado no le servía como prueba de nada. Tampoco quería que le practicaran una prueba de ADN. En lo que a ella respectaba, debía ser hija de algún amante que ella había tenido para esa época. Quizás hasta del hombre que había matado a su hijo. No le extrañaría que su muerte hubiera sido planeada por ella. Si no, debía haber una razón por la que no hubiera llorado desconsolada en el funeral, como cualquier esposa habría hecho.

Estaba de más explicarle sus razones. Además, no la había llamado para eso. Tampoco quería que le diera dinero a la niña o un vestido para su viaje. Intentaba porque al papá de la viajera le habría gustado que se lo participaran, que la tomaran en cuenta.

¿Cómo lo sabía ella? ¿Por qué creía que conocía a su hijo?

Porque había estado mucho tiempo con él. La mayor parte habían sido momentos cortos a lo largo de un período prolongado, pero le habían bastado para darse cuenta de la clase de persona que era. Y lo había confirmado durante el tiempo que convivieron desde que la guerra terminó.

A la madre de él le molestaba que dijera eso de su hijo. Creía que debía estar despechada y que, de seguro, lo que decía en ese momento de él no era más que un ardid para poder acercarse lo suficiente y ganar su confianza para luego llorarle por lo mal que él la pudo haber tratado y conseguir que ella le diera algo de dinero a cambio. Pero no iba a conseguir un solo centavo suyo. Lo poco que iba a heredarle al hijo iría a quiénes correspondía: los hijos del primer matrimonio, los niños que dio a luz la mujer a la que ella aprobaba. No importaba que ella estuviera ya casada con otro y que se hubiera llevado a los niños a vivir a otro país. Si no lo reclamaban ellos, entonces iría a caridad. La iglesia le daría buen uso a sus pocos bienes. Era mejor que se diera por enterada y que no volviera a llamarla. Desde la muerte de su hijo, no había nada que las ligara.

Las niñas creían lo mismo. Cuando ella insistía en llevarlas a su casa para saludarla y mostrarle lo grandes que estaban, como hacía su padre, rogaban para aplazar el viaje. Inventaban cualquier excusa para no tener que ir con tanta frecuencia porque nunca era una experiencia grata.

Habría sido peor de no ser porque el esposo de su abuela se alegraba de verlas y jugaba siempre con ellas. Les hacía preguntas acerca de las gallinas que criaban y de la escuela. De vez en cuando, les regalaba un vestido que nunca era de su gusto o de su tamaño, pero que siempre agradecían porque su mamá les había enseñado a ser gentiles con la gente aunque la gente lo no fuera con ellas. Del abuelito les decía que debían entender que era un hombre mayor y que nunca había tenido hijas. Lo que debían apreciar de su obsequio era el esfuerzo que hacía para conseguirlo. Lo mejor que podían hacer para demostrárselo era darle algún regalo a cambio. Algo que ellas mismas hicieran.

La mayor le llevaba dibujos. La segunda nieta cortaba flores del camino y rábanos de su huerta para llevarle. La tercera le decía siempre que lo peinaría. Le ofrecía dejarle el cabello como el de su mamá o como el de cualquiera de sus hermanas. La menor de las niñas ofrecía ser su asistente (aunque la abuela de sus hermanas le hubiera dejado claro que ella no era su nieta) porque él le resultaba simpático y siempre la alzaba en brazos como a las otras. Él se agachaba para que ellas pudieran pasarle el peine, dejarlo desordenado y decirle que se miraba idéntico al modelo que habría elegido para ese día. Entonces les daba dulces y las mandaba a jugar un rato con los animales que

tenían en el patio para poder platicar con su mamá.

Le preguntaba cómo le estaba yendo y si había algo que necesitara o algo en lo que él pudiera ayudar. Ella siempre contestaba que estaba bien y declinaba sus ofrecimientos. No quería que la esposa de él llegara a pensar que los buscaba por interés ni que él asumiera las responsabilidades de su hijo. Si él hubiera muerto sin planes de abandonarlas a ella y a sus hijas, a lo mejor habría aceptado que las apoyara. Pero él estaba por dejarlas, así que ella consideraba que lo apropiado era resolver como lo habría hecho si eso hubiera pasado.

Por más que el padre de él insistió en que, de haberlas abandonado, él se habría hecho responsable de sus futuros y que por eso debía aceptar sus ofrecimientos, ella se negó a dejarse ayudar. No quería problemas en el futuro ni más tensiones con su suegra. Llegó un momento en que él tampoco las quiso y dejó el hogar. Justo como su hijo habría hecho con ella. Un día, tomó sus cosas y se fue sin dar noticia y sin dejar una dirección.

Se supo de él solo hasta que murió. Mandó decirle a ella donde estaría enterrado por si alguna vez las niñas querían ir a dejarle algunas flores o algunos dibujos. A su mujer, en cambio, le mandó decir nada más que no llegara a verlo ni a la tumba. No quería que perturbara su paz. Para eso, también le había dejado listos todos los papeles que fuera a necesitar para arreglar lo relativo a sus pertenencias y su nuevo estado civil.

La madre supone que le dejó algo a las niñas y que la abuela no ha querido entregárselos. Cree que por eso se pone siempre a la defensiva e insiste en no tener vínculo alguno con ellas y hasta desconocerlas. Le han dicho que puede conseguir la información en los registros públicos, que basta con que contrate a un abogado para que resuelva el asunto. Ella no quiere. Mantiene su palabra de no pedir nada a esa familia. Además, los abogados son caros y terminan quedándose con la mitad de todo o con el total de lo poco que sea que esté en juego. Prefiere usar el dinero —si es que lo consigue— en algo que pueda servir para sacar a sus hijas adelante o al menos darles de comer un día más.

Tampoco ha solicitado una pensión por su participación en la guerra aunque le han dicho que lo haga. Cree que otros la merecen más que ella. Piensa que puede trabajar todavía, conseguir el dinero que sus hijas necesitan por otros medios. Ha considerado emplearse una vez que la tercera de las hijas que se crió con ella se vaya del país. Incluso pensó aceptar ser interna en

la casa de una familia de mucho dinero que paga muy bien a sus empleadas domésticas. Lo único que la detiene es la hija pequeña. Teme que quede desprotegida durante sus horas de trabajo, que las personas con las que pueda dejarla no la cuiden como ella lo haría.

La gente que busca ayuda para limpiar su casa no acepta que vaya con su pequeña. Su madre, tampoco. Dice que no es digno. Cree que su padre lloraría mucho si ella accediera a tomar ese empleo. Diría que todo lo que ambos habían peleado habría sido en vano. Tampoco cree que a la otra abuela de la última niña le agrada la idea, aunque ni su hijo ni nadie de su familia hubiera participado en la guerra. Le pide que lo piense bien, que no se precipite. Por el momento, debe concentrarse en ayudar a la niña que se marcha. Debe enseñarle todo lo que tenga pendiente todavía para que, cuando esté lejos, siga siendo una buena persona. No conoce a los franceses, pero no le parece que sean buenas personas. De serlo, jamás se habrían llevado a la primera de sus nietas. Tampoco le parece que las monjas lo sean.

Desde que supo del destino de esa hija de su hija, jamás volvió a ser la misma. Tampoco volvió a la iglesia. Un sacerdote que notó su transformación y distanciamiento habló con ella. Le explicó que eso no era cosa de Dios, que no había sido su culpa, que no debía ella molestarse con Él por eso y que debía de dejar de llamarlo traidor. Ella fue todo lo amable que pudo porque el hombre había sido atento y le preguntó culpa de quién había sido entonces porque ella y su familia habían hecho todo lo que los catequistas les dijeron que debían hacer y que Dios apoyaba. No entendía cómo esa iglesia se había portado así con ellos. Por eso estaba enojada con la Iglesia. También con Dios, pero no tanto como con ella.

La plática de él de que Dios permitía algunas cosas para su gloria no la convencía porque, hasta entonces, no había visto señales de ella. Tampoco le parecía que estuviera obrando de alguna manera por caminos extraños. Si lo hacía, era mejor que mandara señales claras o enviara alguna explicación: ella y su hija las merecían. Y no quería que lo hiciera por intermediarios. No confiaba en ellos.

El sacerdote, de todas maneras, le dijo que, cuando quisiera regresar, sería bienvenida en la parroquia. Él estaría pendiente de lo que ella necesitara. Se lo prometió. Y ella le creyó. Tanto que, por eso, le pidió a la hija que, cuando muriera, se asegurara de no permitir que le pusieran los santos óleos. A

menos, por supuesto, que revelaran el nombre de las monjas que le quitaron a su hija y estas respondieran ante la justicia.

Debía prometérselo.

¿Desde cuándo le preocupaban esos asuntos? ¿Por qué le pedía eso?

Estaba enferma. Se lo habían dicho en el hospital al que la mandaron después de que se acercó a una unidad de salud para pasar consulta. No le habían dicho que era grave, pero ella lo sabía por la manera en que la miraban y le hablaban.

¿Qué sentía?

Nada.

¿Cómo sabía que era grave, entonces?

¿Cómo era que ella no lo sabía? ¿Cómo podía ella creer que eso era lo único que avisaba la gravedad de algo?

¿Qué tan grave era?

Mucho.

¿Qué pensaba hacer al respecto? ¿Qué podía hacer ella? ¿Quería que llamara al hermano que se había ido del país?

No.

Pero podían buscarle otro médico, pedir una segunda opinión.

¿Para qué?

Para buscarle un tratamiento.

¿Para qué? Lo que iba a suceder, sucedería de todas maneras.

Pero podía ser de otra forma.

¿Cuál era la diferencia al final?

¿Quería que suspendiera el viaje de la niña?

¿Para qué?

Para que la acompañara.

Nadie puede hacerlo.

La niña podía hacerle compañía en casa y ayudarla un poco.

No: La niña debía hacer su camino. Su oportunidad había llegado. Debía aprovecharla.

Sentía no poder darle nada para su viaje. Nunca había podido conservar algo de valor. Ni siquiera tenía su anillo de bodas: después de empeñarlo varias veces para darle de comer a los hijos más pequeños cuando se fueron a

vivir al borde de la ciudad, llegó un tiempo en que no pudo recuperarlo. No era que se arrepintiera de haberlo convertido en comida, pero le habría gustado que la enterraran con él ya que no podrían enterrarla al lado de su esposo.

Quizás eso era una señal de algo.

¿Qué creía ella que podría ser?

32

Podía ser cualquier cosa. La tercera de las hijas que se crió con ella ofreció comprarle uno muy lindo cuando estuviera en París y tuviera algo de dinero. Se lo enviaría desde allá o, si lo prefería, le haría llegar el dinero para que se comprara uno en la capital. Con suerte, podría recuperar el que ella había empeñado. Quizá la casa donde lo había dejado lo conservaba todavía o podía ayudarla a recuperarlo.

No lo creía.

¿Por qué? ¿Era demasiado hermoso?

Justo por lo contrario.

Como no tenía nada de especial, debió haber sido vendido para fundición.

Podía mandar a hacer uno igual, entonces. ¿Recordaba el estilo? ¿Tenía alguna inscripción?

No. Nada. Era una argolla sencilla y sin pulir. Como la de él.

No sabe dónde quedó. No la usaba durante el combate por seguridad, para que, si llegaban a atraparlo, no dedujeran que tenía esposa y mandaran a buscarla para usarla como medio de conseguir información de él o de la causa por la que peleaba. No pudo haber quedado en el lugar donde él se hizo infinidad de pedazos. Tampoco quedó en su casa. De eso estaba segura: él se lo habría dicho.

La abuela no cree que la haya vendido. Ni siquiera para la causa. A ella podía entregarle todo, excepto esa argolla.

La madre duda que se la hubieran decomisado. Nunca se les pidió que entregaran algo estando en la montaña. La gente que venía de la ciudad podía conservar el dinero que traía desde su casa o el que le hacía llegar su familia. Si era su gusto, podían compartir con los demás lo que compraban con él —

cigarrillos, sobre todo—. Por lo general, lo hacían. Ponían a disposición lo que fuera que llegara a sus manos sin esperar nada a cambio. Con todo, su papá siempre se las arreglaba para corresponder las atenciones. Conseguía alguna fruta en el camino o pescaba algo de vez en vez para no sentir que se estaba aprovechando de alguien.

¿Podía haber entregado el anillo en alguno de esos momentos? ¿Tal vez en una ocasión en la que estuvieran pasando por más penas que las de costumbre?

No. El dinero no venía de los combatientes. No habrían podido aguantar mucho tiempo si hubiera sido así.

Tal vez se lo pidieron como una prueba de lealtad.

No cree.

Se lo habrán robado, ¿entonces?

Era una posibilidad. Quizá lo dejó al cuidado de alguien que no lo devolvió cuando llegó el momento.

O alguien lo sacó de su mochila.

Ojalá no.

No se lo dice, pero sabe que, si hubiera sido así, la persona estaría muerta. No sabe si en las demás, pero, en su célula, el robo (como la mentira) no era tolerado. Ni siquiera se les permitía tomar tortillas de las cocinas de las poblaciones por las que pasaban sin pagar una compensación por ellas. No importaba que llevaran días sin comer, estuvieran solo de paso por ahí o tuvieran que salir corriendo por la llegada de los soldados. Si no pagaban en el momento, debían hacerlo tan pronto como pudieran y dejárselo saber a la gente. Solo aceptaban obsequios si la gente los entregaba sin presiones y de manera expresa. Tenían orden de no asumir que alguien quería darles algo y de no aceptar nada que les fuera dado por temor a lo que les pudiera ocurrir si no lo hacían. Si los pobladores ponían queja por su conducta o los compañeros de armas denunciaban sus abusos, podían ser enjuiciados en los campamentos y perder la vida después de que se los hiciera cavar la zanja en que su cuerpo quedaría.

Esperaba que una pena de esas no recayera en el anillo de su padre.

Su madre le pregunta si está segura de eso.

Segurísima.

Lo habrá perdido, entonces. Tal vez en un desplazamiento. Quizás era el

destino de los anillos perderse como perdieron la vida que creyeron que tendrían, hacer que no quedara recuerdo de las promesas que se hicieron. Tal vez ese era el significado que buscaba hace rato y se empeñaba en no mirar.

Le habría gustado otro final. Habría querido, por lo menos, poder tener un cadáver que recuperar aunque fuera después, mucho después, cuando la guerra terminó y la gente pudo regresar sobre sus pasos para levantar a los caídos que el tiempo y el miedo los obligó a dejar atrás.

Habría sido de las que se apuntaron en la larga lista de los cadáveres por reconocer y habría esperado el tiempo que le dijeran hasta que llegara su turno de identificarlo al lado de especialistas en medir huesos y compararlos con fotografías o descripciones de los parientes, o archivos médicos. Habría respondido a todas las preguntas que le hicieran y hasta ayudado a sacar tierra si se lo hubieran pedido con tal de poder volver a decirle hola y poder llevárselo a un lugar donde poder decirle adiós en una ceremonia privada.

El dolor de ver sus huesos convertidos en algo parecido a ramas deshidratadas por el tiempo no se compararía al de no poder tener nada suyo para recoger y enterrar.

¿Enterrar?

Su padre pudo haber enterrado el anillo para protegerlo.

¿Adónde?

Debía pensarlo un poco: hacía mucho que no tocaba la cuerda que la unía con su padre. Lo haría cuando estuviera sola. Necesitaba estarlo para conectarse con el tiempo en el que estuvieron juntos. Pero, cuando lo supiera, lo recuperaría para ella, ahora que se sentía más cerca suyo, incluso si para eso debía ir a zonas a las que preferiría no regresar.

No tuvo que ir demasiado lejos: El anillo estaba en el patio de la casa que los soldados les incendiaron. Seguro su padre regresó a ella después de la devastación para hacerle otro juramento a su madre —cuyo paradero o fin desconocía en ese momento—, a sus hijos y a su tierra. Seguro pensaba en regresar a desenterrarlo cuando la guerra terminara para lucirlo en su dedo el resto de la vida y ya no pudo. Podía haber significado alguna otra cosa, pero, para el momento, significaba que la pérdida no había sido total y que su mamá no estaría sola de él cuando la enterraran.

Era suficiente para que estuviera feliz, pero, de todas maneras, la tercera

de las hijas que se criaron con ella insistió en enviarle un anillo desde el país en el que estaba cuando su madre encontró el perdido. Decía que podía ser un símbolo de ellas y que así su abuela estaría menos sola cuando estuviera muerta.

La abuela, en cambio, pensaba que podía ser un motivo para que alguien profanara su tumba. Había demasiada necesidad en ese entonces como para pensar que alguien respetaría lo que era de una muerta cuando ni siquiera se habían detenido para tomar lo que era del dios en el que creían los que creían en Dios: En su pueblo y en muchos otros, habían entrado a las iglesias y habían tomado las copas de oro, los santísimos y todo lo que fuera dorado o les permitiera recibir algunos centavos.

En parte le alegraba porque creía que la iglesia debía pagar de alguna manera por lo que les habían hecho, pero, en parte, le aterraba pensar que, con el mismo argumento, entraran a su tumba. Cualquiera podría decir que por ella o por su marido les había sucedido algo que no debía pasarles y justificar con eso el robo del esfuerzo de la niña al otro lado del mundo. Prefería que mejor se comprara algo bonito para ella, algo que estuviera fuera del alcance de los ladrones.

Suponía que en ese otro país no los había. Se llevó toda una sorpresa cuando supo que a la niña le habían robado un dinerito cuando salió a pasear por la ciudad. No entendía cómo y sentía no poder hacer nada por ella porque estaba muy lejos de donde estaba y porque, además, no podía ni quería pedirle nada a Dios ni por ella ni por nadie más. Esperaba que no hubiera sido mucho.

No lo era. Apenas unos centavos.

Los muchachos se habían dejado llevar por la apariencia. Vieron en ella una presa fácil. Pensaron que era turista.

¿Le hicieron daño?

Le habían hecho un favor: podía ver ahora que el peligro podía estar en todas partes. Quizá cuando volviera no sería tan apática a la situación de su casa como lo había sido.

¿Y si no vuelve?

No lo sabe. Supone que llorará. Prefiere no pensar demasiado en eso. Cree que ahora debe concentrarse en cuidar a su madre. Quiere llevársela a vivir con ella. La madre se niega. Dice que el sitio donde está viviendo con su hija pequeña no le gusta. No quiere estar entre guerrilleros. La gente puede pensar

que intenta hacerse pasar por una cuando nunca lo hizo. Ni siquiera llegó alguna vez a reclamar lo que le podía haber correspondido a su esposo o a su hijo muerto.

Ella ya lo sabe. Se lo ha dicho antes. Pero quiere decírselo de nuevo para que no le queden dudas.

No las tiene. Tampoco cree que alguien de la comunidad vaya a tenerlas o a oponerse a que ella llegue.

Con todo, prefiere quedarse en la hacienda que tiene nombre de caballo. Dice que ahí nació y ahí va a morir porque la vida la llevó de regreso. Cada vez que intentó alejarse, regresó al mismo lugar. No ve razón para renegarle al destino.

¿Qué habría dicho su padre de eso? No puede decir que no le importa.

Pero lo dirá porque él ya no está ahí para decirle nada.

¿Cómo hará, entonces, para asegurarse de que no le darán los santos óleos cuando muera? El cura bandido puede correr para practicárselos antes de que ella llegue. Por lento que sea ese gordito para caminar, puede hacerlo durante el tiempo que tome ir a avisarle a ella, dejarle que se ponga ropa buena, cierre su casa y camine hasta ahí. ¿O solo era broma lo que le había hecho jurar?

No: hablaba muy en serio. Pero no quería irse de donde estaba. ¿Por qué no se iba ella a vivir a esa casa al menos por el tiempo que le llevara morir?

33

No era que se hubiera acomodado, que hubiera perdido la práctica de ir de un lugar a otro según se requiriera o que ahora estuviera atada a lo poco que había conseguido acumular en la vida sin guerra. Era cierto que no dejaba de inquietarle la idea de volver a vivir —aunque fuera por poco tiempo, de acuerdo con los cálculos de la madre— en la hacienda que tenía nombre de caballo porque nunca se sintió ni cómoda ni segura, ni querida ahí, pero no era la razón por la que se negó a mudarse de inmediato y le pidió a su madre una vez más que considerara trasladarse ella a la casa que había construido con el papá de tres de sus hijas y mejorado con la ayuda del dinero de la hija menor y de la mano de obra de un hombre que pudo haberla matado durante alguno de los muchos combates en los que estuvo. Entendía que quisiera quedarse en el lugar donde había crecido, pero le pedía que comprendiera que ella no podía dejar su lugar por mucho tiempo.

¿Era por la niña? Podía llevarla con ella si quería. Era su madre, la mujer que crió a su segunda hija durante la guerra, no la dueña de alguna de esas casas en las que pensó entrar a trabajar. A ella no le importaba que la niña hiciera ruido, la distrajera de las labores de casa que le ayudaría a hacer o la interrumpiera mientras hacía las veces de una enfermera. Era su nieta, aunque no se pareciera mucho ni a su padre ni a ella o a su familia. No le importaba si quebraba algo ni hurgaba un poco entre sus pertenencias y hacía alguna pregunta incómoda. Además, le haría bien cambiar de ambiente. Podía inscribirla en la escuela local, que siempre andaba buscando nuevos alumnos. Le gustaría. Los maestros de ahí le recordaban un poco a los misioneros que habían pasado en bandadas por todos los lugares donde había vivido y se iban siempre sin poder dejar ninguna iglesia fundada detrás de ellos. Serían muy felices si la hija pequeña llegara a matricularse.

Ella vuelve a negarse. Le pide que no le ruegue más.

La madre se siente de nuevo como en el tiempo en que su esposo se volvió silencioso, antes de que la guerra comenzara y él se fuera a ella. La hija tiene la misma expresión. Usa las mismas palabras. Entonces entiende que no habrá manera de hacerla salir de su lugar. No servirá asegurarle que sus hermanos pagarán por sus gastos y los de la hija menor mientras cuide de ella ni decirle que quiere pasar tiempo con ella antes de que ya no pueda pasar tiempo con alguien y tenga tierra paleada encima, aunque ambas cosas sean ciertas. Le pide que le permita preparar sus cosas y conseguir a alguien para que la ayude a trasladarse en los siguientes días a la comunidad en la que ella vive.

No le miente: no le gusta el lugar. Se siente extraña. Pensaba que sería más lindo, más grato, más parecido a lo que su esposo decía que sería el mundo cuando triunfaran.

Muchos de sus excompañeros han vendido las tierras que les dieron en el reparto. Ha llegado a ocupar sus espacios gente nueva, de otras partes. No son como las del pueblo. No les tienen miedo, pero tampoco respeto. Son un poco como los empleados de los hospitales a donde llegan a consultar, que los miran como si fueran gente a la que no les deben nada y a veces hasta maltratan como si no merecieran su atención o no pudieran defenderse. Algunos son tan jóvenes que, incluso si se los explicaran, no entenderían lo que hicieron por ellos. Ni siquiera comprenden la palabra guerra. El término los aburre. Dicen que los viejos solo hablan de eso y que están fastidiados de escuchar. No llaman a la gente compañera ni usan sus seudónimos una vez que se enteran de que el nombre de pila es otro. Ella se siente extraña cuando lo hacen. También cuando la madre la llama por él. Le advierte que, en la comunidad, los vecinos viejos la llamarán por el otro. No sabe si ella quiera usarlo ni le pide que lo haga, pero quiere que esté enterada para que no haya confusiones o sorpresas. Se lo dice por primera vez.

Ella prefiere usar el que le dieron su padre y ella cuando nació. A los combatientes que quedan en la comunidad les resultará extraño, no importa cuántas veces explique que es el que le corresponde por ley. Ellos le hablarán del mérito y del honor que debería ser para su hija usar el que le dieron en las montañas. Ella dirá que su madre es ella, no las montañas. Ellos no estarán de acuerdo. Dirán que nació de nuevo cuando estuvo en ellas. La madre querrá decir que las montañas la mataron un poco, pero no podrá porque la hija

intervendrá. Dirá que su madre nunca conoció ni su seudónimo ni el de su padre, ni el de sus hermanos. De acuerdo con las normas de seguridad, ellos no se los dijeron. Y ella jamás preguntó. Siempre fue muy respetuosa con el movimiento. Esperaba que ellos lo fueran ahora con ella. Estaba enferma. No había llegado ahí para pasar disgustos. Les pedía que, al frente de ella, la llamaran con el nombre que ella le eligió. O podían decirle nada más su hija si no querían sentir que estaban traicionando algo de la lucha al emplear un nombre de civil.

¿Era demasiado pedir?

Esperaban que no fuera una señal de que los estaba abandonando como grupo. No estaban contentos con que hubiera decidido no ir a votar por el partido político en que su grupo se convirtió una vez que terminó la guerra. Decepcionarse no era una opción para ellos. ¿Qué habría sido de su grupo si ella se hubiera decepcionado durante el combate? ¿Cuántos habrían muerto porque ella no sentía lo que quería?

El partido no había perdido las elecciones esa vez.

Pero podía haberlo hecho.

Lo hizo cada una de las veces que ella votó. A lo mejor les daba mala suerte.

No era un tema para hacer bromas. Se notaba que había perdido respeto por todo aquello en lo que creían. ¿Qué más podían esperar de ella? ¿Votaría en las siguientes elecciones por el partido contrario? ¿Era una traidora? ¿Por qué mejor no los mató cuando estaba en la montaña? Habría sido más sencillo para todos.

Debían calmarse: lo único que estaba pidiendo era consideraciones para su madre, una civil.

Ellos también lo eran ahora, pero no podía decírselos porque se ofenderían tanto que hasta podrían exigirle que abandonara la comunidad, un lujo que no podía darse porque debía permanecer en el puesto que le asignaron cuando llegó la orden del desarme: su casa. En su lugar, les dijo que recordaran que siempre debían proteger a los civiles. En el caso de su madre, la protección era no enojarla. El médico había dicho que debía evitar las cóleras. Ella misma estaba haciendo lo posible para no molestarla.

¿Por qué no se los dijo antes?

No podía hacerlo frente a ella: se habría enojado mucho. Era cosa de su

enfermedad.

El enojo de ellos, en cambio, era antojadizo. No importaba que dijeran que se debía a su conducta, ella sabía que no tenía que ver con eso porque todo había comenzado el día que rechazó al representante de la comunidad como amante.

Al día siguiente de decirle que se concentrara en su mujer y en sus hijos en lugar de andar rondándola a ella, comenzó el hostigamiento. Cualquier cosa que ella hacía se volvía una queja o una falta a los ideales por los que habían peleado. Y la castigaba de la manera más pública que podía. Sus preferidas eran las veces que llegaba a la comunidad un reparto de ropa, de comida, de materiales de construcción o de lo que fuera. Entonces, el representante la borraba de la lista. Cuando llegaba su turno en la cola, le decía que ella no había colaborado para que el partido ganara las elecciones así que no merecía recibir nada. Ella decía que no le importaba que no le diera, pero que, si iban a hablar de justicia, debía reconocer que ella se había ganado todo lo que fuera que les dieran alguna vez y hasta más. Todos a su alrededor lo sabían. Podían ponerse de acuerdo para negarlo a una voz, pero reconocían que tenía la razón. Por eso, cuando el reparto terminaba y la gente se marchaba, a veces el representante mandaba a alguien a su casa a dejarle algo de lo que había sobrado. Ella lo rechazaba. Decía que, para fortuna suya, no necesitaba de sus favores ni de los bienes que llegaban a él. Entonces él se molestaba más y corría la voz de que ella era una orgullosa y que, además, no pasaba necesidades como los demás. Hacía pensar que estaba obteniendo dinero de alguna fuente que no quería especificar, seguro porque se trataba de algo o alguien vinculado al partido contrario.

Las niñas tampoco aceptaban obsequios. La madre les prohibió volver a hacer cola para recibir uno incluso en las visitas que las distintas iglesias hacían por la navidad después de que el representante de la comunidad la acusó de haberse quedado con los mejores para sus hijas cuando una de las iglesias la comisionó para repartir por la recomendación que habían hecho de ella los maestros de la escuela local. Para que no quedaran dudas de ella, presentó el informe de los juguetes entregados y los autorizó para revisar su casa a fin de que pudieran confirmar que a sus hijas ni siquiera les había tocado uno con tal de que el resto de los niños tuviera un obsequio para la fecha.

La gente de la iglesia le dijo que no era necesario, pero, al año siguiente, invitaron a otra persona a hacerse cargo de la distribución. Usaron como pretexto la necesidad de hacer que todos se sintieran incluidos y la de rotar la responsabilidad para no cargar a una sola persona, pero no lograron convencerla de que no se habían dejado llevar por lo que el representante de la comunidad promovía.

No volvió a ir a sus servicios religiosos ni a llevar a las niñas a las comidas infantiles que servían a veces para atraer a los adultos. No permitió que siguieran recibiendo la ayuda para estudios que gestionaban con donantes internacionales ni permitió que les tomaran fotos a sus hijas para mostrarles a los donantes adónde iba su dinero, aunque no todo lo que daban llegara a ellos. Ya antes del incidente de los juguetes le había incomodado que no quisieran fotografiarlas en la casa en la que vivían, sino en una que estaba en peores condiciones porque podía generar más lástima en la gente de los otros países y podía moverlos a dar más dinero o hacerlo más rápido. No quería que sus niñas participaran de lo que le parecía que era un engaño aunque la gente de la iglesia dijera que no lo era, que lo estaba malinterpretando, que solo estaban queriendo ilustrar las condiciones del lugar.

El representante de la comunidad decía que no había que insistir porque las niñas eran tan orgullosas como la madre y que no se podía esperar nada bueno de ellas. Hacía lo posible por ponerlas en mal a como diera lugar no porque estuviera obsesionado con la madre, sino con la casa que ella guardaba. Y ella lo sabía. Sabía que quería conseguir que se fuera y que dejara libre su propiedad para hacerse de ella. La presión con la gente y hasta su propuesta de amores eran intentos por al menos acercarse al lote que tenía, por poder entrar en la casa sin restricciones. Por eso nunca se ausentaba por demasiado tiempo.

La vez que tuvo que irse a intentar recuperar a la primogénita en el país al que se la llevaron cuando era una bebé, debió pagar una cantidad adicional a la señora que cuidó de sus otras hijas para que además impidiera que, por las noches, alguien llegara a saquear su casa.

La mujer que contrató pensó siempre que lo que trataba de proteger eran sus posesiones: el molino, los granos que había cosechado para subsistir el año completo, joyas quizá. Lo que ella protegía era una orden que le habían dado. Pero no se lo comentó a ella. No necesitaba hacerlo. La mujer era una

buena persona, pero era civil. No comprendería. O comprendería tan bien que se asustaría y saldría corriendo en el momento sin importarle dejar a las niñas atrás, o se las llevaría con ella y buscaría una manera de no tener que devolvérselas, no para quedárselas y criarlas como suyas, sino para alejarlas de ella. Podría entregarlas a alguna institución y hacer que a ella la llevaran a otra por muchos años. Era mejor no alarmarla, pedirle las cosas como un favor y no darle explicaciones que no pudiera entender.

La de cuidar su casa era perfecta.

34

Además de cumplir con la orden que le habían dado, quería seguir en esa casa para que sus hijas tuvieran un sitio al cual regresar si algo llegaba a salirles mal en la vida. Su madre entendía esa parte porque la hacienda con nombre a caballo era eso para ella y porque ella misma había procurado ser ese sitio para sus hijos durante el tiempo en que no se podía contar con un lugar para estar a salvo. La parte que le costaba comprender era la otra, la de la orden. Le parecía que la guerra había terminado hacía tiempo.

Al principio, tuvo sus dudas. Fue de la gente que siguió sin dormir tranquila la noche completa y sospechó que ni se había terminado ni terminaría en mucho tiempo, que el anuncio era solo un ardid para identificar a los que habían apoyado o participado de forma solapada con los contrarios al gobierno y que todos estaban siendo vigilados de cerca. Creía que debía seguir tomando las medidas relativas a las provisiones y los desplazamientos, que ni siquiera debía manifestar alegría por las noticias acerca de la llegada de la paz que entonces llenaban la radio y la televisión cuando estuviera con extraños y no hacer preguntas ni siquiera a los que consideraba cercanos. Le dijo a las hijas que le quedaban en casa que siguieran siendo amables, pero distantes con los vecinos, sobre todo con aquellos que recién llegaban a instalarse en las casas de los que habían abandonado el lugar sin dejar avisos. Les recomendaba evitar acercarse demasiado a ellos para no dar pie a interrogatorios disfrazados de conversaciones casuales en las que hasta la más sencilla de las costumbres pudieran resultarles sospechosas a esa gente de la no tenían referencia alguna.

Le parecía que cualquier invitación podía tratarse de un señuelo, de una trampa para poner en evidencia la dirección de sus intenciones. Pasaba nerviosa casi siempre a causa de eso. Sospechaba de los que pasaban por su

calle, sobre todo de aquellos que hurgaban la basura en busca de algo que pudieran rescatar para vender o comer porque le parecía que nadie en su sano juicio buscaría en la basura de ellos.

Salía en contadas ocasiones y no mucho más allá de la puerta porque tenía la sensación de que en la esquina la detendría la noticia de que todo era de nuevo como antes, que nunca había dejado de ser el pasado.

Hasta que entendió que, de golpe, le había caído todo el miedo que antes no se había podido permitir sentir, supo que todo había terminado y que era libre de moverse al lugar que quisiera. Entonces buscó uno que le daba confianza y seguridad: la hacienda con nombre de caballo.

Habría querido regresar a la casa que el esposo construyó para ella y sus hijos, pero no había casa a la cual volver ni tenía manos que la ayudaran a levantarla: los hijos hombres se habían ido, las niñas que estaban con ella no querían regresar ahí y ella no sentía tener suficientes fuerzas para levantar los muros sola.

El médico decía que era probable que hubiera comenzado a enfermar entonces, que lo que llamaba cansancio era un síntoma de su padecimiento, que, si se hubiera comenzado a tratar entonces, quizá no estaría cerca de la muerte en ese momento. Ella prefirió no decirle que él no sabía nada acerca de la muerte o de su inminencia. Escuchó sus regaños con paciencia. Se imaginaba que habría crecido en alguna de las colonias de la capital desde donde la guerra era solo un ruido lejano o una serie de notas de prensa.

No se equivocaba. Nunca habían cateado su casa. Su única preocupación había sido conseguir buenas calificaciones. No tenía hijos. No se quedaría demasiado tiempo más en el país: en pocos meses, aplicaría a un programa para continuar estudios en otro y se establecería en él. Ahí no se quejaría de que la gente no se cuidaba ni la regañaría por buscar atención médica cuando ya fuera demasiado tarde. No tenía sentido pelearse con él ni explicarle porque, incluso si llegaba a comprenderlo, no habría nada que él pudiera hacer por ella, salvo obsequiarle algunos medicamentos que las compañías farmacéuticas le dejaban para promover sus marcas y que ella no habría aceptado después de la humillación que la estaba haciendo pasar.

Esperaba que la segunda de las niñas que se crió con su hija no fuera a ser de esa manera cuando llegara su turno de tratar con los pacientes. Cuando llegó por las vacaciones de la universidad, la sentó para pedírselo como

favor.

La niña se lo juró. Sentía que podía hacerlo porque, por fin, había aprobado la asignatura que la alejaba de su meta y que la había tenido nerviosa y callada todo ese tiempo. No entendía cómo no pudo pasarla en el primero de los intentos porque, vista desde entonces, no parecía tan difícil ni lo era. Lo de la segunda vez lo tenía claro: no le habían favorecido ni el horario ni la sección en que quedó. Los mismos encargados de revisar su progreso le habían dicho que no comprendían por qué la habían enviado a esa si sabían que no estaba diseñada para la carrera que ella estudiaba.

¿Por qué no había hablado antes? Habrían podido evitar el problema. Corregirlo al menos.

No pensó que se pudiera. O que importara.

¿Podía disculparla su madre por eso? Pudo haberle evitado muchas angustias.

No era su culpa. Es difícil ver en la oscuridad.

Pero su madre siempre había podido.

No sabía cómo. Ella la había dado a luz, pero no le había enseñado nada de lo que la había ayudado a sobrevivir. Lo único que le enseñó fue a cocinar. El año en que llegó a buscarla porque estaba embarazada de su segunda hija y había resuelto no separarse de ella, se encontró con que no sabía hacer nada que no tuviera que ver con fusiles, operaciones y envíos de mensajes. No podía ayudarla a lavar y planchar la ropa que le encargaban: tenía las manos demasiado recias. Tampoco podía emplearse en una tienda porque a la gente no le gustaban las mamás con hijos, menos si habían salido de la nada, como ella. Y, como tenía que ayudar con los gastos y no quería salir demasiado para no exponerse a ser atrapada, ella resolvió enseñarle a preparar platillos sencillos que sus hermanitas pudieran salir a vender sin dificultad.

La idea no le hacía gracia, pero no tuvo opción. La única vez que había cocinado en el campamento había sido como castigo por haber respondido mal a un compañero y por haber desobedecido la orden de un comandante de dejarlo bañarse primero a él, todo en la misma ocasión.

Ese día, ella volvía de tres días de combatir y de huir. Las cosas apenas habían salido bien. Tenía hambre y fatiga. Pero, sobre todo, se sentía sucia. Necesitaba lavar su ropa y su cabello, y su ropa antes de seguir: estaba menstruando.

El hombre que le ordenó esperar había estado todo ese tiempo en el campamento y estaría en él por los siguientes días. Así que, como no había una razón para que ella obedeciera una indicación absurda, le respondió que dejara de hostigarla con estupideces, y siguió su camino hacia el río.

Cuando volvió de él, la estaba esperando un pequeño comité para enjuiciarla. Después de escuchar su versión, redujo su castigo por desobediencia a enviarla como asistente de las cocineras y, además, envió al hombre como lavadero de la tropa durante la misma temporada.

Ahora, se reían de eso. Pero, entonces, se odiaban un poco entre ellos y odiaban sus labores.

Ella siguió viendo la cocina como castigo y huyéndole incluso después del año en que estuvo con su madre.

Tuvo que llamarle la atención varias veces por la forma que le daba a los bocadillos y por la manera en que cortaba los vegetales. Discutían con frecuencia por eso porque la madre decía que la gente se fijaba en esas cosas para comprar y ella sostenía que solo era comida, que nadie moriría por eso. Las hermanas le daban la razón a la madre. Le decían que la gente compraba primero lo que la madre preparaba y solo cuando no había opción tomaban lo que hacía ella, y siempre se quejaba. Pedían que, para la siguiente vez, no les dejaran lo feo o que lo prepararan mejor si querían que les siguieran comprando a ellas.

Después, la historia se invirtió. Lo que la madre hacía no era ni tan sabroso ni tan perfecto como lo que preparaba ella. Las ventas bajaron mucho cuando ella regresó a la montaña. La madre se agarró de eso para crear la coartada de su desaparición: su hija había decidido abrir un comedor en otra parte de la ciudad, una donde la gente pagaba buen dinero por lo que a ellas les daban por apenas unos centavos. Le había dejado a la nieta para poder dedicarse de lleno a él y tener suficiente dinero para cuando la niña llegara a la escuela. No quería que le pasara lo que a ella, que debieron sacarla de la escuela porque el dinero no alcanzaba para perderlo en cuadernos, uniformes y zapatos.

Todo mundo lo creyó.

Las vecinas le pidieron que, cuando fuera a visitarla, les trajera un poco de lo que preparaba para volver a tener el gusto de comerlo. Ella les dijo que lo haría. Luego, cuando el tiempo pasó y no pudo llevarles nada, inventó que

la hija se había ido de la ciudad a montar un negocio en una zona turística, que estaba ganando mejor dinero ahí y que pronto podría montar un restaurante pequeño. Quizá, con el tiempo, podía convertirlo en una posada o en un pequeño hotel.

Para cuando llegó el tiempo de que los vecinos hicieran más preguntas y ella debiera buscar nuevas mentiras para responderlas, la hija entregó su radio y bajó de las montañas a la concentración a la que la asignaron. La primera de las hijas que se crió con ella caminaba, hablaba y le decía mamá a su abuela aunque ella le dijera que su mamá era otra. No podía mostrársela en una fotografía porque, por seguridad, los combatientes tenían prohibido aparecer en alguna sin autorización de sus superiores. Y no podía explicarle la razón por la cual no la tenían porque estaba muy pequeña para comprender o podía repetir algo de eso y meter a su hija y a toda la familia en problemas. Le decía solo que, un día, su mamá iba a volver por ella.

Ella lo habría hecho si le hubieran permitido salir al menos un día. Pero, después del año que había pasado lejos de combate por darla a luz y criarla, sus superiores pensaron que podía quedarse de nuevo con ella y dar un mal ejemplo durante el proceso de pacificación, así que se lo negaron. Le dijeron que debía esperar, como el resto de las madres, al día que les habían señalado en el calendario para que se reencontraran con sus hijos. Lo que podía hacer, en ese momento, era llamar a su madre para indicarle cuál era ese día y pedirle que se presentara entonces con la niña. Ellos ser harían cargo de avisar a la primogénita.

Cuando la vio en ese campamento, la madre le preguntó si creía que la guerra había terminado ya. Ella le había preguntado lo mismo a su esposo. Él le había contestado que la orden que habían recibido era que lo creyeran. Luego, cuando entregaron su equipo y recibieron las casas donde vivirían, le dijo que también habían recibido la orden de no creerlo del todo, de no confiarse. Lo que estaban viviendo podía quebrarse en cualquier momento. Debían estar listos por si llegaban a ser traicionados. Por supuesto, ella no le dijo eso a su madre entonces. No era una indicación para civiles.

¿No era ella ya una?

¿Lo era?

35

Sus hijas lo eran. Sobre todo, la pequeña, que no había tenido —como las otras— un padre que hubiera combatido y le hubiera heredado maneras fisiológicas de responder, defenderse y proteger a otros si la guerra llegaba a estallar de nuevo. Estaba más indefensa que las demás porque nunca había vivido en campamentos ni había sido concebida durante el desarme. Tampoco había crecido en la comunidad cuando los habitantes entrenaban con regularidad o todavía se reunían en círculos para discutir sus acciones como grupo o recibir instrucciones acerca del futuro. La pobre ni siquiera había escuchado un intercambio de balas en su vida. No sabía qué hacer si, un día, el lugar en el que estaban era atacado y ella no estaba ahí para llevarla en brazos: sus pies se doblaban, no servían para correr, y todavía no tenía edad para aprender a disparar.

La abuela decía que, incluso si la tuviera, no sería capaz: sus ojos no veían demasiado lejos. Le daba mucha pena verla golpearse con frecuencia y notar que ni siquiera se quejaba, como si no se diera cuenta ya de las lastimaduras o como si ya hubiera aprendido a aceptarlas.

En eso se parecía un poco a ellas.

¿Le molestaría que le hiciera un obsequio? Tenía algunos ahorros que podrían servir para comprar los anteojos que necesitaba desde hace tiempo.

A ella le parecía absurdo: estaba por morir, no había dinero que pudiera impedirlo. En cambio, podía comprar mejores días para su nieta. La madre no tendría que esperar a que la lista de beneficencia en la que se anotó llegara a su nombre para que la niña pudiera manejarse mejor y consiguiera mejores notas en la escuela. Además, le daría el gusto de poder hacer algo por ellas. La hija no quiere que se sienta culpable.

Ella dice que no se siente así. ¿Cómo podría? Hizo todo lo que estuvo en

su mano. Por eso se sentiría mal si no hiciera algo por los ojos de la niña ahora que puede.

Jura que no es dinero del que le han enviado sus hijos ni nada que hubiera retenido de las otras hijas que tuvo. Nadie llegará a reclamarle nada ni a reprocharle.

Ella prefiere que lo guarde para su entierro: necesitarán cada centavo entonces.

La madre se ríe. Dice que los entierros no cuestan nada: basta con abrir una zanja en el patio.

Abrir una zanja en el jardín es lo que ella más teme. No sonrío cuando su madre señala un lugar donde cabría —en posición fetal, como los de ahí, no recta, como los cristianos— y ofrece comenzar a cavarla poco a poco para que, el día que el día llegue, no suponga trabajo para nadie.

Ella le pregunta qué pasa. ¿Acaso no tiene sentido del humor? No tiene que preocuparse por eso: ya ella tiene su lugar en el cementerio de la hacienda que tiene nombre de caballo. Por eso quería quedarse allá.

Ahí también tienen cementerio. Puede ser enterrada ahí si quiere. Tiene derecho por ser su madre y por haber sido la esposa de su padre.

Ella dice que tendría derecho incluso si no fuera madre suya o no hubiera sido esposa de él. Pero no quiere. Prefiere un lugar donde puedan llegar a verla sus otras hijas el día que quieran y el tiempo que quieran.

Ellas nunca habían puesto un pie en la comunidad. Nunca habían querido. Le han temido de la misma manera que los civiles y los del pueblo, y hasta los de las misiones evangelizadoras. Solo lo hacen ahora porque la madre está ahí, pero no se quedan demasiado tiempo. Aunque ella les dice que es un lugar seguro y que nada les pasará ahí, miran a todas partes. Llegan sin sus maridos. Llegan sin sus hijos. Se van antes de que oscurezca.

¿Cómo habrían hecho si su padre hubiera seguido con vida? Él habría recibido una casa ahí. Su madre se habría mudado también. Algunas de ellas habrían debido llegar con ellos.

No lo saben. ¿Acaso importa? Nunca sucedió.

Ella solo no quiere que sientan miedo cuando visitan a su madre. Las hermanas le dicen que, entonces, debió haber aceptado acompañar a su madre en el sitio en el que estaba. No pueden entender que no pudiera ceder en algo

tan sencillo.

No puede explicarles. Si lo hiciera, volverían a asustarse como el día en que la vieron llegar a la casa que su madre les había montado con láminas y cartones en la periferia de la ciudad. En su lugar, les pide disculpas por complicarles la situación: no debe resultarles sencillo ver a su madre en ese estado. Les asegura que hará todo lo que pueda por ella.

¿Incluso mudarse? Podría ser a la casa de alguna de ellas si no quería volver a la hacienda con nombre de caballo.

La madre les pide que no sigan atormentándola con eso. Si les daba miedo llegar a verla, podían llamarla por teléfono o enviarle una carta o un recado con alguien. Por lo que a ella concernía, no le debían nada. Habían sido buenas hijas. No les guardaría resentimiento incluso cuando ninguna quiso unirse a la lucha que el papá y los hermanos habían librado una vez que crecieron y tuvieron cuerpo para sostener un arma. No era culpa de ellas haber nacido durante el tiempo en que el miedo lo dominaba todo, pero no les iba a perdonar que se ensañaran con su hermana cuando deberían darle las gracias por protegerlas cuando eran niñas. No había criado ella gente malagradecida ni desleal. Si no iban a ayudar, sería mejor que se retiraran. Ella tenía asuntos pendientes de hablar con su hija. Y en eso ocupaba las noches una vez que la nieta menor se dormía.

Le contaba lo que había sido de su vida y la de sus hermanas una vez que ella se fue a seguir el rastro de su papá. Le preguntaba detalles de la suya y de la de él en las montañas, siempre que pudiera contárselo. No quería obligarla a hablar de temas que pudiera tener todavía prohibidos. También hablaban del futuro de las niñas que se habían ido a las ciudades y de la que todavía estaba en casa.

¿Cuándo iba a preguntar por la que se quedó a su lado cuando a ella la llamaron a reincorporarse a la lucha?

No quería hacerlo.

Había sufrido mucho cuando recibió su llamada el día en que le autorizaron recibir a su hija en la concentración. Habría preferido nunca tener que separarse de la nieta, nunca tener que entregarla de regreso. Le alegraba que la guerra hubiera terminado y que su hija estuviera con vida y con capacidad de hacerse cargo de la niña, pero también sentía dolor porque la nieta era como su hija y su nieta al mismo tiempo, y al mismo tiempo su

esposo y los demás hijos vivos y las hijas muertas en un solo cuerpecito. No quería devolverla, pero debió hacerlo porque su madre la reclamaba y esa madre que la reclamaba era hija suya.

Si hubiera sido la hija de otra, habría peleado por ella como la mamá adoptiva de la hija de su hija que había sido criada en otro país. Habría reclamado y hecho lo mismo que ella. Por supuesto, no se lo decía a la hija para no hacerla sentir mal y para que no pensara que justificaba a la mujer que se interponía entre ella y su otra niña, pero sentía que la entendía. Prefería no ver a la que ella había cuidado, no preguntar por ella para no ponerse en evidencia. Se las arreglaba con la información que le daban en conversaciones casuales y con un par de fotos que le habían conseguido a lo largo de los años en los que habían estado separadas.

Sabía que ya era madre y que le había puesto el nombre suyo a la hija, pero no había querido ir a visitarla por no echarse a llorar frente a todos, como el día en que debió entregarla en la concentración o el día que fue a su boda. Le parecía que no iba a poder contenerse, así que puso como excusa que no había habido ocasión.

La madre le pidió a la hija que no reclamara: la abuela estaba muy mal desde hacía mucho tiempo. Si algo podía hacer por ella era llevarle a la bebé para que la conociera. ¿Era posible?

Sí. Llegaría con ella. Se quedarían una temporada si no le molestaba.

¿No le molestaría a su esposo?

No le importa lo que le moleste.

La madre no pregunta más.

La abuela está nerviosa. No sabe cómo recibirla. No sabe cómo disimular.

La hija le pide que, por favor, no lo haga: la nieta necesita saberse querida. La mujer rompe a llorar como el día que la entregó. Pide disculpas por desear lo que no es suyo. La hija le agradece por haber cuidado de su hija. Se lo dijo el día que se la dejó, se lo dijo el día en que se la pidió de regreso y el día que la recibió, pero necesita decírselo una vez más ahora. Le pide que entienda que no podía dejársela. No podía perder una segunda hija. Ni siquiera ha aprendido a perder a la primera.

Lamenta no habérsela llevado con más frecuencia, pero no podía soportar verla inclinarse hacia ella como deseaba que se inclinara consigo. Promete que, ahora que llegue, no se interpondrá. No le pedirá que piense en su marido

y acorte su visita. Ni siquiera las interrumpirá cuando estén hablando o pasando tiempo juntas. Tampoco las incomodará con su presencia. Puede hacerse cargo de la bebé mientras ellas se disfrutan. Le gusta esa niña. Le gusta sentir que es su nieta y también la hija de la niña que no creció con ella. Le gusta poder decirle las cosas que le diría también a la otra nieta. Le habla de ella para que, si alguna vez llegan a conocerse, la reciba como la familia que son y le tenga cariño aunque no sepa de donde proviene.

La abuela le pide que permanezca con ellas si quiere estarlo y que se aleje cada vez que lo necesite. Ella hará lo mismo.

La menor de las nietas está feliz con la idea de tener a la sobrina en casa. Comienza a preparar su cama para alojarla en ella. Se golpea un par de veces más.

La abuela le dice que le regalará unos anteojos. Tan pronto como llegue su hermana, su mamá la llevará a buscarlos. ¿Está de acuerdo?

No. No quiere usar anteojos. Quiere ser como sus hermanas, que no necesitan de ellos.

La madre le dice que todas necesitan. También, que será solo una cuestión temporal.

La niña sigue firme.

La abuela dice que serán muy lindos.

¿Qué tan lindos?

Los más lindos que haya.

La niña se lo cuenta emocionada a la sobrina, que no entiende lo que le explica, pero la mira y le sonrío como si estuviera feliz por la noticia. Se la lleva a su cama y a sus peluches. La madre lleva a su hija recién llegada donde su abuela. Ella las abraza a las dos. La tres rompen a llorar.

Después de un rato, la madre las deja solas para que hablen. Se va a recoger las maletas de la hija y de la nieta que han quedado en el corredor. Le resultan más pesadas de lo que había calculado. Entonces sabe que su hija no ha llegado solo para pasar una temporada con su abuela ni para quedarse el tiempo que sea necesario, sino para asentarse.

¿Ha sucedido algo malo?

No.

¿Te ha golpeado?

Nunca.

¿Entonces?

No es feliz. No va a serlo con él.

¿Cómo lo sabe?

Se lo explicará después. Ahora quiere concentrarse en su abuela. ¿Hay problema con que se quede?

Ninguno. Le alegra tenerla en casa.

36

A la mañana siguiente, la mayor de las hijas que se criaron con ella prepara a la menor para que se vaya a la escuela. Antes, ha atendido el molino, alimentado a las pocas gallinas que quedan y recogido los huevos para el desayuno. Le dice a la madre que ha pensado cocinar bocadillos para vender por las tardes. Sabe que el dinero que ella tiene no alcanza para alimentarlas a ella y a su hija. No pretende ser una carga para ella. Tampoco quiere ponerla a cocinar: sabe que lo detesta. Lo único que le pide es que le permita que la pequeña la ayude: es capaz de vender lo que sea.

La madre le pregunta en el camino si quiere ayudar a la mayor. A cambio, le darán parte de las ganancias.

¿Cuánto?

Dependerá de lo que consigan cada día.

La niña pregunta si alcanza para que la hija que la antecede regrese del país al que se ha ido. La hermana llora cuando le cuentan eso por teléfono. Se ríe para disimular. Pregunta cómo le va en la escuela.

Mejor desde que tiene sus anteojos.

Siente pena: ella quería regalarle los anteojos.

Habrán oportunidad: necesitará nuevos cada cierto tiempo.

¿Hay algo que ella necesite?

Nada. Ahí tiene de todo. Hasta cosas que ni siquiera sabía que existían.

¿Ella necesita algo?

Siempre se necesita algo ahí, pero no es obligación de la hija resolver sus problemas. Cree que hace más de lo necesario al ayudar a que su hermana estudie, así que le dice que no, que no necesitan nada.

¿Ha sabido algo de su otra hija?

No. Ha guardado silencio por mucho tiempo. Sus otros hermanos dicen que siempre es así: desaparece por largas temporadas, pero regresa. Le han dicho que debe confiar en eso.

La madre lo lamenta. Le habría gustado que supiera de la proximidad de la muerte de su abuela. Cree que a ella le animaría recibir un saludo suyo.

La hija le dice que puede fingirlo. La madre le dice que su madre lo sabría de inmediato. La odia por eso. Le pide que, si su hermana llega a comunicarse, le ruegue que lo haga. Sin presionarla, por supuesto. No quiere que se aleje de ella también.

La hija no puede prometerle que eso no suceda. Le parece que se molestó la última vez que hablaron.

¿Por qué? ¿Le dijo algo acerca de ella?

No. La había llamado tonta. No había sido a propósito. Quería decirle que no era muy lista, pero, a las horas de las horas, dijo la otra palabra.

¿Por qué la había llamado así?

Quizá porque lo era. ¿Cómo se explicaba ella que no viera todo lo que hacían por recuperarla? Su hermana que estudiaba en la universidad tenía razón al respecto.

La madre le pedía que no la culpara.

Trataba de no hacerlo. Sabía que no era hija del mismo padre. Debía parecerse un poco a él, ¿no?

Mucho.

¿Cómo era?

No alcanzaría el tiempo en el teléfono para contarle.

Era una lástima que los hermanos adoptivos de ella no hubieran sido hijos suyos: son buenas personas. Siempre preguntan por su estado y por el de las hermanas. También les interesa la salud de la abuela. No quieren presionar, pero vuelven a ofrecer ayuda si lo necesitan.

La madre le pide que se los agradezca de su parte y que les recuerde que las puertas de su casa estarán siempre abiertas para ellos. ¿Sabe si ha habido avances en el caso de sus familias?

Muy pocos.

Toma mucho tiempo. No deben perder la esperanza.

No lo hacen. Parecen estar preparándose todo el tiempo para cuando

llegue su turno de ser reclamados. A ratos le parecen más niños de lo que son.

La abuela le dice que considere adoptarlos.

¿Está bromeando?

No. Ellos necesitan una madre. Ella necesita recuperar un hijo.

Necesitaba recuperar a la suya.

Lo que necesitaba era enterrarla. Sentía decírselo, pero alguien debía hacerlo: había perdido a esa niña como había perdido la guerra. En algún momento debía aceptarlo. No había podido ayudarla a ganar, pero podía ofrecerle ayudarla a perder. Sabía cómo hacerlo. El día que la enterrarán, podía poner a sus pies algo que representara a esa bebé. Ella la cuidaría en el más allá o en el olvido.

¿Qué podía ser ese algo? Nada de su hija le había quedado el día que se separó de ella. Tampoco podía ir a buscar a las monjas que la tuvieron para tratar de recuperar algo suyo. No iba a faltar a la promesa que le hizo a los que la ayudaron a encontrar a su niña. Tampoco creía que ellas conservaran alguna de sus prendas. Si estaban conscientes de lo que habían hecho, no habrían dejado huellas.

La madre no estaba tan convencida. Si no había prendas de la niña sería porque las habían usado en otros niños hasta desgastarlas. No cree que hayan tenido el cuidado de quemarlas. No cree que les haya importado demasiado lo que habían hecho.

¿Alguna vez iba a perdonarlas?

¿Podía perdonarlas ella?

Lo intentaba a diario.

Trataba de imaginar que no habían tenido opción. Igual que los soldados que destruyeron la casa que su papá les había construido. Igual que ellos cuando subieron a la montaña y cuando tuvieron que dejarla.

Ella no podría.

Debería. No le hace bien a su salud andar odiando a gente que ni conoce y que ni siquiera sabe si está con vida. ¿Va a gastar sus últimas fuerzas en eso?

¿Va a gastar las suyas en sufrir por lo que no será y en guardar órdenes que ya no tienen sentido? Le recuerda a una mujer con la que trabajó antes de conocer a su padre y entender que no debía servir a otros. Guardaba en su casa los muebles de un hombre que debió salir apurado por la presión popular

incluso años después de que el hombre había sido asesinado en el extranjero por uno de los que creía suyos. Esperaba que mandara por ellos o que regresara él mismo a reclamarlos. Ella le había preguntado si creía que eso era posible. La mujer jamás entendió la pregunta. No quería hacerlo. Ella parecía igual.

¿Porque no quería renunciar a su hija?

Porque no quería aceptar que todo había terminado. Hacía mucho tiempo. Casi desde el principio.

La mujer que había hablado con su hija y con ella había dicho lo mismo cuando habló de sí.

¿Por qué los dejó ir a la guerra, entonces? ¿Por qué no los detuvo o salió tras ellos a pedirles que volvieran?

Porque lo mira hasta ahora.

¿Los hubiera detenido si lo hubiera visto antes?

La madre guarda silencio. La hija vuelve a preguntar.

Sabe la respuesta. ¿Por qué la pregunta?

Quiere escucharlo de ella.

Quizá la hija que no creció con ella heredó la crueldad suya, no la de su padre.

Se disculpa.

No es necesario. Tal vez se lo merezca. Tal vez fue un error mudarse. Se disculpa. No debió obligarla a recibirla.

Esa noche, llamará a una de las hijas. Le dirá que extraña la hacienda con nombre de caballo más de lo que había calculado. Quiere regresar. ¿Puede ella ayudarla?

La nieta escucha. Le pide que no se vaya: no puede acompañarla si se marcha. No puede moverse con su hija hasta donde ella vive y atenderlas a las dos. Tampoco quiere dejar a su madre. Su madre no lo dice, pero no es la misma de antes. Su cuerpo no resiste igual. No puede con todo.

¿Por eso ha regresado?

No. Lo ha visto ahora que ha vuelto, aunque puede ser que comenzara a suceder desde antes.

No sabe qué decir. No quiere complicar las cosas.

No lo hace. ¿Ha notado que su hija sonríe siempre con ella? Y su hermana

ahora mira bien. Si se tropieza es porque tiene los pies torcidos. Cuando pueda, la llevará a que un médico la examine. Quizá no sea demasiado tarde para que le ayuden. ¿Alguien de su familia tenía los pies así?

No recuerda. Quizá sea herencia de su otra familia. Su madre tiene razón de preocuparse por ella. No sabe qué habría hecho ella con una niña así. No habrían llegado demasiado lejos. Quizás habría tenido que soltarla en algún momento.

¿Habría podido salir a buscarla después, como hizo su hija? ¿Habría podido renunciar a ella una vez que la encontrara? ¿Podría enterrarla a los pies de su madre? ¿Aceptaría que todo había terminado después de haber peleado como lo había hecho?

Se disculpa por habérselo pedido. No había sido su intención dañarla.

Tampoco había sido la suya agredirla.

¿Estaba segura?

No podía mentirle.

Ella, tampoco. Hace rato le había dicho que se había ganado ser enterrada en el mismo cementerio que los que habían luchado cuando no era cierto: no habría podido. No era como ella ni como el esposo, ni como los otros hijos. Era de las que corrían y se escondían, y esperaban en fuerzas mayores. Solo cuando la atacaron a ella enfrentó alguna vez a alguien. No habría servido para las montañas. Tal vez no tenía los pies como su hija pequeña, pero se golpeaba con todo en la vida como ella se golpeaba con las cosas. Si tuviera que enterrar a alguna de sus hijas, no debía ser a los pies suyos.

Ella cree lo contrario. No conoce nadie mejor para cuidar de la niña que perdió. El día que la entierren, colocará algo de su hija con ella, pero no a sus pies, sino en sus brazos: puede ser que nunca haya tomado un arma, pero ella nunca soltó a ninguno de sus hijos.

Tampoco hizo algo por detenerlos.

No había tenido opción.

37

Antes de que la madre muera, debe encontrar algo para enterrar con ella en lugar del cuerpo de la hija que perdió. No puede tardar demasiado porque lo de la madre puede suceder en cualquier momento, cualquier día.

Ella le ha dicho que hará todo su esfuerzo para resistir hasta el día en que dé con lo que sea que esté buscando, pero le pide que se apresure cuanto pueda porque no cree que el plazo pueda ser demasiado largo. Siente que lo que se la come por dentro avanza con cada vez mayor velocidad. A veces cree que puede adivinar su forma porque, de vez en cuando, siente sus patas como las de un cangrejo que avanza. No puede darle nombre ni pedirle que se vaya: no tiene sentido. Si lo nombra, le dará vida. Si vive y la escucha, buscará otro cuerpo para habitar. Si llega a marcharse, otro llegaría a ocupar el hueco que ya había abierto y quizá no sería tan gentil y tan silencioso como él, que casi no la molestaba en su trabajo de cavar hasta el centro de la vida.

Si se lo comenta, no es para presionarla. Solo quiere que la hija esté preparada para, en último caso, colocar cualquier cosa en sus brazos. No se lo dice, pero cree que, al final, el objeto no importa porque, a decir verdad, nunca había habido uno en el que hubiera depositado sus promesas a la niña. No sabía si había sido porque la guerra en movimiento no había dado tiempo para eso, porque su hija —madre primeriza entonces— no había intuido lo que podía suceder o porque la separación había sido el destino de ellas desde el inicio y había obrado en medio de ambas sin que se enteraran.

Si estuviera en su lugar, habría elegido un objeto que representara eso. O, quizá, la distancia. Pero no podía intervenir en la elección. No le pertenecía. Solo podía ver a su hija buscar por toda la casa, descartar un objeto detrás de otro y, al final, dejarla marchar unos días para buscar en otra parte.

¿Adónde?

En la montaña.

No había regresado a ella desde el día en que le ordenaron bajar. No sabía cómo regresar.

Sola. No había otra manera.

La mayor de las hijas que se criaron con ella ofreció hacerse cargo de cuidar a la menor y a la abuela el tiempo que a ella le tomara hacer el recorrido. Ambas le ayudarían con la bebé. Podía ir tranquila.

¿Podía cuidar también del terreno?

¿Qué quería decir?

No dejarlo, pasara lo que pasara. No dejar que nadie entrara a la casa.

Por supuesto.

Debía jurarlo.

Todas las veces que quisiera.

¿Qué haría si la abuela moría mientras ella estaba fuera?

Esperar a que ella regresara.

¿Y si tardaba mucho?

No tardaría.

¿Cómo lo sabía?

Porque los cuerpos que habían sido el mismo durante un tiempo seguían siendo el mismo cuerpo después de separados.

¿Su hija se lo había enseñado?

Se lo había enseñado ella. ¿Cómo, si no, había sido posible que siempre la salvara cuando los hombres la habían rondado y parecía que no había salida?

No podía explicarlo. Sentía como si le gritara en la mente y salía a buscarla.

Lo mismo sucedería con su madre.

¿Cómo cuidaría del lugar?

Sabía disparar. Ella le había enseñado, ¿recordaba? Y ya no tenía miedo. Podía hacerlo el día que fuera. Podía estar tranquila: nadie tomaría nada de ahí.

Antes, no le habría creído. Habría pensado que se trataba de un intento suyo por empujarla a hacer lo que deseaba y no hacía por no dejarlas solas a ella y a sus hermanas. Siempre había sido una niña generosa que temblaba al pronunciar sus palabras de sacrificio. Esta vez no había titubeo en su mirada.

Ni una de sus palabras se quebraba. Si la guerra estallaba de nuevo en ese momento, las mujeres que estaban en su casa estarían a salvo con ella, así que inicia el camino hacia la montaña donde le parece que el camino comienza: la casa quemada donde su padre hizo la promesa de regresar.

Camina por el sendero de la noche en que debió esconderse por primera vez. Recorre la ruta por la que la tía iba a salvarla de la vida que llevaría y donde, muchos años después, todo sigue teniendo el agitado silencio de los que huyen.

Nada de ahí le habla de la hija que, para entonces, no sabía que daría a luz. Le dice cosas de un pasado que es solo suyo y que siente que también debe enterrar el día que les dé sepultura a la madre y a la niña. Toma una piedra que se asemeja a su sensación de entonces y sigue su camino por las veredas que caminó para llegar hasta su padre. Se pregunta adónde habrán ido a parar todas las gentes que el viento sopló esa noche. Puede hacerlo ahora: estaba prohibido hacerse preguntas como esas en su campamento: estaba prohibida cualquier cosa que les abriera grietas por las que la derrota se pudiera colar o la muerte de la que apenas habían escapado los arrebatara. Entiende ahora que era una manera de conservarlos con vida. Se pregunta qué se habrían prohibido los civiles para sobrevivir. Tal vez por eso se negaban a reconocer la existencia de ellos. Tal vez su hija usaba el mismo modo para sobrevivir. Quizás ella era más civil que su hija menor y más indefensa. Quizás algo del miedo y la huida de esa noche se heredó en la parte suya que le dio vida. Quizá todo su miedo se había ido con ella. Quizá la piedra podía ser un buen símbolo para la hija. Quizá debía seguir buscando en el lugar en el que encontró a su papá, que era como un nido que recordaba más grande. Quizá las muchas lluvias y el paso de mucha gente lo habían cambiado. No le parecía, entonces, un lugar desde el que se pudiera ganar la guerra. ¿Lo habría sabido su padre? Si tenía una edad similar a la que ella tenía entonces, debió haberlo sabido.

Se pregunta si alguna vez habría dudado de lo que tenía que hacer. Se pregunta si él habría regresado alguna vez sobre sus pasos y tratado de borrar algunas huellas. ¿La llamaría cobarde por eso? Podía llamarla como quisiera. Nada cambiaría lo que ya había hecho. No iba a tomar nada de ese lugar. Ni una piedra ni una raíz. Ese nido la convirtió de huevo de otro pájaro, en hija de esa guerra. No tenía nada para reclamarle. La manera en que la alimentó la

alejó de ser gente que huía. Espera que su hija lejana haya heredado algo de esa parte suya y sigue hasta la siguiente etapa de su viaje: el campamento que compartió con el padre de ella.

Pasa la noche ahí en busca de algo que se asemeje a su hija. Los árboles que el médico extranjero que atendía a las mujeres de los campamentos plantó sobre los cadáveres de los hijos que no llegaron a nacer son ahora un bosque. Alguna vez, él le dijo que, si Dios existía, no le iba a perdonar lo que hacía. Entonces, ella quiso pensar que el haberla ayudado a gestar a escondidas a la segunda de sus hijas y a darla a luz podría hacer algo a su favor. Ahora, frente al bosque, creía que no había nada que él hubiera podido hacer para evitar que esos niños se perdieran. Ni siquiera la suya, que había vivido, se había conservado. Cree que ha llegado ahí solo para decirle eso al médico, cuyo cuerpo alimenta a uno de los árboles de ese bosque.

Ninguna de esas hojas puede simbolizar a su niña. Tampoco hay nada de lo que quedó del campamento que pueda servir para ilustrarla. No cree que su hija haya sido producto de ese entorno. Si acaso, debe serlo de los árboles donde se escondía con su padre y donde nunca dejaron escritos sus nombres ni dibujaron corazones.

Están como la relación con él. No quiere que eso represente a la hija. Tampoco quiere que acelere la descomposición de la madre. Corta una rama y la entierra ahí mismo. No importa que no signifique nada para nadie más. No importa que, tan pronto como termine, tampoco signifique demasiado para ella. Le parece, de pronto, entender lo que está haciendo la mayor de las niñas que se criaron con ella. Le gustaría haber podido hacer algo así cuando tuvo su edad. Se pregunta de quién pudo haberlo heredado. Teme que sea de su padre. Cree que puede entender sus razones mejor ahora. Espera que, a diferencia de él, ella abra la boca para hacérselo saber a su pareja. Se lo comentará cuando regrese. Cree también que debe enseñarle a recorrer la ruta que está caminando por si alguna vez llega a necesitarla y también para que conozca los caminos que anduvo su madre. Decide que, después de que entierre a la abuela y la llore como a una madre, la llevará también a las tierras donde ella fue madre suya.

El lugar en el que vivieron mientras se refugiaron a orillas de la ciudad y donde aprendió a cocinar para alimentarla es ahora una fábrica. No es el sitio más lindo del mundo, pero le dará imagen a las pocas historias que la abuela

le esté compartiendo en ese momento. Luego le contará algunas de las que por mucho tiempo le ha ocultado para que no le pase lo que a ella y a su madre y no deba enterarse de detalles hasta que ella esté cerca de la muerte. También se lo contará a las otras si regresan. Sabe que es posible que no vuelvan: el lugar en que fueron concebidas era para eso. La menor podía irse en cualquier momento. Su padre podría reclamarla. La familia de él podría conquistarla. Ella misma podría tomar camino hacia regiones a las que ella no podría seguirla. Pero la primera de las que se criaron con ella era distinta. Un poco más como ella, como su papá en el tiempo en que luchaban y como el tiempo en que había nacido. Quizás ella debió haber tenido el nombre que le puso a la primera y que alguien le quitó. Quizá debía buscar el objeto que la representaba en un lugar distinto, en el sitio al que no quería volver: la hacienda con nombre de caballo a la hora en que el mar entraba y se llevaba todo lo que ella quería retener. Cualquiera de las piedras de ese lugar tenían la forma de lo que sentía por su hija.

Recogió en una manta las que pudieran tener el peso de una hija, las envolvió en ella como a una para calcular el tamaño que su madre podría acunar cuando estuviera en su tumba y emprendió el camino de regreso.

Estará lista para decirle adiós después de dar un paseo con ella por todos los lugares en los que acaba de estar, cantarle canciones de cuna y contarle todo lo que quiso decirle a la niña que tenía su cuerpo y su cara y que fue a buscar al otro lado del mundo.

Tardará unos días en volver a su casa.

38

El sepelio será sencillo. La mujer estará vestida con la ropa que estaba usando cuando cayó muerta y solo habrá sobre su tumba las flores que pudieron ser recogidas a la orilla del camino hacia el cementerio que eligió. No habrá cruces ni cantos, ni sermones. La madre no quiso eso ni que la gente llegara a velar su cuerpo una noche entera, no solo para evitar que su hija entrara en gastos adicionales, sino para que la Muerte no fuera a pensar que era especial para ellas o creyera que su visita les importaba demasiado.

El cura ha llegado, sin invitación, a esperarlas a la entrada del camposanto. Le da a la hija el pésame y le dice que entiende que cada uno puede tomar sus decisiones, pero le insiste en que no debería dejar que la madre regrese a ser polvo sin haber recibido la bendición. Le dirá que entiende que la mujer estuviera enojada con la Iglesia y que no le pide que la perdone, sino solo que no permita que se desquite con Dios. La hija le dirá lo que la madre le dejó indicado si ese hombre llegaba a aparecerse en su funeral: que cada uno se desquitaba con quien podía. Él responderá que su madre no estaba en sí en los últimos días, que tal vez hablaba de esa manera por su enfermedad o por el dolor.

¿Lo creía?

Sí.

¿Por qué no se compadecía, entonces? ¿Por qué no la dejaba tranquila?

Quería cuidar de su alma.

Ella pensaba que su madre podía cuidársela sola.

Él no estaba de acuerdo.

¿Por qué no? Lo había hecho todo ese tiempo. Lo estaba haciendo en ese momento.

Decidió hablar con otra de las hijas de la difunta. Le parecía que el tiempo que su hermana había pasado en la montaña le había hecho olvidar el poder de la Iglesia. Ella, en cambio, podía entender mejor lo que él trataba de decirle. Era una mujer sensata.

También le dijo que no. Creía en Dios y en la Iglesia, pero también en la voluntad de su madre. No iba a tomar ventaja de su condición actual.

¿Podía hablar con otra de sus hermanas?

Podía hablar con quien quisiera: la respuesta sería la misma.

¿Qué había de su padre? ¿Podría dar un sermón para él?

¿Le parecía que era el momento para importunarlos? Querían enterrar a los suyos.

¿Creía ella que habría otra ocasión para lo que les estaba pidiendo?

¿Podía dejarlos tranquilos, por favor? Ellos arreglarían sus asuntos con Dios.

Antes de irse, pregunta qué es el bulto en los brazos de la muerta. Le dicen lo que la madre de la niña había acordado decir con la suya: que era una voluntad de la finada. Un símbolo. El hombre piensa que deben ser el de las muchas veces que debió salir con lo poco que tenía para salvar su vida. Siente vergüenza por los que se desquitaron con ella por no poder alcanzar a los que buscaban.

Cuando se marcha, sus hermanas lloran por su madre y por su padre. La mayor de las hijas que se criaron con ella sufre por la abuela como si hubiera nacido de ella. La hija que está estudiando en la universidad y la menor lloran por lo que ven sufrir a su hermana y a su madre. Los esposos de las tías y sus hijos permanecen serios. Consuelan a las hermanas de la madre. El hermano que está lejos y no puede salir del país al que se fue llamará por la noche para preguntar cómo fue todo y si necesitan algo más. Jurará que, tan pronto arregle su situación migratoria, irá a visitar la tumba. La saludará como a compañeros caídos en combate, como le cuentan que hizo su hermana. También entregará en ofrenda su uniforme entonces, como le dicen que hizo su hermana al colocar en los brazos de su madre una mudada, en bulto, que usaba durante el combate y no entregó el día del desarme. Le pedirá a la mujer con quien dejó encargado el suyo que no vaya a deshacerse de él o que, si ya no puede o no quiere tenerlo, que se lo envíe a donde él vive ahora.

Cuando lo haga, descubrirá que ya no cabe en él. Su cuerpo se encargará

de sacarlo del error de creer que nada en él ha cambiado y que puede volver a ser el mismo si lo desea o si se mueve en dirección al lugar de donde vino. Ejercitará un poco y cambiará su alimentación por un tiempo para regresar al peso que había tenido. Entonces, sentirá que, aunque la ropa le queda, ya no se siente cómodo en ella. El roce de la tela y el corte de los pantalones ya no son para él. Su edad tampoco le permitiría moverse como lo hacía cuando lo portaba a diario.

El día que vuelva, dejará el uniforme en el armario del lugar donde vive. Dirá que le recomendaron no viajar con esas prendas en la maleta para evitar tener problemas en el aeropuerto aunque, en ese tiempo y en ese lugar, esa ropa no significara nada. Se parará frente a la tumba y hablará como hijo en lugar de hacerlo como combatiente. También se disculpará por haber tardado tanto en presentarse y sembrará en su tumba una pertenencia del hermano que llegó a vivir con él y que murió lejos de todos.

La hija que está en el país al que se llevaron a la primogénita también llamará para saber cómo se encuentran su madre y su hermana mayor. Preguntará si la abuela dijo algo para ella antes de morir.

Pidió que se portara bien.

Se ríe. Habría querido que pidiera que regresara.

¿Lo habría hecho?

No mientras ella no terminara los estudios.

Ella creía que podía ser antes. La consejera le había dicho que, si seguía como entonces, podía volver a aplicar por la ayuda para estudios en un año.

¿Quería hacerlo?

¿Quería ella volver?

A veces.

A veces sentía que comprendía las razones de la primogénita. No lo dijo porque la recién enterrada no estaría de acuerdo con eso. Diría que ella no sería capaz de entender el miedo al origen que siente alguien que ha pasado de mano en mano, que ella nunca había tenido que salir en contra de su voluntad de ninguna parte ni había tenido que ser acunada por extraños. No podían saber con exactitud qué le habían hecho las monjas que la recibieron o las gentes que se la entregaron a ellas, pero podían, por el rechazo que la niña sentía, entender que no había sido agradable.

Lo suyo no se parecía en nada a eso. Era más bien deslumbramiento.

¿Debía sentirse culpable por creer que la vida era posible de otra manera en el lugar donde estaba?

La abuela no respondería a eso. No le encontraría sentido. Miraría indignada y se pondría a hacer algún oficio de la casa que le indicaría que la conversación había terminado y no estaba haciendo ahí más que estorbar.

La madre, en cambio, le pediría que le explique qué creía que podía sentir su otra hija. Entonces tendría el problema de no saber explicarlo, de no poder dibujarle las relaciones como lo había hecho en su cabeza, de escucharse a sí misma decir algo que no tenía demasiado sentido cuando era pronunciado y ver el rostro de la abuela gesticular como hacen los que tienen razón desde el inicio.

En lugar de eso, pidió hablar con ella. ¿Era posible?

La llamaría en ese momento. Estaba con la excompañera de combate con la que vivía su hermana en la ciudad y con la amiga que ella les presentó.

¿Eran amigas tuyas?

Quizás.

En la guerra, amistad era contarse cosas personales, revelar su nombre de pila y dormir juntas a veces. No habían hecho algo de eso entonces, pero habían llegado con ella para acompañarla en el funeral y ponerse a sus órdenes para lo que necesitara. Ella les había tomado la palabra y les había pedido que cuidaran su casa mientras trasladaba el cuerpo de su madre, el anillo de su padre y las piedras envueltas en la mudada que usaba durante la guerra que simbolizaban a su hija hasta el cementerio de la hacienda con nombre de caballo en el que la recién fallecida quería ser sepultada. La amiga de su excompañera le dijo que podía confiar en ellas, marcharse tranquila y tardar todo el tiempo que necesitara. Estaba cocinándoles algo en agradecimiento porque, de no haber sido por eso, habría tenido que hacerlo en el patio de ellas y sin ayuda de los vecinos, no porque no se hubieran ofrecido, sino porque no lo habría permitido.

Conversaban casi en murmullos cuando llegó a avisarle de la llamada de su hermana. Su madre empalideció de inmediato. Preguntó si todo estaba bien. ¿Sucedía algo?

La abuela había muerto. La hermana estaba lejos.

¿Aparte de eso?

Temía que la primogénita hubiera muerto. Desde que tomó las piedras y se las llevó a caminar con ella, sintió que, en el momento en que las enterrara, el cuerpo de mujer que tenía el rostro de su niña expiraría, estuviera donde estuviera. No había dejado de pensar que recibiría una llamada en la que le dirían que algo le había sucedido, que la habría atropellado un auto a la misma hora o que se había suicidado, que le avisarían por una cortesía o —en el mejor de los casos— por pedido de ella. Tal vez se trataría de una disculpa suya al final de la vida, de un puente tendido a última hora por el que ella podría alcanzarla cuando llegara su momento.

La hija que estudiaba en la universidad dijo no creer que se tratara de algo más. ¿Qué más podría ser?

La hija que estaba lejos para poder pagar la universidad de la otra estaba preocupada por ella.

¿Preocupada por qué?

Su hermana había dicho que nunca la había visto llorar como entonces. Nunca ni una de ellas la había visto llorar.

Lo hacía a veces cuando ellas dormían o cuando estaban en la escuela. Sobre todo, cuando les pasaba algo a ellas o cuando no había encontrado a la hija. Pero ni se lo dijo ni le explicó que no era sencillo dejar ir a la madre y a la hija el mismo día. Todavía era muy pequeña para comprender algunas cosas. Le dijo nada más que se sentía muy triste.

Para alegrarla, le contó de lo que se había enterado: su primogénita regresaba al país. No sabía si la plática en la que la había llamado tonta había tenido que ver o no, pero la chica había decidido separarse de su pareja y regresar con sus dos hijas al país donde se crió.

Habría querido decirle que había preguntado por ella, pero sabía que su madre descubriría la mentira. No quería causarle más tristezas de las que ya tenía, así que le ofrece lo único que está a su alcance: tratar de contactarla una vez que esté en el mismo suelo que ella. Tal vez pueda llevársela a casa alguna vez.

La madre no llora cuando le dice que no se preocupe por ella y que no moleste a la primogénita. La hija entiende entonces que la bebé perdida ha sido enterrada ese mismo día. Da un segundo pésame a su madre. El día que por fin vea a su hermana, la verá como a una compatriota en el extranjero. Será agradable, pero no llegará a intimar con ella. Piensa en lo afortunados

que debieron haber sido los hermanos adoptivos de la primogénita, en medio de todo, al haber sido recibidos por brazos que los hacen desear volver. Decide que ella regresará el día que se lo pidan. O quizás antes.

39

El día que la primera hija llegue de regreso al país en el que se crió, le dirá a su madre adoptiva que se siente mucho mejor, como liberada de un peso sin raíz ni forma. La mujer pensará que se trata de los efectos del país con sol en el que ha estado residiendo, de los medicamentos, del paso de los años, del cambio de las fuerzas de su cuerpo después de haber dado a luz a su hija o del acomodo de los hilos de la mente después de dejar al hombre con el que estaba y que nunca le había agradado a ella. Le alegra verla mejorada y de vuelta en la casa que le brindó desde niña, aunque ella haya decidido que se mudará pronto a la región sur del país, al menos por un tiempo. No se lo dice, pero también le agradece que, habiendo estado cerca del país de su madre biológica, hubiera decidido no correr hacia ella. Ese día, siente lo que habría sentido la madre biológica si la hubiera recuperado. Se echa a llorar. Le dice que es porque le emociona volver a ver a la primogénita y poder, por fin, conocer a la que nació en el otro país. Son sus primeras nietas. Quiere verlas crecer. También quiere —si no le molesta— enviarle algunas fotografías de ellas a la abuela biológica. No quiere presionarla a ella ni crearle falsas ilusiones a la mujer que está en el otro continente, solo quiere darle una alegría. Ha sabido por sus hijos que la madre de ella ha muerto. Cree que sería un lindo gesto hacerle saber que lo lamentan.

¿Cree que debería llamarla?

No sabe si sería demasiado.

Los hermanos creen que sería cruel si no piensa cambiar su trato con ella de manera permanente. La conocen. Saben que puede cambiar de humor y de decisión en cualquier instante. Si el invierno se le vuelve a instalar en el cuerpo, terminará por hacerle mucho daño a una mujer que había sufrido ya suficiente. ¿Por qué mejor no la dejaba sanar tranquila?

¿Por qué le decían eso ahora después de insistirle tanto tiempo en que se acercara a ella y la aceptara? ¿Había dicho algo que ella debiera saber?

Nada.

¿Acaso lo había insinuado la hija suya que estaba en el mismo país que ellos?

No. Ni siquiera ha preguntado por ella a pesar de que le informaron de su regreso y le dieron la información de su vuelo. Tal vez no quiere molestar o parecer insistente.

¿Tampoco los ha llamado a ellos?

No lo hará durante los siguientes días. La gente que la aloja y le da empleo siente preocupación por ella. Cree que debió haber querido mucho a la abuela que ha muerto. Trata de animarla con la clase de platillos que le han resultado curiosos y emocionantes hasta entonces, pero no tiene éxito. La niña siente ahora la comida más parecida a lo que su madre había contado que sabía. Entonces le ofrece llevarla a París a conocer a su hermana el día que quiera.

Tampoco eso resulta.

La niña parece haber perdido el interés en ella. No responde a las llamadas que le hace al número móvil que ha conseguido. Cuando la hermana llama a la casa donde vive, los propietarios del lugar le explican su estado actual, le piden que la entienda y que le dé algunos días para que pueda recuperarse.

Unos días antes, la amiga de la excompañera de combate de su madre le pide lo mismo a un hombre que ha llegado a pedir hablar con ella. No cesa porque la amiga le diga que la mujer acaba de enterrar a su madre. Dice que es urgente. También pregunta quién es ella y qué está haciendo ahí.

¿Por qué quiere saberlo?

Es el jefe de la comunidad. Tiene un asunto importante que tratar con ella. No puede comentárselo a una extraña. ¿De dónde ha salido? No le parece que sea pariente suya.

Ella le pide que espere afuera. Irá a buscarla. Le dirá que es mejor enfrentarlo en ese momento.

Él le dirá que le habría gustado aguardar hasta que su dolor pasara, pero que el asunto que lo lleva ahí ese día no podía esperar.

Quien no podía esperar era él. Desde hace un tiempo, sabe de un proyecto

para construir una calle que los unirá con el pueblo y con la carretera principal. Desde entonces, quiere hacerse del terreno de ella, que era el peor a la hora del reparto de tierras, pero se convertirá en el más beneficiado una vez que la calle exista.

Le convenía que ella se fuera por su cuenta para conseguirlo en mejor precio, pero, ante la inminencia de la construcción todavía no anunciada, estaba dispuesto a pagar una suma más alta, que no sería exagerada si conseguía ser el primero en ofertar. Le preocupaba que la mujer que estaba en casa de ella se le hubiera adelantado. Esperaba que solo estuviera ahí por el funeral y se fuera pronto a sus asuntos en la ciudad, como había hecho su excompañera de combate y campamento de reinserción y la hija que estudiaba en la universidad. Calculaba que podía cerrar el trato si le decía a ella que quiere ayudarla porque había un plan de construcción pequeño que la afectaría porque le quitarán parte de lo que recibió tras la guerra. Le pagarían lo que quisieran por ella, una miseria. Si ellos querían, incluso podían tomarlo de manera gratuita porque la ley los amparaba. Él quiere ampararla a ella. Sabe que tiene obligaciones económicas. No puede contar para siempre con la hija que está en el otro país porque pueden deportarla en cualquier momento o puede casarse y hacer una vida que ya no le permita enviarle dinero. ¿Cómo seguiría cubriendo los gastos de la que está estudiando en la universidad una carrera que es larga y demasiado cara para ellos? ¿Cómo hará para comprar los anteojos y los zapatos especiales que necesita la menor? ¿Cómo va a cubrir los gastos de la hija que ha regresado con ella y la nieta que trajo consigo? Son lindos los bebés, pero consumen una cantidad de recursos que ella no puede generar con la edad que tiene ahora y el cuerpo que se le fatiga. No quiere ser pesimista, pero no cree que los platillos que la hija prepara alcancen para mantener una casa. Duda que el papá de la niña vaya a hacerse cargo de su manutención si no está con ellas. Su tierra parece tampoco rendir demasiado. ¿No le parece extraño que su gallinero no crezca como los de los demás? ¿Sabe ella que le roban?

Lo sabe. Lo ha expuesto a la directiva que él preside, ¿recuerda? Él dijo que no era un tema para ese grupo, que los problemas personales debía resolverlos cada cuál.

¿En serio lo dijo?

Varias veces.

Debió haberse confundido esas varias veces que dice ella. Él asegura no recordar. Tal vez estaba aturdido por problemas mayores cuando ella lo sometió a consideración. ¿Sabe ella que deben encargarse de asuntos de los que ella ni tiene idea?

¿Cómo cuáles?

No puede darle detalles. Algunos asuntos son confidenciales. Pero, en general, son temas de desarrollo. Todo lo que hace es por el beneficio de la comunidad.

¿Los repartos, por ejemplo?

¿Qué está queriendo decirle?

Él ya sabe a lo que se refiere.

No. Es ella la que no está entendiendo: hay que comenzar siempre por los que más lo necesitan. Si alcanza, habrá para los más fuertes, para los que pueden resolverse por su propia cuenta. Ella siempre ha sido de los fuertes. ¿O no? Durante la guerra, no solo fue de las mujeres que tomaron fusiles, sino también de las que usaron pantalones. Todavía podría seguir usándolos si quisiera. ¿Los conservaba todavía?

¿A qué había llegado? ¿Qué quería?

Ayudarla.

¿Por qué?

¿Por qué desconfiaba de él? ¿Qué había sucedido con ella? Podía entender que ya no votara por el partido, pero no que sospechara de los que habían estado con ella siempre.

Da por terminada la conversación. No tratarán más el tema. No va a vender y, si lo hace, no será a él. Le pide que se vaya. La tierra que cubre el cuerpo de su madre todavía está floja. Necesita descansar. No lo había hecho en años. Debía recobrar fuerzas y armar un plan para continuar.

La amiga de su excompañera de lucha le pregunta si en ese plan estaba incluido solicitar la pensión para excombatientes.

No sabía de qué le estaba hablando.

¿No se lo había dicho su jefe de la comunidad? Pensaba que había llegado a eso. Ahora que el grupo con el que pelearon ambas en distintos tiempos había llegado al poder, estaban apoyando a los lisiados de guerra. No era una gran suma, pero podía ayudarla a sobrellevar los asuntos que la afligían.

Ella dijo que no era lisiada.

La amiga de su excompañera de combate la ve con admiración. Pregunta si en serio no se daba cuenta de las cicatrices que tenía.

Heridas tenían todos.

Le pareció entonces que debía verse en un espejo. Como no había uno en casa, le sirvió como tal. Le dijo, una a una, las marcas que tenía en el cuerpo y le hizo un recuento de los dolores que ella la veía padecer sin quejarse. Le habló también de las marcas que tenía en la mente. Le habló de las noches en que despertaba a sus hijas con lo que decía y gritaba. Le habló de su dificultad para escuchar y de lo mucho que debían subir todos la voz para llamar su atención.

Había sido por una bomba que le había estallado muy cerca. Nunca hablaba de ella porque no le parecía que fuera importante. Después de que su padre se había convertido en pedazos imposibles de juntar o de que muchos de sus compañeros se las arreglaban para trabajar a pesar de tener miembros cercenados, creía que lo que le había pasado a ella era una nada.

La amiga de su excompañera insistió en que calificaba para esa pensión y que debía ir. Si no lo hacía por el dinero, debía hacerlo porque era lo justo. Ella creía que otros de su comunidad debían recibirla antes que ella. La amiga no veía razón para eso le impidiera solicitar a ella también. Si quería, podía ir el mismo día que ellos. ¿Por qué no se los comentaba y les pedía organizarse para el viaje a la cabecera departamental más cercana?

Ya todos habían acudido. El jefe de la comunidad les había informado de la prestación el día que fue aprobada. Incluso les había conseguido transporte y alguien que les ayudara a llenar las fichas. Siempre se preguntaron por qué ella no se había presentado. Algunos la admiraban por decidir que podía valerse por sí misma. Otros pensaban que eso no era posible y que de seguro estaba percibiendo ayuda por otra fuente que no había querido comentarles por no compartir beneficios, como había insinuado el jefe de la comunidad. En algún momento sugirió que podía ser del partido contrario. ¿Habían notado que no había querido ir a votar con ellos cuando fueron todos en grupo y vestidos con los emblemas del partido político en que su grupo de combate se convirtió? ¿A qué otra cosa podía deberse que no fuera que se había cambiado de bando? ¿Cómo se explicaban que una de las hijas viviera en la capital, otra estuviera fuera del país y ella misma hubiera viajado sin tener un marido que

la empujara? ¿Quién de sus mujeres podría haber hecho algo como eso? Al menos tenía la sensatez de no reclamar algo que había dejado de merecerse.

La amiga de su excompañera de combate le dijo que la pensión era por lo que había peleado y perdido durante la guerra, no por la lealtad después de ella. Sabía que incluso se la habían concedido a cocineras que sufrieron daños en apariencia menores que los que ella presentaba. Le recomendaba que dejara que fuera la comisión evaluadora la que tomara la decisión de negársela o aprobársela. Ni ella ni sus vecinos podían determinar el nivel de daño que cada uno había sufrido.

40

Llega un momento en que se cansa. Decide que no irá a más sesiones con la comisión local que asigna las pensiones a los lesionados. No le importa perder lo que ha invertido en los varios viajes que ha hecho a ella. Cree que nada justifica la manera en la que tratan a los excombatientes ahí. No espera aplausos, pero no cree merecer que la examinen como a un animal y cuestionen todo lo que dice después de hacerla contar todo aquello que había callado en mucho tiempo.

La amiga de su excompañera de combate y campamento le dice por teléfono que trate de comprenderlo. No cree que se comporten así por algo que ella inspira, sino por la gente que puede presentarse para tratar de estafarlos. Cuando se trata de dinero, siempre aparece alguno que quiere reclamarlo aunque no le pertenezca o no lo merezca.

¿Cómo no saben ellos diferenciar a los unos de los otros?

Deberían poder hacerlo. Se supone que han sido capacitados para eso.

¿En serio?

La psiquiatra que la atendió casi logra lo que ningún soldado durante la guerra: hacerla llorar de verdad. Le preguntó por qué llegaba ahí si era evidente que estaba apta para trabajar por su comida y por la de las hijas que había tenido de manera irresponsable. También le dijo que esa no era casa de limosnas, que el fondo que manejaban ahí no era para gente que había perdido hijos, que la pérdida suya no había sido responsabilidad de nadie más que de ella y que los sueños agitados que tenía eran resultado de tener una mente débil, por la que nada podían hacer ahí. No pensaba que hubiera que pagarle por eso.

Sintió lástima por lo que el hermano que fue capturado durante la guerra

habría pasado en su momento. Entendía con más claridad por qué se negó hasta el día de su muerte a hablar de ese tiempo y se preguntaba si había hecho lo correcto al sacarlo del hospital en que lo había encontrado. Pensó también en una noticia que había leído hacía un tiempo acerca de un vigilante de una embajada que, después de haber sido insultado repetidas veces por un empleado de ella, había entrado y vaciado su arma contra todos los que estaban ahí ese día y lo habían humillado antes. Se preguntaba si la psiquiatra designada podría detonar las bombas de tiempo que algunos de ellos podían ser y si en verdad ella era lo que la mujer de bata blanca decía. ¿Trataría de defenderla como a una civil si ese momento llegaba mientras ella estaba presente o dejaría que la persona insultada resolviera sus pendientes con ella como mejor le parecía?

En verdad, prefería no regresar. Le daba igual si se había ganado el beneficio: no quería sentirse de nuevo de esa manera. No entendía cómo sus vecinos habían soportado ese trato.

Ellos no comprendían cómo a ella le habían enviado una notificación para que pasara a cobrar el primer mes de pensión cuando muchos de ellos ni siquiera habían obtenido cita para una segunda evaluación. No les parecía justo: ellos habían llegado primero y tenían marcas más grandes. ¿Qué había hecho ella distinto? ¿Cómo había conseguido el beneficio antes? ¿Cuánto le habían dado?

Muy poco. La notificación explicaba que su nivel de daño no ameritaba una cobertura completa, pero que el fondo reconocería las dificultades que podía producirle la pérdida parcial del oído.

A la gente de la comisión local le había resultado sospechoso que la solicitante no recordara ni el año ni el lugar en que había sucedido el evento en que había sido comprometida su audición. Creían que la mujer podía estar fingiendo una lesión de guerra porque no consideraban que una chica de su edad y peso pudiera resistir lo que ella decía que había pasado a la edad que indicaba en el formulario cuando hombres más fuertes y experimentados habían sucumbido con menos que eso, pero decidió autorizar el monto mínimo por esa minusvalía para otorgarle el beneficio de la duda.

La mujer a la que ahora podía llamar amiga suya, ya no solo de su excompañera de combate, le preguntó en cuál otra situación les parecía a los de la comisión que podía haber perdido el oído de esa manera al tiempo que

le quedaban cicatrices en el cuerpo.

Ella prefería no pensar más en eso.

La amiga le preguntó si quería apelar a la decisión de la comisión. Podía ayudarla a llenar los formularios si decidía volver a someter a consideración su caso. Al menos, podía acompañarla como hizo el día que fue a llenar la solicitud para exigir que fuera atendida ya que ella no se animaba a reclamar su derecho.

¿Le parecía que tenía sentido? Dirían que estaba tratando de obtener dinero de ellos a como diera lugar. Nada sería menos digno.

El monto lo era.

Algunos no recibirían siquiera eso. Los soldados, por ejemplo, llevaban años reclamando una compensación que no llegaba. No importaba que los vecinos dijeran que a ellos les habían pagado por sus servicios durante la época en la que sirvieron a sus batallones o que había sido su obligación con el país, creía que debían ser considerados para un beneficio similar porque daño de guerra era daño de guerra, no importaba para cuál de los bandos se estaba luchando.

La amiga no podía coincidir con eso: los militares habían matado al esposo de su hermana menor y los policías habían acabado con su hermana mayor, la que había recibido todas las bandas de honor que el colegio de monjas en el que estudiaban otorgaba. Se lo contó cuando llegó a verla de nuevo. Le dijo que él había caído en una ruta de montaña y ella había quedado sitiada en una redada en un barrio de la capital. Fue violada, torturada y luego arrojada a una playa junto con los otros estudiantes organizados con los que estaba en la casa en que fueron atrapados. La habrían dado por desaparecida de no ser porque unos pescadores comentaron de los cuerpos que habían aparecido en su zona de trabajo a una mujer que trabajaba en el mercado y cuya hija era alumna de la madre de ellas.

Ella no pudo ir al entierro. Ni siquiera sabía que la hermana había desaparecido y que la madre estuvo buscándola de cuartel en cuartel y de bartolina en bartolina acompañada por su tía. Se enteró cuando un compañero que volvió de la ciudad le dio su pésame por lo sucedido. Entonces ella le dijo que estaba equivocado, que su hermana estaba bien, que ella la había visto pocos días antes. Solo lloró —aunque no demasiado porque el momento no se lo permitía— cuando él le dijo que había visto la esquela y le recordó

que la muerte entonces era cosa de diario. Debió beber agua de un cántaro y fingir normalidad para que no le preguntaran más y se viera en una situación en la que le sería imposible detener las lágrimas por días o meses.

El tiempo no había borrado el dolor, pero en algo había ayudado. Antes sentía que le explotaba la cabeza y odiaba a los hombres que no conocía. Quería identificarlos y bajar por las vidas de cada uno de ellos. Con el tiempo, fue comprendiendo que habían sido deshumanizados. Cree que, si llegara a tenerlos frente a ella, no los mataría, pero, de eso a aceptar que merecían ser indemnizados había una brecha enorme. No entendía cómo ella podía decir algo como lo que le había comentado por teléfono.

No podía explicárselo bien. Era algo que veía en ellos ahora que eran viejos y que se asemejaba a lo que miraba en ella y en sus compañeros. Le parecían tan derrotados como ellos. Como ellas.

Quizás algunos. Otros se habían beneficiado del río revuelto.

Como los de su bando. Eso era el final de la guerra.

¿Lo era?

Había llegado a su fin.

¿Por qué seguía preparada para ella entonces?

¿Quién se lo había dicho?

Nadie. Le había bastado con ver la manera en que estaba construida su casa. No quería ofenderla, pero nada de su distribución parecía responder a la estética o a la lógica habitacional. En el patio no crecía nada con raíces profundas aunque la tierra se veía buena para sembrar. La casa de las aves parecía absurda hasta que no se pensaba en que lo importante de ella no dormía en ella. Su ansiedad por no dejar la casa le confirmó sus sospechas. Por eso aceptó cuidar su propiedad cuando ella debió ausentarse para enterrar a su madre. ¿Cómo era que no lo sabía nadie más?

Su esposo y ella lo habían hecho solos, con tiempo y prudencia en un tiempo en que cada cual estaba autorizado para construir según deseara. Les dijeron que se habían ganado el derecho y les tomaron la palabra. Era su derecho dudar de todo lo que les habían dicho y de lo que el futuro podía depararles. Nadie podía juzgarlos después de todo lo que habían pasado.

¿Era posible que el hombre que quería comprar su propiedad estuviera al tanto de eso?

No era probable. Durante la guerra, nunca hizo algo que le permitiera

enterarse de un proyecto así o de caer en la cuenta de uno. Era un hombre hecho más para el final de la guerra que para su inicio.

¿Podía habérselo dicho alguien?

No lo creía. Se encargaron de que todos se enteraran de que nadie había encontrado nada el día que llegaron a catear el lugar por denuncia de alguien del pueblo que vio un movimiento sospechoso cuando apenas comenzaban. Su esposo arrojó parte del armamento que habían traído de la montaña ese día en un pozo. Ella escondió municiones y granadas entre los pañales sucios de la hija que ahora estudia en la universidad y que entonces había enfermado del estómago. Sabía bien que la nueva policía civil no buscaría entre ellos. No eran como la anterior, que no cesaría hasta encontrar algo que los comprometiera o se los llevarían aunque no encontrara nada de eso. No estaban entrenados para eso. No estaban entrenados para mucho de lo que sucedía entonces: tenían problemas internos entre excombatientes, expolicías, civiles incorporados y los muchos ojos que los observaban de todos los países para garantizar que cumplieran con lo que los acuerdos decían. Además, estaba cansada aunque recién había nacido porque recibían denuncias a diario que apuntaban a gente diferente cada vez. Ya no hacían demasiado caso cuando llegó el turno de visitarlos a ellos.

De todas maneras, se volvieron más cautelosos desde entonces. Medían mejor el tiempo entre carga y carga y vigilaban más las horas en que transportaban y enterraban.

La mujer ofreció ayudarla en todo lo que pudiera.

¿Habían cuidado de proteger bien las armas?

Como a sus hijas.

Las había envuelto en material que las protegería del óxido y de la acción de la tierra según las indicaciones que habían recibido cuando hacían eso para tener arsenales de reserva en las montañas.

La mujer comprendió que nada sucedería con esas armas que pudiera ocupar a los demás. Eran solo una herencia para las hijas, una medida para que, si la guerra estallaba de nuevo, no estuvieran solas ni indefensas. Sabía también que ella las apoyaría en todo lo que pudiera y que, si era necesario, incluso volvería a la montaña. Pensaba que, si el momento llegaba, ella también se les uniría. Después de todo, la vida en la montaña era más tranquila que todo lo que había vivido después de ella. Pero, mientras estuviera ahí,

defendería la tierra que le había sido concedida y, si podía, restauraría, con sus niñas y su nieta, las que habían dejado sus padres aunque le tomara muchos años más.

Su hija que estudiaba en la universidad le había prometido ayudarle desde el continente, donde estará apoyando a gentes que les recordarán a ellas. La hija que estaba en casa con ella se aseguraría de cuidar a la pequeña como la pequeña estaba cuidando ya de la hija de ella. La que se había ido al país que tanto resentía regresaría para el tiempo en que los dueños de los tractores llegaran a tratar de construir en el terreno que les pertenecía y se pararía con ella frente a ellos para exigir que la calle pasara por otra parte pese a que les explicaran una y otra vez que los trabajos que estaban por realizar las favorecerían más que a ninguna otra familia. Regresaría con un carácter tan firme que sería la que más le recordaría a ella misma. Cuando diera a luz a una niña, la llamaría con el nombre que debió haber llevado la primogénita de su madre.



LA AUTORA



Claudia Hernández (San Salvador, 1975) ha publicado los libros de cuento *De fronteras*, *Otras ciudades*, *Olvida uno*, *La canción del mar* y *Causas naturales*. Sus textos han aparecido en antologías en España, Italia, Francia, Estados Unidos y Alemania.